



Le
Encontraré

RAQUEL ANTÚNEZ



Te encontraré
Raquel Antúnez

Para mis chicas del *Club Mojo Picón*.
Sin vosotras esta locura de escribir no sería tan divertida.

Primera edición en digital: abril 2017

Título Original: Te encontraré

©Raquel Antúnez

©Editorial Romantic Ediciones, 2017

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©Nastia1983

Diseño de portada: SW Dising

ISBN: 978-84-16927-38-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Romantic
ediciones

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Capítulo 1

Miraba a su alrededor y no podía más que pensar que se había quedado completamente ciega, una impactante oscuridad se había apoderado de aquel lugar en el que no atinaba a acertar cuánto tiempo llevaba.

La fuerte pestilencia a moho y podrido se había incrustado en su piel y tenía un intenso sabor a bilis en la boca después de vomitar una y otra vez hasta acostumbrarse al nauseabundo hedor. Todo su cuerpo temblaba de arriba abajo. En un principio pensó que era debido al miedo, pero en algo contribuía el frío que había entumecido sus extremidades. No le ayudaba en nada que sus calcetines estuvieran húmedos debido a la tierra mojada en la que habían descansado sus pies las últimas horas o quizás días.

Cerró los ojos un instante para recuperarse del ligero mareo que le había sobrevenido al incorporarse y volvió a sentarse en el pastoso suelo. Tenía la garganta tan seca que apenas tenía saliva que tragar. Se abrazó a sí misma, había extraviado su abrigo y aunque marzo no había azotado ese año con el frío de los anteriores, mostrando una prematura temperatura primaveral, la noche había calado en sus huesos y podía notar cómo castañeaban sus dientes.

Hubiera dado cualquier cosa por un chocolate caliente de los que solía preparar su madre en las frías tardes de invierno, cuando ambas se acurrucaban en el sofá. Aquellas tardes en las que se dormía abrazada a ella frente al televisor, después de horas de caricias a su larga melena castaña. Su cabello siempre había sido suave y sedoso, solía oler al champú de frutas que utilizaba cada vez. Sin embargo ahora colgaban los mechones como chorretes pegados a su cara, llenos de tierra, hediondos y malolientes como el resto de aquel cuartucho de mala muerte.

Terminé de entrar el último bártulo que quedaba en el coche, agotada y dolorida por el ajetreo de la mudanza. Me había enamorado a primera vista de mi amplio y luminoso salón de altos techos. Me acerqué al vasto ventanal de la casona, abriendo las hojas de par en par, poco a poco se fue sustituyendo la fragancia a cerrado por una mucho más agradable, a la ligera lluvia que había cesado de caer hacía tan solo unos minutos, aderezada por un ligero toque a

limón que venía del precioso y majestuoso limonero que ocupaba gran parte de mi patio.

Me recogí la melena en un despeinado moño, sudorosa y molesta por los mechones que me caían en la cara. Aún quedaba mucho trabajo por hacer y no podía dormirme en los laureles. Giré sobre mí misma desesperada sin saber exactamente por dónde comenzar a ordenar todo aquel desastre. Debía admitir que la casa era demasiado grande, pero sin duda era un sueño hecho realidad a un precio de ganga.

Luna correteaba dando pequeños ladridos de felicidad y saltaba contenta deseando que le diera una ración de mimos, al menos se tomaba con optimismo todo aquel jaleo.

—Vamos, Luna. Ahora no puedo jugar. —Le sonreí y solté encima de la robusta mesa del comedor, una de las decenas de cajas de cartón repletas de trastos que andaban esparcidas por ahí.

La cogí en brazos, no pesaba demasiado, unos tres o cuatro kilos a lo sumo, era un pequeño maltés que aún no llegaba al año de vida. Fui con ella hasta la cocina donde la dejé en el suelo. Se entretuvo mordisqueando uno de sus juguetes que andaba por allí tirado mientras llenaba sus cuencos de agua y comida. No me quedaba más remedio que encerrarla durante unas horas para poder adecentar un poco aquello que pretendía llamar hogar.

Decidí tomar un café bien cargado antes de ponerme manos a la obra, lo iba a necesitar. Desempaqué mi cafetera de cápsulas y en un minuto el aroma de la deliciosa infusión se mezcló con los nuevos olores.

La cocina no era demasiado grande en proporción al resto de la casa. Acababan de reformarla por completo, moderna, bonita y funcional, de un color violeta muy llamativo combinado con tonos negros aquí y allá, me había enamorado por completo.

Fui hasta el salón con mi taza humeante, escuchando las protestas de Luna a la que no le había hecho ni pizca de gracia que la hubiera encerrado. Me senté en la única esquina despejada del sofá y me tomé el mejunje despacio, saboreándolo con placer.

Sonó el timbre arrancándome de mis ensoñaciones y deposité la taza encima de la caja que tenía a mi derecha antes de ir a abrir la puerta.

—¡Sofía! —exclamé contenta. Mi amiga de la infancia esperaba sonriente al otro lado de la puerta.

—Bueno, Alexia. ¿Me abrazas ya o qué? —Me recriminó sin perder la sonrisa. Por supuesto lo hice y la llené de besos.

—Te dije que no hacía falta que vinieras tan temprano, todavía tengo todo hecho unos zorros —la regañé entre achuchones.

—Me moría de ganas de verte y en algo te podré ayudar. Si no es así, al menos te hago compañía. ¿Qué tal ha ido el traslado? —Una sonrisa de felicidad iluminaba su cara contagiándome por completo, por fin podríamos pasar algo de tiempo juntas después de tantos años separadas, viéndonos tan solo en alguna ocasión especial y en los que, debido al ajetreo de nuestras vidas, las llamadas telefónicas se habían espaciado tanto que a veces pasábamos meses sin hablar.

—¡Buf!, los chicos de la empresa de mudanza se marcharon hace como una hora. Montaron todos los muebles, pero tengo todo hecho un desastre, ya te lo advierto —insistí antes de apartarme para dejarla pasar.

Con cuidado entró con su silla de ruedas, fui retirando cosas del camino para que pudiera acercarse hasta la zona donde estaba el sofá, la dejé allí, para ir hasta la cocina a servirle un café. Luna aprovechó en cuanto abrí la puerta y salió disparada a saludar a Sofía, desde donde estaba podía escuchar cómo correteaba y sus pequeños ladridos de felicidad antes incluso de verla.

Le tendí la taza a mi amiga, observando que con el paso de los años se le habían asentado unas pequeñas arruguillas en las comisuras de los ojos que dulcificaban su rostro aún más. Una sonrisa permanente, de labios gruesos y amplia boca que dejaban entrever unos dientes perfectos, iluminaba su cara y empequeñecía sus ojos avellana. Sofía siempre había sido la conciliadora, la más payasa del grupo, la que siempre había visto el vaso medio lleno y gracias a su optimismo pudo salir adelante en los momentos más duros de su vida.

Luna se acurrucó en las piernas de Sofía mientras esta le hacía mimitos y carantoñas. Mi amiga adoraba a los animales y sabía que haría buenas migas con aquella bolita de pelo blanco, alegre y cariñosa, que llevaba compartiendo vida conmigo desde que Isidro la había adoptado para regalármela por mi cumpleaños, ocho meses atrás.

—¿Cómo está Irache? —le pregunté mientras iba sacando libros y colocándolos en la estantería kilométrica de mi salón.

—Bien, en el instituto. Último año de secundaria ya, te puedes imaginar cómo se ha desarrollado, en plena efervescencia hormonal... —Puso una simpática mueca dejando los ojos en blanco que me hizo sonreír—. Pero ya sabes que es muy buena niña.

Asentí, me moría de ganas de verla. Hacía años que no volvía a San

Miguel, el barrio de Costamata donde viví mucho tiempo y compartí mi niñez con mi madre y abuelos. Tan solo unas horas antes vivía en Costabrava, al norte del país, con Isidro, con el que llevaba una eternidad casada. Allí me habían asignado mi plaza de jueza después de la Escuela Judicial y el año de prácticas y allí nos establecimos. Desplazarme era complicado, no solo por la distancia, sino también por el escaso tiempo que tenía libre. Y aunque siempre que podía venía de visita, desde que había empezado mi pesadilla, cuatro años atrás, no había tomado vacaciones. Tampoco ayudaba mucho que mi matrimonio con Isidro fuera cuesta abajo y sin frenos, no me apetecía estar en otro sitio que no fuera en la seguridad de mi despacho, entre papeles y guardias. Me había tomado demasiado tiempo asumir que luchar por aquella relación no servía de nada, ya no lo quería, a su lado solo le haría sufrir, no podía darle más, ni él a mí tampoco.

Isidro se negaba a asumir la realidad, incluso después de contarle lo sucedido con Alejandro, un pasante que trabajaba para mi despacho con el que tuve una pequeña aventura. No entendía lo que aquello significaba, nuestro amor estaba muerto, muerto más allá de mi primer beso con aquel joven muchacho que consiguió darle emoción a mi vida durante un tiempo. Aquella disparatada aventura me había hecho abrir los ojos, mi matrimonio no tenía arreglo. La única solución a aquella incómoda situación era el divorcio.

Después de quince años con Isidro era una decisión fulminante para ambos, que vivíamos al cobijo de la rutina y la tranquilidad. Necesitaba tomar distancia de él para poder estar lejos el uno del otro y retomar las riendas de nuestra vida sin la tentación de volver juntos por el simple hecho de no estar solos. Había llegado el momento de vivir a solas conmigo misma, reencontrarme y aprender a quererme antes siquiera de pensar en ningún otro hombre.

Mis mejores amigos y compañeros no entendían por qué una excedencia en ese momento, en pleno auge de mi carrera. Después de tantos años de lucha para llegar exactamente a donde estaba. Convertirme en jueza había sido lo más difícil que había hecho en la vida. Sin embargo, después de mi último caso, me planteé si aquello seguía apasionándome como antes. Imposible contestar a esa pregunta en unas horas o días. Así que lo mejor era apartarme de todo cuanto me rodeaba, volver con mi madre, mis amigos, la gente a la que adoraba y quería de verdad, ver las cosas con otra perspectiva y darme tiempo antes de tomar una decisión.

Había ahorrado lo suficiente para poder vivir el triple del tiempo que duraría mi excedencia de forma cómoda, sin tener que preocuparme por mis ingresos. Durante los últimos años había ganado una buena nómina, pero tampoco tenía demasiado tiempo para gastarlo. Vivíamos en una casa propiedad familiar de Isidro y no pagábamos hipoteca, tenía un sencillo y pequeño turismo que no me suponía un gran despilfarro, ni en mantenimiento ni en combustible, y mi único vicio era el café y leer, a cada rato libre, leer y leer. Así que en principio a eso me dedicaría en Costamata, a leer, a vivir, a relajarme, a pasear por la playa, a hacer picnics en el bosque, a abrazar a mi madre durante el poco tiempo que le quedase de vida. Lo demás no me importaba, por lo menos para los trescientos sesenta y cinco días que tenía por delante.

Capítulo 2

Se miró en el espejo y apuró su barba con la maquinilla. Le gustaba tener la piel y cabello bien cuidados, la gente lo respetaba más, lo observaban con admiración. Ciertamente que las muchas horas de gimnasio a las que había dedicado los últimos años en algo habían contribuido, su espalda se había expandido de forma considerable y las camisetas se ajustaban a la piel de su abdomen y brazos.

Nadie más volvería a reírse de él, no volverían a abandonarlo, ya no. Él lo impediría, no lo volvería a tolerar. Nadie más volvería a tratarlo como ellas lo habían hecho. Eso se había terminado. Aquel chico escuálido, confiado y amable había desaparecido para siempre. Todavía recordaba la triste imagen que hacía una eternidad le ofrecía el espejo, con aquellas horribles gafas que le habían obligado a usar, sus aparatos dentales, su cara llena de granos. La bilis subía a su garganta solo de pensar en ello. Le daba asco lo que fue, lo odiaba a muerte, por eso había aniquilado a su antiguo yo.

Las mujeres desde entonces se volvían para mirarlo, y había cambiado su postura encorvada de aquellos horribles años por un porte fuerte, altivo, recto, confiado: ese era el nuevo él.

Miró de soslayo aquella cola de conejo colocada junto a su cartera y sonrió al recordarlo, ella lo merecía, sí, lo merecía y lo guardó para sí durante más de veinticinco años. Era su trofeo y también su recordatorio. Había llegado el momento de devolvérselo, tenía que planear cómo y en qué momento.

Terminó de abotonarse la camisa blanca inmaculada y perfectamente planchada. Retocó el nudo de su corbata azul marino a juego con la chaqueta de su americana. Cogió las llaves del coche que yacían junto a su antiguo escritorio, el mismo que utilizaba cada día para hacer los deberes cuando iba a la escuela, para estudiar y para soñar, para escribir poemas y cartas de amor... el fuego se encendió de nuevo en sus arterias, así que se paró ante la puerta, respiró hondo un par de veces y contó de veinte hacia atrás. Salió de casa con una sonrisa dispuesto a comenzar un nuevo día.

La jornada resultó agotadora, como era de esperar. Me había dado una enorme paliza para dejar todo lo más organizado posible. No soportaba vivir

en aquel desorden de cajas por todas partes y no quería dejar a Luna suelta, a la que había vuelto a apresar en la cocina, hasta que todo estuviera en su lugar. Así que Sofía me acompañó durante horas y cuando el ocaso nos pilló por sorpresa, dimos un paseo mientras arrastraba la silla de ruedas hasta su casa, que quedaba a unos quince minutos de la mía.

No hacía demasiado frío, el cielo se había despejado y el aire olía a mi infancia, a mi juventud, a esperanza. Me reconfortaba estar de nuevo en Costamata de Gradec, no podía negarlo, y caminar por las calles llenas de colorido en sus árboles y arbustos a aquellas alturas de la primavera, incluso a esas horas de la tarde-noche, era embriagador. Sin duda, el canto de los grillos hacía de aquel paisaje una composición perfecta.

Una vez apostadas en su cocina tomamos una cena rápida a base de sándwiches y cola light entre risas y anécdotas de años pasados, haciendo tiempo para ver a mi ahijada, que por el momento no parecía tener intención de volver a casa.

—Tenía lío con un trabajo del instituto, quizás esté en la biblioteca o en casa de Marta dándole los últimos retoques. Vete a casa y descansa, mañana la verás. Tienes todo un año para disfrutar de ella —insistió mi amiga por tercera vez cuando captó mi décimo bostezo. Estaba exhausta y aunque me moría de ganas por ver a Irache, necesitaba dormir un poco y reponer fuerzas.

Antes de marcharme intenté telefonar para avisarla de que estaba en casa y saber cuánto tardaría en llegar, sin embargo la única voz que oí fue la respuesta automática y mecánica que me avisaba de que el móvil estaba apagado o fuera de cobertura.

Al final hice caso a Sofía y volví a casa con la intención de darme una ducha y meterme directamente en la cama. Y eso fue exactamente lo que hice después de dejar corretear a Luna unos minutos por la calle.

Era la primera vez en mucho tiempo que dormía de un tirón y me sentía como nueva, fue un gustazo poder descansar hasta las ocho de la mañana sin ruidos, sin interrupciones, sin la sensación de tener a alguien a mi lado con el que no me apetecía estar. Me levanté y descalza fui hasta la ducha, mi estómago rugiendo no me dejaba disfrutar del agua tibia que caía sobre mi piel, así que me vestí deprisa. Como mi despensa estaba vacía, me dispuse, colocándole a Luna la correa en su collar, a pasear con ella hasta la terraza más cercana a la playa, donde pudiera darme un desayuno en condiciones con olor a salitre. Miré el móvil que descansaba en mi mesa de noche y decidí no encenderlo, quería sentirme liberada de ese aparato por una vez en la vida.

El paseo fue agradable, el sol había decidido hacer acto de presencia y calentaba mi piel a cada paso. Luna parecía tan feliz como yo de estar juntas en aquel nuevo lugar. Llegamos a la playa de Solimar, mi playa favorita desde que era niña; donde venía muchas tardes con mis abuelos, mi madre, y con Sofía y Marisa, mis mejores amigas de la infancia.

Su arena seguía tan blanca como siempre y el mar limpio y en calma me dio la bienvenida con un rumor que había extrañado a lo largo de los años. En Costabrava nunca tuve tiempo de ir a la playa simplemente a disfrutar de un rato de tranquilidad y ni por asomo estaban nunca tan vacías a ninguna hora, hasta en la madrugada los turistas se afincaban en las terrazas a disfrutar de las tibias temperaturas de las que siempre gozábamos al sur del país. Costabrava era una urbe llena de encanto que nunca dormía, con buen clima y playas paradisíacas. Costamata, sin embargo, tenía una belleza salvaje y tranquila que aún no había sido descubierta sino por unos pocos curiosos. El frío húmedo de su invierno alejaba a los visitantes a otras zonas más tropicales y el ambiente, en general tranquilo, sin demasiados bares ni discotecas, tampoco era que atrajera demasiado turismo.

Me paré a saludar a algunos conocidos; la señora Jimena seguía regentando el kiosco donde cada día mi abuelo me compraba alguna chuchería, estaba muy mayor, podría jurar que rondaba los ochenta años, pero tenía pinta de estar más fuerte que yo. Reí a carcajadas cuando me tendió una piruleta roja en forma de corazón, la que siempre elegía en su puesto. Sin remedio recordé y añoré a mis abuelos, todo lo que hicieron por mí, los abrazos de él y cómo me daba golosinas y caprichos a escondidas, y a mi abuela que le encantaba hablar y contarme historias de todo tipo, que me enseñaba a cocinar y tejer, o al menos lo intentaba, porque yo perdía pronto el interés por todo aquello y a la mínima oportunidad corría hasta la calle en busca de mis amigas. Recordé sus rostros orgullosos, junto al de mi madre, el día que me licencié en Derecho con Matrícula de Honor, tal y como había hecho ella hacía siglos. Los echaba de menos. Hacía mucho que habían muerto, sin dejar pasar demasiado tiempo desde que se fue ella, hasta que él la siguió, *para continuar con su amor imperturbable más allá de la muerte*, era lo que todo mundo susurraba en el velatorio de mi abuelo.

Me senté un rato en la arena y le quité la correa a Luna que corrió feliz de un lado a otro de la playa hasta que se cansó y vino en mi busca, tumbándose a mi lado. No quise pensar en nada, aunque dejar la mente en blanco no era fácil, lo intenté con todas mis fuerzas. Poco después sentí mis tripas rugir con

insistencia y energía, la piruleta no había sido un desayuno muy sustancioso, así que decidí darles una tregua acercándome a tomar porras con chocolate al bar de toda la vida que, para mi sorpresa, seguía exactamente donde siempre. Nunca ningún chocolate con porras me supo igual en ninguna parte del país. Leí el periódico con tranquilidad con Luna dormitando a mis pies y decidí que era un buen momento para ir a hacerle una visita a mi madre a la residencia donde vivía.

Dando un paseo nos encaminamos hasta nuestro nuevo hogar, donde dejaría a Luna y llamaría a Sofía, que el día anterior había insistido en que quería venir conmigo a la residencia.

Entré en casa con una sensación extraña, miré en todas direcciones pero no vi nada fuera de lugar, sin embargo algo apretaba mi estómago y me picaba todo el cuerpo, quise quitarle importancia pensando que simplemente tenía que acostumbrarme a aquella repentina soledad. No obstante, no lograba sentirme tranquila. Me acerqué al móvil, lo encendí y telefoneé a mi amiga que descolgó al primer tono de llamada.

—Sofía, soy yo, voy a ir a ver a mi madre. ¿Te paso a recoger?

—Alexia, ¿no has oído mis mensajes? —su tono enronquecido me encogió el corazón y aguanté un instante la respiración antes de contestar.

—¿Mensajes? ¿En mi móvil? No, Sofía, lo he dejado atrás. ¿Qué pasa? —pregunté asustada.

Estalló en llanto al otro lado de la línea y un calor subió por mi cuerpo instalándose en mi cara y pecho, empecé a temblar, pero no podía preguntar. ¿Mamá? Me repetía interiormente, sin embargo, no dije nada y esperé a que se explicara.

—Irache no ha regresado a casa, llevo toda la noche en vela al lado del teléfono y no he tenido noticias tuyas. El móvil está apagado y Marta no la vio ayer en toda la tarde. No sé dónde está, Alexia, no tengo ni idea.

—Pero ¿se ha escapado antes alguna vez? —pregunté extrañada sabiendo de antemano la respuesta.

—¡No! Por Dios, no. Ya sabes cómo es, Alexia, prácticamente tengo que obligarla para que salga con sus amigos.

—Con su edad... no sé, se me ocurre... ¿se habrá ido con algún chico por ahí? —Intentaba convencerme a mí al tiempo que a ella.

—No lo creo, nunca me daría un susto así. Te estoy hablando de Irache, la de siempre. Ya he llamado a emergencias pero me han dicho que tengo que esperar veinticuatro horas antes de presentar la denuncia oficial.

—¿Has llamado a todas sus amigas? —Intenté pensar con claridad qué pasos debíamos dar.

—Lo he intentado, pero ya estarán en el instituto. No contesta nadie al teléfono en ninguna casa ni en sus móviles. —La impotencia por no abrazar a mi amiga que parecía desesperada e histérica al otro lado de la línea me estaba haciendo desesperar, pero intenté guardar la compostura.

—Quédate tranquila, voy a salir con el coche a ver si la encuentro por el barrio y luego me acercaré al instituto. Quizás se quedó a dormir en casa de alguna amiga y ya está en clase, se le olvidaría comentártelo o te lo dijo y no la entendiste, qué sé yo. ¿Estaba enfadada por algo? —No se me ocurría una idea mejor.

—No, no, no... Álex, lo último que me dijo es que tenía que terminar un trabajo de ciencias que este mismo viernes tenían que exponer Marta y ella en clase.

—No te agobies, la buscaré, ¿vale? ¿Puedes llamar a alguien que te haga compañía en casa? —Recogí mis cosas y las eché en un bolso cualquiera de los que tenía colgados en el perchero de la entrada.

—Sí. Te llamaré si tengo noticias. —Sofía pareció tranquilizarse, pero sabía que se estaba poniendo en lo peor.

Me despedí de ella y salí apresuradamente a la calle. Hacía seis años que no veía a Irache, hablábamos con regularidad por teléfono pero no tenía ni idea de si era capaz de hacer algo así. Tendría que pensarlo por el camino.

Conduje sin rumbo durante media hora, apagué la música para poder concentrarme y pensar en los lugares en los que podría estar. Yo me había criado en Costamata y pasé gran parte de mi niñez y juventud en esas calles, jugando con mis amigas cuando era pequeña y buscando escondrijos para besarme con algún chico ya entrada la adolescencia, así que las cosas no habrían cambiado tanto, ¿no? De pronto se me encendió una lucecilla. ¿Y si...?

Aproveché una amplia cuneta en la carretera e hice un cambio de sentido, por intentarlo no perdería nada. Aparqué cerca de la comisaría y subí las escaleras con decisión, intentando olvidar el temblor de rodillas y los nervios en el estómago por no saber qué había pasado con Irache, ignorando mi subconsciente y los cientos de casos que veía cada año en el juzgado de niñas violadas, secuestradas o asesinadas. Prefería creer que simplemente era una travesura.

La mujer que atendía la recepción estaba de espaldas buscando algo en un

armario. La comisaría estaba bastante tranquila aún. Había un par de agentes a la derecha del mostrador mirando unos papeles y a lo lejos se oía un teléfono que sonaba de forma insistente. Esperé paciente junto a la repisa hasta que la recepcionista se giró.

—Buenos días, ¿en qué...? ¿Alexia? —me preguntó la chica al otro lado, me resultaba familiar: sus ojos y su sonrisa, su cara... pero me costó unos segundos dar con su imagen en mi cerebro.

—¿Miriam? ¡Hola! No sabía que trabajabas aquí —exclamé al fin.

Miriam salió de su puesto para abrazarme y darme un par de besos. La conocía de mi infancia, coincidíamos en las clases de natación y muchas veces en el parque central de Costamata al que solía ir con mi familia algunos fines de semana. No asistíamos al mismo colegio, ni siquiera vivíamos cerca, y yo era unos pocos años mayor, pero aun así, hasta bien entrada la adolescencia salimos juntas, luego fuimos decantándonos por cosas diferentes, el interés se difuminó y la amistad se enfrió. Al final, con el paso del tiempo, habíamos perdido el contacto.

Estaba muy cambiada. Llevaba la melena rizada casi hasta la cintura del color castaño de siempre, sus gafas con montura al aire enmarcaban el azul de su mirada que siempre había envidiado, y allí estaban los hoyuelos que iluminaban su cara cuando sonreía. Lógicamente había crecido y desarrollado, era una mujer de curvas sinuosas y me parecía que estaba preciosa.

—¿Qué te trae por aquí? ¿Estás de vacaciones? —me preguntó alegremente.

—Ummm... más o menos. —No me apetecía explicarle en aquel momento toda mi vida, así que decidí acortar sin contar demasiado—. Llegué ayer y resulta que mi ahijada no apareció anoche por casa, estamos un poco preocupados porque no es una niña rebelde. Tiene dieciséis, ya sabes, pero nunca ha hecho nada ni de lejos parecido.

—Entiendo. No sé... —comenzó a decir con gesto contenido.

—¿No estará Samuel por aquí? —La interrumpí. No podía permitir que la conversación se alargase.

—¿El inspector Samuel Farías? —preguntó sorprendida—. Mmm... déjame que compruebe. Toma asiento si quieres y ahora te digo algo. — Parecía contenta de poder hacer algo por mí.

—Por favor, dile quién soy. Nos conocemos, quizás pueda atenderme —le pedí e intenté reprimirme por no exigirle que lo hiciera con premura.

Miriam asintió y esperó hasta que estuve sentada para levantar el teléfono y marcar. A lo lejos se oyeron un par de timbrazos y escuché cómo cuchicheaba. Unos minutos después sentí unos pasos apresurados en el pasillo y vi aparecer a un hombre de más de metro noventa y compleción fuerte, cabello castaño oscuro cortado a cepillo, ojos verdes y barba de unos días. Me costaba reconocer a Samuel tras ese hombre que venía hacia mí con una sonrisa en los labios.

—¿Alexia? —Al ponerme en pie me dio un abrazo y me levantó por el aire girando sobre sí mismo, con mi metro sesenta y seis me hacía sentir pequeña e insignificante. Cuando me colocó de nuevo en el suelo me dio un par de besos y volvió a achucharme—. Vaya, parece que hace mucho que no nos vemos, ¿no?

—Sí. —Sonreí tímida—. ¿Cómo está Marisa?

—Bien, bien... como supongo sabrás, sigue viviendo en Praga con mi cuñado y mis dos sobrinillas, a cada cual más preciosa. ¿Qué te trae por aquí?

Samuel era el hermano mayor de Marisa, una de mis mejores amigas del colegio e instituto. Sofía, ella y yo, fuimos inseparables desde nuestra niñez y aún en aquellos días teníamos muchísimo contacto, si bien, poco habíamos podido vernos durante la última década. Cuando éramos niñas, Samuel nos llevaba al cine, al parque, a la playa e incluso ya más mayores a alguna fiesta. En la playa recuerdo subirme a sus hombros dentro del agua y me empujaba alto para que pudiera saltar; o ver una película de terror a escondidas, que no debíamos ver a nuestra edad y abrazarme a él temblando de miedo mientras se reía y me consolaba. Diez años mayor que nosotras era el hermano que toda niña quería para sí, nos colmaba siempre de mimos y un solo puchero era necesario para que nos llevara donde se nos antojase. Cuando mi cuerpo empezó a desarrollarse me fijé en él, siempre había tenido un encanto especial, no lo vi con muchas novias, pero lógicamente cuando yo tenía quince y él veinticinco, no me miraba de otra forma que no fuera fraternal y me parecía tan ridículo sentir atracción hacia él que no se lo conté ni a mis amigas. Siempre lo consideré parte de mi familia aunque sí hacía al menos siete años que no veía a Marisa, en la última visita que me hizo junto a las niñas y su marido a Costabrava donde pasamos unos días juntos de vacaciones, a Samuel la última vez que lo había visto fue en la boda de su hermana, diez años atrás, antes de que esta se marchara a vivir a Praga.

—Si me lo permites voy directa al grano, ¿vale? Ya tendremos tiempo de ponernos al día. No sé si conoces a Irache, la hija de Sofía. ¿Te acuerdas de

Sofía? —Asintió—. El caso es que Irache no apareció anoche por casa, Sofía y yo estamos muy asustadas porque es una niña muy responsable, no suele hacer ese tipo de cosas y no sabemos si pudo pasarle algo. Sofía telefoneó esta mañana temprano pero ya sabes, las veinticuatro horas de rigor.

A Samuel le cambió el semblante.

—Ven, pasa a mi despacho —contestó girándose y enfilando el pasillo hasta la puerta donde lo había visto salir hacía unos instantes.

Entramos a una sala amplia y luminosa, un despacho de metacrilato transparente, que en aquel momento tenía unas persianas negras echadas. La pared que daba a la calle era de un blanco impoluto, tan solo decorada por una ventana enrejada y una enorme pizarra blanca frente a una mesa redonda de reuniones.

Me senté frente a su enorme escritorio, en una silla de piel negra, que ya la hubiera querido yo para mi despacho. Sin duda en la comisaría de Costamata había dinero, no como en mi juzgado de Costabrava, donde las paredes hacía siglos que no se pintaban y seguramente, mi despacho y mesa habían pertenecido a varias generaciones de jueces. El gasto gubernativo no se centraba demasiado en reformar los edificios y oficinas públicas.

Samuel levantó el teléfono y marcó un número.

—Barrios, ¿puedes venir a mi despacho, por favor?

No hubo tiempo de hablar nada más porque una mujer joven, Barrios supuse, accedió al despacho sin llamar. Vestía de uniforme, era extremadamente delgada, llevaba el cabello rubio recogido en una cola de caballo y con semblante serio nos miró a ambos y se mantuvo expectante hasta que Samuel habló:

—Alexia, esta es la agente Isabel Barrios —me explicó, asentí saludándola con la cabeza—. Quiero que emprendas una orden de búsqueda para Irache Alemán, moviliza a todo el mundo, es una adolescente que ayer salió de casa y ya no volvió más, la quiero hoy en casa, sin demoras. Todo el mundo a la calle, ya —se dirigió esta vez a ella, mientras hablaba iba garabateando algo en un papel que le tendió—, aquí tienes los datos, consigue una fotografía y trabajad todo lo rápido que podáis.

Capítulo 3

Sergio se paseaba arriba y abajo por toda la casa. Asumía que se había extralimitado con Sara, que le había gritado sin motivo, pero ella sabía que estaba muy agobiado últimamente. Apenas habían pasado unos meses desde que lo despidieran en el despacho. Al incorporarse el nuevo director a la corporación había arrasado con más de la mitad de la plantilla y a él le había tocado salir por la puerta.

Era consciente de que su estado de ánimo se había tornado huraño y malhumorado, pero es que todo se había vuelto tan difícil. Había denunciado el despido improcedente, pero el abogado de la corporación era muy bueno y le habían dado la vuelta a la tortilla con mentiras e injurias. Llevaba casi una década trabajando como jefe de coordinación de publicidad y marketing de JKF, la empresa pionera en publicidad en San Esteban. Todo había ido bien en los últimos años, la empresa había crecido gracias, sin duda, a su ayuda. Habían cerrado contratos con marcas muy importantes a nivel internacional. Pero nunca se llevó bien con Alfredo, no le gustaba que fuera un “lameculos”, entró mucho más tarde que él en la compañía y la ambición le cegaba. Pisoteaba a sus compañeros por llegar a lo más alto y pronto lo había conseguido, poniendo de patitas en la calle a todo aquel que alguna vez se cruzó en su camino dispuesto a detenerlo.

Sabía que no debía pagarlo con Sara y que ella había tenido una paciencia infinita los últimos tiempos, pero le parecía increíble que por una absurda discusión sobre si llevaba dos o tres días sin ducharse y quitarse aquel pijama, que había de reconocer que ya olía a rancio, desapareciera de repente. Llevaba ocho días sin saber de ella, seguramente dormiría en casa de su amiga Margot. Estaba seguro de que no había ido a casa de su madre, pues le daría un buen disgusto. A no ser... a no ser que estuviera pensando en separarse de él.

Un escalofrío invadió su cuerpo, y el sudor frío resbalaba frente abajo. ¿Le abandonaría Sara ahora que no tenía trabajo y se había vuelto un desperdicio de la sociedad? Ninguna sombra había tapado antes la bonita relación que habían labrado. Era la primera vez que se cruzaba una desavenencia en su camino. ¿Sería también la última?

Sergio derrotado, hundió la cabeza entre sus manos y a los pocos minutos se levantó para dirigirse al baño, donde se afeitaría después de al menos tres

semanas y se daría una buena ducha. Sara no paraba de decirle que tenía un aspecto deplorable, y estaba seguro de que tenía razón, pero él no tenía ganas de nada y menos de cuidar su imagen. Lo haría por ella y prepararía algo rico para cenar. Hacía meses que no cocinaba, ahora se daba cuenta de la carga que había tenido que llevar Sara sobre sus hombros y la compensaría.

Tomó el teléfono móvil y marcó su número. Saltó el contestador automático, cuando el pitido correspondiente lo indicó, dejó el siguiente mensaje: “Sara, ven esta noche a casa, te voy a preparar una sorpresa. Por favor... no dejes de venir. Hablemos de todo esto, vamos a superar juntos este bache. Te quiero”.

Estaba decidido, cuando ella llegara a casa sería un hombre nuevo.

Sofía tenía un cerco negro bajo los ojos que delataban su cansancio y tristeza. No parecía la misma persona con aspecto jovial con la que había pasado la tarde el día anterior.

El detective José Costa, un muchacho de *veintipocos* de aspecto nórdico e imperturbable, se paseaba de un lado a otro con semblante serio y determinación, dando órdenes a sus compañeros lejos de donde el inspector Samuel Farías y yo nos habíamos apostado, en el sofá del salón. Cuando notó que seguía sus movimientos sin dejar de observarlo me ofreció un amago de sonrisa y se acercó a nosotros.

—Alexia, este es el detective José Costa —me explicó Samuel—, mi mano derecha. Lleva poco más de año y medio trabajando para mí, pero ese escaso tiempo le ha servido para hacerse con todos nosotros. Que no te deje engañar su juventud, es muy bueno en su trabajo.

Le tendí la mano mientras él murmuraba un *gracias* algo azorado. Por lo que Samuel me explicó más adelante supe que Costa había sido un agente ambicioso desde que salió de la academia, con un expediente laboral impecable e impactante para el poco tiempo que llevaba ejerciendo. Había solicitado el traslado desde una ciudad vecina más pequeña donde, según Samuel, estaba desaprovechado su potencial. Cuando el inspector comprobó su expediente no dudó en darle una oportunidad y se había convertido en su persona de confianza logrando, hacía unas semanas, un ascenso a detective de homicidios. Un cargo del que escasos agentes de su edad podían presumir. Se había mudado a un apartamento cercano a la comisaría donde vivía solo, y se

dedicaba en cuerpo y alma al trabajo. Era atractivo, con un cuerpo escultural que quitaba el hipo. Perfectamente afeitado, cabello tan rubio que parecía blanco, peinado despeinado y estaba segura, que esas escasas sonrisas que iluminaban su rostro, tenían locas a todas las mujeres con las que trabajaba día a día en la comisaría.

Ayudé a Sofía a servir unas tazas de café que trasladé hasta la mesita de centro del salón, una habitación espaciosa y coqueta de colores sobrios, con una decoración elegante y amplias cristaleras que daban al jardín que en plena primavera lucía precioso y llenaba el hogar de un olor agradable a flores y césped húmedo, pocos objetos decorativos y escasos muebles que le interrumpieran su paso con la silla de ruedas por la casa.

Me acomodé junto a Samuel y el detective Costa con la esperanza de poder ayudar en algo.

—Sofía, ¿a dónde se dirigía su hija ayer por la tarde? —comenzó Costa, abriendo un bloc de notas, bolígrafo en mano.

—Teníamos que hacer algunas compras, aunque le dije que no era necesario que lo hiciera, ya que Begoña, la chica de la limpieza, se podría encargar de todo al día siguiente. Irache no quiso escucharme, me dijo que aprovecharía el paseo para terminar unas gestiones que tenía pendientes para un trabajo del instituto —explicó Sofía—. Yo fui temprano para casa de Alexia, ya sabes que ayer se mudó —continuó esta vez mirando hacia Samuel que parecía sorprendido, al fin y al cabo no le había contado nada aún—. No supe de ella en toda la tarde, pero tampoco le di mayor importancia.

—¿Qué tipo de gestiones? —le interrumpió Costa.

—Unas fotocopias o algo así. Casi toda la información la tiene en el ordenador. El proyecto lo estaba haciendo junto a Marta, su mejor amiga. Suelen hacer este tipo de tareas de grupo juntas.

—Barrios —se dirigió esta vez a su compañera que pasaba cerca de nosotros—. ¿Has averiguado si alguien la vio en algún momento?

—Hablé con Marta, pero me dijo que no supo nada de Irache ayer por la tarde y que tampoco habían quedado en verse o hablar, ya que el trabajo lo tenían prácticamente terminado. Me acerqué hasta el supermercado que está a dos manzanas, que es donde suele hacer las compras, pero nadie recuerda haberla visto. Algunos compañeros han preguntado a los vecinos y nada.

Yo sabía que en el fondo los agentes pensaban que no era más que un acto de rebeldía de una cría, pues estaba en la edad propia de ese tipo de actuaciones, pero esperaba que fueran muy sutiles para no herir a Sofía.

—¿Ha notado algo extraño en Irache últimamente? —Costa anotaba algo en la libreta y levantó la vista para clavarla en los ojos de mi amiga.

—Irache ha cambiado mucho en los dos últimos años, a veces se altera con facilidad. Se enfada mucho y a los cinco minutos se le pasa. Hay cosas que sé que no me cuenta. Pero yo no insisto, no es más que una adolescente, es normal que esté un poco más irascible y que ya algunas cosas no las quiera compartir con su madre.

—¿Algún novio? —insistió.

—No, que yo sepa. —Sofía se encogió de hombros impotente.

—¿Algún otro amigo que no sea Marta?

—Cuando hablé con Marta... —La agente Barrios cortó al detective—, me comentó que últimamente hablaba constantemente de un chico que parecía gustarle mucho. Dice que solo sabe su nombre, Manu.

—¿Te ha contado algo de ese chico? —me adelanté y le pregunté a mi amiga que se ponía más nerviosa por momentos. Cogí su mano y se la apreté entre las mías.

—Alguna vez me lo nombró, pero no me contó nada importante, ni tan siquiera sabía que le gustaba. Solo que le había ayudado a estudiar para el examen de química de hace unas dos semanas al que Irache le tenía auténtico pavor.

—Si su amiga íntima no lo conoce, supongo que no es alguien del instituto. ¿Tiene idea de donde lo conoció? —continuó Costa.

—Irache no tiene demasiados amigos. Va al instituto y un fin de semana al mes aproximadamente sale con Marta y otras chicas de su clase, al cine, de compras, a almorzar... Aparte de eso, los martes y los jueves después de comer, acude a clases de inglés en la academia oficial de idiomas, en la sucursal de San Miguel, a unos diez minutos caminando desde el instituto. Supongo que en cualquiera de esos sitios puede haber conocido a algún chico.

—¿Qué me dice de Internet? —Prosiguió el detective.

—¿Se refiere a chats y ese tipo de cosas?

—Sofía, hoy en día con las redes sociales no es necesario entrar en un chat propiamente dicho para conocer a alguien. Basta tener una sola cosa en común para conocer a miles de personas de diferentes partes del mundo —le explicó Samuel para que intentara hacer memoria.

—Sí, sí, lo sé. Irache tiene un ordenador en su cuarto. Lo utiliza mucho para hacer deberes, escuchar música, hablar con sus compañeras de clase. A

pesar de ser una chica más bien tímida, es cierto que tiene cuentas en Facebook, Instagram y Twitter. —Recordé que yo misma había hablado por Skype con ella alguna vez.

—Cariño, ¿le revisas las cuentas? —le pregunté yo, había visto tantas cosas raras en el juzgado que siempre le aconsejaba a todos los padres que revisaran con asiduidad las redes sociales en las que sus hijos se registraban.

—Nunca le he prohibido utilizar el ordenador ni Internet, tengo confianza en ella. Sé que es una persona muy madura para su edad y sabe cuidarse bien, para ella es como una vía de escape. Se niega a salir dejándome sola en casa, a pesar de que yo misma cada pocas semanas salgo con mis amigos. No es que ella me vea como alguien indefenso, solo que le gusta estar aquí conmigo. Soy bastante independiente, tantos años en esta silla te hacen aprender a vivir de otra forma y yo no soy de las que se queda lamentándose en el sofá. —Sofía se puso a la defensiva—. Tengo un trabajo de ocho a tres en una de las oficinas más importantes de la ciudad, tengo una buena vida social. Pero ella no es como yo, es más introvertida, así que no le cierro las pocas opciones que encuentra para relacionarse. Suele conectarse cada día a las redes sociales, y la respuesta es no, no suelo revisar con quién se conecta y con quién no. ¿Debería haberlo hecho? —Su semblante fue palideciendo.

Ciertamente, Sofía no era una mujer desvalida y nunca lo había sido, a pesar de su silla. El accidente de tráfico que la postró en ella ocurrió once años atrás. Sofía y Javier, su marido, decidieron darse el lujo de pasar una noche romántica a solas, dejando a la pequeña Irache con sus abuelos. El plan era cena, tomar una copa e incluso ir a bailar si el cuerpo aguantaba. Durante la noche, la copa se convirtió en una botella de vino y el resultado fue catastrófico. La primera lluvia del año les pilló en el camino, un temporal que azotaba de forma torrencial dejando el asfalto resbaladizo, y los pocos reflejos debidos al alcohol hicieron lo demás. Javier perdió el control del vehículo saliéndose de la calzada y cayendo por un barranco. La escasa velocidad a la que conducía permitió que mi amiga, que llevaba el cinturón de seguridad, al contrario que él, sobreviviera. Todavía no entendíamos cómo condujo sin cinturón, según Sofía nos había explicado, nunca dejaba de ponérselo, debió ser un descuido, un descuido que le costó la vida, Javier murió en el acto. Fue una tragedia, sin embargo la actitud y positividad de Sofía la ayudaron a pasar el amargo trago, a asumir rápidamente su nueva vida sobre aquella silla de ruedas y valerse por sí misma, al mismo tiempo poder sacar a Irache adelante. Nunca vi a Sofía como una mujer indefensa,

todo lo contrario, luchaba con todas sus fuerzas y aunque tuvo la posibilidad de quedarse en casa cobrando una pensión por invalidez, prefirió seguir trabajando como administrativa, como había hecho desde que había cumplido los veinte años. La silla nunca supuso una barrera para ella, el único obstáculo lo tenía en su corazón, el dolor por haber perdido al amor de su vida, era mucho mayor que el de no poder volver a caminar. Sin embargo tenía a su pequeña Irache, que apenas contaba cinco años por la que debía luchar cada día; desde entonces la niña estaba muy unida a su madre, como si le diera miedo que la necesitara para algo y ella no estuviera allí para ayudarla.

El detective Costa y Samuel se miraron de soslayo, sabía que ellos pensaban que sí debía haber revisado los movimientos en Internet de una menor, los riesgos en la red eran elevados. Sin embargo, al igual que yo, no le iban a decir nada, pues ahora no era el momento y ya de nada serviría.

—Tranquila —le dijo Costa—, nos llevaremos su ordenador, si hay algo extraño, ahí lo encontraremos.

Capítulo 4

Removía la taza de capuchino que tenía delante, una y otra vez, contando de veinte hacia atrás, hasta que la espuma estaba en su punto perfecto, ni una vuelta más, ni una menos. Sentado en la solitaria cafetería a la que acudía cada mañana frente al periódico local que alguien había dejado por ahí tirado. Sin embargo no estaba leyendo, solo rememorando. Se dio cuenta de que se le había torcido la corbata y la colocó en su lugar ipso facto.

Hacía veinticinco años que había ocurrido, veinticinco años. Alguna vez pensó que lo había olvidado, pero por algún motivo, siempre volvía a su cabeza. No podía parar de revivir lo que sucedió entonces.

Mamá no estaba, había muerto dos años atrás. Ella trabajaba en un laboratorio de investigación contra enfermedades extrañas. Ganaba mucho dinero y tenían un nivel de vida más bien alto. Papá tenía una empresa de mudanzas, así que cuando murió mamá, los ingresos se vieron bastante mermados y hacía unas semanas, su hermano, que apenas tenía tres años y medio más que él, había dejado de estudiar para ayudar a su padre en la empresa. Así que se pasaba el día solo, de aquí para allá.

La había observado un millón de veces. La escrutaba a través de la ventana, se sentaba siempre cerca de ella en la escuela, iba a sus partidos de voleibol y la seguía hasta la cafetería donde siempre estaba con esas amigas suyas tan estúpidas. Eran tontas y él las odiaba, las odiaba a muerte... siempre que estaba ahí observándolas y viendo cómo se reían frecuentemente, se preguntaba si se estarían riendo de él, si le vieron tropezar con aquella piedra en el recreo o si tal vez se dieron cuenta de cómo tartamudeaba cuando el profesor Vizcaíno le hacía alguna pregunta sobre historia. Quizás se habían dado cuenta de que no había sido capaz de darle una jodida patada al balón de fútbol, jugaba para no pasar el recreo solo, pero a veces tenía la certeza de que era peor el remedio.

Las odiaba porque lo sabía, se estaban riendo de él todo el tiempo, la sangre le hervía en las venas y tenía que relajarse para no salir de su escondite y tirarle piedras a aquellas estúpidas. “Inspira, expira, inspira, expira...” se repetía... “veinte, diecinueve, dieciocho...”, cuando llegaba a uno estaba más calmado y solo la veía a ella.

Era preciosa, aquella cola de caballo pelirroja le dejaba sin aliento, su pelo olía tan bien. Solía venir a casa a estudiar, siempre hablaban de un

montón de cosas, pero a veces él no la escuchaba, simplemente navegaba en sus ojos verdes. Edurne vivía dos casas más allá, así que prácticamente eran vecinos. Se habían conocido desde que nacieron, ella siempre había sido muy guapa, pero ese año estaban empezando a salirle las tetas y un ombligo perfecto casi siempre le asomaba por debajo de las camisetas. A veces soñaba con acercar sus labios hasta la perfecta curva que formaban sus caderas y besarla, acariciarla.

Se veían todas las tardes, ella venía hasta casa a hacer los deberes y él procuraba ayudarla con las matemáticas. Edurne detestaba las matemáticas, pero él no; él era muy bueno y siempre sacaba sobresalientes.

Cada vez que Edurne se marchaba, se enfrentaba a la imagen escuálida que le ofrecía el espejo, tenía cara de pardillo, lo tenía asumido. Demasiado delgado, siempre encorvado. Los niños del colegio se reían mucho de él, siempre le estaban pegando o quitando la mochila para copiar los deberes. Ella era diferente, ella sabía ver lo que había en él, en su corazón, y llevaba años ensayando para aquel momento. Un día sacaría fuerzas y se lo confesaría todo. Le diría cuánto la amaba, cuánto la deseaba.

Nunca había besado a una chica. Con trece años, los niños de su clase presumían de haber tocado más de una teta, pero él no, él se estaba reservando para Edurne. Quería acariciarla, besarla, abrazarla con mimo. Soñaba con el momento en que pudieran caminar cogidos de la mano por la calle, seguro que a partir de ese momento ya no se le volvería a olvidar corregir su postura. Mamá siempre le estaba regañando: “Ponte firme, ponte recto, no mires al suelo, mira al frente”, pero a él se le olvidaba. Cuando mamá murió, el psicólogo al que le llevó papá le explicó que la causa radicaba en que era tan tímido y tenía tanta necesidad de aceptación que al no lograrla, o pensar que no lo hacía, quería esconderse del mundo bajo sus propios hombros, que le daba miedo todo, cualquier circunstancia cotidiana en la que se expusiera a otras personas le daba pavor y quería ocultarse bajo la cama para dejar la vida pasar. Le pareció la estupidez más grande que había escuchado en su vida así que le dijo a papá que aquel psicólogo era un gilipollas y que no quería volver a ver a ningún otro el resto de su vida. Y su padre sonrió y le dio un par de golpecitos en la cabeza. Era la primera vez que su hijo se rebelaba y subía el tono de voz, la primera vez que decía una palabrota, así que decidió hacerle caso y no lo volvió a llevar ni a ese, ni a ningún otro “comecocos”.

Cuando Robert venía a su mismo colegio, no se atrevían a meterse tanto

con él, porque alguno siempre se llevaba un “regalo” de su hermano: un ojo morado, un tremendo dolor de estómago, la nariz sangrando... pero Robert era mayor y pasó al instituto, desde entonces aquello era un suplicio. Era mejor no dejarse notar, si no hubiera sido por Edurne, nada tendría sentido. Ella lo era todo, y con ella soñaba cada día. Lo haría, tenía que ensayar más. Un día tendría el valor suficiente para declararse.

No podía quedarme en casa tranquilamente, así que decidí que como yo era la madrina de Irache, nadie me podía prohibir ir a hablar con sus amigas. Quizás sacara algo nuevo y de provecho, al fin y al cabo, yo la conocía mejor que los agentes.

Llamé al timbre y pronto los padres de Marta salieron a recibirme a la puerta principal de un gran chalet. Aunque Irache me había hablado alguna vez de su amiga Marta, yo no la conocía salvo por alguna fotografía y mucho menos a sus padres. Se notaba a la legua que era una familia acomodada de alto poder adquisitivo. Se podía intuir por el exterior de su casa, por la apariencia de la pareja y por la decoración del interior cuando me hicieron pasar al salón.

—Buenas tardes, señor y señora Martínez. —Les tendí la mano— Soy Alexia, la madrina de Irache.

—Pase, por favor. Marta bajará enseguida —me indicó él. Un hombre alto y delgado. Cabello y barba canosos, y ojos color miel.

— Marta e Irache han ido toda la vida juntas a la escuela, es muy buena chica. No entendemos qué mosca ha podido picarle para hacer una trastada así. No es su forma de ser —dijo ella. Una mujer entrada en la cuarentena, con anchas caderas y un cuidado cabello pelirrojo, mucho más joven que su esposo.

—Aún no estamos seguros de que se haya escapado —comenté.

—Dudo que Irache se fugara —dijo una voz juvenil que procedía de una chica que bajaba por las escaleras—. La conozco mejor que nadie.

—Marta. Hola, cariño. Irache me ha hablado mucho de ti. Necesitamos ayuda, estamos muy perdidas. Ignoramos dónde puede haber ido o qué le puede haber pasado. ¿Puedes contarme algo que nos ayude? —le pedí después de darle dos besos.

Marta tenía la cara enrojecida, parecía haber estado llorando. Una joven muy guapa, con el cabello del mismo tono pelirrojo que su madre, tez pálida,

cubierta de pecas y ojos castaños.

—En el instituto somos un pequeño grupo de cuatro, pero Irache y yo estamos más unidas entre nosotras. Abigail y Susana son nuestras amigas, con ellas estamos en clase y salimos de vez en cuando.

—¿Qué tipo de cosas hacéis juntas? —Me interesé.

—No sé, lo normal. Hablamos de chicos, de tonterías, vamos de compras o al cine... no sé, lo normal.

—¿Qué chicos son los que os suelen rondar? —Marta soltó una seca carcajada ante mi pregunta.

—¡Todos! Están como bobos, todo el día babeando.

—¿Alguno en particular? —No pretendía hacerle un interrogatorio pero no me contaba nada, respondía escuetamente a todas mis preguntas, así que no me quedaba más remedio que seguir formulándole algunas más.

—Irache llevaba como un mes hablándome de un tal Manu. Se sonrojaba cada vez que lo nombraba, y parecía nerviosa. Ella es la más reservada de las cuatro y le cuesta más contarnos ese tipo de cosas —habló Marta secándose las lágrimas que le asomaban por las comisuras de los ojos.

—¿Conoces a ese chico? —proseguí.

—No, y si lo conozco, no sé quién es. Le insistí mucho a Irache pero no quiso desvelármelo. En nuestra clase hay dos chicos que se llaman así, Manuel del Rosario y Manuel Ortega, imaginé que era alguno de ellos, pero que le daba vergüenza reconocer cuál de los dos podría ser. Parecía muy incómoda cuando le insistía, así que no lo hice. Solo me contó lo que me quiso decir.

—¿Y qué te quiso contar?

—Pues que hablaban mucho después de clase y que habían quedado algunas veces. Que le había ayudado a aprobar el examen de química. ¡Sacó un nueve! Este curso no había sacado más de un cinco en esta asignatura, a pesar de ser muy buena estudiante. Supongo que ese chico es un empollón. Le pregunté mil veces por qué no me lo presentaba, pero me dijo que por el momento se lo guardaba solo para ella, que ya tendrían tiempo.

—Sofía siempre me ha dicho que Irache no suele salir de casa, que más bien tiene que obligarla.

—Yo pensaba lo mismo, pero es evidente que no es así. Supongo que es normal, yo también he quedado con algún chico —dijo ruborizándose. De pronto pareció darse cuenta de que sus padres estaban escuchando a un par de metros de ella y se puso nerviosa. Tartamudeó un poco—. Nada serio, no...

no es nadie en particular, solo que es normal que a esta edad nos empiecen a gustar los chicos. ¿No?

Asentí.

—A ver, Marta —apremié intentando sacar algo de todo aquello—. Todas las mujeres tenemos un sexto sentido. ¿Cuál de esos chicos crees que le puede gustar a Irache?

—Pues la verdad es que no lo sé. A mí ninguno me parece tan estupendo como ella lo pinta, pero ya sabes, el amor es ciego. No la he pillado mirando a ninguno de los chicos de clase, ni comportándose de forma diferente con ninguno de ellos. Quizás no sea del instituto, a lo mejor lo conoció en otro sitio, en las clases de inglés, por ejemplo.

—¿Ayer quedaste con Irache para terminar el trabajo para el viernes?

—Bueno, el trabajo ya estaba terminado. —Marta agachó la cabeza—. Era un proyecto para el profesor Lozano. Una mezcla para reforzar conocimientos de ciencias, informática, internet y hablar en público, puntuaba en varias de sus asignaturas. Irache estaba mucho más entusiasmada que yo, le gustó mucho el proyecto. A mí me parecía un poco tostón, pero bueno, teníamos que hacerlo.

—Y si el trabajo ya estaba terminado, ¿qué gestiones tenía que hacer Irache ayer? —insistí.

—Ella... —Se sonrojó y agachó la cabeza de nuevo—. Quería enseñarle la presentación que habíamos preparado a Manu. Quería saber su opinión, si creía que nos habíamos equivocado en alguna cosa o si podíamos añadir algo más para que estuviera perfecto. Irache es muy ambiciosa, si puede conseguir un diez no se conforma con un nueve y medio.

—Es decir, que no tenía que hacer unas gestiones, tenía que ver a su novio —sentencié llevándome la mano a los labios. Irache había mentido a Sofía, así que realmente podía estar por ahí con algún chico del que no sabíamos nada.

Marta asintió.

—¿Crees que es posible que se entretuviera demasiado con él, o que simplemente le apeteciera pasar la noche con ese chico y se le hubiera presentado la oportunidad de una forma u otra? —pregunté.

Marta se encogió de hombros.

—No lo creo y menos sin avisar a su madre de que no dormiría en casa. Sofía lo hubiera entendido si le hubiera dicho que quería salir con un chico, nunca se lo prohibiría. Siempre le está insistiendo para que haga amigos y

salga más por ahí con nosotras, pero a ella no le gusta mucho salir. Le gusta estar con su madre, es como si quisiera pasar cada momento libre de su vida con ella. Como si tuviera miedo de que se fuera, igual que hizo su padre. Y si quieres mi opinión sincera, nunca haría algo que pudiera hacerle tanto daño como desaparecer sin dar señales durante un día entero.

—Muchas gracias, Marta —dije levantándome del sofá—. Por favor, si recuerdas cualquier cosa que pueda ser importante o descubres quién es ese chico, llámame o a la policía, ¿vale? —imploré al tiempo que le tendí mi tarjeta.

—Eso haré.

Bajé en silencio los cuatro escalones que separaban la puerta principal de la calle.

Le daba vueltas a la cabeza. Irache ya estaba en edad de enamorarse, pero no era una de esas jóvenes sobreprotegidas. Si le hubiera contado a su madre que salía con alguien, no hubiera encontrado ningún inconveniente. Quizás se sintió confusa, actuaba como nunca había hecho y le daba miedo que Sofía no lo aprobase. No atinaba a saber qué era exactamente, pero algo no me cuadraba. Lo que parecía claro era que ese chico suponía una pieza clave para conocer el paradero de la muchacha.

Capítulo 5

Se levantó y arrastró los pies por la estancia, parecía que el día le ofrecía una tregua y ya no tenía tanto frío. O eso, o estaba muerta y no se había percatado. Veía traspasar un rayo de luz a través de unas tablas en la pared. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí? Intentaba recordar qué era lo último que estaba grabado en su memoria, pero solo venían las imágenes de los vómitos que había tenido durante las primeras horas de su encierro.

Se sentía débil, no tenía hambre, pero sabía que hacía mucho que no probaba bocado y tampoco agua. Sin embargo aquel rayo de luz era una esperanza. Por primera vez desde que estaba encerrada podía ver algo de aquel habitáculo, aunque lo que distinguió tampoco era que le llenara de satisfacción.

El suelo era de tierra, no había madera o baldosas debajo. Se preguntaba de dónde vendría el fuerte y desagradable olor que inundaba la estancia, intuía que aunque ya no lo notaba, seguía allí. Vislumbró la única puerta que había en la habitación y se dirigió a ella rápidamente. Era de una madera vieja y mohosa, al igual que las paredes, pero por desgracia, demasiado robusta y fuerte como para poder derribarla. Aun así, debía intentarlo y se lanzó tres, cinco, diez veces con todas sus fuerzas contra ella. Le dio patadas y puñetazos. Pero solo había conseguido un fortísimo dolor en el hombro derecho y llenarse los puños de astillas y rasguños ensangrentados.

Fatigada, se sentó apoyando la espalda en la pared, intentando recuperar la vista que de pronto se le había nublado. Fue entonces cuando advirtió que junto a la puerta había algo, una botella grande de agua y algunas chokolatinas tiradas por el suelo. La botella no era nueva. Lo notó al abrirla y al beber el líquido que había en su interior, sabía a tierra y a rancio, pero estaba tan sedienta que poco le importaba. También se obligó a comer una de aquellas chokolatinas que sin duda le hubieran vuelto loca antes de acabar en aquel pozo de tierra y excrementos. Cuando había tomado media, sintió arcadas y decidió darse un respiro y dormir un poco, se sentía agotada. Apoyó la cabeza en el suelo y justo en ese momento el sueño se apoderó de ella.

De camino al coche suspiré aliviada, empezaba a suponer que Irache se

había comportado de un modo rebelde. ¿Dieciséis? ¡Buff!, era la peor edad sin duda para una chica, eso lo recordaba de mi propia adolescencia.

Telefoneé a Sofía que contestó al primer tono:

—Cariño, quiero que estés tranquila. He estado hablando con Marta y sinceramente esto me huele a aventura amorosa hormonal. Parece que Irache tiene su primer novio y tenía intención de verlo ayer. Supongo que por eso te insistió tanto para hacer las compras, era una excusa para salir y tardar un poco más de lo habitual —expliqué. Escuché un suspiro de alivio al otro lado.

—Alexia, ¿por qué iba a mentirme? Yo nunca le prohibiría salir con un chico, ni llegar tarde a casa porque quisiera verlo. No lo entiendo, de verdad.

—Son cosas de la edad, no le des más vueltas —intenté tranquilizarla.

—Entonces, ¿crees que está con ese tal Manu?

—Se me ocurre que quizás surgió la oportunidad de pasar la noche juntos y a ella le daba vergüenza contártelo. Actuó sin pensar en las consecuencias —conjeturé.

—Eso es imposible —murmuró—, no conozco a nadie tan racional como ella. Además en tal caso, ¿no debería haber vuelto ya a casa? —No supe qué responderle, así que preferí cambiar de tema.

—Estaba pensando que sería buena idea que la policía interrogara a la chica de la limpieza —auguré.

—¿A Begoña? Es una buena niña, solo tiene veintidós años y es una chica muy responsable. En casa tienen muchas dificultades económicas, así que ella insistió en buscar trabajo por las mañanas para poder pagarse la carrera de enfermería. Va a clase por las tardes después de pasar toda la mañana aquí limpiando. No creo que sea sospechosa de nada —caviló Sofía.

—No, mujer. No me refería a eso. Precisamente por ser una chica joven, quizás Irache vio en ella a una amiga y le contó algo que a ti y a mí en este momento se nos escapa. No sé, que le pidiera consejo sobre algo o le contara de Manu más que al resto. En este momento todo lo que podamos averiguar de ese chico es crucial, ya que la primera suposición que tiene la policía es que está con él —le expliqué.

—Pues no lo había pensado. Se lo diré a alguno de los agentes que está por aquí —me contestó.

Fui hasta mi coche y pensé en qué otra cosa podía hacer. Tenía que matar las horas, los agentes trabajaban a destajo, habían formado grupos de búsqueda, tenían a varios policías registrando de arriba abajo la casa de Sofía intentando dar con alguna pista importante, ya se habían llevado su ordenador

para examinarlo y yo no les podía ayudar en nada de eso. Decidí conducir hasta el instituto donde estudiaba para ver si lograba averiguar algo más.

—Disculpe las molestias —dije a una joven que estaba sentada en la ventanilla de la secretaría del centro.

—Lo siento. La secretaría está cerrada, tendrá que volver mañana —contestó sin levantar la cabeza del ordenador.

—No vengo a la secretaría. Por favor, necesito hablar con el director del centro, el jefe de estudios, un profesor... alguien.

La muchacha levantó la vista y me examinó con curiosidad. Evidentemente no parecía una estudiante.

—¿Y usted es...? —preguntó al fin.

—Me llamo Alexia Salandri. Verá, mi sobrina Irache Alemán... —Decidí mentir sobre el parentesco para que no me pusieran pegas aunque sabía que estaba mal, en aquel momento no me importaba demasiado, ya tendría tiempo para pensar en la envergadura de mi embuste—, ha desaparecido. La denuncia se ha presentado ya en comisaría y me gustaría hablar con el director o directora del centro.

—Un momento por favor. —La muchacha se levantó rápidamente y a los cinco minutos volvió. Detrás venía una señora, de unos sesenta años quizás. Bastante menuda, de cabello muy corto y completamente blanco.

—Buenas tardes. Soy Dora Martos, la directora del centro. —Me estrechó la mano.

—Alexia Salandri. Señora Martos, quisiera hablar con usted sobre Irache Alemán. Es mi sobrina.

—Por favor, pase a mi despacho.

La seguí por el pasillo y entramos en una pequeña oficina de aspecto austero y clásico con un par de sillas de madera frente a su escritorio y poco más que un par de estanterías y un armario. Tomé asiento.

—Le explicaré lo que ocurre. Irache desapareció ayer por la tarde. Salió a hacer unos recados y ya no volvió más. La policía aún intenta determinar si es una fuga o si le ha ocurrido algo, por eso estoy aquí. Intentamos averiguar algo que nos ayude a encontrarla lo antes posible. ¿Sabe de qué alumna le hablo? —dije sin apenas tomar aire.

—Sí, el curso pasado y este, doy clases de lengua e historia a su grupo. —Dora se llevó la mano a la garganta y le había cambiado la expresión, parecía preocupada.

—¿Qué me puede contar de Irache? Cualquier cosa puede sernos de

utilidad.

—Es una alumna ejemplar, de sobresalientes. Atiende en clase, asiste cada día, aprueba los exámenes. No puedo contarle mucho más —enumeró. Sus virtudes no me ayudaban demasiado.

—¿La ha visto en algún momento en actitud cariñosa con algún chico? — Fui directa al grano.

—Irache es muy cariñosa con todo el mundo, pero si se refiere a alguna especie de novio o algo así, no. No he visto nada de eso —respondió con seguridad.

—¿Ha cambiado algo su actitud los últimos días?

—Bueno, en general, este año todas las chicas de su grado están cambiando bastante. El desarrollo físico en ellas es más que evidente. Algo más rebeldes, parlotean todo el tiempo, se ríen más. Pero nada que no haga el noventa y nueve por ciento de las adolescentes. —Asentí, eso también lo sabía, necesitaba algo más.

—¿Podría hablar con algún otro profesor o con alguien que tenga un trato más cercano con ella? —Le solicité a riesgo de que me echara de allí a patadas. Yo no era quién para hacer esto pero también sabía que el ser “la tía” de Irache me daba “licencia” para preguntar, así quizás pudiera conseguir información que pudiera facilitar la labor a los agentes que llevaban el caso, sin tener que desviar personal que ahora mismo se dedicaban en cuerpo y alma a buscarla. Dora me miraba pensativa como si me hubiera leído la mente.

En ese momento pasaban frente al despacho cuatro personas charlando de forma relajada, con sus maletines y sus abrigos. La señora Martos se levantó y se acercó hasta ellos, volvió con un hombre de unos treinta y tantos a su lado.

—Este es el profesor Lozano, les imparte ciencias, física, química e informática al grupo de Irache. Quizás él vea más a los chicos que yo y pueda ayudarle —explicó Dora brevemente. Le tendí la mano para estrecharla, evidentemente no entendía lo que ocurría.

—Señor Lozano, un placer. Mi nombre es Alexia Salandri. Verá, mi sobrina Irache Alemán no volvió ayer a casa y estamos tratando de encontrarla.

—¿Disculpe? —preguntó contrariado—. Perdone, no sabía que la señorita Alemán había desaparecido. Es la primera noticia que tengo al respecto. Esta mañana no la vi en clase, pero pensé que estaba enferma.

—Tome asiento —le pidió la directora al profesor. Él asintió y se sentó a mi lado. Soltó el maletín y el abrigo antes de continuar—. ¿Y qué es lo que ha ocurrido?

—Eso pretendo averiguar. ¿Tiene usted confianza con Irache?

—¿Confianza? No sé si esa es la palabra. Suelo mostrarme bastante cercano a mis alumnos, eso sí es cierto. Me gusta realizar trabajos en equipo que me permitan conocerlos mejor para no valorarles como simples exámenes al final de cada trimestre —respondió contrariado.

—¿Lleva mucho tiempo impartiendo clases en este centro? —El profesor sonrió brevemente.

Era un hombre alto, cuerpo cuidado, se notaba que hacía algún tipo de deporte. Cabello castaño, correctamente peinado y vestido. Era guapo y parecía joven, seguro que más de lo que era en realidad. Tenía unos ojos rasgados de color turquesa, extraños, con una mirada intensa, difíciles de olvidar, sin duda, que se clavaban en mis ojos haciéndome apartar la mirada. Me llamó especialmente la atención una vieja cicatriz que lucía en su ceja izquierda que le daba un aspecto desenfadado a su porte formal.

—Llevo cuatro años destinado en este centro. He vivido en diferentes países y en cuanto he podido he vuelto a Costamata. Esta es mi ciudad natal, grande y bonita, perfecta para encontrar la estabilidad que ahora mismo necesito —explicó sonriente, como si hubiera olvidado el motivo de mi visita. Me empezaba a desesperar porque no sacaba nada en claro.

—En fin, señor Lozano, no quiero robarle mucho tiempo. ¿Hay algo que pueda contarme sobre Irache que me ayude a encontrarla? —Casi rogué y él negó con la cabeza.

—Lo siento, no se me ocurre nada. —Se encogió de hombros.

—¿La ha visto con algún chico en actitud cariñosa últimamente? —insistí.

—Nada fuera de lo normal a su edad.

—Su mejor amiga me ha dicho que últimamente salía con alguien, que nombraba a un tal Manu, me consta que en su clase hay un par de chicos llamados así. ¿La ha visto comportarse de forma diferente con alguno de ellos?

El profesor, extrañado con la pregunta, pensó un momento antes de contestar:

—No sé... no es que los alumnos se pongan a darse arrumacos en mis clases. —Empezaba a estar tenso e incómodo con tantas preguntas y decidí desistir. ¿Qué información de utilidad podría darme un profesor? Desde luego

parecía que ninguna.

—Señora Martos, ¿sería posible que me facilitara el número de teléfono y dirección de esos dos alumnos que comparten aula con Irache? —le pregunté a la señora Martos.

—Siento comunicarle que debido a la Ley de Protección de Datos, no puedo hacerlo. Tendría que ser la policía con una orden quién solicitara esa información —se disculpó. Ya lo sabía, pero al menos debía intentarlo.

Sería muy complicado, por experiencia propia, que un juez diera una orden para interrogar a dos chicos jóvenes solo por asistir a la misma clase que Irache y que se llamaran Manuel, y sobre todo se retrasaría la búsqueda más de lo deseado. Necesitaba hablar con ellos y pensé en cómo podría hacerlo acortando camino.

—¿Y si usted llama a sus padres y les da mi teléfono por si pueden ayudarme en algo? Lo único que pretendo es saber si Irache está bien —me empeiné.

—Haré lo que pueda —contestó escuetamente poniéndose de pie, era la forma de pedirme amablemente que me marchase de una vez, que los estaba incomodando.

Salí del instituto con la cabeza embotada, con una horrible jaqueca que sabía que no se me pasaría con un simple calmante, necesitaba echarme un rato con las luces apagadas y dormir para que se difuminara. Se estaba haciendo muy tarde, no había probado bocado desde mi temprano desayuno y necesitaba descansar un poco. Justo saliendo por la puerta del instituto llamé a Sofía:

—Hola, ¿se sabe algo más? —Fui directa al grano.

—No. —Suspiró agobiada—. Me estoy volviendo loca, Alexia. ¿Dónde está mi niña? Esto es desesperante.

—Lo siento, cielo. Sabes que Samuel y su equipo están trabajando duro y yo haré todo lo que esté en mi mano. ¿Quieres que vaya a tu casa y te haga compañía esta noche?

—No, tranquila. Estoy con Eduardo —contestó.

—¿Y quién es Eduardo? —pregunté con curiosidad.

—Bueno... es un muy buen amigo —contestó evasiva, unos segundos después como yo no decía nada continuó—: Ha insistido en venir a casa. Se quedará unos días y nos echará una mano en la medida en que su trabajo se lo permita. Vete a casa y descansa.

—Vale cielo, intenta dormir un poco. Cualquier cosa llámame, a la hora

que sea.

Antes de arrancar el coche llamé a Samuel para contarle mis nulas averiguaciones de la tarde.

—Samuel, no sé qué pensar —le dije una vez le puse al día y me contó que por el momento no tenían novedades—, ya ha pasado un día completo, tú tanto como yo, sabemos que las primeras veinticuatro horas son cruciales. Por un lado parece que se ha prendado de un chico, que a mi parecer es el chico invisible, pero por otro, ¿si fuera una escapada loca no tendría que haber vuelto ya, o haber llamado?

—No sé qué responderte Alexia, tenemos que seguir investigando. ¿Dónde estás?

—Acabo de salir del instituto, estoy en mi coche a punto de reemprender el camino a casa, estoy agotada, ha sido un día muy duro —contesté resignada.

—¿Podrías pasarte mañana por la comisaría? Quizás podrías echarnos una mano con todo esto. Tengo poco personal y está todo el mundo en batida por toda la ciudad.

—Sí, claro. Soy toda tuya, si puedo ayudar en lo que sea allí estaré. Por cierto, acabo de enterarme que Sofía sale con un chico que se llama Eduardo, por si necesitáis hablar con él.

—Bien. Muchas gracias. Te recojo en tu casa a primera hora si quieres —le facilité mi dirección agradeciéndole el gesto ya que aparcar cerca de la comisaría era misión imposible y si podía evitarlo, mejor que mejor. Me despedí rápidamente antes de colgar.

El camino se me hizo eterno, había algo de tráfico ya que era hora punta, resoplé bajando el sonido de la radio, no soportaba más la migraña y pensaba meterme directamente en la cama en cuanto llegase a casa. Al abrir la puerta, Luna corrió hasta mí para saludarme, me agaché a acariciarle la cabecita mientras me escrutaba con ojos suplicantes, ni siquiera ladraba, se quedó sentada frente a mí tranquilamente, llevaba sola todo el día. Al final me dio pena y la dejé corretear por mi calle unos minutos antes de volver a casa y caer como un saco en la cama.

Capítulo 6

Las horas pasaban y la succulenta cena que se había molestado en preparar tomaba cierto aspecto grisáceo. Hacía años que no cocinaba las brochetas de langostinos y setas que Sara adoraba y aquella ensalada templada con gulas y un toque de queso azul.

Antes de irse a vivir juntos, Sergio alguna vez la sorprendió con una cena romántica como la de esa noche. Aquella tarde se había sentido más joven entre fogones e ilusionado con la esperanza de que las aguas volvieran a su cauce. Había estado trabajando para que todo estuviera perfecto, se había acercado a la floristería más cercana y había traído un ramo de rosas rojas. Había dispuesto los platos entre pétalos y velas que llevaban horas encendidas. La cubitera con el vino se había derretido hacía rato y el aspecto de Sergio, que aquella tarde lucía emocionado y feliz por tener la seguridad de que volvería a ver a Sara, ahora era mustio, amargado. Contuvo las lágrimas en sus ojos y sacó la botella, se sirvió una copa más para esperar a su acompañante.

Se repetía una y otra vez el mismo mantra “Quizás se ha retrasado, quizás le ha pasado algo... no, no... seguro que vendrá y entonces todo se arreglará”.

El reloj avanzaba y el optimismo se había difuminado con la cuarta copa de vino. ¿Y si le había pasado algo a Sara? ¿Y si simplemente había desaparecido del planeta? La creía incapaz de ser tan cruel como para no decirle si quiera una última palabra, un adiós... algo.

Era una egoísta. ¿Por qué no podía entender que no había pasado una buena época? ¿Por qué no podía darle tiempo para superar su fracaso? ¿Por qué lo hundía aún más de aquella forma?

Daba la una de la madrugada cuando se apagó la última vela. Decidido a hacer algo, Sergio se levantó apartándose de la mesa. Tambaleándose sintió de repente que una rabia inmensa crecía en su interior, como si estuviese esperando a que se pusiera en pie para aflorar. Estalló la copa que tenía en la mano contra la pared más cercana, cogió el jarrón con las rosas y lo tiró con todas sus fuerzas contra el suelo. Con todo el ímpetu que pudo destruyó de un par de manotazos todo lo que hasta unas horas atrás lucía coqueto con la esperanza de que fuera su vía de reconciliación.

“¿Dónde estás, Sara? ¿Dónde?”.

Estaba seguro de que se encontraba en casa de su amiga Margot, quizás era muy tarde, pero necesitaba verla tanto como respirar. Tenía que aclarar de una vez por todas, aquella situación. Se dirigió dispuesto hacia la entrada de su domicilio, cogió las llaves del coche que estaban encima del aparador y se dispuso a salir en busca de su mujer.

No regresaría a casa hasta que hablara con ella. No, no lo haría.

Me desperté con una horrible tos, intentando recuperar el aliento y unos inhumanos latigazos en la sien, me dolía la cabeza como nunca y tenía muchísimo frío, sin embargo mi camiseta estaba empapada en sudor. Instintivamente supe que había tenido una pesadilla, no recordaba mucho qué había soñado, solo me quedaba una percepción desagradable en el cuerpo y la imagen de Irache retenida en alguna parte contra su voluntad.

Me incorporé y agité la cabeza intentando apartar aquellas sensaciones. Me quité la vieja camiseta que ejercía de pijama y me puse un albornoz que tenía en mi galán de noche, intentando entrar en calor. Pasé delante de Luna que dormía plácidamente soltando pequeños y suaves ronquidos, mi bolita de pelo siempre me hacía sentir mejor pero no quería despertarla, la sorteé sin hacer ruido y fui descalza hasta la cocina, dejando que el frío del suelo me despabilara del todo. Mi corazón iba recuperando su ritmo normal. Me tragué dos calmantes con un par de vasos de agua y me preparé un cacao caliente que tomé en el sofá. Aún eran las cuatro de la madrugada, sabía que debía volver a la cama e intentar descansar porque tendría un día muy duro. Encendí el televisor e hice zapping, paré en un canal en el que ponían una película que ya había visto y no llegué a atender más de diez minutos antes de quedarme dormida. Lo siguiente fue abrir los ojos porque me molestaba tremendamente la luz que entraba por los ventanales, aún desnudos de cortinas o estores, de mi nuevo salón.

Me había quedado dormida en el sofá sin darme cuenta y ni siquiera sabía qué hora era. Pulsé en el botón de información del mando a distancia y un respingo hizo que me desperezara rápidamente. Eran las siete y veinte de la mañana, Samuel estaría a punto de llegar.

Corrí hasta el cuarto de baño quitándome el albornoz por el camino y tirándolo todo por en medio. Me di una ducha relámpago, me lavé los dientes y me recogí el pelo en una cola de caballo, nunca lo había llevado tan largo y los días en los que estaba nerviosa, como aquel, no soportaba que me cayeran

los mechones en la cara. Tras cubrir mi mala cara con una ligera capa de maquillaje y lápiz de ojos comprobé en mi reloj que apenas quedaba un minuto para las siete y media, entré en mi dormitorio y me puse los primeros vaqueros que encontré, una blusa celeste a botones y unas botas de bajo tacón cuadrado. Me estaba colocando la cazadora cuando sonó el timbre y me apresuré a abrir la puerta.

—¡Ya estoy lista, ya estoy lista! —dije al tiempo que abría—. ¡Vaya! Espera un segundo —exclamé cerrándole la puerta en las narices a Samuel, sin siquiera darle la oportunidad a darme los buenos días.

Fui hasta mi dormitorio y desenchufé el móvil del cargador, busqué mi bolso por todas partes y de camino al salón fui metiendo en él todo lo que necesitaba.

—Buenos días, Alexia, ¿todo bien? —me preguntó con una sonrisa burlona el inspector de policía.

—No me hables, Samuel, no me hables.

Por el camino le pedí desviarnos un minuto, no quise explicarle mi intención, solo le solicité que me acercase un momento al instituto de Irache. Había un montón de chicos arremolinados en la puerta, en un grupo apartado vi a Marta, tenía mal aspecto y sus amigas no parecían encontrarse mejor. Estaban en una edad complicada y su mejor amiga había desaparecido, supuse lo duro que sería para ellas.

Le pedí a Samuel que me esperase en el coche.

—Hola Marta, cariño. —Me acerqué y la abracé—. Tranquilas, la encontraremos. —Marta asintió sorbiendo por la nariz.

—Ellas son Abigail y Susana. —Asentí y las saludé también—. Ella es la madrina de Irache —le dijo esta vez a sus compañeras.

—Anoche un agente pasó por la casa de ambas —me explicó Susana—, nos hicieron un montón de preguntas.

—Aún no sabemos nada. Chicas, necesito un favor. Debo hablar con los dos muchachos que se llaman Manuel, de vuestra clase. —Las niñas los señalaron y miré la hora, no debía faltar mucho tiempo para que sonara el timbre de acceso al instituto, así que me di prisa.

Diez minutos más tarde volvía al coche decepcionada.

—Acabo de hablar con los dos chicos que se llaman Manuel de la clase de Irache, no creo que sea ninguno de ellos.

—Sabes que no puedes acosar a sus compañeros de clase sin una orden judicial, ¿verdad? —preguntó sorprendido.

—Eso no es así, exactamente. Tú no puedes acosar a sus compañeros. Yo soy su madrina, y simplemente me he acercado a sus amigos para preguntar si saben algo de ella. No es nada ilegal —me defendí.

—Bueno, vale. —Samuel se encogió de hombros.

—Manuel del Rosario, me dijo que pasó la tarde del miércoles en casa con dos de sus compañeros de clase estudiando juntos. Apenas tiene roce con Irache, que es una chica agradable y una buena compañera, pero ni siquiera la considera su amiga. Manuel Ortega no parecía muy interesado en ella, es más, me contó que salía con una chica de último grado de secundaria de ese mismo instituto y con ella fue con quién pasó la tarde, fueron al cine, tomaron un refresco, se despidieron a eso de las siete y media y se fue a casa con sus padres hasta el día siguiente. Ambos me facilitaron sus direcciones por si necesitábamos hacerles alguna pregunta más.

—No nos sirve de mucho, pero al menos podemos descartarlos.

Samuel arrancó el coche e hicimos el camino en silencio y decidí desviarse a una cafetería cercana a la comisaría, lo que agradecí tremendamente, la noche anterior apenas había tomado una barrita energética mientras paseaba a Luna, no había absolutamente nada más en toda la cocina, con tanto ajetreo había olvidado hacer la compra. Me pedí un bocadillo de tortilla, un donuts de chocolate y un capuchino extra grande.

Samuel miraba pasmado cómo devoraba todo aquello con una sonrisa en los labios.

—Comes como cuando tenías trece años —sentenció riendo.

—¡Jum!, ya. —Normalmente no era persona hasta que acababa de desayunar, no me apetecía mucho hablar y menos aún, estando tan desanimada con lo poco que estaba consiguiendo ayudar.

—Y sigues teniendo el mismo mal carácter hasta que engulles el desayuno.

Levanté la mirada del plato con una sonrisa. Había desayunado mil veces en casa de Samuel cuando apenas era una niña. Me había paseado con todos y cada uno de mis pijamas más cursis por su casa y de pronto supe que él estaba rememorando esa imagen, con el de Hello Kitty tal vez, era el que más usaba, mi favorito, el pelo revuelto y el ceño fruncido hasta que devoraba media despensa. Me reí y no hablamos más hasta que se terminó su sándwich y su zumo de naranja.

A un par de calles de la comisaría y con el tráfico que se había vuelto imposible ya a esa hora, decidimos ir dando un paseo. Saludé a Miriam con la mano, que hablaba por teléfono, ella respondió mi gesto y se giró al portátil

de su mesa para teclear algo.

Ya en el despacho de Samuel le conté todo sobre mi conversación de la tarde anterior con Marta y con la directora y el profesor del instituto, y luego él comenzó a hablar. Me enseñó una fotografía de Irache que parecía reciente. Estaba muy cambiada desde la última vez que la vi, parecía más madura, más mujer.

—Ayer uno de mis agentes encontró muy bien escondida esta fotografía en uno de los cajones de la ropa interior de Irache. Mira —dijo señalando su cuello—, lleva un colgante plateado con forma de corazón, aunque en la fotografía no se distingue bien parece que lleva una inscripción. Podemos buscar en su casa la caja que lo contenía, si tiene el nombre de la joyería, quizás la persona que lo atendió recuerde algo a ese chico.

Sonreí con tristeza y acaricié la instantánea.

—Esto no es un regalo de ese chico —dije con total seguridad.

—¿Cómo que no? ¿Por qué no? —preguntó confuso.

—Ese colgante se lo regaló Javier a Sofía cuando eran novios, cuando cumplieron su primer año si no me equivoco. Eran muy jovencitos, apenas un par de adolescentes. Ya sabes que Irache era muy chiquitita cuando murió su padre y solo preguntaba por qué su papá se había ido al cielo y no podía volver, pero llegó una edad en la que no paraba de cuestionarle a Sofía cosas sobre él: cómo era, cómo se habían conocido, cómo se habían hecho novios. Al cumplir los nueve años, Sofía le regaló este colgante a Irache, y le dijo que era su tesoro más preciado, que le dolería más perderlo que perder su propia casa y que tendría que protegerlo con su vida. Todo esto me lo contó Sofía con lágrimas en los ojos, pero también Irache, esa noche cuando la llamé para felicitarla y le pregunté cuál había sido su mejor regalo de cumpleaños, me contó todo, esa responsabilidad le hacía sentirse mayor. Desde ese momento no se ha quitado nunca el colgante.

—Oh —soltó con decepción y, aunque entendía el motivo, me sentó mal su gesto de fastidio, era algo precioso que unía a Irache y a Sofía, incluso a Javier—. Disculpa Alexia, es que pensé que tendríamos otro hilo del que tirar, como la foto estaba tan bien escondida... —Me encogí de hombros.

Apartó la fotografía y me leyó algunos datos del informe que le habían pasado los agentes a primera hora de la mañana.

Se levantó y pegó la fotografía de Irache en la pizarra y escribió su nombre debajo, se me erizó la piel. Irache era mi ahijada, aunque apenas la había visto unas tres o cuatro veces en su vida, hablaba de forma regular con ella y

siempre le mandaba regalos por su cumpleaños y por Navidad. No quería pensar que aquella chica con la palabra desaparecida en la parte superior de la fotografía fuera esa niña a la que yo adoraba, la hija de mi mejor amiga, que ya había sufrido suficientes desgracias en su vida como para tener que soportar encima la desaparición de una hija. Sacudí la cabeza y pensé que la mejor forma que tenía de ayudarlas era poniendo todo mi conocimiento y mi ayuda a disposición de la policía. «Te encontraré», susurré. Samuel no me había escuchado, estaba concentrado en la pizarra.

Dieciséis años, escribió debajo de su nombre y lo subrayó. Al lado de la fotografía escribió el nombre de Manu entre interrogantes y en la parte superior escribió: “Desaparecida el veinticinco de marzo, a las seis de la tarde”.

—Sofía y Marta son las personas más cercanas a Irache —reflexioné—. Una asegura que salió a hacer un trabajo del instituto y la otra que había quedado en ver a su chico, el tal Manu. Por lógica deberíamos suponer que Marta tiene razón. La clave es, ¿quién es Manu? ¿Dónde se iban a ver? Por ahora parece que nadie conoce a ese muchacho.

—Irache no se llevó de casa más que una mochila con su documentación, el dinero para las compras que apenas llegaba a treinta euros y su teléfono móvil, que según nuestro personal se encuentra apagado —me explicó Samuel, mientras yo me perdía en sus palabras dándole vueltas a la cabeza—. Si lo encendiera en algún momento podríamos localizarla enseguida, así que tengo a un equipo pendiente. Según su madre no falta ropa de su armario, por lo que en un principio no parece que quisiera pasar la noche fuera de casa.

Sonó el teléfono del inspector sacándome de mi ensoñación. Habló un par de segundos y colgó.

—Tengo fuera a Begoña Cumba, la chica de la limpieza. Le dejé varios recados en el móvil ayer para que se pusiera en contacto conmigo y en cuanto salió de la facultad me llamó. La cité para esta mañana. Hablaremos con ella —me explicó Samuel.

Asentí. El inspector se dirigió a la puerta del despacho y la abrió, dejando pasar a una menuda chica, de alrededor de un metro cincuenta y poco, muy delgada, con nariz prominente y ojos hundidos. Llevaba el pelo castaño descuidadamente recogido, por lo que muchos mechones se posaban en su asustada cara. Yo no la conocía, apenas había oído hablar de ella y por supuesto, era la primera vez que la veía.

—Begoña, ella es Alexia Salandri, es amiga de Sofía, nos está ayudando

para poder encontrar cuanto antes a Irache. —Begoña asintió—. ¿Quieres tomar algo? —Negó con la cabeza. No atinaba a averiguar si estaba tan asustada por estar en la comisaría, o por lo que estaba ocurriendo con Irache. Ambas cosas quizás—. Bueno, comencemos entonces. Voy a hacerte algunas preguntas que espero nos puedan ayudar a aclararnos un poco. ¿Cuándo fue la última vez que viste a Irache?

—Este domingo. Fuimos con su madre a comer juntas y luego al cine. — Yo escribía, no pretendía participar en el interrogatorio, solo observar y apuntar todo lo que pudiera ayudarnos.

—¿Te quedaste a solas con ella en algún momento? —preguntó Samuel.

—Sí. Fuimos juntas a la biblioteca, yo tenía que consultar un par de manuales y ella quería hacer algunas fotocopias. Solemos ir mucho juntas allí a estudiar. Luego tomamos un refresco en la terraza de la plazoleta que está junto a la biblioteca —respondió en un tono suave mientras se estrujaba los dedos de las manos.

—¿La notaste rara? ¿Tenía algún tipo de problema o actuaba de forma diferente? —continuó el inspector.

—No, era la misma de siempre.

—¿Te contó algo sobre algún chico? —Levanté la vista para fijarla en sus ojos porque de pronto había dejado de mirarse las manos. Parecía recapacitar antes de hablar.

—Sí, me habló de Manu, no es la primera vez que me lo nombra, creo que hace unas semanas que sale con él. Me dijo que la había ayudado un montón y que gracias a él, habían subido sus notas. Me contó que en cuanto Marta y ella terminaran el trabajo que estaban realizando quería mostrárselo para que le diera su visto bueno —contestó. Daba la impresión de hablar despacio para asegurarse de que no se dejaba nada atrás.

—¿Quién es Manu?

—Pues no sé mucho, un chico que le gusta, creo que salen juntos aunque no me lo ha dicho directamente.

—¿Sabes algo más de él? —continuó Samuel.

—No, bueno... sí. Me dio a entender que era un poco mayor que ella.

—¿No te ha contado nada más de él? —insistió Samuel.

—Me dijo que vivía cerca de la biblioteca. El domingo, en el tiempo en que consulté los manuales que necesitaba, menos de una hora, a ella le dio tiempo a hacer las fotocopias que necesitaba, ir hasta la casa de ese muchacho y volver antes de que yo terminase. —Se quedó un momento pensativa.

—¿Cuánto tiempo crees que tardó en hacer las fotocopias? —pregunté yo esta vez.

—Unos diez minutos, quince a lo sumo.

—¿Para qué iba a verlo? —prosiguió Samuel con sus preguntas.

—Nada en especial, me dijo que quería darle una sorpresa y saludarlo.

Me levanté y fui hasta el ordenador del inspector, busqué en *Google* un mapa del barrio y lo imprimí en lo que ellos continuaban hablando. Si tardó quince minutos en hacer las fotocopias, eso le daba cuarenta y cinco para ir hasta el domicilio de ese chico, hablar un rato y volver. Así que el camino a pie no debería ser mayor de quince o veinte minutos. Estudié el mapa que tenía delante y tracé un círculo rojo alrededor del área que estaría comprendida en ese rango de tiempo, según mi opinión. Conocía bien toda aquella zona de San Miguel, yo me había criado allí y había pasado días y noches en aquella biblioteca estudiando.

—¿Hay algo que creas que pueda ayudarnos a encontrar a Irache?

—Lo siento mucho, pero no. No me comentó nada y dudo mucho que se haya escapado de casa. —Begoña parecía más tranquila, el interrogatorio se estaba terminando. Samuel asintió y se dirigió a mí esta vez.

—¿Se te ocurre algo más que podamos preguntarle?

Pensé un momento.

—Tú limpias la casa de Irache y Sofía, ¿verdad? —Begoña asintió—. ¿Alguna vez has visto un diario, una agenda o algo así y sabes dónde puede guardarlo Irache?

—Nunca he visto nada de ese estilo. Es una chica muy organizada, pero hasta donde yo sé todo lo tiene informatizado. Hasta utiliza la agenda del ordenador porque la tiene sincronizada al móvil mediante una aplicación y lo controla todo mejor.

Begoña se marchó y yo seguí estrujándome el cerebro. Pegué el mapa que acababa de imprimir en la pizarra con un poco de celo y marqué en él, las direcciones de los dos compañeros de Irache con los que había hablado esa mañana. Los domicilios de los muchachos estaban bastante alejados de la zona de la biblioteca, se podría tardar entre treinta y treinta y cinco minutos como poco en llegar.

Llamaron a la puerta, era Isabel Barrios, la agente que había llamado Samuel el día anterior para dar el pistoletazo de salida a la búsqueda de Irache.

—Ayer por la tarde hablé con Abigail y Susana —dijo la agente. Miró su

libreta antes de comenzar a hablar, leyó algo y luego dijo:

—Abigail Alezard, tiene diecisiete años, es la mayor del grupo. Algo engreída y con complejo de superioridad. Parece llevarse bien con Irache, pero ni siquiera sabía que salía con alguien. —Pasó la página y continuó—: Susana es una chica bastante extrovertida, al verla junto a sus padres resulta evidente que es adoptada, por sus rasgos orientales que nada tienen que ver con el aspecto de ellos. Muy agradable, parecía bastante más afectada que Abigail. Logré hablar a solas un rato con ella y me dijo que lo único que sabía de Manu es que era mayor que Irache, que ella se lo había contado. Cuando le pregunté por qué ella sabía algo que las demás desconocían, ni siquiera Marta, me respondió que tenía miedo de que la juzgaran e Irache sabía que Susana tenía una mente más abierta. Le había pedido consejo varias veces, le daba miedo que ese chico al ser mayor la rechazara. Irache se lo contó una mañana que se quedaron solas en el recreo, no le dijo cuánto de mayor era. Quizá no sea un chico del instituto, aunque allí se imparten diferentes grados de ciclos formativos y hay chicos que pasan de veinticinco años, pero asegura que nunca la vio acercarse a ninguno en concreto.

—El detective Costa pretendía acudir ayer a la escuela de idiomas en la que Irache estudia dos veces por semana. Allí hablaría con su profesor y sus compañeros, quizás averigüe algo de ese chico con el que salía. Además, esta mañana tenía que reunirse con Suárez, de informática, que se encargaba de revisar la información del ordenador de Irache. En cuanto llegue nos informará.

Capítulo 7

Abrió los ojos y pudo advertir que la estancia estaba de nuevo completamente oscura. Tenía la sensación de que no habían pasado muchas horas desde que se quedara dormida. Nada más incorporarse vomitó la media chocolatina que se había obligado a tragar. Se limpió la barbilla con el brazo y se enjuagó la boca con un poco de agua que escupió en el suelo. Se sentía un poco mejor, ya no tenía mareo. Era imposible distinguir nada de su alrededor, solo veía una capa de negrura que se cernía sobre ella. Se sentía cansada y volvía a tener frío. Bebió un poco de agua y se acurrucó abrazada a la botella quedándose dormida de nuevo.

Pocas horas después, un rayo de luz la despertó. Después de unos minutos de confusión se sentó, debía haber amanecido hacía rato, podía verse algo mejor el interior de la estancia con la luz que se colaba por las rendijas de la madera. Pudo distinguir en la otra punta un pequeño bulto en el suelo y se acercó para ver lo que era. Parecía una manta raída, olía mal, pero estaba seca. Se la pasó por encima de los hombros y se sentó, cerca del rayo de luz que la había despertado minutos antes con la intención de que el frío le diera tregua por un rato.

Por mucho que miró no pudo encontrar una ventana o una rendija a la que alcanzara a mirar. Por encima de la altura de su cabeza había varias brechas, pero era imposible llegar hasta ellas, no había nada en la habitación donde subirse. Necesitaba pensar qué podía hacer. Se llevó la mano al cuello, como siempre que tenía que concentrarse, pero se dio cuenta de que no estaba allí. Su colgante había desaparecido. Se tanteó el cuerpo como si hubiera podido desplazarse de lugar. Comprobó los bolsillos de sus pantalones que estaban vacíos. Tenía que encontrarlo, no era posible que lo hubiera perdido, tenía que encontrarlo.

—¡Mierda! ¿Dónde estás? —susurró en un sollozo ahogado.

Con los ojos llenos de lágrimas por el miedo de haber perdido el objeto máspreciado de su vida se puso a cuatro patas dispuesta a rastrear cada centímetro del habitáculo, moviendo la tierra con las manos y las uñas por si podía haber quedado enterrada en algún lugar. Era como buscar una aguja en un pajar, pero no tenía nada mejor que hacer y no podía permitirse perderlo.

Tenía la sensación de que habían pasado horas, le dolían las rodillas y

tenía los dedos de las manos entumecidos por el frío. Se le había metido tanta tierra debajo de las uñas que le dolía, pero lo había encontrado, casi no podía creérselo. Era un milagro. Tan solo pudo gritar de júbilo: ¡Aquí estás! Y llorar, llorar como una energúmena hasta que casi se quedó afónica. No tenía fuerza en los dedos ni los sentía como para poder abrochárselo, así que se lo puso en la mano derecha, aferrándose a él. Entonces hizo algo que desde que tenía unos ocho o nueve años no había hecho, se puso a rezar. Se acurrucó en la fría tierra, mientras un olor a lluvia inundaba aquel cuartucho y se mezclaba con la peste de su alrededor. Se quedó dormida de nuevo, exhausta por el gran esfuerzo que le había supuesto dar con su tesoro.

Minutos o quizás horas después sintió un ruido, eso era nuevo, un ruido. Se sentó deprisa, con la espalda contra la pared más alejada de la puerta. Hizo un intento desesperado por lograr recordar quién le había hecho aquello, quién la había llevado hasta allí, qué había ocurrido, pero no le dio tiempo a pensar.

La cerradura se abrió al otro lado de la puerta e instintivamente la piel se le puso de gallina. Poco a poco se había ido difuminando el rayo de luz dando paso de nuevo a una inquietante oscuridad, aun así, intentó forzar la vista para captar a la persona que se acercaba a ella, sin embargo, sumida entre las sombras, solo atinaba a distinguir el contorno.

—¿Quién eres? ¿Por qué estoy aquí? —preguntó con la voz tan afónica por el llanto que no estaba segura de que su interlocutor la hubiera escuchado.

—Schsss.

La figura se acercó más y se agachó frente a ella, que no paraba de temblar. Se ajustó más la manta alrededor, como si eso pudiera protegerla. La persona que estaba frente a ella pasó la mano por su cabello. Era incapaz de atisbar un solo rasgo, parecía llevar una capucha puesta, una sudadera quizás.

—Mía —gruñó.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—¡Eres mía! —volvió a gruñir en un susurro.

Temblaba más y más. Su captor la empujó suavemente hasta que quedó tumbada en el suelo, le acarició el cabello y bajó las manos hasta su estómago, introduciéndolas por dentro de la camiseta hasta llegar a su pecho, que se movía de forma agitada y convulsa debido al llanto incontenible de la indefensa chiquilla. ¿Tenía acaso alguna posibilidad de

defenderse?

Parecía un hombre alto y fuerte y ella se sentía débil. El mareo había vuelto, dejándola con la vista en blanco por momentos. Lo único que se le ocurría era rezar, si no le servía para salir del atolladero, al menos podría distraer la mente y no pensar en el perturbado que tenía encima. A los pocos minutos, él se separó de ella.

—Todo llegará —susurró y le acarició la cara.

Intentó esforzarse por reconocer algo, su voz, su olor... algo... pero por mucho que lo intentaba, tenía la mente tan embotada que no lograba saber quién era, por qué la tenía y sobre todo qué había ocurrido para terminar allí.

El hombre tomó sus manos y sintió el tacto del colgante que ella aún aferraba cual rosario. Se lo arrebató de un tirón.

—¡Nooooo! ¡No, por favor! Eso es mío, no me lo quites.

Lloró y lloró, pero la figura ya se había levantado y se acercaba hasta la puerta con un estridente portazo por respuesta. Pocos segundos después sintió pasar el cerrojo y no mucho más tarde un rugido de motor alejándose.

Su mundo se hundió, lloraba sin remedio.

Samuel y su equipo tenían que dirigirse hacia el laboratorio forense, tenían una reunión con la científica que llevaba el caso de Irache, estarían un par de horas, tres a lo sumo. Luego habíamos quedado de nuevo en la comisaría sobre el mediodía para continuar estudiando los avances.

Pensé en hacerle una visita a Sofía, pero no podía sentarme tranquilamente a su lado a cogerle la mano cuando su hija simplemente no estaba, así no la ayudaba. Recapacité, me negaba a admitir que nadie hubiera visto a Irache con ese chico. Quizás no tuviera nada que ver con su desaparición, pero necesitábamos saber quién era y si la había visto esa tarde, qué había ocurrido. Interrogarlo, descartarlo o declararlo sospechoso. Era la clave para dar con ella.

Hice una fotocopia a color de la fotografía de Irache antes de salir de la comisaría y decidí acercarme a la zona donde vivía Sofía, desde ahí al instituto y a la escuela de idiomas fui accediendo a todos los comercios que encontré a ver si la reconocían y si la habían visto alguna vez con un chico. Era difícil, casi imposible, pero tenía que intentarlo.

Muchas personas reconocían a “Irache, la hija de Sofía”, decían que era una niña muy buena y tranquila, pero poco más conseguí en mis visitas.

Algunos admitían haberla visto con Marta o con alguna de las otras chicas del instituto. Por lo visto era asidua al Starbucks cercano al instituto, pero allí no la habían visto nunca con ningún chico, solo con las niñas de siempre. La camarera que me atendió me aseguró que si hubiera sido de otra forma se acordaría perfectamente, conocía a Irache de toda la vida. Recorrí todas las calles cercanas. Cuando llegué a la última cafetería me derrumbé en una silla, frustrada y hambrienta. No había nada que pudiera hacer para dar con una nueva pista. Estaba dando palos de ciego. Yo no era investigadora, era magistrada, me dedicaba a estudiar las pruebas que se presentaban en un juicio y en el mejor de los casos decidir si el acusado era culpable o inocente aplicando la ley.

—Menuda pesadilla —murmuré removiendo la taza de café que acababa de traerme el camarero—. No me creo que Irache se paseara con alguien y que absolutamente nadie en toda la ciudad la viera con él. Que saliera dos días atrás de su casa en plena tarde y ningún conocido, nadie, pueda recordar haberla visto.

Hundí la cara en mis manos frotándome los ojos.

—¿Se encuentra bien? —Se acercó un joven camarero con gesto amable a preguntar. Supongo que no era normal encontrarse a alguien hablando solo frente a su café. Asentí sin contarle nada más.

—Disculpe —le llamé cuando se había girado para marcharse, se volvió de nuevo hacia mí—, ¿podría facilitarme el periódico?

Unos minutos más tarde el camarero me tendió un ejemplar de *Hoy*, un periódico relativamente nuevo en nuestra ciudad que había saltado a la fama por una exclusiva en el caso de un asesino en serie en el que se habían inmiscuido en la investigación. Fue un caso muy sonado en todo el país pues de pronto el asesino, que resultó ser alguien cercano al periódico, se había involucrado en su propia investigación, lo que le dio opción no solo de seguir asesinando a chicas, sino que estuvo a punto de hacerlo con su propia compañera. Había seguido el caso, el juicio lo llevaba un amigo y lo habíamos comentado varias veces. Después de aquello, el diario *Hoy* dio un bombazo y se extendió por todo el país.

Me sorprendió ver en primera página la foto de Irache.

“Investigan la desaparición de una joven del barrio de San Miguel.

Irache Alemán, una joven costametense de dieciséis años de edad ha desaparecido este miércoles en las inmediaciones del barrio de San Miguel. Las autoridades competentes realizan exhaustivas labores de búsqueda que

por el momento no han dado sus frutos.

Según su familia ha declarado, lo último que se supo de ella era que pretendía salir esa tarde para encontrarse con una amiga del instituto, pero ella nunca llegó a su destino. Todo apunta a que realmente la muchacha pretendía verse con su novio, que al parecer nadie conoce y jamás han sabido nada más de ella desde entonces.

Se ruega a todos los ciudadanos que si saben algo o si la ven por alguna parte se pongan en contacto con la policía.

Informa Tomás Corujo Segoviano, para Hoy”.

Supuse que Samuel se había puesto en contacto con la prensa, no me parecía mal, quizás aquello facilitaría la búsqueda. Cuando leí la persona que firmaba el artículo, tuve que releerlo tres veces, Tomás Corujo Segoviano. ¿En serio? ¿Tomás? Asomó una sonrisa en mi cara, por fin lo había logrado, trabajaba de periodista después de tanto esfuerzo.

Tomás y yo nos conocíamos desde que llegué a Costamata, cuando jugábamos en el patio de sus abuelos, que eran amigos íntimos de los míos de toda la vida. Don Antonio, su abuelo, fue el que empujó al mío a mudarse a Costamata de Gradec y aunque vivían en puntos diferentes de la ciudad intentaban verse con asiduidad. Gracias a esas visitas, Tomás y yo jugábamos durante tardes enteras, o incluso algunos fines de semana que pasábamos allí. Cuando la adolescencia llamó a nuestra puerta, éramos tan buenos amigos y teníamos tanta curiosidad que experimentamos todo el uno con el otro. El primer beso, las primeras caricias y con el tiempo, el primer chico con el que hice el amor. Más tarde aún comenzamos a salir juntos, aquello duró un par de años. El vivir alejados nunca fue un problema, pero cuando acabé el instituto y decidí estudiar fuera, la relación se fue enfriando, y aunque hablábamos con frecuencia por teléfono durante horas, llegó un momento en el que nos dimos cuenta de que no éramos más que dos amigos que se querían con toda el alma, pero que no estábamos enamorados. Teníamos que liberarnos y lo hicimos. Siempre fuimos los mejores amigos, incluso después de romper e incluso habiendo transcurrido tantos años todavía sentía hacia él un cariño especial.

Tomás tuvo una vida complicada, sus padres murieron cuando él era muy pequeño y desde entonces vivió con sus abuelos, a los que adoraba con locura y le dieron una infancia feliz. La economía era complicada, la única fuente de ingresos era un pequeño taller mecánico que su abuelo regentaba, y en el que Tomás había pasado buena parte de su infancia correteando entre motores

desarmados, neumáticos viejos y herramientas por todas partes. Llegado el momento en que su abuelo cayó enfermo de Alzheimer, él se puso a cargo de todo, así que no tuvo la posibilidad de estudiar en la universidad, ni siquiera de acabar el instituto. Las facturas había que pagarlas y tenían que comer, pero Tomás siempre fue feliz y me decía una y otra vez que tenía que hacerlo y que estaba bien, que sus abuelos lo habían dado todo por él y que ahora le tocaba asumir su parte. No recuerdo en qué momento de su niñez empezó a decírmelo, creo que lo supe siempre, su sueño era ser periodista.

Me sorprendía verlo siempre tan feliz, aun cuando no podía hacer las cosas normales que hacían los chicos de su edad: estudiar, tontear, fiestear y holgazanear. Él trabajaba, trabajaba y trabajaba y cuando yo iba a verle, su tiempo libre era solo para mí, para besarnos, abrazarnos y hacer el amor entre automóviles medio desmontados. Después de romper, mantuvimos el contacto y algún revolcón más nos dimos mientras permanecí soltera y posteriormente seguimos siempre siendo buenos amigos, aunque hacía tiempo que no hablábamos. Lo último que sabía de él era que estudiaba de noche con la intención de poder sacar la licenciatura en periodismo. Lo había logrado y yo estaba orgullosa de él. No podía dejar pasar la oportunidad de felicitarlo. Busqué su número de teléfono en mi agenda.

—¡Hola! ¿Alexia? —preguntó sorprendido. Demasiados años sin hablar.

—Hola, señor Tomás Corujo. Perdón, quería decir señor periodista Tomás Corujo.

Tomás soltó una carcajada al otro lado.

—Eh, ¿pero cómo está mi niña? —preguntó y sonreí, siempre había sido “su niña”.

—Bien, bien. Estoy en Costamata —le expliqué, no quería contarle mucho y sobre todo no quería decirle que estaba metida en la investigación de la desaparición de Irache, quería evitar preguntas que no podía contestarle.

—¿En serio? Hace años que no vienes, he ido a ver a Mayte un par de veces al mes y te ha echado mucho de menos. —No sonaba a reproche, pero mi madre era un tema delicado para mí, así que contesté más cortante de lo que deseaba.

—Tomás, no me recrimines algo cuando no sabes nada.

—¡No, no! Por Dios Alexia, no. ¿Dónde estás? Quiero verte —me pidió.

—Estoy un poco liada, cariño, más adelante nos veremos —me excusé.

—Ah, no. Nada de eso. Llevo un siglo sin verte, porque la última vez que viniste, el estirado de tu maridito no le parecía bien que dedicaras una tarde

para venir a ver a tu amigo de toda la vida —me reprochó.

—Es verdad, pero...

—Nada de peros, hoy no voy a la oficina. Vente a casa, no acepto un no por respuesta, te espero. Ahora mismo voy a sacar del horno un bizcocho que tiene una pinta increíble y a preparar la cafetera.

—Vaaaale. —Finalmente acepté, me vendría bien desconectar por un rato—. Estaré ahí en una media hora.

Un taxi me dejó en la puerta de casa, le hice una carantoña fugaz a Luna que ladraba contenta de verme y cogí las llaves de mi coche antes de salir corriendo.

Con las nuevas circunvalaciones no se tardaba nada en atravesar todo Costamata de Gradec hasta llegar a su barrio, lo que antes suponía un viaje de hora u hora y media, hoy en día se recorría en un abrir y cerrar de ojos.

Al abrazarnos, no pude evitar sonreír y que se me saltara alguna lagrimilla, lo había extrañado mucho durante los años que viví en Costabrava. A Isidro no le parecía bien que mantuviera contacto con un ex, nunca entendió que Tomás no era un ex cualquiera, era mi amigo y siempre lo había sido, ese había sido siempre el único motivo por el que habíamos roto.

Tomás me levantó por el aire, me abrazó, me volvió a abrazar, me dio diez besos, me abrazó nuevamente.

—Oh Dios, mi niña. —Se apartó de mí, con sus manos en mis mejillas—. ¡Vaya! ¡Qué mayor estás! ¿Son arrugas eso que tienes por todas partes? —bromeó.

—Idiota. —Le di un golpe en un costado—. ¿Y a ti qué te ha pasado en el pelo? —Tomás seguía teniendo esa mirada pícara y alegre de siempre, de un tono tan negro que nunca pude diferenciar el iris de su pupila. Su cabello, efectivamente, había ido desapareciendo con el paso de los años y en un momento dado se había cansado de los claros y se había afeitado por completo. Una barba de días regada de canas aquí y allá le daba un aspecto descuidado. Estaba mucho más grande que la última vez que lo había visto, más corpulento, más fuerte. Sus brazos y espalda eran interminables.

—¡Buff! —Rio—. Se esfumó, cogió la maleta y se largó. Estoy empezando a pensar que se lo llevó Yanira, mi última novia, en su equipaje cuando se largó de casa.

—¡Eres un auténtico desastre! ¿Yanira? ¿Quién es Yanira? Me quedé en Teresa —le recriminé entre risas.

—No se me dan muy bien las mujeres, cariño.

—Anda tonto, sírveme ese café que me has prometido y vamos a ponernos rápido al día porque tengo que irme en una hora a lo sumo.

Hablamos y hablamos atropelladamente, casi no se podía creer que me hubiera divorciado de Isidro, prácticamente llevaba saliendo con él desde unos meses después de romper con Tomás, había compartido toda mi vida con él y siempre le había dicho que me veía envejeciendo a su lado. Tuve que explicarle que simplemente había cambiado de opinión.

Él, como siempre, había sido un completo desastre con sus novias y no lograba que le durara una, más de dos años. No había tenido valor de cerrar el taller de su abuelo, ni siquiera una vez muertos ambos progenitores. Le dedicaba unas tres o cuatro horas al día en su tiempo libre, llevaba trabajando de periodista desde hacía tres años y el último año se había pasado a *Hoy*, donde trabajaba de redactor jefe. Así que su vida en aquel momento era su trabajo, su hobbie, y más trabajo; se traía chicas de vez en cuando a casa y poco más.

—Entonces, ¿estás soltera? —me preguntó por tercera vez y reí.

—Síííí, pesado. Todavía no me ha dado tiempo a asimilarlo porque estoy muy liada en un asunto que llevo ahora.

—¿Te han trasladado a Costamata?

—No, qué va, qué va. Es otra cosa. Me he tomado unos meses de descanso del juzgado, necesito desconectar un poco de mi último caso.

—Los *crímenes de Costabrava*. —Fue una afirmación, no una pregunta.

—Sí —respondí escuetamente.

No me sorprendía que conociera el caso, todo el país había seguido su evolución día a día en todos los medios. Cuatro años había durado el juicio por *Los Crímenes de Costabrava*, como lo habían bautizado los periódicos. Desde luego era el más importante que yo había llevado nunca, que conmocionó a todo el país. Quedé en ridículo, o eso me parecía, no pude decidir cuando yo tenía muy claro que el acusado era culpable de todos los cargos, su expresión prepotente y segura durante todo el proceso era lo que me hacía pensar que tenía a alguien detrás que había comprado a los miembros del jurado, pero solo era una suposición. Sabía que Orlando tenía familiares cercanos muy importantes, que estaba segura de que tenían los contactos suficientes para mover los hilos necesarios para exculparlo.

Susana y Verónica eran dos chiquillas de quince años que desaparecieron cuando hacían autostop, eso había ocurrido a mediados del dos mil nueve, cinco años atrás. Costabrava había sido siempre una ciudad grande pero con

muy bajo índice de delincuencia, al menos a niveles extremos de asesinato o secuestro, aun así había sido una imprudencia. Según habían dicho a sus padres, se dirigían al pueblo vecino donde se celebraban las fiestas regionales, unas muy importantes en el país, que recibían visitas no solo de todos los lugareños, sino también atraía turismo a la ciudad de todo el mundo. A esa edad poco podrían pensar en los peligros que la mayor afluencia de gente podía conllevar. Aunque no había demasiada distancia, apenas unos pocos kilómetros, todo el mundo supuso que a ellas les pesaba más tener que caminarlos en tacones que el “leve” peligro que podían correr, pensarían que cualquier conocido que pasara las acercaría con el coche sin más problemas. Ni siquiera se les ocurrió utilizar el transporte público, que debido a los festejos había aumentado el número de servicios. Las niñas desaparecieron, creando un mar de especulaciones en todos los hogares de Costabrava, que iban desde la típica huida rebelde adolescente, al rapto. Todo el país se volcó en la búsqueda de las muchachas y los policías encargados del caso hicieron una investigación exhaustiva. Las conclusiones indicaban que las chicas nunca llegaron a su destino.

No fue hasta alrededor de cuatro meses después que un grupo de entomólogos del laboratorio universitario de Costabrava, que hacía prácticas por la zona del bosque, encontraron los cadáveres de las muchachas semienterrados en una fosa cercana. Los forenses pronto notificaron que los cuerpos correspondían a Susana y Verónica y que las chicas habían sido secuestradas, violadas, torturadas y finalmente asesinadas.

Se notaba que el trabajo no era profesional, que había sido algo sin pensar, pues era un completo desastre. Un batiburrillo de pruebas envolvían no solo a las chicas, sino también toda la zona. Huellas de vehículos, zapatos, cabellos, documentos personales... todo ello llevó hasta un chico llamado Ramón que pasaba las mañanas en un centro de día, era esquizofrénico y no tenía a nadie más que a su hermano. Tras interrogarlo en varias ocasiones y ejercer presión sobre él se descubrió que su hermano gemelo, Orlando, problemático y con un expediente policial de lo más variopinto, solía “tomarle prestada” su documentación, sin saber explicar exactamente el motivo. No era difícil averiguar que utilizar la documentación de un joven con un expediente limpio le abriría muchas puertas. En definitiva, los enfermeros del centro corroboraron que Ramón estuvo allí ese día, comprobando los registros, así que todo apuntaba a Orlando como sospechoso.

Debido al deterioro de los cuerpos cuando los encontraron se requerían

análisis lentos y complejos, así como de todas las pruebas que encontraron en ellos y alrededores de la fosa, por lo que se retrasó tanto el inicio del juicio. Además, se descubrió que hubo mala manipulación en algunas evidencias que tuvieron que descartar, como por ejemplo, en los informes se indicaba que habían recogido muestras de semen en los tejidos de las ropas de las muchachas, pero esas muestras nunca llegaron al laboratorio científico para su análisis y la cadena de custodia de las prendas sufrieron una ruptura por errores del personal por lo que ya no servían, no se podían extraer nuevas muestras. Otras pruebas no resultaban concluyentes y aunque habían encontrado objetos personales del hermano del chico esquizofrénico, eso no demostraba que él fuera el culpable de los delitos. Todo se complicó demasiado, asuntos internos se inmiscuyó en el asunto, se cambió el caso a manos del FBI, hubo conjeturas y acusaciones públicas hacia miembros del gobierno, familiares directos de Orlando y Ramón que conllevaron denuncias por injurias que retrasaron todo aún más y aunque, al final, había pocas pruebas admitidas a juicio, muchas apuntaban al único sospechoso y para mí, algunas eran irrefutables, junto con el hecho que no tenía coartada para esa noche y que cada vez que se le interrogaba ofrecía una versión diferente de lo que había pasado. En determinada ocasión llegó a reconocer que había recogido a las chicas en su coche pero que él no había tenido nada que ver con lo sucedido, de lo que luego se retractó. Surgieron nuevas pruebas que supusieron un receso en el juicio que posteriormente no llevaban a ninguna parte. Un desastre. Finalmente resultó exculpado y a mí se me derrumbó el mundo encima. Esa había sido la principal causa que me había hecho replantearme mi vida.

—Lo llevé desde aquí, lo seguí desde el principio cuando estaba en mis prácticas universitarias y los meses que estuve de becario y bueno, puedes imaginar lo que pienso, ¿verdad? Ese tío debería estar entre rejas —dijo Tomás cogiendo una de mis manos entre las suyas sabiendo que me había quedado colgada en mis pensamientos y arrastrándome de nuevo hasta él.

—Eso creo yo también, ahora hay que esperar al recurso interpuesto al Tribunal Superior de Justicia, se alargará durante siglos y eso como poco, si no tenemos que ir al Supremo también. Cambiemos de tema por favor, me pongo de mal humor solo de pensarlo.

—Espero verte más, tenemos que ponernos al día de muchas cosas —me pidió, mientras me volvía a abrazar, me besó en la frente y también en los labios.

—Sí, claro que nos veremos más, bichejo, pero no creas que yo voy a venir a satisfacer tus necesidades sexuales —bromeé.

—¿Por qué no? Somos amigos, sabemos lo que nos gusta, bueno, sé lo que te gustaba hace más de quince años. —Soltó una carcajada—. Seguro que algo ha cambiado.

—Calla, tonto. Me voy que tengo prisa.

—Oye, ¿si vas hacia San Miguel podrías acercarme? Tengo un cliente importante al que llevo semanas dándole largas, tengo que ir a buscar uno de sus tres coches de lujo para arreglarle un golpe que le dio su mujer contra una columna en el aparcamiento de un centro comercial. Le prometí que no tendría que desplazarse, que yo iría a buscarlo.

—¡Claro! Vamos.

Durante el camino no paramos de hablar de todo, recordando anécdotas de nuestra niñez, o simplemente recordando cómo nos escondíamos de nuestros abuelos para darnos el lote. Reímos durante un rato y me hizo bien.

Capítulo 8

Se sentó en el vehículo con el corazón a mil por hora. “¡Mía! ¡Mía! ¡Mía! ¡Mía! ¡No te dejaré escapar! ¡Eres para mí!”, se repetía a sí mismo dando fuertes golpes en el volante. *¿Por qué lloraba? ¿Acaso ella tampoco le quería? ¿Le iba a rechazar ella también?*

Ahora ya nadie le rechazaba, porque ahora era una persona atractiva. Colocó el retrovisor interior del coche de forma que pudiera verse la cara. Seguía perfecto, tal y como esa mañana antes de salir de casa. ¿Por qué demonios esa niña jugaba con él? No soportaba las lágrimas, no soportaba que se hicieran las víctimas cuando él era el único que sufría. Llevaba sufriendo toda la vida por culpa de todas esas estúpidas zorras que se reían de él.

Respiró hondo un par de veces y abrió una pequeña botella de agua que vació casi de un trago. Le volvía a la mente la imagen de Edurne, se imaginaba a aquella preciosa pelirroja de trece años que lloraba cuando vio lo que le había dejado en su jardín. No pudo ver sus lágrimas entonces, pero disfrutó con esa fantasía durante años. Ella no debía haber jugado con él, no debió dejarlo en ridículo.

Edurne, con sus preciosas curvas y sus labios sonrosados, con sus increíbles ojos verdes y su delicada piel, con sus perfectas tetas y aquel culo que lograba que su entrepierna se endureciera tan solo con mirarla. Él había puesto tantas esperanzas en ella, él la había amado desde que la conocía y ella, ¿qué había hecho ella? Dio un fuerte golpe al volante al recordarlo. Le había pisoteado como si fuera una cucaracha. ¡No! ¡No iba a volver a pasarle lo mismo! Él la amaba y ella sería para él.

Todavía tenía flashbacks de lo que sucedió aquel día. El último día de colegio antes de pasar al instituto. Había llegado el momento, ella le sonreía frecuentemente y se había acercado en varias ocasiones para agradecerle el esfuerzo de las últimas semanas. Habían pasado muchas horas juntos estudiando, le había explicado cosas que no lograba entender para los exámenes finales y además le había hecho el trabajo de literatura porque a ella no le había dado tiempo a terminarlo. Cuando vio sus notas se acercó hasta él, le dio un beso en la mejilla y lo abrazó. Era el día, él sabía que era su oportunidad, que era el momento ideal. Notaba la magia flotando entre ellos.

Era el momento perfecto, pues el próximo curso estudiarían en institutos diferentes, Edurne iba a uno privado de habla bilingüe que sus padres se habían empeñado que era bueno para ella y aunque vivían muy cerca ya no volvería a ser lo mismo. Así que respiró hondo durante toda la jornada y paseaba distraído de un lugar a otro hasta que sonó la campana que despedía el curso y el fin de su etapa de colegio. Los chicos salieron todos apelotonados, riéndose, abrazándose, bromeando y contándose los planes para el verano... alargando el momento agrídulce de abandonar definitivamente la escuela para no volver nunca más.

Veía que ella se estaba despidiendo de los demás. En un principio había pensado decírselo de camino a casa en el recorrido que hacían a diario a pie, pero se había enterado que había quedado con las estúpidas de sus amigas para comer todas juntas y pasar una tarde de chicas. Así que era en ese instante o nunca.

La apartó a un lado y se lo confesó todo: “Edurne... Edurne, yo... creo que te quiero desde siempre. No puedo pensar en otra cosa que no seas tú. Te has clavado en mi corazón, no quiero que nos separemos nunca”, le dijo tomándole las dos manos. Ella lo miraba incrédula al principio y luego soltó una gran carcajada, se rio a gusto: “Anda, déjate de bromas, qué tonto eres...” le dio un beso en la mejilla y se fue junto a las demás chicas.

Estuvo espiándola todo el día, tal y como hacía siempre, pero con el corazón destrozado, hecho añicos. Aquellas imbéciles no hacían más que reírse de él. Aquellas carcajadas chillonas se habían metido en su cerebro y no podía disiparlas, no podía creerlo, al final había ocurrido, Edurne se había vuelto como ellas. Edurne se reía también de él, todos lo hacían.

Las dejó y se retiró hasta un solitario y sombrío parque a la otra punta de la ciudad; había caminado mucho tiempo y la tarde le había sorprendido tiñendo sus pasos de oscuridad. Lloró porque nadie le echaba en falta, porque el amor de su vida no era más que un espejismo y porque echaba de menos a su madre.

Y el odio creció, ese odio que había tenido a buen cobijo durante un tiempo porque el amor por Edurne era tan fuerte que podía detenerlo, pero ahora ya nada podía evitar que aquello evolucionara y se transformara en su pecho en puro rencor.

Quería hacerle daño, quería arrancarle su hermosa cabellera, quería partirle sus preciosos labios de un puñetazo, rajarle su cuello y tatuarle en su pecho la palabra que merecía, sin embargo no podía. La adoraba tanto

que era incapaz de hacer nada de eso aunque el odio y el amor se confundieran en su pecho. Tenía que hacerle daño de otra manera, le dio vueltas a una idea, pues él sabía qué era lo que más quería Edurne aparte de a las estúpidas y a su familia: Princesa, ese estúpido conejo que llevaba con ella desde hacía al menos cuatro años. Edurne, la amante de los animales, Edurne todo el día hablando de aquel ridículo ser que solo sabía mover el hocico y dar saltos, Edurne que siempre había dicho que de mayor quería ser veterinaria y que llevaba desde parvulario llorándole a sus padres porque quería tener una mascota, hasta que Princesa llegó a su vida. Ella se lo había contado todo, cómo adoraba a aquel animalillo y se pasaba horas mirándolo y jugando con él. La única norma impuesta por sus padres era que por la noche debía dormir en su jaula en el jardín. Agitó la cabeza disipando el plan que le venía a la mente. No estaba bien. No podía hacerlo.

Debía volver a casa, era tarde y al día siguiente se iría con su abuela materna a pasar las vacaciones de verano lejos de allí. Las calles estaban desiertas, la madrugada dio paso a los grillos cantarines que le acompañaron por el camino. La casa de Edurne pronto quedó a su derecha; en el interior todas las luces estaban apagadas. Como si pudiera escuchar la profunda y tranquila respiración de la casa en un placentero sueño y no quisiera perturbar aquella tranquilidad siguió de largo intentando hacer el menor ruido posible al chocar sus viejos zapatos por la acera y entró en su domicilio. Dio una vuelta hasta comprobar que su padre y su hermano dormían.

Fue hasta el cuarto de baño y se lavó la cara con agua fría, y como si esta pudiera llevarse la compasión y el amor que quedaba en su corazón por Edurne, cambió de idea. Cogió unos alicates y un afilado cuchillo de la cocina y salió a hurtadillas de la casa, dejando la puerta abierta para poder volver a colarse rápidamente sin ser visto. Corrió hasta la casa de Edurne, la verja del jardín estaba abierta como siempre. Caminó ágil y silencioso hasta donde había visto mil veces la jaula, en menos de dos minutos lo hizo: abrió rápidamente la prisión de aquel mamífero, que dormía plácidamente ajeno a sus planes, y clavó el cuchillo una, dos, tres, cuatro veces en el animalillo. Le cortó el rabo, lo metió junto a las herramientas en una bolsa de plástico y volvió apresuradamente a su domicilio. Lavó el cuchillo y lo colocó en su sitio, al igual que los alicates. Se dio una ducha y fue hasta su dormitorio con el rabo del conejo entre las manos, aferrado a él como si su vida dependiera de ello mientras su corazón latía tan fuerte que le daba la impresión de que

iba a darle un infarto. Se tumbó boca arriba en su cama. Extenuado, notó cómo los latidos se iban calmando y pronto se quedó dormido.

Pocas horas después sonó el despertador. Apenas habían dado las seis de la mañana pero tenía que irse en una media hora. Su padre le llevó en coche hasta la estación de tren, donde se despidió de él con un abrazo. No volvería, nunca más lo haría. La abuela convencería a su padre para que le dejara estudiar allí con ella y no tener que volver a aquel pueblo de mierda donde todo el mundo le odiaba y se reían de él.

Y así fue, no había vuelto a pisar Costamata desde que tenía trece años, la cara llena de granos, aparatos en los dientes, feas gafas, un cuerpo encorvado y enclenque... normal que desde su vuelta un par de años atrás nadie le hubiera reconocido, pues nada quedaba de aquel muchacho asustadizo y no volvería a pasar por ello, ninguna mujer volvería a jugar con él. Por eso ella debía ser suya.

Arrancó el coche y aceleró a fondo. Llegaba tarde.

Aparqué cerca de la comisaría, Tomás no iba lejos de allí. Lo abracé una vez más y de nuevo me besó en los labios antes de despedirse. Cuando iba a cruzar la calle para ir hasta la comisaría con una bandeja de pasteles que habíamos parado a comprar, me encontré con la agente Isabel Barrios.

—Hola Isabel. ¿Alguna novedad? —pregunté.

—Eso no me lo preguntes a mí —me cortó y siguió caminando sin pararse.

Me sorprendió, pero tampoco me había parecido en ningún momento muy simpática y en el fondo tenía razón, yo no tendría por qué saber nada de la investigación y en cualquier caso, debía hablarlo con el inspector que era el que me había metido en todo aquel lío.

Cuando subía las escaleras de la comisaría me crucé con Miriam que bajaba a toda prisa.

—¡Llego tarde! —Siguió bajando sin pararse—. El inspector Farias está en su despacho. ¡Luego nos vemos!

Para cuando terminó la frase ya corría calle abajo sin darme tiempo si quiera a darle las buenas horas.

Samuel terminaba de tomar un sándwich frente a su ordenador cuando llamé a la puerta.

—Pasa —dijo con la boca llena. Cuando entré se sacudía las manos y se limpió la boca con una servilleta—. Por favor entra Álex, siéntate.

Sonreí y me acerqué a la mesa. Le tendí uno de los pasteles que había traído. Me derrumbé en la silla frente a él.

—Esto es un asco. —Resoplé.

—Oh, gracias. Qué rico —dio un buen mordisco al dulce antes de seguir hablando—. Me acaba de llamar el detective Costa. Cuando leyó el informe del interrogatorio de Begoña se le ocurrió pasar por la biblioteca, si era un sitio cercano a la casa de ese chaval quizás Irache y él quedaron en alguna ocasión para estudiar allí. Una de las auxiliares, encargada de la sala de estudio, le dijo que Irache era asidua a la biblioteca, sobre todo a su sala, que era el único lugar donde se podía hablar de todo el edificio. Solía ir con compañeras para realizar algún trabajo, o incluso sola con sus apuntes a estudiar. Le llamó la atención encontrarla hacía unas semanas allí con un hombre. Le confesó que se acercó disimuladamente para ver de qué hablaban y dio por hecho que era un profesor particular, le explicaba algo de alguna asignatura, ella parecía confusa y tomaba apuntes, le hacía preguntas, pero nada más. En un rato llegará Costa y nos contará algo más, iba a pasar primero por el laboratorio.

José Costa llegó al despacho, traía un pendrive en la mano. Se quedó desenchajado cuando me vio allí y no supe por qué hasta que vi con mis propios ojos lo que traía. Se acercó a la pequeña mesa redonda de reuniones que había en el despacho de Samuel, a un lado había un portátil conectado a un proyector. Lo encendió y trasteó con él unos minutos.

Ante la gran pantalla apareció un documento de Word; parecía una especie de diario, tenía fecha de unos nueve días atrás. En la página se detallaba minuciosamente un encuentro sexual con alguien. En reiteradas ocasiones se nombraba a un tal Manu. Dentro de la carpeta había varios archivos parecidos datados con fechas diferentes, la más antigua de hacía tres semanas y la más reciente de la noche antes de desaparecer. Me llevé la mano a la boca, no era tan descabellado, había visto cosas mucho peores, pero era la hija de Sofía, mi mejor amiga, mi ahijada y era duro enfrentarse a esa nueva etapa que demostraba lo mayor que se había hecho sin darme cuenta.

—¿En ninguno de los archivos hay otro tipo de redacción? No sé, una conversación, una tarde en el café, un día en la biblioteca estudiando —le pregunté al detective.

—Nada, solo hay diez archivos como este y todos del mismo estilo. Hemos comprobado sus cuentas de Facebook, Instagram y Twitter y no hemos encontrado nada raro. El email parece que solo lo utilizaba para el instituto,

tiene varias correspondencias con compañeros y con algún profesor de clase y todas tratan sobre trabajos, ejercicios o documentación. El mismo miércoles por la mañana solicitó tutoría para esa tarde con el profesor... —Miró un documento que tenía delante para comprobar el nombre—. Don Juan Manuel Lozano Escriba, pero no fue confirmada. Esa noche recibió un email del profesor disculpándose por no haberla podido atender, ya que tenía cita con los padres de un compañero.

Samuel cavilaba con la mirada perdida mientras Costa continuaba su explicación.

—Lo he citado aquí dentro de dos horas, he encontrado que es con el profesor con el que más correspondencia tenía. Ella le escribía prácticamente a diario con dudas bastante tontas, o eso me parece a mí si realmente es una chica tan inteligente que siempre saca sobresalientes, pero he revisado cada correo y no he visto nada fuera de lo normal. Su descripción física se corresponde con la que me dio la empleada de la biblioteca. Deberíamos descartarlo antes de continuar.

¿Cómo? ¿Juan Manuel Lozano? ¿Manu? ¿Era acaso posible? Miré horrorizada al detective Costa. Yo había hablado con ese profesor en el instituto, no me pareció que tuviera ninguna reacción extraña. Se molestó cuando le insistí pero nada me había hecho sospechar de él.

—Existe la posibilidad de que sea la persona que estamos buscando, no sería ni la primera ni la última vez que ocurre algo así —me explicó Samuel poniendo una mano encima de la mía, ya lo sabía, yo había visto cosas mil veces peores todos los días, pero no con alguien tan cercano.

La piel se me puso de gallina. ¿Podría haberse escapado con el profesor? Si era así, ¿cómo era posible que él siguiera asistiendo a clase tranquilamente y ella continuara sin aparecer? ¿Le habría hecho algo contra su voluntad? ¿Estaría en su casa?

—Es solo una conjetura, pero estaría bien hablar con él y averiguar si tiene algo que ver con la desaparición de la muchacha o podemos descartarlo —aclaró el detective Costa.

Oí unos golpecitos en la puerta antes de que pasara a la habitación una agente de policía que se acercó a Samuel para comunicarle que había llegado Eduardo Santos.

Fuimos los tres hasta la sala de interrogatorios, me moría de curiosidad por ver quién era ese hombre. Suponía que Sofía y él eran algo más que amigos y ella no había salido con nadie desde que murió el padre de Irache, al menos

nada serio que me hubiera contado.

Dentro de la sala se encontraba ya Eduardo, era atractivo, desde luego, llevaba un pantalón de pinzas y una camisa de botones remangada y un par de botones desabrochada, parecía que venía directamente del trabajo. Tenía unos ojos oscuros grandes y bonitos. Nariz respingona y mentón prominente bajo unos labios carnosos. Una expresión preocupada ensombrecía su cara. Me ofreció una leve sonrisa cuando Samuel nos presentó.

—Muchas gracias por su colaboración, Eduardo —dijo Samuel tendiéndole la mano.

—Un placer.

Y tal como había pasado con Begoña pasé a ser una espectadora del interrogatorio. José Costa se colocó a mi lado y dejó que fuera Samuel quién acometiera las preguntas oportunas.

—¿De qué conoce a Sofía, Eduardo? —El inspector preguntó.

—Vivíamos cerca hasta que me mudé hace unos meses a una nueva urbanización muy próxima a mi oficina. Nos encontramos en varias ocasiones por casualidad, lo típico, en el kiosco de la esquina, en un bar, en el súper... hablamos un par de veces. Hasta que un día me atreví a invitarla a tomar un café. De eso ya hace algo más de un año y desde entonces se ha ido consolidando una relación que no sé muy bien cómo definir.

—¿Conoce a Irache? —prosiguió.

—Realmente a Irache la conocí antes que a su madre. En mi tiempo libre dedico horas como monitor de un grupo de chicos. Son encuentros gratuitos que se realizan dos veces por semana, yo acudo de vez en cuando para hacer demostraciones químicas, a los niños les llama mucho la atención y para mí siempre ha sido un gran hobby. No me hubiera importado haberme dedicado a la investigación y al mundo de las probetas, pero bueno, la vida no me llevó por ahí. —Sonrió antes de proseguir—. El curso pasado, el profesor de ciencias de Irache se puso en contacto con la asociación, hicimos una semana de actividades para todo el alumnado. Tuvimos un día para los deportes de playa, otro para expedición y escalada, otro para mis demostraciones de química y por último, entre todos los monitores organizamos una visita al bosque. Una especie de guía de supervivencia, que siempre les encanta: cómo orientarse, qué frutos eran venenosos y cuáles comestibles, conocer si las condiciones ambientales permitían hacer una hoguera sin peligro de incendio... todas esas cosas. Irache era una de las alumnas, una chica aventajada y sobresaliente en todas las actividades, muy curiosa y

apasionada. Ya había coincidido varias veces con su madre cuando las vi un domingo por la tarde en la puerta del cine. Yo iba a matar algunas horas, a ver si pescaba algo interesante que ver y me invitaron a que me quedara con ellas a pasar la tarde. Desde entonces y poco a poco Sofía y yo pues eso, pasamos mucho tiempo juntos y las veo a menudo a ambas.

—¿A qué se dedica?

—Trabajo en la administración pública, me encargo de los permisos de construcción y obras, es por ello que conozco muy bien Costamata, cada zona edificable o rural y por supuesto cada edificio nuevo de los últimos años.

—¿Ha notado algo raro en la muchacha en las últimas semanas?

—Bueno, es una adolescente. Ahora se pasa el día tecleando en ese teléfono móvil. A veces está un poco irascible, pero por lo general es una chica encantadora. No he notado nada extraño, la verdad. Ella y yo solemos hablar mucho, como le digo es una chica muy curiosa y se interesa continuamente por mi trabajo y los experimentos que hago en la asociación, donde me suele acompañar alguna que otra vez. Los últimos meses me ayuda con los más pequeños.

—Muy bien, gracias. ¿Sabe el nombre del profesor que organizó el año pasado la visita al bosque?

—Sí, por supuesto. Se llama Juan Manuel Lozano. Contacta cada año con la asociación, hemos trabajado en equipo y a veces colabora con nosotros. Nos hemos hecho amigos durante el último año, sobre todo.

El detective Costa y yo nos miramos de soslayo.

—¿Qué imagen tiene usted del profesor Lozano?

Eduardo pareció sorprendido con la pregunta, pensó un poco antes de contestar.

—Un hombre trabajador y decidido. Conoció mundo y estudió fuera del país y hace unos años volvió a Costamata, donde se crio los primeros años de su vida, para instalarse y dar clase en el instituto.

—¿Está casado o mantiene alguna relación sentimental?

—No, que yo sepa. Pero eso debería preguntárselo a él —respondió confundido.

—¿Algún comportamiento extraño? —insistió Samuel.

—No, no... bueno, últimamente lo noto muy agobiado, estresado. Siempre tiene trabajo pendiente, este curso tiene más asignaturas que los anteriores y se pasa muchos días hasta la madrugada preparando las clases. Antes solíamos salir a tomar una cerveza por ahí de vez en cuando y el último mes

ni siquiera me he cruzado con él.

—¿Alguna vez le habló Irache de algún novio o algún chico que le gustase?

—No —dijo mientras negaba con la cabeza.

—Muy bien, eso es todo. Por favor, si recuerda algo que nos pueda ayudar a encontrar a la hija de Sofía, no dude en contactar con nosotros.

—Eso haré.

Ambos hombres se levantaron al mismo tiempo y se dieron la mano. Eduardo me dirigió una sonrisa antes de irse. Era un hombre guapo con una sonrisa preciosa, esperaba que cuidara bien de mi amiga, porque ahora lo necesitaba más que nunca.

Capítulo 9

No podía abrir los ojos, un ruido lejano se le clavaba en el cerebro. Las náuseas pronto le invadieron y se incorporó un poco para vomitar en el suelo de la ambulancia que lo trasladaba hasta el hospital.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntaba, aunque no estaba seguro de que el facultativo que se encontraba a su lado le hubiera escuchado. Volvió a preguntar lo mismo varias veces.

—No se asuste. Ha tenido un accidente con el coche. ¿Recuerda su nombre? —Oyó decir a un chico joven que estaba a su lado vestido de blanco.

—Sí, claro. Sergio.

—Bien, Sergio. Estamos llegando al hospital.

—¿Dónde está Sara? —preguntó Sergio.

—No iba nadie con usted en el vehículo

—¿Dónde está Sara? —volvió a preguntar confuso. Entonces recordó que había salido en su busca, que llevaba días sin verla y las lágrimas inundaron sus ojos.

—Cuando lleguemos al hospital llamaremos a sus familiares, no se preocupe ahora por eso. Quédese tranquilo. —Intentó serenarlo el facultativo.

Unas horas después le informaban de que tenía algunas lesiones leves: un par de costillas fracturadas, un brazo en cabestrillo y un collarín. En unas semanas estaría como nuevo. Había tenido mucha suerte, se había salido de la carretera y se había estampado contra el muro de un edificio. Iba casi a cien kilómetros por hora en una zona de cincuenta, así que podía haber ocurrido una desgracia mayor. Había dado positivo en alcohol en sangre y tenían que pasar parte a la policía. No localizaban a su esposa, pero habían logrado hablar con sus suegros que venían de camino. Le preguntaron si quería telefonar a alguien más, pero contestó que no. No tenía otra familia.

Poco tiempo después entró Mercedes, la madre de Sara, hecha un mar de lágrimas, que abrazó y besó a Sergio. Aquella rechoncha mujer, de dorados cabellos y dulce sonrisa era lo más parecido a una madre que había tenido después de perder a la suya un par de años atrás. Ella siempre había sido así, la familia de Sara le acogió en su casa como un hijo más. Agradecía tenerla cerca, coger su mano y sentir sus palabras de aliento.

Le contó lo sucedido, tragándose el llanto. Intentando que el nudo que apretaba en su garganta no le ahogara. Ella se había ido, le había abandonado. Una nube gris inundaba su alma, le parecía increíble que fuera tan tajante. Ellos que siempre se habían amado, adorado y apoyado.

Mercedes se quedó extrañada con el relato de su yerno, hacía días que no lograba hablar con su hija. La había telefonado en diferentes ocasiones, pero no le había dado mayor importancia. Sara siempre estaba como las locas y no le prestaba mucha atención a aquella cosa que llamaban teléfono móvil. Le resultaba difícil creer que simplemente se fuera de casa sin avisar a nadie, en alguna parte tendría que estar. Telefonó a varias amigas de su hija, al trabajo y a algunos familiares por si habían sabido algo de ella, pero simplemente se había volatilizado.

Un dolor agudo se instaló en el corazón de Mercedes, una sensación inquietante que no la dejaba pensar con claridad. Llamó a la policía, iba a denunciar la desaparición de Sara.

Nada indicaba que el Manu del que Irache hablaba con devoción fuera su profesor, aunque se hubieran visto fuera del instituto, eso no lo demostraba. Nadie había observado nada raro y en su correo electrónico no parecía que tuvieran ningún tipo de relación especial.

—Costa, necesito la lista de llamadas del teléfono de Irache y también las de ese profesor. Y las necesito hoy —pidió Samuel al detective.

—Entendido, inspector.

Costa se fue y nos quedamos Samuel y yo a solas, en silencio, intentando masticar todo la información. Me restregaba la cara, los ojos, las manos de forma nerviosa. Estaba horrorizada, ¿qué demonios había sucedido con Irache?, ¿cómo iba a explicarle a Sofía todo aquello? Estaba agobiada, inmiscuirme en una investigación policial nunca fue mi deseo y menos de mi ahijada, notaba que no servía de mucha ayuda, no sabía por qué Samuel insistía en tenerme allí, pero me tragué todo el terror y lo observé.

Lo notaba inquieto, al fin y al cabo también conocía a Sofía de toda la vida. Había visto a Irache alguna que otra vez, todos pensábamos que era una cría pero con dieciséis no lo era y costaba asimilar todo lo que se nos estaba viniendo encima y más cuando estábamos involucrados sentimentalmente. Supongo que verme tan agobiada tampoco le facilitaba el trabajo.

Quedaban unos quince minutos para la cita con el profesor Lozano y me

pidió que le acompañase fuera para tomar el aire. Comprobé sorprendida cómo se encendía un cigarrillo.

—Es la primera vez en la vida que te veo fumar —dije tímidamente por romper el hielo y la tensión.

—No fumo —respondió escuetamente. Sonreí algo sorprendida.

—Pues yo creo que sí.

—No es nada, en serio. —Apagó el cigarro contra la carretera y lo tiró a la papelera que estaba junto a nosotros.

—¿Estás bien?

—Es complicado. Costamata es una ciudad tranquila, estas cosas no pasan. Todo el mundo se conoce entre sí. Esto es más grave de lo que parecía en un principio y como trascienda... ¿tienes idea de la que se me viene encima? Además, conozco a Sofía desde que era pequeña, al igual que a ti. Siempre os he tenido en muy alta estima. Me desespera no poderla ayudar.

—Sofía confía en ti. Sabe que haces todo lo que está en tu mano y vais por buen camino Samuel, no te preocupes. Además, estoy segura de que la encontraremos. —No estaba tan segura pero de nada me servía en aquellos momentos una actitud negativa.

—Llevo tres días sin comer, sin dormir. No paro de darle vueltas a la cabeza. Yo no soy así, normalmente sé separar bien mi vida profesional de la personal y cuando vuelvo a casa me olvido de los problemas del trabajo, esta vez no puedo. No se me quita de la cabeza —me explicó agobiado.

—Vaya, no pensé que te estuviera afectando tanto. Tienes que tomar distancia, no deberías trabajar en este caso si te ves tan implicado emocionalmente.

—Oye renacuaja, no me digas lo que tengo que hacer. —Al fin aparecía una leve sonrisa en su cara.

—¿Me acabas de llamar renacuaja? ¿En serio? Sabes que tengo treinta y cinco años y que soy jueza de lo penal, ¿verdad? —Sonreí.

—Bah, chorradas, siempre serás mi renacuaja, Marisa mi peluchito y Sofía mi mariposilla. —Me reí a carcajadas.

Hacía siglos que no oía esos motes. Ni siquiera recordaba por qué en cuanto me conoció le había dado por llamarme renacuaja. Marisa era su hermana, se pasaban media vida abrazados y siempre había sido peluchito y Sofía mariposilla, y le venía que ni pintado, pues no paraba quieta ni un segundo, siempre estaba revoloteando de aquí allá. De pronto lo recordé curándome una rodilla magullada mientras me secaba las lágrimas y me

sonaba los mocos, o persiguiéndonos por toda su casa y haciéndonos cosquillas, tiradas en el suelo pataleando y riéndonos a carcajadas intentábamos escapar de él sin conseguirlo jamás hasta que él nos liberaba. Siempre fue alto y fuerte, atento y protector con nosotras.

Lo miré a los ojos, desde que había vuelto a Costamata no le había mirado a los ojos ni una vez, el hecho de llevar tantos años sin vernos, y desde luego las últimas veces que nos habíamos cruzado no habíamos tenido tiempo de caer en esa complicidad de cuando éramos niños, me había hecho poner una barrera entre los dos que de pronto se había desmoronado con ese momento tan íntimo. Había ternura en el tono esmeralda de su mirada, cubierta por un velo de desolación.

Samuel se pasó la mano por el cabello, apartándose un mechón rebelde que se había posado sobre su frente. Su expresión volvió a cambiar, supuse que invadido por mil pensamientos negativos con respecto a Irache.

—Bueno, vamos dentro, el profesor debe estar a punto de llegar —apremió.

Le agarré del brazo antes de que se diera la vuelta.

—Solo prométeme una cosa. —Me miró interrogante—. Que cenarás conmigo esta noche y nos beberemos juntos media botella de vino, así me aseguro de que dormirás como un bebé —dije sin pensarlo demasiado con una sonrisa en los labios—. Y no admito un no por respuesta.

Pareció sorprenderse durante una milésima de segundo. Pensó un instante y se encogió de hombros.

—Hecho, me vendrá bien un poco de compañía.

—Muy bien, llévame al mejor restaurante de la ciudad, yo invito.

Por fin vi una sonrisa abierta y sincera asomarse a los labios de Samuel y sonreí de nuevo con él.

Entramos a la comisaría y pocos minutos después teníamos ante nosotros al profesor. Le hizo pasar a su despacho y nos sentamos todos alrededor de la mesa redonda de reuniones.

El inspector parecía más relajado que hacía tan solo unos minutos. El profesor sin embargo, se quedó sorprendido de verme allí, pero no dijo nada al respecto.

—Soy el inspector Farias y ella es Alexia Salandri, nos está echando una mano con la búsqueda de la niña. ¿Puede decirme su nombre completo? —comenzó Samuel.

—Juan Manuel Lozano Escriba.

—¿Es usted profesor de la alumna Irache Alemán Suárez?

—Así es.

—¿Tiene usted algún tipo de contacto fuera del instituto con Irache?

—No especialmente —contestó el profesor.

—¿No utiliza ningún medio de comunicación para ponerse en contacto con ella cuando no estáis en el instituto?

El profesor pensó unos instantes.

—Bueno, con todos mis alumnos mantengo correspondencia por email, siempre en referencia a las clases, algún trabajo, deberes, dudas o cosas así. Irache es una de mis alumnas, así que... sí, alguna vez contactamos por email.

—¿Alguna vez se han visto fuera del instituto? —Samuel insistió y se notaba que el profesor se empezaba a agobiar con tanta pregunta.

—Vivimos en el mismo barrio, inspector, por supuesto que nos hemos visto infinidad de veces fuera de las paredes del instituto.

—Se lo preguntaré de otra manera, ¿alguna vez ha quedado usted expresamente con Irache para verse fuera del centro?

—Alguna vez —contestó el profesor escuetamente.

—¿Puede explicarnos para qué?

—Hace unas semanas Irache estaba muy preocupada con sus notas de química. —Al escuchar el nombre de la asignatura el bello de los brazos se me puso de punta—. Es una estudiante demasiado perfeccionista y no concibe menos de un sobresaliente en sus notas. Vino a tutoría y se convirtió en un mar de lágrimas diciéndome que no lograba entender nada, y que suspendería la asignatura si no conseguía ayuda. Le di el número de teléfono de un contacto que da clases particulares, pero me explicó que la situación económica en su casa no estaba como para pagar a un profesor particular y que no quería preocupar a su madre. Así que le propuse darle un par de clases extras.

—¿Dónde le dio esas clases? —preguntó Samuel.

—En la biblioteca, en una cafetería cercana a donde toma sus lecciones de inglés y bueno... —hizo una pausa, intentando elegir bien las palabras—, una tarde vino hasta mi casa.

—¿Me podría dar una razón de peso que explique por qué no le dio esas clases extras en el horario de tutoría dentro del instituto? —Samuel seguía preguntando sin dejar respirar al profesor, con gesto neutral.

—El mes pasado los despachos estaban en obras, podéis comprobarlo con

la dirección del centro si queréis, así que tenía tutorías atrasadas con algunos padres. Me era imposible verla en ese horario y que me diera tiempo a explicárselo todo para el examen.

—¿Está usted casado profesor Lozano, o mantiene algún tipo de relación?

—No. Vivo solo en un edificio frente a la biblioteca, fue la razón por la que era cómodo explicarle allí. —Otra vez un escalofrío me hizo dar un respingo como si hubiera recibido una pequeña descarga eléctrica.

—Si vive cerca de la biblioteca, ¿por qué razón una de las clases se la dio en su casa?

—No fue precisamente una clase. Se presentó en mi casa con unas dudas, la dejé pasar y le respondí.

—¿Cómo sabía ella su dirección? —El profesor, con los codos encima de la mesa, entrelazó los dedos de ambas manos y se llevó los índices a la sien antes de contestar.

—La mayoría de mis alumnos saben dónde vivo. Me han visto entrar en mi portal infinidad de veces.

—¿Mantiene o mantenía usted algún tipo de relación sentimental o sexual con Irache?

—¡No, por Dios! —Dio un respingo.

—Tenemos razones para pensar lo contrario. —Samuel seguía teniendo el mismo gesto neutral.

—¿Qué razones?

—Comentó a varias amigas que salía con alguien llamado Manu, y todas coinciden en que ese tal Manu le ayudó a aprobar el examen de química y que era mayor que ella. ¿Sus alumnos le llaman Manu?

—¡Eso es ridículo! Irache no es más que una adolescente y por encima de todo es mi alumna, jamás mantendría una relación sentimental o sexual con ella —protestó frustrado el profesor—. Mis alumnos suelen llamarme profesor, o don Lozano. Es cierto que fuera del instituto le dije a Irache que podía llamarme Manu, es como me llama todo el mundo y me resulta incómodo que me llamen todo el tiempo don Lozano.

Samuel colocó unos folios impresos frente al profesor.

—Quiero que lea estas páginas y me diga si reconoce alguno de estos encuentros.

El profesor empezó a leer el diario de Irache. Tardó apenas unos segundos en que su cara se encendiera, las gotas de sudor caían por su frente, cuando terminó de leer el primer folio apartó todos los demás tendiéndoselos de

nuevo al inspector.

—No sé qué es esto, pero no soy yo el protagonista de estas páginas — afirmó tajantemente mirando a los ojos a Samuel.

—¿Está seguro?

—Créame, lo recordaría.

—¿Vio el miércoles por la tarde a Irache en algún momento?

—A eso de las seis y media tenía tutoría con los padres de uno de mis alumnos, la vi rondando fuera de mi despacho, pero para cuando salí a las siete y media, ya no estaba y me fui a casa.

—¿Por qué no me dijo nada de eso ayer? —interrumpí sin pensar, ambos me miraron sorprendidos—. Disculpe inspector Farias, continúe.

—No era importante y tampoco me lo preguntó —contestó el profesor.

—¿Alguien puede corroborar lo que acaba de contarme? —retomó Samuel el interrogatorio.

—¿Que me fui a casa? Pues como le he dicho vivo solo, así que es difícil de demostrar. Llegué a casa, me cambié de ropa, me subí en la máquina de correr en la que estuve una hora, me di una ducha, cené, vi un email de Irache solicitando tutoría para ese día y le contesté disculpándome por no haberle respondido antes que era imposible. Luego me acosté a dormir. Hasta que la vi a ella —dijo señalándome con la cabeza—, no supe que Irache estaba desaparecida.

El inspector recibió una llamada al móvil y se ausentó del despacho, yo escrutaba mis manos detenidamente y el profesor estaba entretenido mirando los barrotes de la ventana; a los pocos minutos Samuel se asomó y me llamó para que saliera.

—Alexia, el detective Costa ha comprobado las llamadas de Irache y el profesor Lozano, hay muchas y en ambas direcciones, yo diría que nos miente. Entre ellos había algo más que una relación profesor-alumno. Precisamente hay una de ayer por la tarde que el profesor hizo a Irache a las ocho y cuarto. ¡Algo ocurrió después de esa llamada, Alexia! Tenemos que averiguarlo. Con lo que tengo no creo que me den una orden de registro para su casa. —Negué con la cabeza, no había pruebas, unas cuantas llamadas no demostraban nada—. ¿Puedes hacer algo?

—Lo haré, no te preocupes.

Asentí y me di la vuelta buscando un despacho vacío donde pudiera hacer una llamada. El de Costa estaba desierto, así que entré y cerré la puerta dispuesta a tirar de mis contactos para conseguir esa orden que

necesitábamos. Apenas tardé unos diez minutos en conseguirla. Llamé a Costa y le expliqué lo sucedido, él iría a recoger la orden y luego a casa del profesor con su equipo.

Entré sigilosamente en el despacho de Samuel de nuevo.

—¿Me está diciendo que nunca ha mantenido ningún tipo de relación con Irache? A mí no me parece muy normal que maestro y alumna se llamen con tanta asiduidad.

—Ya le he dicho que no —levantó la voz el profesor Lozano.

—No le creo en absoluto. Le diré lo que pienso, sinceramente me parece que esto —dijo señalando el montón de papeles que tenía delante— es un diario, un diario de algo que sucedió entre Irache, una menor de edad, y usted.

—Está equivocado. No sé qué más decirle. Me he sorprendido tanto como usted leer esas palabras. —El profesor se levantó.

—Por favor, siéntese —le amonestó Samuel en un duro tono.

—Necesito tomar el aire. No entiendo nada. —El profesor caminó por la habitación hasta llegar a la ventana abierta. Estuvo ahí quieto unos segundos donde su rostro completamente pálido volvía a tomar un tono natural, se giró y caminó hacia el otro lado, miró la pizarra y de pronto pareció contrariado.

—¿De dónde habéis sacado esta fotografía?

—Estaba en casa de Sofía —respondió el inspector un poco más calmado también—. ¿Por qué? ¿Qué ocurre con ella?

—Hace unas semanas fuimos al bosque. Les propuse a los chicos una excursión y recordar algunas cosas de nuestra flora y fauna autóctonas. Pasamos un día estupendo. Llevé mi cámara y saqué un montón de fotografías. Irache me había pedido que le hiciera esta específicamente para regalársela a alguien especial, supuse que era para su madre. La tomé, la imprimí y la guardé junto con otras que hice ese día en una carpeta en mi maletín para dársela, pero se me había olvidado. No entiendo cómo ha llegado a vosotros. —El profesor abrió su maletín y sacó una carpeta. Estuvo ojeando el contenido y la volvió a cerrar confuso—. No puedo creer que registrara en mis cosas y cogiera la foto sin decirme nada.

—¿Qué insinúa profesor? No sé qué me está contando.

—Nada. Le prometo que nunca le haría daño a Irache. Soy el profesor más joven del instituto y no soy tonto. Tengo constancia de que las adolescentes suspiran por mí, pero no le doy mayor importancia, me parecía simplemente que era propio de la edad. Entre Irache y yo no ha ocurrido absolutamente

nada —repitió tajante.

—Sigo sin creerle profesor Lozano, y le aseguro que se quedará todo el tiempo que haga falta en la comisaría hasta que cambie de opinión. El juez nos ha dado una orden de registro para su casa y su coche. Encontraré lo que estoy buscando, se lo aseguro —dijo el inspector Farias y estaba segura de que contenía la rabia, podía ver unos nudillos completamente blancos en sus puños cerrados.

—Revisen lo que quieran, no tengo nada que ocultar.

Samuel se frotó la frente con la mano un par de veces antes de salir dando un portazo.

Capítulo 10

Una luz se iluminó en su cerebro, tenía la clave para resolver el asunto. Sabía que las cosas se le habían ido de las manos. Ella podría seguir escondida para él, hasta que admitiera su amor, hasta que por fin se diera cuenta de que él era el hombre de su vida. ¿Quién si no iba a serlo? Él sabía cuánto le amaba ella, lo había visto en su mirada, en su tono de voz cuando hablaban, en la forma en que ella rozaba su brazo o su espalda de forma casual en las conversaciones que habían mantenido, en cómo reía con cada una de sus bromas, pero él creía entender cuál era el problema, ella era muy joven aún para darse cuenta.

La chica se sentía atada a su vida, pero él iba a liberarla. Se marcharían lejos de allí, si se marchó una vez de Costamata de Gradec, podía hacerlo de nuevo. Nada le retenía que no fuera ella, con su precioso cabello castaño que siempre olía a frutas cayéndole en cascada por su espalda, con la sonrisa más bonita que hubiera visto en su vida, con aquellos preciosos ojos almendrados llenos de inocencia y ternura.

Cuando comprendiera todo lo que él podía hacer, lo amaría también y le estaría agradecida eternamente por darle la oportunidad de vivir su propia vida, sin estar atada a nada, ni nadie, excepto a él, y mucho menos a su madre. Aquella mujer era una dificultad en el camino, un cáncer en la existencia de la joven muchacha... eso haría, la llevaría lejos y empezaría una vida nueva.

Tendría que mover algunos hilos para dejarlo todo resuelto entonces, sin que nadie viniera a estropearles lo que sería su eterna luna de miel. Ya tenía claro cuál sería el primer paso.

“... tres, dos y uno”. Ya está, perfecto, su capuchino estaba en su punto, como siempre, se acercó la taza a los labios y saboreó el triunfo y el placer de que todo le estuviera saliendo tan bien.

Dejé el coche aparcado en el garaje y achuché a Luna que corrió a saludarme según oyó las llaves en la cerradura, dando brincos de felicidad a mi lado. No me resistí a dar un paseo con ella por la zona. Jugamos un buen rato y volvimos a casa donde le puse algo de comer y beber.

Me aposté en mi sofá y encendí el televisor haciendo zapping sin prestarle

atención al aparato, solo dándole vueltas a la cabeza. Necesitaba ver a Sofía, así que la llamé por teléfono antes, pero Begoña que estaba en su casa haciéndole compañía, me dijo que se había tomado unos somníferos y se había acostado a dormir. Me despedí pidiéndole a la muchacha que si necesitaban cualquier cosa o se despertaba mi amiga y se encontraba mal que me llamase, a cualquier hora.

Después de darme una ducha rápida y cambiarme de ropa fui hasta casa de Samuel dando un paseo para despejarme y desechar de mi mente el horrible día que había tenido. No quería pensar más en Irache ni en todo lo ocurrido, al menos hasta el día siguiente. Paré en una tienda de camino y compré las dos mejores botellas de vino tinto que encontré como regalo para él.

A las nueve en punto llamé a su puerta. Me abrió con un atuendo totalmente distinto del que estaba acostumbrada. Parecía de buen humor, despejado, sonriente. Con una camisa negra un par de botones abierta al cuello, encima una chupa de cuero del mismo color. Unos vaqueros azules desgastados y botas negras, de aspecto más jovial y risueño que esa misma mañana. Yo también sonreí y le tendí las botellas.

Me acerqué a darle dos besos. Olía como si acabara de salir de la ducha, y su perfume, tal como él, tenía cierta personalidad: fuerte, pero al mismo tiempo embriagador.

—Es un regalo para ti, son un estupendo somnífero —le dije al tenderle las botellas.

—Muchas gracias. —Sonrió tímidamente—. ¿Nos vamos? Estás muy guapa.

Eché un vistazo de arriba abajo a mi vestido azul eléctrico en palabra de honor, ajustado, hasta las rodillas y con una raja en un costado que dejaba entrever hasta medio muslo, era uno de mis vestidos favoritos y llevaba meses enclaustrado en mi fondo de armario, ya era hora de pasearlo. Sonreí por respuesta.

Subimos en su coche y unos pocos kilómetros después llegamos a un restaurante muy coqueto. Nos sentamos en una mesa al fondo del local, apartados del resto de comensales. Me sentí un poco avergonzada, como fuera de lugar y al principio no sabía qué decirle. Desde que había vuelto, solo habíamos hablado de la desaparición de Irache y era el tema que menos debíamos tocar. Quería que nos despejáramos, olvidarnos por un momento del agobio y la tensión que teníamos encima, necesitábamos desconectar para estar al cien por cien por la mañana.

Me pidió que le hablara de mí, de mi matrimonio, por qué estaba en Costamata... bajo mi punto de vista no era el tema más animado de la noche, ya que la clave de mi vida de los últimos cuatro años giraban en torno a un asesino que había quedado impune, una infidelidad, una separación y una excedencia, en definitiva, de mi vida. No me importaba hablar de todo lo ocurrido, él escuchaba sorprendido, no sabía nada de mi separación, ni de que había cesado temporalmente en mi trabajo. Le hablé de Isidro, al que ya conocía, aunque no había tratado demasiado con él. Para mí había sido un alivio alejarme de él, no porque discutiésemos, o nos enfrentásemos, sino porque no lo quería y me sentía atrapada en mi vida. Yo solo pensaba en separarme de él e Isidro no hacía más que proponerme ir a más, formar una familia, no me apetecía, no con él. Le hablé incluso de Luna y prometí presentársela y pasearla juntos un día por Solimar, la playa en la que ambos habíamos pasado juntos muchos días de nuestra infancia.

Pospuse el momento de hablarle sobre el motivo de mi excedencia, intentando evitar el tema. Cuando insistió por segunda vez le hablé de los *Crímenes de Costabrava*, al igual que el resto de los habitantes del país conocía y había seguido el caso a través de las noticias día tras día hasta que el acusado quedó exculpado. Le conté datos que estaban dentro del sumario y que nadie conocía, mi voz se tornó dura y seria, me podía el tema. Cada detalle se había grabado en mi memoria y tenía la esperanza de que admitieran el recurso en el Tribunal Superior de Justicia y por fin dieran caza a Orlando. Tuve que agitar la cabeza para quitarme la idea de que Irache tenía la misma edad que ellas... ¿Y sí...? ¿Y si Orlando había venido hasta Costamata para vengarse de mí? ¿O si realmente había un culpable que no era él que me seguía la pista? Deseché la idea, no quería pensar en ello. Además, todo apuntaba en otra dirección.

También le hablé de mi madre, aún no había tenido oportunidad de ir a verla y me auto sermoneé por ello. Estaba enferma, muy enferma y me necesitaba también.

En otro momento quizás todos esos pensamientos me hubieran deprimido. Sin embargo ahora mismo sentía una liberación al contarle, una especie de terapia al compartirlo con él, que entendía lo que yo vivía. Al fin y al cabo él trabajaba dentro de la policía y había vivido situaciones similares.

—En definitiva, Samuel, no sé lo que será de mi vida. Tengo un año por delante para preocuparme y luego decidiré, por el momento tengo demasiadas cosas en las que pensar como para darle vueltas. Bueno y tú, ¿qué me

cuentas? ¿Alguna mujer que haya robado tu corazón? —le pregunté finalmente cuando hacía rato que habíamos terminado los postres y el café, simplemente demorando el momento tan agradable que estábamos pasando juntos.

—No, no... mi profesión es incompatible con ese tipo de cosas. No tengo ocasión de conocer a muchas mujeres y la mayoría que conozco son víctimas o peor aún, criminales, así que ya ves, soltero sigo a mis cuarenta y cinco años. Ya me quedo para vestir santos —me contestó con una sonrisa en los labios mientras jugueteaba con la cucharilla en su taza vacía.

Reí. Por primera vez desde que lo conocía me pareció que Samuel tenía una sonrisa preciosa. Era mucho mayor que yo, durante una época incluso llegué a verlo como un hermano pues me había criado junto a él, pero había de admitir que aquello que un día llamó mi atención sobre él seguía presente. Era un hombre atractivo, me miraba a los ojos de forma intensa y continuada, como intentando ver más allá de lo que yo le contaba y me hacía enrojecer. Sus ojos verdes en contraste con aquella tez morena eran embriagadores.

—¡Exagerado! —contesté por fin, apartando lo que rondaba mi cabeza.

Su profesión era complicada, sin horarios, sin poder vivir ni respirar hasta que resuelves un caso tras otro. Entendía lo que quería decirme, había vivido una situación idéntica en Costabrava, al fin y al cabo, era una de las razones por las que mi matrimonio con Isidro se había enfriado tanto, hasta que definitivamente la llama se apagó.

Volvimos a su casa y una vez en su portal me preguntó:

—¿Dónde has dejado tu coche? Te acompaño a buscarlo, me apetece tomar el aire.

Vi la hora y comprobé que era más de la una.

—Pues la verdad es que no lo traje. No pensé que tardaríamos tanto y tenía planeado volver dando un paseo.

—¿Quieres pasar a tomarte una copa y luego te llevo a casa?

Miré de nuevo la hora y un escalofrío recorrió mi espina dorsal. Enrojecí, incapaz de hablar. Un calor que ya había olvidado se instaló en mi estómago y se expandió hacia abajo, sorprendiéndome realmente, pero no me parecía correcto, al menos en aquel momento, no. Por fin negué con la cabeza y abrí la boca.

—Es tardísimo Samuel, y supongo que mañana espera un día peor que el de hoy. Cogeré un taxi, no te preocupes.

—De eso ni hablar. Te llevo a tu casa, no está lejos.

Apostados en mi portal estuvimos otra media hora hablando de nimiedades. Yo sin ganas de despedirme e intuía que él esperaba una invitación que no me atrevía a formular. Finalmente tras un par de besos enfiló de nuevo el camino hasta su casa y yo agotada abrí por fin la verja, satisfecha por una noche agradable, pero agotada física y emocionalmente con todo lo que habíamos pasado.

Capítulo 11

Temblaba y temblaba, quizás por el frío, quizás por el miedo, o quizás era que la realidad se había instalado apesadumbrada en su corazón. No saldría viva de ahí y era consciente de ello. No lograba recordar nada y los nervios, la fatiga y los mareos, solo hacían ponerla más nerviosa y dejarlo todo más borroso aún si cabía en su cerebro. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Qué fue lo último que recordaba antes de la oscuridad, las náuseas y la pestilencia?

Cerró los ojos intentando evocar. Se sentía mucho más lúcida que en momentos anteriores de consciencia. Como si su captor la hubiera drogado al capturarla y poco a poco se le hubiera ido pasando el efecto. “Piensa, piensa” se repetía una y otra vez como un mantra. “Debo recordar”.

Por la mañana sonó el despertador a las siete como cada día y como siempre había remoloneado unos diez minutos antes de levantarse, ducha y desayuno. Había decidido no tomar el autobús, tenía tiempo de sobra para acompañar a mamá hasta su oficina y luego darse un paseo hasta llegar al instituto.

La imagen de Manu se instaló en su cerebro, escuchando sus explicaciones en clase, con aquella sonrisa pícaro y aquellas miradas furtivas que le lanzaba de vez en cuando. Quizás él pensaba que no las notaba, pero sí que lo hacía y un extraño nudo en el estómago se le apretaba al ver sus ojos turquesa escrutarle con deseo.

Decidió pedirle cita para una tutoría, se acercaba la hora y aún no le había respondido. Necesitaba tanto verlo, quería enseñarle el trabajo que Marta y ella debían entregar esa misma semana. Él le diría si tenía que corregir alguna cosa para que estuviera completamente perfecto. Le gustaba ver su cara de orgullo cuando comprobaba sus deberes o le entregaba sus exámenes.

No podía aguantar más tiempo en su casa dando vueltas de un lado para otro, esperando una respuesta que no llegaba, así que decidió salir con la excusa de hacer unos recados y se acercaría hasta el instituto a ver si tenía suerte y podían hablar un poco.

Con paso ágil y decidido accedió al instituto y llegó hasta la puerta de su despacho, pero había una pareja dentro hablando con él. Se sentó fuera, sin dejar de mirarlo, lo deseaba, deseaba besarlo y hacerle el amor, se

consolaba tan solo con poder rozarlo. Había pasado más de media hora y ya se desesperaba. Puso un mohín en un momento en que se percató de que el profesor la miraba y él se encogió de hombros, nada podía hacer. Estaba decidida a esperarlo, así que allí quieta se quedó largo rato.

Era la última imagen que podía recordar, no había nada más. Ni cómo había llegado hasta allí, ni por qué, ni con quién, ni siquiera a qué hora. Suspiró y se acercó hasta los dulces que había tirados en el suelo, vio que había un paquete de sus gominolas favoritas, aquellas en forma de moras que le encantaban. Abrió la bolsa y se las comió enseguida, una tras otra, casi sin masticar. Cuando se las acabó se sintió aturdida, ¿sería casualidad que esas gominolas estuvieran ahí y no fueran otras? Intentó controlar las arcadas y el mareo para no soltar lo poco que había comido. Bebió un trago de agua y se tumbó en el suelo. Tenía algo rondando en su cerebro, pero no lograba capturarlo.

Dormitaba cuando escuchó el rugido de un vehículo acercarse al lugar. Los ojos comenzaron a llenársele de lágrimas. ¿Saldría viva? “Mamá, por favor, ven a buscarme. Papá, por favor, protégeme”, susurraba. Se sentó abrazada a sus rodillas esperando a su captor que pocos minutos después entraba en la estancia.

La luz que se filtraba por las rendijas de la pared casi se había apagado por completo, igualmente intentó concentrarse para diferenciar algo. La persona que se acercaba a ella era un hombre alto, corpulento, llevaba puesta una especie de sudadera que le cubría la cabeza, pero no veía nada más. Él se acercaba y ella se esforzaba por pensar.

—¿Quién eres? ¿Qué hago aquí? —preguntó finalmente.

Él no contestaba, volvió hacia atrás y cerró la puerta para acercarse de nuevo a ella. Se colocó muy cerca e intentó tumbarla hacia atrás, pero ella no obedecería, lucharía con todas sus fuerzas, no iba a seguir la voluntad de aquel loco. O eso pensaba, hasta que notó el filo de algo que le pinchaba en el estómago, cerca del ombligo. Se rindió, ella no tenía con qué luchar. ¿Cómo podría salir viva de allí si se sentía exánime y no tenía ninguna posibilidad de despistar a aquel hombre? Lloró en silencio mientras se dejaba hacer. Apretó los ojos con todas sus fuerzas para sentir que todo aquello no era más que una pesadilla que le corroía la mente.

Sin dejar de notar el cuchillo pegado al estómago en ningún momento, advirtió cómo su captor recorría su cuerpo con la mano que le quedaba libre. Le subió la camiseta y tiró hacia abajo del sujetador para agarrarle el

pecho, lo estrujó y jugó un rato. Ella contenía la respiración, la bilis había subido a su garganta y tenía la sensación de que de un momento a otro le vomitaría en la cara a aquel tipo, lo que estaba segura de que no tendría muy buenas consecuencias para ella. Desabrochó su pantalón e introdujo su mano entre las piernas de la chica, que podía escuchar unos leves gemidos que salían de él. “Por favor no vomites, no lo hagas, por favor”, se repitió cien veces para distraerse y no pensar en lo que aquel maníaco le estaba haciendo.

“Papá, papá por favor, haz que pare, ayúdame papá” rezaba para sí cuando aquel tipo bajaba sus pantalones. De pronto sintió cerca de su pierna algo que vibraba con fuerza, el hombre que tenía encima se apartó bruscamente sin decir una sola palabra, se levantó, salió corriendo de la habitación, pasó la cerradura y se alejó de allí.

¿Eso era una llamada de teléfono? ¿Volvería? Aguzó el oído, pero no escuchaba nada. Se subió como pudo los pantalones y los abrochó, tardó más de lo necesario porque las manos le temblaban sobremanera. Se sentó en una esquina lo más alejada posible de la puerta abrazando sus rodillas, intentando respirar hondo para no desmayarse. Pronto escuchó el rugido del motor y cómo el vehículo se alejaba del lugar.

Entonces lloró y lloró a lágrima viva. “Gracias, gracias papá. Gracias”. Siguió y siguió llorando. Notó algo tibio que recorría su estómago y se dio cuenta de que tenía un buen corte que le sangraba, pero no le dolía. No podía profesar otra cosa que no fuera alivio por sentir que aquella bestia se alejaba de ella, al menos por el momento. Se apretó como pudo la herida con la camiseta y se quedó dormida entre hipidos de llanto pasadas las horas.

Las pesadillas no me habían dejado descansar, la noche había transcurrido con un letargo angustioso y embotador. A las siete de la mañana, cuando sonó el despertador, en un alarde de desesperación por el cansancio acumulado, lo agarré y lo estampé contra la pared más cercana. Necesitaba dormir un poco, sabía que me esperaba un largo día con un profundo dolor de cabeza.

Dejé que el agua caliente cayera a presión de forma constante sobre mi cabeza, mi cuello y mis hombros, mitigando así un poco el dolor que se había instalado. Elegí ropa cómoda y me maquillé un poco. Luna dormitaba en una esquina cuando sonó el timbre, un leve movimiento de orejitas me hizo comprobar que aunque había escuchado la puerta no pensaba moverse.

No esperaba visita, así que extrañada fui a abrir.

—Buenos días —saludó con una sonrisa en los labios y grandes ojeras el inspector.

—Buenos días, Samuel. ¿Qué haces aquí? —pregunté preocupada, quizás durante la noche surgieron novedades y yo no me había enterado aún.

—Asegurarme de que no llegas tarde.

Sonreí.

—¡Tendrás morro! ¿Quieres pasar? Podemos tomar un café antes de irnos. —Asintió y le dejé entrar al salón. Fui recogiendo a mi paso todo lo que había tirado por ahí y le pedí que se sentara en el sofá. Luna, levantó de nuevo las orejillas al captar un visitante nuevo, entreabrió los ojos, se incorporó y caminó despacio hasta las piernas de Samuel, donde se volvió a tumbar restregando el morro contra ellas—. Gracias por venir a recogerme. Disculpa el desorden, no he tenido mucho tiempo para dedicarle a la casa.

—Gracias a ti por regalarme un rato agradable y hacer que me olvidara de todo. Dormí como un bebé y sin tener que abrir ninguno de los dos somníferos que me trajiste.

Sonreí. Incluso me sonrojé.

—Me alegro, te aseguro que yo también lo necesitaba.

Preparé un par de tazas de café de forma coqueta en una bandeja que dispuse en la mesa frente al sofá y me senté junto a él mirando disimuladamente hacia abajo, reí al ver a Luna restregándose aún.

—Lo siento, te va a llenar de pelos. Creo que le has caído bien —me disculpé.

—Sí, eso parece. No importa, déjala —respondió acariciándole la cabeza.

De pronto me sentía rara allí con él, avergonzada y tímida.

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras bien? —preguntó, tomándose la libertad de agarrar un mechón de pelo rebelde que me había caído en la cara y colocándolo detrás de la oreja. Un contacto y una confianza que había sido nulo desde que era una *renacuaja*, como él me llamaba por aquel entonces.

Nerviosa me volví torpe y se me cayó la cucharilla al suelo, salpicando un poco el sofá y el parqué con gotas de café. Samuel se agachó rápidamente cogiendo una servilleta de la bandeja para limpiar las salpicaduras y devolverme la cuchara. Dudé un instante antes de seguir hablando.

—Estoy bien, tan solo un poco cansada. —Suspiré—. Vámonos o llegaremos tarde —dije, levantándome del sofá y retirándole de su mano el plato con la taza vacía para dejarla en la cocina antes de marcharnos.

Acaricié la cabeza de Luna y le di un beso.

—Siento tenerte tan abandonada, cariño. Esto se terminará pronto —le prometí, aunque no me hizo ni caso.

Nos acercamos a la casa del profesor Lozano donde el equipo forense seguía registrando y sacando muestras y huellas de todas partes. Era un piso pequeño y coqueto en una zona muy transitada de la ciudad, frente a la biblioteca general, tal y cómo él había dicho.

La vivienda estaba impoluta y los agentes comentaron con Samuel que no daban con nada que resultara de utilidad para la investigación. Habían registrado todo de forma minuciosa y frustrados y cansados se negaban a abandonar el domicilio. Si no hallaban nada allí no sabían por dónde seguir.

—Voy a echar un último vistazo, puedes hacer lo mismo, quizás unos ojos nuevos ayuden, además, tú conoces a Irache, igual ves algo que puedas relacionar con ella. —Lo dudaba, si bien la conocía muy bien, hacía años que no la veía, pero al menos lo intentaría—, mi equipo lleva toda la noche trabajando y el agotamiento no ayuda a ver las cosas con claridad. Ponte guantes, por favor. —Me tendió un par de guantes de látex que me coloqué antes de emprender mi camino para curiosear por todas partes. Pasé al dormitorio del profesor, se notaba que habían registrado todo, pero volví a mirar. No encontré nada fuera de lo común, todo perfectamente ordenado y limpio.

Fui hasta su despacho, abrí los cajones de su escritorio, material de oficina muy bien colocado, carpetas con facturas y papeles varios que revisé de forma concienzuda. Saqué los cajones y comprobé si había algo caído por detrás, pero allí no había nada. Los volví a colocar en su sitio y revisé el contenido una vez más. Vacíé por completo cada cajón hasta que en uno vi un pequeño rastro de tierra. No le hubiera dado mayor importancia si no fuera porque el resto de cajones, mesa, habitación y casa estaban completamente impolutos. Revisé cada papel, cada carpeta hasta que algo resbaló y cayó al suelo haciendo sonar un suave tintineo.

En un primer momento no asumí lo que era aquello. El corazón se me paró cuando me agaché y vi el colgante de Irache, estaba sucio y partido. No quería tocarlo por si podían sacar huellas o algo importante pero no podía llamar a Samuel, me había quedado sin palabras. ¿Qué le había hecho ese hombre a Irache? ¡No era más que una niña! ¡Él era un profesor, alguien a quien los padres confían sus hijos! Se me erizó la piel y las lágrimas cayeron de mis ojos. El cansancio me jugaba una mala pasada, no podía contenerme y

lloré. Un escalofrío me recorría de arriba abajo al pensar en Sofía.

Estuve largo rato allí, tirada en el suelo, frente al colgante de Irache. Que estuviera roto me decía que se lo podían haber arrancado. Hasta que Samuel cansado de esperar entró a buscarme y me miró extrañado. Sentí sus pasos y noté cómo cambiaba su expresión al ver lo mismo que yo.

—¿Qué hace esto aquí, Samuel? ¿Qué quiere decir esto? —pregunté intentando controlar las lágrimas. Me venía a la cabeza Irache, las últimas conversaciones que habíamos tenido, su dulce cara de niña. Mi amiga, lo que había sufrido en esta vida como para soportar que algo malo le ocurriera a su pequeña... era más de lo que podía soportar.

Samuel me ayudó a incorporarme.

—No lo toques, ven. —Me agarró del brazo y salimos del salón, donde telefoneó a la comisaría, no sé con quién habló ni acerca de qué. No estaba atenta y mientras yo no hacía más que darle vueltas a la cabeza fue a avisar a los de la científica para que recogieran el colgante.

—No puede ser, no puede ser... —murmuré.

Irache jamás se hubiera quitado el colgante por voluntad propia, había pocas explicaciones plausibles para que estuviera allí escondido y lleno de tierra. Me puse en lo peor, mi cabeza viajó a mi último caso, las niñas semienterradas en un bunker. Pero no podía ser, no podía ser... todo apuntaba al profesor Lozano y era imposible que él fuera el culpable de los *Crímenes de Costabrava*, me estaba obsesionando.

—Vamos. —Samuel no dijo nada más, tiró de mi mano cuando vio que estaba en un estado catatónico sacándome de allí. Me senté en silencio en su coche y no tardamos demasiado en llegar a la comisaría.

—Llevo ejerciendo como jueza tantos años que no recuerdo una vida anterior y te prometo que la gente me sorprende más cada día. O yo no sé verle la maldad a las personas, o cada vez hay más expertos en ponerse una coraza que oculte lo psicópatas que son —reflexioné en alto.

Samuel no me contestó, iba sumido en sus propios pensamientos. Yo no debía estar allí, metida en toda aquella porquería, comprobando con impotencia cómo todo señalaba en una dirección y sin poder hacer nada. Debería encontrarme en casa de mi amiga, mi mejor amiga y agarrarle su mano, abrazarla y consolarla, hasta que alguien telefonara para contarnos la verdad, la solución. Aquello me estaba destrozando.

Paramos de camino a la comisaría, Samuel estaba empeñado en que me tomara alguna infusión relajante, sin embargo me pedí otro café, no estaba yo

como para dormirme en los laureles. Lo tomamos rápido y en silencio y subimos juntos las escaleras de la comisaría.

Lo seguí, me dijo que lo esperara fuera unos minutos que tenía que hacer algo antes, pero me adelanté y entré en la sala donde esperaba el profesor Lozano, tenía una pinta horrible, nervioso y cansado.

—Profesor Lozano, han encontrado...

—¿A Irache? ¿Qué le ha pasado? —Me interrumpió.

—No, a Irache no. Lo que escondía en su casa.

—Yo no escondía nada. ¡Cómo tengo que decirlo! No tengo nada que ver con la desaparición de Irache.

—Creo que debería buscarse un abogado —le recomendé.

—¿Pero se puede saber qué demonios han encontrado en mi casa?

Abrí la carpeta que llevaba conmigo y le enseñé la foto de Irache, señalé el colgante.

—Esto —dije.

—Es imposible —susurró, negando con la cabeza—. ¡Es imposible! —Gritó esta vez. No solo lo había reconocido, pondría la mano en el fuego a que sabía la historia que había detrás de él.

—No lo es, será mejor que diga dónde está Irache, qué le ha pasado. —Frustrada y enfadada traté de pensar con claridad—. Quizás... ¿fue un accidente?

—¿Pero de qué está hablando!

—Creo que es mejor que no hablemos más, enseguida llegará el inspector Farias.

Volví a salir de la sala para respirar con calma, tenía la sensación de haber metido la pata, ya que no tenía permiso para hablar con él a solas y mucho menos comunicarle que habíamos encontrado una prueba.

Vi a Samuel hablando por el teléfono de la recepción frente a Miriam, esperé un par de minutos a que colgase y me acerqué a él.

—Tengo un equipo trabajando en la tierra del colgante, un agente del equipo se encargó personalmente de que llegara lo antes posible al laboratorio, están en ello, me llamarán en cuanto tengan el resultado —me explicó a modo de disculpa.

—Creo que he metido la pata, lo siento. He entrado a la sala y he estado hablando con el profesor, le he dicho que hemos encontrado el colgante. —Samuel me miró sorprendido, yo sabía que no debía hablar con él, realmente ni siquiera debía estar a solas con un sospechoso. No me dijo nada, no era el

momento, ya estaba hecho.

Entramos juntos a la sala de interrogatorios, me parecía más oscura, más pequeña, que olía peor que hacía tan solo un par de minutos.

—Ya le ha dicho Alexia lo que hemos encontrado —dijo Samuel—, es el momento de que llame a un abogado, profesor Lozano. Esto no pinta nada bien para usted.

Parecía realmente sorprendido, fuera de lugar, como si aquello no fuese con él. Me rondaba a la cabeza la idea de que él no tuviera nada que ver, aunque las pruebas lo señalaran.

Minutos más tarde, Samuel y yo nos sentamos alrededor de la mesa redonda de su despacho, mi cabeza iba a mil. Samuel no hablaba, sacó un par de colas de la pequeña nevera que había al fondo de su despacho y me tendió una. El líquido frío ayudó a arrastrar la bola de preocupación que se había afincado en mi garganta.

Llamaron a la puerta y el detective José Costa pasó al despacho, me ofreció una de esas esporádicas sonrisas y se sentó a mi lado.

—Hemos encontrado restos de fluidos corporales entre las sábanas del profesor. Las muestras ya están en el laboratorio, le están dando prioridad a todo lo relacionado con la desaparición de Irache y nos darán los resultados cuanto antes. No había ningún par de zapatos con rastros de tierra, nos hemos llevado todas las prendas que estaba en el cesto de la ropa sucia y se examinarán también, puede que allí encontremos algo. En el cuarto de baño, enredado en el sumidero de la ducha hemos localizado unos cabellos que por su tamaño y color no corresponden al profesor Lozano, los compañeros están examinando si contienen el folículo necesario para extraer ADN. Por lo demás estaba todo limpio como una patena, muy bien aspirado. Hasta la bolsa de la aspiradora estaba limpia. Parece demasiado para un hombre soltero que vive solo.

—Tanta limpieza me da mala espina —susurró Samuel más para sí mismo que para los demás, observando unas fotografías que le había tendido el detective Costa tomadas en casa del profesor Lozano con las pocas muestras que habían podido coger.

—Si le ha hecho algo a la muchacha no fue en la casa, no hay rastro de sangre por ninguna parte. Espero que tengamos más suerte al inspeccionar su vehículo —reflexionó José Costa en alto antes de levantarse y salir del despacho sin decir nada más.

Sonó el teléfono de Samuel.

—Farias. —Escuchó unos segundos—. Vale. Gracias.

Colgó y marcó una extensión en el aparato.

—Costa, me acaban de llamar del laboratorio, ya sabes que esta mañana a primera hora mandé a examinar los restos de tierra. Parece ser que por su composición pertenece a una zona concreta del bosque, podemos tener un área aproximada. Nos han mandado el informe al email de ambos. Míralo y manda a todos los efectivos a rastrear la zona.

Mi móvil sonó en ese instante, miré la pantalla, era Sofía.

—Sofía —dije en alto antes de contestar y descolgué rápidamente—. Hola cariño, ¿has podido descansar algo?

—Hola, poco y mal, ¿se ha sabido algo?

—Cielo, ahora mismo tenemos un sospechoso —dije escuetamente, esperaba que no quisiera saber más, aunque era absurdo pensarlo siquiera.

—¿Un sospechoso para qué? ¿No se supone que se había escapado por ahí con un novio mayor que ella?

—Hemos encontrado a la persona que nombraba Irache a todas horas. Sofía, yo... no sé si te hace bien saber esto —dudé unos instantes, era su madre, se enteraría al fin y al cabo—. Uno de sus profesores, Juan Manuel Lozano, él es el tal Manu. Ahora tratamos de averiguar si es cierto que hubo algún tipo de relación entre ellos o si por el contrario todo forma parte de la imaginación de Irache.

—¿Su profesor? Pero Irache es una niña y él debe ser mucho mayor que ella —susurró, parecía horrorizada.

—Sí, cariño. Él lo niega todo, pero hay algunas evidencias en su contra. Irache tenía una especie de diario en su ordenador. —Le evité los detalles que iban a destrozarla—. En estos momentos está detenido. Se ha rastreado su casa y la policía se pondrá en cuanto sea posible con el vehículo. Ahora mismo han dado una orden para que todos los efectivos se dirijan al bosque. Han encontrado algo.

—Alexia, ¿qué demonios han encontrado? —Exigió saber Sofía al otro lado de la línea.

—Sofía, verás... —Me costaba decírselo porque se pondría más nerviosa aún—, el colgante de Irache estaba escondido en un cajón en casa de ese profesor.

—Conozco al profesor Lozano si no recuerdo mal. ¿Qué dice él? —Logró decir unos segundos después. Podía notar el temblor en su voz.

—Lo niega todo. Dice que se ofreció a darle algunas clases de química

fuera del horario lectivo, que habían quedado un par de veces por ello, pero nada más. Niega relación, sexo y todo lo demás. El miércoles la vio merodeando por su despacho en el instituto, parece ser que fue la última persona que la vio antes de desaparecer. Él estaba atendiendo a unos padres y cuando terminó la reunión asegura que ya no estaba, así que se fue a casa. Tranquila, cielo. Se han encontrado rastros de tierra en el colgante y el laboratorio ha localizado la zona del bosque a la que pertenece, acaba de haber una estampida de agentes, todos se dirigen a peinar la zona.

—¿En el bosque? Eduardo conoce el bosque como la palma de su mano. —*¡Qué pasa!*, escuché una voz masculina de fondo. Sofía explicó a alguien todo lo que acababa de contarle—. Eduardo va para la comisaría —se dirigió a mí esta vez—, por las tardes dirige una asociación juvenil, hacen muchas actividades al aire libre y suelen organizar actividades de supervivencia y orientación en el bosque. Irache ha asistido a esos grupos decenas de veces. Dudo que esté perdida en el bosque, ya habría logrado salir —reflexionó en alto—. Bueno, va para allá, llamará antes a todos los monitores con los que trabaja para que ayuden en la búsqueda. Mi niña... mi niña...

Corté después de despedirme y le conté a Samuel lo que acababa de decirme Sofía.

—El detective Costa me ha dicho que se rastreó todo el bosque, fue la primera zona que se revisó cuando se activó la búsqueda, no hallaron nada. Aun así van volver a hacerlo así que toda ayuda es poca. Si hay algo allí lo encontraremos.

Me llevé la mano al cuello, todo aquello me hacía pensar en Irache, tirada en alguna parte, mientras le arrancaban el colgante del cuello. Imaginaba su cara de horror, su miedo, su impotencia... se me erizaba la piel solo de pensarlo.

Capítulo 12

La agente Soraya Rodríguez le había hecho las mismas preguntas infinidad de veces: cuándo la había visto por última vez, cuál había sido la última conversación mantenida, desde cuándo aparecía su teléfono móvil apagado. Sergio respondía de forma mecánica a cada una de las preguntas sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Entendía que él era el primer sospechoso por la desaparición de su mujer y procuraba tener paciencia. No tenía nada que ocultar y quería encontrarla más que nada en el mundo, así que colaboraba sin protestar.

Hacía nueve días que no veía a Sara, nueve días. No había denunciado su desaparición porque al fin y al cabo acababan de tener una fuerte discusión y estaba convencido de que simplemente se había ido a casa de alguna amiga cansada de soportarle. Todavía podía oír retumbar en su cabeza el portazo que dio antes de salir repitiéndole por enésima vez que la situación tenía que cambiar.

—¿Señor? ¿Sergio? ¿Me está escuchando? —Oyó un lejano eco que le reclamaba.

—Disculpe agente, no sé en qué más puedo ayudarle. ¿Puedo marcharme? La mujer pensó unos instantes.

—Sí, claro. Le llamaré si se me ocurren más preguntas. Tengo a todo mi equipo buscando a su esposa. En cuanto sepamos algo le avisaremos. Vaya a casa y descanse.

—Gracias.

Se levantó de la silla con cierto esfuerzo. Aún tenía el cuerpo dolorido por el accidente, sin embargo decidió volver a casa dando un paseo. La comisaría no estaba lejos y necesitaba despejar la mente, al fin y al cabo el dolor físico le aliviaba aquel malestar inquietante en su cabeza.

Las calles estaban solitarias ya a esas horas, podía escuchar los latidos de su apesadumbrado corazón que a cada paso retumbaba en su pecho. Se sentía impotente, sin saber cómo podía encontrar a Sara. Su dulce Sara.

Intentó contener las lágrimas hasta entrar en su casa, donde se derrumbó en el sofá. Abrazó la pequeña manta rosada con la que cada tarde ella se tumbaba a descansar, aún podía oler su perfume. La echaba de menos, le dolía el corazón al sentirse tan abandonado.

Pasó las siguientes horas recordando su vida con ella. Se habían casado

hacía cinco años, después de convivir uno y medio. Desde que se habían conocido se enamoraron como dos locos adolescentes. Cada uno tenía una vida más o menos encaminada, pero ambos lo dejaron todo para compartir y labrar un nuevo camino.

Sara, con su preciosa y sedosa melena rubia que le encantaba acariciar, no recordaba cuándo le había hecho el amor por última vez. Estaba tan enfrascado en sus problemas que olvidó cuidarla y mimarla como siempre había hecho. Echaba de menos sentir sus labios cada noche antes de irse a dormir. Echaba de menos la chispa de sus ojos verdosos al sonreír. Echaba de menos escuchar su voz cantarina cada mañana...

“¿Dónde te has metido, Sara?”

El cansancio le fue venciendo a lo largo de las horas, aferrado con fuerza al teléfono móvil con un atisbo de esperanza.

Sonó una llamada que le sacó de su letargo.

—Nos han dado un aviso desde otra ciudad. Han encontrado el vehículo de su esposa en Costamata de Gradec. Lleva unos días allí tirado, abandonado cerca de la costa. Los vecinos de la zona denunciaron pues estaba mal aparcado, abierto y no parecía tener dueño. Gracias a eso hemos dado con él tan pronto.

—¿Costamata de Gradec? —preguntó extrañado.

—Sí, ¿tiene su esposa algún amigo o familiar en la zona?

Pensó unos instantes antes de responder.

—No, que yo sepa.

—Voy a desplazarme hasta allí, seguiremos investigando. Le mantendré informado.

—Gracias.

Colgó la llamada y pensó unos instantes... ¿Costamata de Gradec? No le sonaba especialmente esa ciudad. Tendría que seguir esperando, nada más podía hacer.

En el despacho de Samuel el inspector escribía todo lo nuevo que habíamos averiguado en la pizarra. Había un despliegue encima de la mesa con toda la documentación, informes, fotografías. No nos quedaba otra que esperar, todo proceso llevaba su tiempo, aunque yo mejor que nadie sabía que cada minuto era precioso, vital para encontrar con vida a Irache.

Habían pasado las horas delante de todo aquello y la noche se nos había

echado sobre los hombros. El detective Costa había dirigido a todo el equipo de agentes y voluntarios en batida. Eduardo se había personado en la comisaría pasado el mediodía y había logrado reclutar como a unas quince personas más que se habían unido al equipo de rastreo.

—No te tortures más, Alexia —me dijo dulcemente al notar mi gesto contraído, hacía horas que aguantaba las lágrimas, era mi ahijada, la pequeña Irache.

Se acercó hasta mí y me acarició la mejilla. Samuel tenía una mirada dulce que me encogió el corazón, me sorprendía reaccionar así ante su atención o sus gestos. Lo conocía de toda la vida y para mí era como un familiar cercano y aunque en algún momento de mi adolescencia me atrajo siempre rechacé esa idea, era como un hermano para mí y asimilar cómo mi cuerpo iba por su cuenta, sin siquiera tener en cuenta el momento delicado en que nos encontrábamos, me enfadaba. Era consciente de que tenía falta de cariño, llevaba poco tiempo separada pero mucho más sin amor y demasiado sin sexo, un abrazo, un beso. Desde luego Samuel no era la persona idónea, nos separaban un millón de cosas. Además, después de todo lo que había pasado lo que menos me apetecía era complicarme la vida, acercarme a él que era lo que me pedía el cuerpo, hacerle daño... no, tenía que desechar la idea por completo. Lo más sorprendente de todo era que en algún momento atinaba a vislumbrar cierto deseo en su mirada, no estaba segura, preparada, ni era el momento para pensar en ello.

—Si pudiera saber lo que te ronda la cabeza... —susurró con un gesto extraño, nuevo para mí.

—Nada —respondí agitando la cabeza— recordaba cuando era niña y hacías de hermano mayor para Marisa, pero también para Sofía y para mí.

Apartó su mano que aún descansaba en mi mejilla.

—Sí. Pasamos una infancia feliz todos juntos.

—¿Infancia? —Me carcajeé—. Cuando vine a vivir a Costamata yo tenía ocho años pero tú acababas de cumplir la mayoría de edad.

—Pues tienes razón. —Soltó una carcajada—. Eras una mocosilla muy simpática y curiosa. Luego creciste y...

—¿Y?

—Y... bueno. —De pronto parecía nervioso.

El teléfono sonó de repente rompiendo esa magia que acababa de envolvernos.

Descolgó y escuchó al otro lado. Tenía un aviso, un agente de la comisaría

de San Esteban, una ciudad vecina, estaba en la recepción y quería hablar con él. Se disculpó y salió del despacho dejándome a solas con mis reflexiones.

Por un instante pensé que me estaba volviendo más frívola, en medio de todo aquel horror, yo andaba especulando si Samuel se sentía atraído por mí o no. No era un buen camino y no me hacía sentir demasiado bien.

Me quedé allí como un pasmarote hasta que minutos más tarde irrumpió Samuel de nuevo en el despacho con cara de pocos amigos. Tomó una botella de agua que había sobre su escritorio y bebió un largo trago.

—¿Todo bien? —le pregunté en vista de que no me decía nada.

—Sí, sí... acabo de hablar con la agente Soraya Rodríguez. Tiene un caso de desaparición en San Esteban. Un matrimonio que discute y ella se larga. Pasan los días y como no vuelve, su madre y su marido han presentado una denuncia de desaparición. Han encontrado su coche en nuestra jurisdicción y necesitaba que le firmáramos unos permisos para poder trasladar el vehículo y llevar a cabo algunas pesquisas para intentar dar con la esposa despechada. En fin, bastantes quebraderos de cabeza tengo ya con lo de Irache como para encima preocuparme por un matrimonio que discute y se separa.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté mirando la hora, era tarde.

—Vete a casa y descansa. Tengo algunas cosas que hacer y luego me marcharé también.

Y eso hice, estaba tan agotada, física y mentalmente que no podía más. Por un momento pensé dejar el paseo con Luna hasta la mañana siguiente, pero cuando me vio aparecer dio tantos saltos de felicidad y ladró tanto moviendo la cola de un lado a otro, que me dio pena y salimos juntas al frío de la noche donde dimos un largo paseo, al fin y al cabo me hacía bien el aire gélido para despejarme.

Nos encaminamos hasta la playa, el sonido del mar siempre había logrado serenarme y en ese momento lo necesitaba más que nunca. Hacía viento y mi cabello volaba en todas direcciones, eso no parecía molestar a mi pequeña bola de pelo que estaba feliz de que por fin le dedicara unos minutos de mi tiempo. Mi vuelta a Costamata había sido una auténtica locura, demasiadas cosas en mi cabeza y aún no había tenido tiempo de asimilar lo ocurrido.

Mi móvil sonó en el bolso. Descolgué sin conocer el número.

—¿Alexia?, le llamamos de la residencia. —Me puse de pie y me sacudí la arena del trasero mientras ataba a Luna de nuevo a la correa que acababa de pasar brincando a mi lado.

—Sí, soy yo. ¿Qué ocurre? —pregunté asustada.

—Hemos trasladado a su madre al hospital, hace días que no se encontraba bien y han tenido que hacerle una intervención de urgencia, está en la UCI, su corazón no funciona bien y está muy mal.

—¿Cómo? No, no... no puede ser. Estoy en Costamata, no he podido ir porque... no es momento de explicaciones —corté la frase—. Iré al hospital.

Colgué antes de poder escuchar ningún reproche al otro lado. Volví a casa a dejar a Luna y me tomé un café, de pie, en la cocina antes de partir. Aún con la cafeína en el cuerpo me costaba mantener los ojos abiertos y decidí llamar a un taxi, no era buena idea conducir tan cansada y con los nervios que tenía encima.

Ni siquiera había pensado que si estaba en la UCI no me dejarían acceder, después de llorar y rogarle a no sé cuántas personas, logré que me dijeran que mi madre estaba estable y relativamente fuera de peligro, que si todo iba bien al día siguiente podrían trasladarla a planta. Volví a casa y me negué a mirar la hora antes de apoyar la cabeza en la almohada.

Unas horas después me encaminaba de nuevo al hospital. Irache era importante, pero no podía permitir que pasara un día más sin ver a mi madre. La idea de perderla sin verla, sin tocarla o abrazarla de nuevo me partía por dentro. El cansancio y el estrés no pasaban desapercibidos y me era imposible controlar las lágrimas mientras conducía. Cuando aparqué le mandé un escueto mensaje a Samuel indicándole que tenía algo importante que hacer a primera hora y que iría a la comisaría en cuanto tuviera ocasión.

Mi madre aún estaba en la UCI y no podía entrar a verla hasta el mediodía, nadie sabía a qué hora pasaría el médico que valoraría la situación. Después de mucho, mucho llorar, literalmente, explicando que llevaba años sin ver a mi madre, que vivía en otra ciudad en la otra punta del país y que necesitaba verla, por fin accedieron, solo podría estar unos minutos dentro, pero era suficiente para que ella supiera que estaba a su lado.

—Mamá. —Le tomé la mano. ¿Aquella mujer de cabello blanco era mi madre? Me tuve que sentar porque me llevé una gran impresión. No era tan mayor y la veía desvalida, llena de arrugas.

Abrió los ojos, sonrió y ese gesto le llenó el semblante de vida. Contuve el nudo en mi garganta.

—Cariño mío, estás aquí. —Apoyó su mano en mi mejilla—. Mi niña, estás preciosa.

Me reí y se saltaron las lágrimas que tenía a buen recaudo. Solo una madre podría decir tal cosa con el horrible aspecto que tenía.

—Sí, mamá. Voy a quedarme por aquí un tiempo, me he tomado unas vacaciones —mentí.

—¿Vacaciones? —Sonrió—. No has tenido vacaciones desde hace años. Me alegro. ¿Cómo está Isidro?

—Bien mamá, él está bien. Te manda muchos abrazos, ha tenido que quedarse trabajando. —No pensaba contarle mi separación.

—¿Cuándo te vas? —Me preguntó.

—Pero si acabo de llegar, ¿ya quieres que me marche? —Reí—. No lo sé. Tú descansa y recupérate. —La enfermera me avisó de que tenía que salir—. Mamá, tengo que irme, no puedo estar aquí. Luego pasará el médico a verte y valorará si puede subirte a planta. Vendré más tarde.

—Vale, cariño. Estoy cansada, voy a dormir un poco.

—Sí, mamá. Duerme, duerme mamá. Te quiero.

Hasta que no había visto a mi madre postrada en aquella cama no me había dado cuenta de cuánto dolía su ausencia durante tantos años. Hablaba con ella varias veces a la semana, pero verla, tocarla, acariciarla, abrazarla... era tan necesario para mí como respirar y había sobrevivido a lo largo de mi vida adulta sin todo aquello más que un par de semanas al año desde que me había marchado de Costamata de Gradec para iniciar mi carrera judicial, que siempre había sido mi sueño.

Estar en Costamata para mí era estar en casa, en mi hogar, mis raíces, aunque realmente no era mi origen. Había nacido en los Llanos de la Palma, en las islas Canarias situadas en España. Mi padre, Joaquín, que había nacido y criado en *la isla bonita*, como era mundialmente conocida y Mayte, mi madre, se vieron por primera vez durante las vacaciones de esta, un premio que se llevó por acabar la carrera de Derecho con Matrícula de Honor.

Mis abuelos maternos vivían al oeste del país, en un pequeño pueblo llamado Villaperón. Mi tía-abuela materna, María, se había afincado hacía años en las islas españolas, lo que suponía para mi madre la oportunidad de viajar sin que su familia soportara unos gastos muy elevados durante todo el verano. El resultado fue que conoció a mi padre, se enamoraron y ya ella no volvió. Se quedó allí con él. Al poco tiempo se casaron y no mucho después, nació yo. No duró mucho la felicidad y estabilidad para mi familia, cuando acababa de cumplir cinco años mi padre murió debido a un cáncer fulminante que acabó con su vida muy rápido. El único consuelo que tuvo mi madre, fue pensar que todo pasó tan deprisa que él no sufrió demasiado.

Así que con veintiséis años y una hija en el mundo, mi madre decidió

cruzar el charco y volver con su familia a Villaperón. Allí no había demasiado que hacer, era un pueblo apartado, que vivía mayoritariamente de la agricultura y la ganadería, por lo cual mi madre, que hasta ahora nunca había ejercido de abogada pues se había dedicado a otros menesteres tales como conocer a mi padre, enamorarse de él, casarse y traerme a mí al mundo, que era lo más normal en la época... ahora se veía sin posibilidad de trabajar en algo decente con lo que pudiera darle a su hija todo lo que necesitaba y, al mismo tiempo, no supusiera un abandono total por su parte, ya que los trabajos del sector primario suponían jornadas de sol a sol.

Mi abuelo insistió en que no era necesario que trabajara, pero también era consciente de que eran muchas bocas que alimentar. Así que un buen día tomó la decisión de vender todas sus propiedades y traernos hasta Costamata de Gradec, una ciudad en plena costa, con un ambiente mucho más cálido y sobre todo, con muchas posibilidades laborales. Compraron una pequeña casita muy cerca de la playa donde pudiéramos disfrutar del aire libre y el sol, y así fue. Cuando nos afincamos aquí yo tendría ya unos ocho años más o menos, feliz de poder vivir en un sitio “más habitado”, con muchos niños con los que jugar, un colegio grande muy cerca de casa, parques, playas y bosques en los que tuve una infancia feliz. Había sido un riesgo quizás, pero mi abuelo era tenaz, y no tardó en encontrar un buen empleo en la zona industrial, donde poco a poco fue ascendiendo peldaños dentro de una de las fábricas de neumáticos más importantes del país. Por medio de un contacto, mi madre pudo empezar a trabajar en un pequeño supermercado donde continuó haciéndolo a lo largo de los años hasta que se prejubiló. Luego cayó enferma, su corazón no funcionaba bien, le habían hecho varias intervenciones con el fin de poder alargar su vida todo lo posible, pero poco a poco sus órganos vitales habían empezado a funcionar mal, los pulmones, el hígado... se negaba a venirse a vivir a Costabrava conmigo, así que desde entonces, mi único remedio había sido buscarle una residencia en la que me aseguré de que no le faltase de nada, sabía que estaba muy mal y los médicos me habían advertido reiteradamente que no pasaría de aquel año. Agobiada en medio del juicio por los *Crímenes de Costabrava* poco podía hacer, pero sin duda, todo aquello había sido una de las causas determinantes por las que me decidí a solicitar mi excedencia.

Salí sigilosa de la unidad de cuidados intensivos, juraría que ya se había dormido. Mi madre, que había dado su vida por mí, por mi felicidad, que hizo todo lo posible por pasar cada minuto de su tiempo conmigo y a la que yo

tenía abandonada a su suerte desde hacía años, para poder ejercer de jueza lo había abandonado todo. Tanto esfuerzo, tanto sacrificio... al fin y al cabo era solo un trabajo. *La vida es así*, me dije mientras limpiaba mis lágrimas con un pañuelo de papel y me sonaba sentada en mi coche, *la gente nace y muere continuamente, es ley de vida*, me aleccioné. Pero mi madre aún era joven, era una buena mujer, no era justo, no era justo... una vez más no podía hacer justicia, solo era una persona, no Dios. Quería pensar que rezar esta vez serviría de algo.

Enfilé el camino hasta la comisaría, ahora debía intentar despejar mi mente, tenía otro problema que solucionar: Irache. *¿Dónde demonios estás, Irache?*

Cuando subí las escaleras de acceso, Miriam me avisó de que el inspector Farias y el detective Costa estaban en otra zona del edificio donde se encontraba el taller. Me preguntó cómo estaba y charló unos pocos minutos de banalidades hasta que se dio cuenta de que no le prestaba demasiada atención y por fin me dio las indicaciones necesarias para llegar al taller. Al entrar, vi a José Costa y a Samuel inclinados sobre un vehículo.

—Alexia, buenos días —dijo Samuel. Costa me miró y movió la cabeza a modo de saludo—, ven, asómate. Mira esto, estaba debajo de la alfombra de uno de los asientos traseros envuelto en un trapo.

Allí, frente a ellos, había un cuchillo con una hoja bastante larga, unos veinte centímetros quizás, estaba sucia y parecía manchada de sangre, y tanto el arma como el trapo estaban cubiertos de tierra.

—¡Oh Dios mío, oh Dios mío! —murmuré.

—Costa, por favor, refuerza la búsqueda de Irache en el bosque, no quiero que nadie descansa, no quiero a nadie en su casa hasta que aparezca. Llama a los compañeros que están de vacaciones y dobla turnos de todo el personal. Sería buena idea instalar un equipo allí de forma permanente las veinticuatro horas del día, así que por favor, intenta organizar las rotaciones. Que todo el mundo deje lo que está haciendo y salga a buscarla por todas partes. Puede que aún esté viva. Tenemos que encontrarla. Avisaré a los compañeros para que busquen en la base de datos, si no me equivoco ese hombre vivió en esta ciudad durante su niñez, quizás exista alguna propiedad a su nombre o a nombre de sus familiares donde escondiera a la muchacha. —El detective asintió y se marchó, un agente que había cerca se movió hacia nosotros con una cámara en la mano, sacó un par de instantáneas del arma y lo vi escribir algo.

Lo dejé allí y seguí a Samuel viendo cómo marcaba rápidamente en su móvil.

—Sainz, soy Farias. Te necesito. ¡Ahora! Estoy en el taller de la comisaría, hemos encontrado un arma blanca con rastros de sangre y tierra. Necesito que sea examinado, que comparen la tierra con la del colgante, busquen huellas dactilares y que saquen una muestra de ADN de la sangre, que tomen también muestras del profesor Lozano. Voy a dirigirme ahora mismo a casa de Sofía para ver si puedo conseguir algún objeto personal de Irache del que podamos sacar alguna muestra con la que comparar.

Me cogió de la mano y tiró de mí hasta su coche. Una vez dentro lo vi enfadarse por minutos, estaba nervioso, maldecía, daba golpes y conducía rápidamente de forma bastante temeraria. Aun así no abrí la boca hasta que no estuvimos a punto de llegar al domicilio de Sofía.

—Samuel, debería entrar yo —dije suavemente, apoyando mi mano en su tenso brazo—, cuando te vea va a saber que algo no va bien, se pondrá muy nerviosa. Y todavía no sabemos lo que le ha pasado a Irache, ni siquiera si la sangre pertenece a ella. Tenemos que centrarnos y tomar distancia sentimentalmente porque si no, esto va a acabar con nosotros.

Asintió sin decir nada más.

Entré en casa de Sofía y saludé a la agente Isabel Barrios que había seguido haciendo preguntas a mi amiga y apostada delante del portátil tecleaba de forma insistente.

Abracé a mi amiga, intenté tranquilizarla. Sofía estaba desencajada, tenía los ojos hinchados de llorar y a su alrededor había montañas de pañuelos. Traté de convencerla de que no había pasado nada, pero que necesitábamos algo con lo que obtener una muestra de ADN que tener preparada para cualquier avance en la investigación. En unos minutos me dirigí al vehículo con el cepillo de dientes de Irache y volvimos a la comisaría en silencio.

El inspector se acercó al departamento de David Sainz para entregarle personalmente el cepillo de dientes.

—Lo necesito muy urgente. —Fue el único saludo que dijo.

—Lo tendrás lo antes posible. Ya he comparado las muestras de tierra del cuchillo. Se corresponden. Sin embargo tengo a mi equipo examinando el coche y no hay rastro de tierra, sangre, fluidos corporales, fibras, pelos... nada. El coche parece recién aspirado o recién comprado, diría yo. He mandado desarmar todo el maletero para buscar sangre por los recovecos, quizás la llevó allí en algún momento. En las ruedas tampoco hay restos de

tierra, puede haberlas limpiado hace poco también. Lo vamos a desarmar todo, todo Samuel. No te preocupes, si hay algo que debemos encontrar en ese vehículo, lo haremos.

El inspector asintió algo más tranquilo.

—Por favor, en cuanto tengas los resultados del ADN localízame de inmediato.

Nos marchamos hasta el ascensor que nos llevaría a la planta de la comisaría donde se encontraba su despacho.

—Tengo que hablar con el profesor Lozano —resopló agobiado.

—Samuel, intenta sosegarte. No deberías trabajar en este caso. Si asuntos internos descubre que estás involucrado te van a apartar, puedes cometer algún fallo con los nervios. Necesitas mantener la cabeza fría. Yo tampoco debería estar aquí, debería marcharme, además tengo algo importante...

—No digas tonterías, nadie va a apartarme del caso —me interrumpió mirándome a los ojos y me sonrió, tratando de tranquilizarme—. Te necesito aquí, me ayudas a pensar con claridad y mantener el control, *renacuaja* —intentó bromear pero no le salió demasiado bien.

Suspiré resignada y sonreí.

El profesor Lozano aún no tenía abogado, estaba empecinado en que no tenía nada que ocultar, que ayudaría en lo que estuviera en su mano. Así que de nuevo hablamos los tres a solas. Tenía mal aspecto.

—¿Podría decirnos cuándo fue la última vez que limpió su coche? —preguntó Samuel sin irse por las ramas.

—¿Qué? ¿Qué tiene que ver mi coche? —Agitó la cabeza, pensó unos instantes—. Pues lo limpié hace unos días, no lo sé. ¿Por qué? ¿Qué ocurre?

—¿Y no se le olvidó que tenía que tirar algo que llevaba dentro? —continuó cortante Samuel.

—¿Tirar algo? No entiendo nada, no sé de lo que me está hablando.

—Vamos a hacer una cosa. Usted confiesa ahora y nos dice dónde está Irache y reduciremos la condena. Lo declararemos como homicidio imprudente en lugar de asesinato premeditado.

—¿Asesinato? —susurró pálido como un fantasma—. ¿Irache está muerta?

—Me tiene hartos ya, con su cara de no haber roto un plato. ¿No se da cuenta de que sabemos que está involucrado en la desaparición de Irache? ¡No es más que una cría! ¡Maldita sea! —dijo golpeando la mesa. Me atreví a apoyar mi mano sobre la suya y me miró, agachó la cabeza y esperó unos segundos antes de continuar. Esta vez su tono de voz era más relajado—.

Profesor Lozano, hemos encontrado un cuchillo escondido en su coche con restos de tierra y sangre, ahora mismo están comparando las muestras con el ADN de Irache. Por favor, ¿puede contarnos lo que ha ocurrido?

—El miércoles alrededor de las seis y media de la tarde vi a Irache merodear por mi despacho —repitió de forma mecánica lo que ya había contado mil veces—. Yo estaba reunido con los padres de un alumno con muchas dificultades, me habían pedido cita expresamente por lo que no pude atender a Irache. Ni siquiera me había dado tiempo a leer su correo en donde me pedía una tutoría. Tuve un día muy liado. Cuando los padres de mi alumno se fueron, salí al pasillo, pero Irache no estaba allí y yo estaba cansado. Quería llegar a casa, hacer un poco de ejercicio, ducharme y acostarme a dormir. La telefoneé pero me saltó el buzón de voz. Nadie me vio en casa, pero así fue. No tengo nada que ocultar y no he vuelto a ver a Irache desde entonces. ¡No sé dónde puede estar!

—¿Cómo llegó la cadena de Irache a su casa? —Me atreví a preguntar, aunque sabía que no debía intervenir en un interrogatorio con un sospechoso.

—No tengo la menor idea. —El profesor agachó la cabeza y la hundió entre sus manos, permaneció así unos segundos—. Irache estuvo un día en casa, le di una de las clases particulares de química en el pequeño despacho que tengo allí. Salí de la habitación en un par de ocasiones, para ir al baño y para atender una llamada de teléfono. Supongo que fue cuando cogió la foto de mi carpeta. Estuvo registrando mis cosas hasta que la encontró, quizás se le cayó y no se dio cuenta.

—No estaba caída —continué—. Estaba rota, arrancada, perfectamente escondida en un cajón de su escritorio.

—No sé cómo llegó hasta ahí, quizás la puso ella, no lo sé —insistió.

—¿Con qué fin? —seguí preguntando. Samuel había apoyado su espalda en el respaldo de la silla y escuchaba atentamente sin quitarle un ojo de encima al profesor.

—No tengo ni la menor idea.

—¿Y qué me dice del cuchillo? ¿También lo puso ella en su coche? —preguntó Samuel.

—No sé de qué cuchillo me habla.

—¿Irache ha subido a su coche alguna vez?

—El día que le di la clase de química en la biblioteca y el día que se la di en casa, la acerqué en coche hasta la suya, pero no se quedó sola ni un momento, es imposible que hubiera dejado algo dentro sin yo darme cuenta.

—¿Por qué limpió su coche? —prosiguió Samuel.

—Porque estaba sucio. ¿De qué sirve tener un Mercedes clase A si lo llevas sucio? Una vez a la semana limpio mi coche y si no tengo tiempo de hacerlo yo, lo llevo a algún sitio a que lo hagan.

—¿Y esta vez lo limpió usted o lo hizo otra persona?

—Yo —contestó el profesor escuetamente.

—Y cuando limpió la parte trasera, ¿no se dio cuenta de que había algo escondido debajo de la alfombra? —pregunté esta vez yo.

—Yo no vi nada.

—Le aconsejo que si tiene algo que contarnos lo haga ahora —le advirtió el inspector—. Cuéntenos lo que sea que pueda ayudarnos y todo esto terminará antes para usted y para nosotros. Deme una razón por la que de pronto han aparecido bajo su posesión un objeto personal de Irache y un arma con restos de sangre.

—No puedo ayudarles.

—Muy bien, entonces tampoco podemos ayudarle nosotros a usted. — Samuel se levantó y lo seguí hasta su despacho.

—Parece tan buena persona... no lo entiendo. Juraría que está atónito y asustado con todo esto —cavilé, no es que eso tuviera que pillarme por sorpresa, había visto miles de personas que tenían esa capacidad, pero no dejaba de molestarme.

—Es un instinto de supervivencia, finge para librarse del marrón que se le viene encima.

—Pero... —Pensé un segundo antes de continuar y agité la cabeza—. Tienes razón... después de mi último juicio tampoco confío demasiado en mi intuición.

—Enseguida vuelvo, espera aquí —me pidió, lo vi coger la cajetilla de tabaco. Supuse que iba a fumar y no le apetecía compañía, necesitaba estar solo para pensar con claridad.

Capítulo 13

Solo era cuestión de tiempo, él volvería. La luz inundaba la estancia con más fuerza que nunca, como si de pronto el verano se hubiera apoderado de marzo y las nubes se hubieran disipado para dejar pasar los rayos del sol que se colaban por todas las rendijas de aquella vieja y podrida madera que ejercía de pared.

En todas las demás ocasiones, él había venido al anochecer, así que tenía algunas horas por delante. No estaba segura de cuánto tiempo disponía, pero tenía que hacer algo. Se sentía más fuerte, ya no le afectaba el hedor, ni el agua le sabía a tierra. Sentía el estómago más asentado y tomó una bolsa de patatas fritas del suelo y se la comió, bebiendo después un gran trago de agua.

Se levantó y caminó por toda la estancia, dispuesta a rastrear pulgada a pulgada cada pedazo de aquel paraje. Encontraría algo, algo a lo que aferrarse. Desde el primer día había intentado alejarse del lado más pestilente de la habitación, una de las esquinas que estaba segura de que no era la primera que había utilizado como lavabo. Se acercó a la zona con miedo a que el olor le provocara náuseas de nuevo, pero se había metido tanto en ella que no lo notaba.

La pared se había empapado de orina y excrementos y tenía un color negruzco. Confiaba en que si tenía alguna posibilidad de destrozar alguna madera de aquel sitio, era la de esa zona. Intentó limpiar un poco todo aquel desastre, empujando los excrementos con los calcetines hasta apartarlos a la izquierda. Se sentó frente aquella pared negruzca. Echó el cuerpo hacia atrás intentando no pensar que estaba pasando su espalda y cabello por restos de heces y golpeó con la planta de los pies la pared. Aplicó todas sus fuerzas, de forma reiterada. Estaba dispuesta a dar golpes hasta que se desmayara o aquel tipo acabara con su vida.

La madera crujía a cada embestida, pero no parecía que fuera a romperse tan fácilmente, aun así no cejó en su empeño y cuando le dolían los pies dio golpes con los puños. Intentó arrancar algún pedazo de madera con las uñas, que le terminaron por sangrar llenas de astillas.

Finalmente tuvo que parar un rato a descansar, todavía había muchísima luz y se dispuso a remover la tierra del suelo, quizás encontrara algo que le ayudara. Se quitó los calcetines y se los puso como guantes, empezando a

escarbar por todas partes con la esperanza de encontrar cualquier cosa, lo que fuera que le ayudara a defenderse de su captor o salir de allí.

No recordaba en qué momento se había quedado dormida y se despertó con el rugido de un coche que se acercaba.

Me senté frente a la pizarra, observando la imagen de Irache. ¿Podría solucionarse esto de manera tan sencilla? Todo el equipo estaba volcado en resolver la desaparición de la muchacha, pero ¿de verdad alguien sería tan estúpido como para deshacerse de una chica y conservar en su coche el arma con que la atacó? ¿Esto se terminaba aquí? Un par de muestras por un lado y por otro, y el profesor cazado... me daba mala espina todo el asunto, pero aún tendríamos que esperar por los resultados del laboratorio, tanto de las evidencias obtenidas en el piso del profesor, como el resultado de ADN de la sangre de la navaja. Aun priorizando sobre cualquier otra cosa en el laboratorio tardarían como mínimo veinticuatro horas trabajando a destajo en empezar a darnos resultados. Respiré hondo. ¿Y si esas veinticuatro horas eran cruciales para salvar a Irache?

Entré en la página de *Hoy* digital, intentando hacer tiempo hasta que volviera Samuel, y vi que había una noticia sobre el caso:

“Continúan las labores de búsqueda de Irache Alemán.

Siguen sin dar con Irache, la joven desaparecida hace cinco días en el barrio de San Miguel, en Costamata de Gradec.

La última vez que fue vista rondaba las aulas de tutoría del instituto, a eso de las seis de la tarde.

Se han encontrado evidencias que hacen a los investigadores sospechar que han podido abusar sexualmente de la menor, la policía tiene detenido a un sospechoso y están investigando a fondo para encontrar algo que les lleve hasta la muchacha.

Tomás Corujo Segoviano para Hoy”.

Palidecí dudando de que Samuel hubiera autorizado dar toda aquella información a la prensa. Tenía que contárselo. ¿Y cómo narices había dado Tomás con esos detalles? No me parecía muy ético publicar esas especulaciones que tan solo levantarían caos. Minimicé la página para enseñársela más tarde a Samuel y volví delante de la pizarra, leí cada cosa que había allí apuntada intentado dar con qué era lo que fallaba en todo aquello.

Unos minutos después entró Samuel como un vendaval.

—Tenemos los resultados de las muestras que tomaron ayer en casa del profesor Lozano. Han encontrado rastros de semen y flujo vaginal en sus sábanas y cabellos castaños que no concuerdan con los suyos. Todavía faltan algunas horas para saber si coincide con el ADN de Irache, pero lo que está claro es que estuvo con alguna chica en su cama durante los últimos días.

Asentí y temblé. Se acercó hasta mí y me puso una mano en el hombro.

—Yo... —No sabía qué decir, así que no solté nada.

—Lo solucionaremos. Vamos.

Fui tras él hasta la sala de interrogatorios donde el profesor Lozano bebía de una botella de agua y movía una pierna de forma nerviosa.

—Ayer hallamos rastros de semen y flujo vaginal en las sábanas de su casa y en el edredón, además encontraron cabellos largos de color castaño que no se corresponden con el suyo. Pronto sabremos si la persona que le acompañaba en la cama era Irache. ¿Tiene algo que decir? —explicó Samuel.

—Quiero un abogado —respondió el profesor con una voz fría y firme que me puso la piel de gallina. Las sombras que habían teñido su rostro de preocupación se habían difuminado, transformando su semblante en una balsa de tranquilidad y casi podía vislumbrar una sonrisa sarcástica en sus labios.

La otra cara del profesor Lozano salía a la luz. De pronto recordé a Orlando en el estrado con su sonrisa de suficiencia mientras el jurado le declaraba inocente y no paraban de darme escalofríos.

—Bravo —le dije levantándome de mi silla—. Es muy buen actor, por un momento creí que era inocente.

Samuel y yo salimos del despacho, tenía que irme de allí y dejar de pensar por un momento en todo aquel follón, no quería saber más hasta que no tuvieran los resultados de ADN. Realmente habían sido unos días difíciles y tenía la sensación de que lo peor estaba por llegar.

Me despedí rápidamente de Samuel y cogí un taxi que me llevara hasta el hospital. Pasé a ver a mi madre que seguía en la UCI, el médico no creía conveniente pasarla a planta todavía y la enfermera de turno me aseguró que estaba bien, que solo necesitaba descansar. Pude entrar una media hora a verla, ella dormía plácidamente y no quise molestarla, me quedé a su lado, mirándola, recordando mi infancia feliz junto a ella cuando de su mano íbamos dando un paseo cada mañana hasta el colegio y me la encontraba siempre a la salida con una gran sonrisa, cuando me leía cuentos durante

horas y se metía tanto en la historia que sabía imitar a la perfección las voces que yo imaginaba que tendrían aquellos pequeños personajes, cuando me hablaba durante horas de mi padre del que yo no tenía más que pequeños flashbacks en forma de imágenes.

La enfermera me avisó de que debía marcharme y besé la frente de mi madre, retomando el camino hasta el coche.

Capítulo 14

Ya nada podía hacer, se le habían agotado las fuerzas, estaba exhausta. Debía llevar bastante rato durmiendo porque la habitación estaba completamente a oscuras de nuevo, no lograba distinguir nada a su alrededor cuando abrió los ojos.

Escuchó cómo se apagaba el motor del coche. Ya no temblaba, ya no lloraba, deseaba que todo se terminara de una vez. Para qué seguir luchando, sería imposible escapar de allí. No podría oponer resistencia a aquel hombre, que seguro venía dispuesto a terminar lo que empezó la noche anterior.

Observó que se abría la puerta y vio que portaba una linterna en la mano. La noche estaba demasiado oscura hasta para él. Aunque la linterna había llenado la estancia de una tenue claridad no era suficiente para diferenciar sus rasgos, además llevaba la sudadera con capucha, al igual que los días anteriores. Forzó la vista intentando que las líneas de su cara se definieran, pero pronto él le dio la espalda.

Llevaba una bolsa en la mano de la que sacó una botella de agua que colocó cerca de la puerta y algunas cosas, que no pudo distinguir desde donde estaba, que tiró en el suelo. Colocó la bolsa al lado de la puerta, la cerró y pasó la llave.

Se acercó a la chica, apagando la linterna. No pudo ver lo que hizo con ella, pero intuyó que la había colocado en algún bolsillo trasero, ya que parecía bastante grande y no la había oído caer. Antes de que la luz se desvaneciera vislumbró un objeto puntiagudo con el que se acercaba a ella. Respiró hondo. ¿Le salvaría rezar? Nada le salvaría ya.

Dejó que la tumbara. Intentó besarla, pero no iba a corresponderle, le daba igual que la rajara allí mismo. No pensaba besar a la persona que le iba a robar su intimidad y su vida. Notó una piel rasposa, por una barba que al final del día comenzaba a crecer, el contacto le resultó desagradable y giró la cabeza. Eso pareció molestarle, pero no dijo nada, solo la empujó hacia atrás. Rasgó la camiseta de la chica con el cuchillo y también el sujetador. Dejando pronto al aire sus pechos, que chupó y mordió con fuerza, sin separar en ningún momento el arma de su piel.

Con mano ágil desabrochó los pantalones y se los bajó junto a las bragas, ella se encontraba paralizada por el miedo, segura de que nada podría parar

lo que se le venía encima. La obligó a abrir las piernas y pocos segundos después él la penetraba fuertemente, sin bajarse los pantalones siquiera. Le hacía daño, mucho daño... nada le había dolido tanto en la vida.

Las lágrimas parecieron brotar de nuevo desde la nada inundando su rostro. Lloró y lloró con fuerza, clavándose las uñas en los muslos, intentando mitigar el dolor de su entrepierna y deseando que aquel horror acabara pronto. La tortura duró unos minutos más hasta que su agresor quedó satisfecho y por primera vez habló en voz alta y clara.

—Eres mía.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo al reconocer aquel sonido y todo vino a su cabeza, como si nunca se hubiera borrado, como si nunca hubiera estado oculto. Recordó verlo al salir del instituto y cómo le dijo que le acompañaría a casa. Cuando le habló del trabajo se ofreció a ayudarla, pues él era todo un experto. Iba a buscar su portátil que se había dejado olvidado y volverían juntos, le acercaría a casa en el coche. Ella recordó que debía hacer unas compras, pero finalmente desistió, pues su madre le había insistido que podían esperar al día siguiente.

La llevó hasta allí con la excusa del portátil olvidado, no se le ocurrió pensar que era un sitio un tanto extraño para olvidarse el ordenador, no le dio mayor importancia. ¡Mierda! ¡No podía creerlo!

—Eres mía —volvió a decir exhausto, apoyado contra su pecho.

Vio en su cabeza como a cámara lenta lo que debía hacer. Tenía que actuar.

—No puedo creer que seas tú —le dijo fríamente, en una milésima de segundo él se dio cuenta de su fallo.

La chica actuó rápido, aprovechó la sorpresa de su acompañante para abalanzarse y alcanzar la linterna de la trasera de su pantalón y con todas sus fuerzas le arreó un fuerte golpe en la frente que si no le hizo daño, al menos le descolocó. Le propinó una patada con ambas piernas para quitárselo de encima y volvió a golpearle una y otra vez con la linterna en la cabeza mientras él intentaba agarrarla y no la alcanzaba. Parecía de hierro o algún metal duro. Puso todas sus fuerzas, todo su cuerpo en cada sacudida, así que no tardó en dejarlo inconsciente. De una patada alejó el cuchillo antes de acercarse a él.

Nerviosa y temblando buscó en sus bolsillos y dio con las llaves de la puerta, que abrió no sin tener que respirar hondo un par de veces para dejar de temblar.

Corrió y corrió. Luego se dio cuenta de que había sido una completa estúpida, no lo había visto en la puerta de la estancia, pero él había venido con su coche, porque lo había oído. Podía volver y buscar las llaves y el vehículo. Nunca había conducido, pero no podía ser tan difícil. ¿Y si se despertaba y la volvía a atacar? La mataría si volvía, ni siquiera había tenido la prudencia de dejarlo encerrado, ¡qué estúpida! El frío calaba en sus huesos, prácticamente desnuda, solo cubierta por una camiseta y un sujetador hechos harapos.

Se le clavaban las ramas y las piedras en los pies, la golpeaban por todas partes pero ella no paraba de correr. Aún llevaba la linterna en la mano, que decidió dejarla apagada por el momento, aun cuando no distinguía nada a su alrededor, la noche estaba demasiado oscura y no tenía idea de dónde estaba. Mientras huía pensó que era mucho mejor los golpes de las ramas y las piedras que lo que podía ocurrirle si él la localizaba.

Corrió durante largo rato, se fue tranquilizando. Al no sentirse perseguida, ralentizó el paso. El sudor que perlaba su frente, pronto se enfrió y le empezaron a castañear los dientes. Necesitaba buscar algún sitio donde refugiarse, podía haber tomado al menos los pantalones antes de salir corriendo, el pánico no le había dejado pensar con claridad.

Encendió la linterna intentando encontrar algún sitio donde guarecerse del frío de la noche.

Ya en casa le di un paseo fugaz a Luna, que estaba más apacible de lo habitual, como si supiera que en aquel momento necesitaba tranquilidad y silencio. Me di un buen baño para relajar mis músculos y tenía mucho mejor aspecto cuando me miré en el espejo. Tristemente mi despensa seguía vacía, era lo que tenía vivir sola, si tú no haces la compra, nadie lo hará por ti. Así que me puse unos vaqueros viejos y una camiseta raída, bajé hasta el supermercado más cercano y compré algunas cosas para preparar una cena rápida y sustanciosa. Tenía un hambre que devoraba y se me ocurrió que quizás le podría acercar una ración a Samuel a su casa. No vivía lejos y estaba segura de que no había probado un bocado decente en todo el día.

Preparé un risotto al pesto con langostinos y cuando estaba terminando de cocinarse agarré el móvil y le envié un *WhatsApp* al inspector:

Alexia: “*¿Estás ya en casa?*”

Samuel: “*Entrando por la puerta. ¿Por qué?*”

No le contesté, bajé el fuego al mínimo para conservar el calor y fui hasta mi dormitorio. Oí que sonaba el teléfono y corrí a cogerlo, la pantalla del mismo me mostraba que era él. Con una sonrisa dejé el aparato donde estaba sin contestarle, le daría una sorpresa.

Encontré en mi armario un top negro y sencillo que me encantaba y que no se había arrugado con la mudanza como había pasado con el ochenta por ciento de mi ropa. Me lo puse junto a una cazadora y unos zapatos de tacón. Pasé el cepillo por mi cabello que aún estaba húmedo, negándome a maquillarme de nuevo.

Me acerqué al guiso que olía realmente bien, lo pasé todo a una fiambra y agarré las llaves del coche. El teléfono volvió a sonar, pero una vez más lo ignoré. En unos pocos minutos había aparcado frente al edificio donde vivía Samuel.

El portero automático emitió el pitido característico cuando llamé al botón correspondiente a su piso, sin recibir respuesta, el portal se abrió. Descarté el ascensor y subí despacio las escaleras, cuando llegué a su piso estaba apostado en su puerta con cara de pocos amigos, sin embargo al verme relució una sonrisa en su cara.

—Alexia, ¿qué haces aquí? Te estaba llamando —preguntó extrañado.

—Lo sé... quería darte una sorpresa. He preparado algo para cenar, creo que ha quedado delicioso y he pensado que era una estupidez no compartirla.

—Pensaba meterme en la cama directamente, pero ahora que lo dices estoy hambriento.

Me quitó la fiambra de las manos y me hizo pasar. Una temperatura muy agradable me sorprendió, así que me quité la cazadora y la dejé en el sofá antes de adentrarme en la cocina donde tenía una pequeña mesa de comedor con dos sillas. Colocó el recipiente encima de la mesa y abrió el aparador dispuesto a coger los platos.

Me fijé en que aún llevaba puesta la ropa de trabajo.

—Ve a ponerte cómodo, yo lo preparo —ofrecí.

Me sonrió y asintió. Me puse a trastear en la cocina buscando los cubiertos y la vajilla. A los pocos segundos sentí la ducha, así que me lo tomé con calma.

Dispuse la mesa de forma coqueta, con los cubiertos, platos y servilletas colocados de manera formal. Unas copas que encontré perdidas en un estante serían estupendas para las botellas de vino que le había regalado que estaban aún sin abrir en la nevera, después de liarme un buen rato con el sacacorchos,

llené las copas. No quise servir la comida para que no se enfriase, así que fui hasta el salón donde curioseé por los estantes hasta que di con unas velas aromáticas que no habían sido encendidas jamás en la vida, es más, juraría que aquel era un regalo de mi amiga Marisa que adoraba ese tipo de detalles para el hogar. Las coloqué en medio de la diminuta mesa de comedor y las encendí con unas cerillas que encontré en la cocina. Ya no sabía qué más hacer, así que me senté frente al plato vacío. Me sonaban las tripas.

Samuel apareció unos segundos después descalzo, con unos vaqueros y una camiseta que no parecía precisamente de estar por casa y me miró sorprendido.

—¡Vaya! Si llego a saber que ibas a preparar algo tan bonito me hubiera puesto más elegante —bromeó.

—¡Calla, bobo!, y siéntate a comer que tengo un hambre que muerdo.

Sonrió y se sentó frente a mí mientras yo servía los platos.

—¿Bobo? Qué falta de respeto a la autoridad —dijo sin quitarse la sonrisa de la boca antes de empezar a comer.

Cenamos en silencio tras lo cual pasamos al salón con ambas copas de vino. Había unos immaculados sofás blancos y una espléndida alfombra marrón de pelo largo que cubría buena parte de la estancia. Me descalcé y fui hasta la alfombra, dejando que los pelos me hicieran cosquillas en la planta de los pies. Me senté allí y Samuel me miró divertido.

—Puedes sentarte en el sofá si quieres —apremió.

—No pienso pagarte la tintorería si se me derrama el vino en tu sofá blanco —contesté sonriendo—. Aquí estoy muy bien.

Se sentó a mi lado y hablamos de banalidades durante un rato, mientras alargaba mi copa, al fin y al cabo tenía que conducir y no debía beber más. Él se había servido ya la tercera y podía ver que estaba algo achispado. Sonreí segura de que esa noche no tendría problemas para dormir.

Libros, televisión, música... era agradable apartar de la mente todos los problemas durante un rato y ver cómo la sonrisa de Samuel afloraba a cada pocos instantes. Bostezó varias veces y miré la hora, acababan de dar las once y yo estaba agotada también, había llegado el momento de retirarme a casa.

—Gracias, ha sido agradable comer en compañía —le dije poniéndome de pie.

—Gracias a ti por la cena, estaba deliciosa y el vino increíble. —Me quitó la copa de la mano y la puso encima de la mesa que descansaba frente al sofá.

—Tengo que irme, estoy agotada y ha sido un día complicado. Siento no

ser de mucha ayuda en todo esto, me siento más como una espectadora, pero ya sabes que para lo que necesites, aquí estoy.

—Eres de gran ayuda, Alexia. —Acercó su mano a mi mejilla y la acarició con el dorso—. Me ayudas a pensar, a ver las cosas con claridad, a contenerme en situaciones difíciles.

Me sonrojé por el gesto y sonreí. A Samuel se le trababa un poco la lengua al hablar. El cansancio y el vino hacían estragos en él, así que no tuve demasiado en cuenta su cercanía.

—Seguiré a tu lado hasta que esto acabe —le dije finalmente.

—¿Te acompaño a casa?

—No es necesario. Vine en mi coche para que no se enfriara la cena por el camino. Me voy ya que estoy deseando meterme en la cama.

—Y yo —me respondió con sus ojos clavados en los míos, mis mejillas cada vez estaban más ruborizadas. El vino había logrado desinhibirlo demasiado. No me incomodaba, todo lo contrario, pero no sabía cómo reaccionar a su contacto y a su mirada provocadora—. Te acompaño al portal —dijo cogiendo mis tacones del suelo.

Abrió la puerta y me dejó pasar primero. Las heladas baldosas de la escalera me ayudaron a despejarme. Samuel vivía en un tercer piso, bajamos caminando hasta el vestíbulo.

Con la cabeza gacha agarré el manillar de la puerta dispuesta a no demorar más el momento y marcharme a casa de una vez. Samuel cogió mi mano y tiró suavemente haciéndome girar hasta él.

—No irás a salir ahí fuera descalza, ¿verdad? —me preguntó riendo.

—Eh... no, no. Claro que no.

Cogí los zapatos y me agarré a su brazo para colocármelos sin caerme. Me sentía torpe, y avergonzada. El corazón me retumbaba en el pecho como si fuera una adolescente embobada en su primera cita y una especie de *Pepito grillo* en mi interior no hacía más que chillarme una y otra vez quién era aquel hombre. Samuel no paraba de mirarme con una sonrisa en los labios, con un gesto que no le había visto nunca y me ponía más nerviosa aún.

—Samuel, sube a casa. No has cogido abrigo, no quiero que te resfríes. Nos vemos mañana.

Me giré dispuesta a marcharme.

—Alexia —me llamó.

—¿Sí? —Me volví hacia él. Otra vez mi corazón se disparó, de pronto empecé a temblar y el pellizco en el estómago se intensificaba.

—Gracias de nuevo por la cena. ¿Te paso a recoger mañana?

—Eh... sí, claro, claro, te lo agradecería. Si te coge de camino y no te importa —contesté atropelladamente.

—Sé que no debería...

—Ah, pues no te preocupes, además ahora que lo pienso tengo algunas cosas que hacer antes —le interrumpí nerviosa deseando marcharme de una vez.

—No me refiero a eso. —Me agarró de nuevo la mano y me acercó hasta él para que soltara el manillar de la puerta—. No debería, lo sé.

Clavó de nuevo sus ojos en los míos, me temblaban las rodillas y estaba paralizada, aunque tenía la certeza de que debería haber salido corriendo de allí. Volvió a acariciar mi mejilla.

—No debo, lo sé —repitió una vez más.

Hundió su mano derecha en mi nuca, entrelazando sus dedos con mi cabello y se acercó hasta mí sin dejar de mirarme a los ojos. A un milímetro de mi cara podía notar el calor de sus labios y el olor de su perfume.

—No deberías —susurré antes de que sus labios cubrieran los míos y pronto su lengua entrara en mi boca dispuesta a combatir con la mía en una ardiente lucha. La luz del portal se apagó, pero ninguno hizo nada por separarse. Me acerqué más a él y pasé mis brazos por su cintura, apretándolo contra mí. Me volví loca con su entrepierna pegada a mi cuerpo, que ardía en deseos por librarse de toda aquella ropa que nos separaba y llegar hasta mí.

Se separó un instante, sin sacar sus dedos de mi cabello, con la otra mano pulsó el interruptor de la luz.

—Alexia, deberías irte.

Agaché la cabeza sofocada.

—Sí. Tienes razón. Tengo que irme —susurré, aunque no estaba segura de si él me había escuchado, porque estaba intentando que el nudo de la boca de mi estómago no me ahogara y no podía hablar más fuerte.

—¿Quieres irte? —preguntó.

Una chica de unos veinte años abrió el portón de acceso al edificio y nos separamos rápidamente, intentando disimular, aunque para él era mucho más complicado que para mí ocultar lo que pasaba en ese momento por su cabeza y otras partes de su anatomía.

La chica ni nos miró, no apartó la vista de su móvil mientras tecleaba sin parar. Subió los cinco escalones que la separaban del descansillo donde estaba el ascensor, lo llamó sin levantar la cabeza. A los pocos segundos se

subió y desapareció.

—Debería irme. —Suspiré. Me acerqué, le besé en los labios y abrí la puerta antes de arrepentirme—. Hasta mañana.

—Hasta mañana. —Sonrió.

No parecía incómodo, ni molesto, más bien agradecido por haber tomado yo la decisión adecuada.

En pocos minutos subí a mi coche y volví a casa. No sentía la humedad ni el frío de la noche, no sentía absolutamente nada que no fuera un fuerte pellizco en la boca de mi estómago y un calor que inundaba mis mejillas y todo mi cuerpo, que no desapareció hasta que me quedé dormida entre mis sábanas.

Capítulo 15

Despertó con un fuerte dolor en la frente, se llevó las manos y notó que había sangre recorriendo su cara, le costaba incorporarse. Un leve mareo le sobrevino.

Se levantó despacio. Aquella niñata lo iba a pagar caro. Permaneció unos segundos de pie contra la pared de la habitación hasta que se le pasó la sensación de vértigo.

Tenía que encontrarla, no podía dejarla escapar, sería el fin.

—Maldita puta. ¡Eres mía! —chilló—. ¡Mía! ¿Me oyes?

Fue hasta el viejo garaje y buscó otra linterna, regresó a la habitación y recuperó el cuchillo. La encontraría aunque fuera lo último que hiciera.

Aguzó el oído y se orientó rápidamente. No escuchaba ruidos, así que supuso que había corrido bosque a través sin descanso durante los minutos que hacía que se había escapado. Tenía que darse prisa.

Corrió en la dirección más despejada, por donde supuso debió irse la muchacha, teniendo en cuenta que se encontraba débil, descalza y casi desnuda no podía haber ido muy lejos. Corrió casi durante cuarenta minutos. Paró, aguzó de nuevo el oído y volvió a mirar en todas direcciones, conocía el bosque como la palma de su mano, pero le costaba orientarse con aquella noche tan cerrada. Siguió caminando de forma ligera, no podía estar muy lejos, era imposible que ya le hubiera dado tiempo a salir de la zona.

Le pareció percibir una luz a lo lejos, podía ser algún reflejo, pero no quería tentar a la suerte. Apagó su linterna y caminó a oscuras intentando hacer el menor ruido posible. No podía creer en su suerte, la distinguía ya, parecía dormida o desmayada y se había dejado la luz de la linterna encendida. No quería que lo viera y se echara a correr, así que siguió acercándose a pasos lentos y silenciosos.

Escuchó un ruido de fondo, un zumbido, algo que no atinaba a reconocer y que hizo que le doliera el estómago. No podía ser, ¿cómo era posible? Escuchaba voces no demasiado lejos de allí, seguramente algún grupo de agentes peinaba de nuevo la zona, sabía que habían puesto vigilancia las veinticuatro horas por esa área del bosque. Si habían visto la luz de la linterna o escuchado gritos de socorro no estarían lejos.

Tenía que hacer algo y deprisa, si le encontraban allí sería el fin y si daban con ella con vida, también. Se acercó más, parecía dormida, pero

como si intuyera el mal acechándole, abrió los ojos de forma desmesurada justo antes de que él pudiera clavarle el cuchillo en el estómago. Se lo clavó una, dos y tres veces sin que ella pudiera hacer absolutamente nada. Un grito alertó al equipo de búsqueda que de pronto habían empezado a dar voces y los oía correr muy cerca.

Se dio la vuelta por donde había venido y corrió todo lo rápido que pudo con el corazón palpitándole como loco, con unas sensaciones extrañas que le embargaban, pero ahora no podía pararse a analizarlas. Encendió la linterna a riesgo de que alguien le viera, tenía que llegar a su coche cuanto antes. Todo se había estropeado, tenía que largarse lejos y tendría que darse prisa en ejecutar sus planes. Solo le quedaba una cosa pendiente que no podía dejar sin resolver.

Una horrible sensación me hizo despertar completamente empapada en sudor. Ignoraba si era un mal presagio o simplemente una pesadilla que me había dejado desconcertada. Me costó recuperar el aliento y calmar las lágrimas que salían despedidas de mis ojos. Cuando logré serenarme miré la hora, estaba en medio de la madrugada y acababa de darme cuenta de que mi móvil sonaba insistente una y otra vez en mi mesa de noche.

—Alexia, es Irache. —Me costó reconocer la voz de Samuel al otro lado, lo escuchaba fatal, supuse que iba conduciendo y no entendía lo que me decía.

—Samuel, no te oigo, no te oigo... ¡Qué ocurre!

Y no entendí mucho más, solo palabras sueltas “bosque, a la altura del torreón de luz”, y poco más. Di un salto y me puse unos vaqueros, una sudadera y unas botas altas antes de coger las llaves y el móvil y salir corriendo.

Por el camino telefoneé a Sofía.

—Alexia, ¿qué ocurre?

—Cariño, no sé qué pasa, me ha llamado Samuel, creo que han encontrado algo en el bosque, voy para allá. No he entendido más que algo sobre el torreón de luz, sé más o menos dónde está, así que voy a ver qué pasa porque lo he notado muy alterado y había muchas interferencias.

—Oh Dios mío, Alexia, ¿en el bosque? ¿La han encontrado? —Mi amiga lloraba nerviosa.

—No tengo la menor idea Sofía, en cuanto sepa algo más te llamaré.

—Mi niña, Alexia, es mi niña...

—¡Cálmate! Supongo que no tenía que haberte llamado aún, pero no era justo que no te avisara.

—Llamaré a Eduardo a ver si puede reunir a un equipo que eche una mano. Begoña está conmigo esta noche. —Intentó calmarse—. Por favor Alexia, ven a buscarme, tengo que ver a mi niña.

—¡Estás loca! No, no. Quédate ahí por si surge cualquier cosa, además con la silla si hay cualquier problema no vamos a poder correr.

—Vale, mierda, vale. Voy a llamar a Eduardo, adiós.

Conduje lo más deprisa que pude hasta la zona del torreón, no me costó dar porque se oían sirenas y había coches de policía por todas partes, vi una UCI móvil que se acercaba a toda velocidad.

Aparqué en cualquier parte y salí corriendo. Era consciente de que el frío era helador pero yo sudaba y notaba mis mejillas coloradas y un fuerte dolor en la parte trasera de la cabeza, seguramente por el subidón de tensión del momento.

Cuando logré acercarme vi arremolinados a varios agentes, a Samuel, dos técnicos de la unidad móvil y un cuerpo envuelto en una manta isotérmica. Me paré en seco horrorizada y me llevé las manos a la boca intentando ahogar un grito. Vi a Costa apartado a un lado gritándole a un walkie.

—Todas las unidades en el bosque... ¡Ya! Que pongan vigilancia en todas las salidas posibles, si existe alguna posibilidad que ese hijo de puta esté en la zona, no lo voy a dejar escapar. ¿Me oyes? ¡Todos los efectivos!

Me costaba procesar lo que escuchaba. No lograba entender nada. Samuel levantó la cabeza y me vio.

—¡Mierda! ¿Qué haces aquí, Alexia? No puedes estar aquí. ¡Mierda! Agente, hágase cargo un momento. —Un agente cercano ocupó el sitio de Samuel y él vino hasta mí y me abrazó.

No podía decir nada. De pronto no escuchaba la sirena de policía, ni la de la ambulancia, no escuchaba los gritos de Costa, no escuchaba a los técnicos manejando aquel cuerpo enclenque... me concentré en el sonido de los grillos para poder respirar hondo y tranquilizarme porque empezaba a verlo todo de color blanco y estaba segura de que si no me controlaba perdería el conocimiento. Conté despacio el canto de los grillos durante un buen rato.

Me aparté de Samuel y me limpié las lágrimas, fue cuando vi que su ropa estaba completamente manchada de sangre.

—¡Oh, Dios! Quiero verla, Samuel, quiero verla.

—No puedes, ahora no. Deja trabajar a los compañeros. Estás helada y en shock.

Él intentaba apartarme de la vista del cuerpo tendido, sin embargo pude vislumbrar un torso desnudo y lleno de sangre y tierra y lloré de nuevo. Se quitó su abrigo y me obligó a ponérmelo, yo no sentía frío, no sentía nada. Temblaba, así que mi cuerpo reaccionaba aunque yo no lo percibía, estaba clavada allí y no podía moverme.

—Alexia, no puedo hacerme cargo de ti ahora, ahora no. Vete a casa, tengo que volver con los compañeros al bosque, vamos a peinarlo, parece que la han herido hace poco. Por favor, vete, no quiero preocuparme por ti también.

—Vale. Tranquilo, estoy bien —susurré intentando serenarme, era una jueza de lo penal que había visto millones de cosas peores, había realizado levantamientos de cadáveres en circunstancias terribles, pero no tenían nada que ver conmigo y me había obligado, a lo largo de los años, a que no me afectara el horror.

Me miró unos instantes y volvió con los compañeros, les dijo algo y lo último que vi fue cómo sacaba su arma antes de internarse en el bosque con una linterna. Volvía el mareo, me quedaba en blanco.

«Cuenta, Alexia, cuenta, —me dije—, céntrate en los grillos». Me senté en el suelo en el mismo lugar en que estaba, me concentré en el crujido de las ramas al sentarme, y en el canto de los grillos y respiré hondo. Entonces se me encendió la bombilla y pude entender algo de todo aquello, ¿acababan de herirla? El profesor Lozano estaba detenido, era imposible que él lo hubiera hecho. ¿Estaban involucradas varias personas o esto no tenía nada que ver con él?

Los sanitarios se llevaban el cuerpo y me levanté deprisa, necesitaba verla. Me acerqué. Solo escuchaba “*No puede estar aquí*” “*No puede tocarla*”, pero era un eco lejano. Vi su cara, su dulce cara de niña desfigurada, sucia, hundida en un terrible gesto. Intenté con todas mis fuerzas acercarme hasta ella y abrazarla.

—Es mi ahijada, necesito verla, es mi ahijada. —Y no sé ni a quién se lo decía.

—Está viva, pero está muy mal, tiene que dejarnos trabajar. —Escuché.

Entonces procesé la información; cuando llegué, Costa gritaba para que acudieran todas las unidades, que ya se acercaban, se oían varios coches de policía. La persona que le había hecho aquello a Irache podía seguir allí. ¿Y si me internaba a ayudar en la búsqueda? Pero deseché la idea, estaba en

medio de un ataque de pánico y no conocía el bosque, internarme en él, en mitad de la noche, me parecía de lo más irresponsable.

Como si me hubiera leído la mente, Costa, que dirigía toda la operación, se acercó hasta mí.

—Alexia, tienes que dejarnos trabajar. No puedes adentrarte en el bosque, sin armas, sin linternas, sin ninguna forma de detenerlo si te lo encuentras. Es un suicidio. Toma... —Me tendió unas pastillas—, ve a casa y tómate esto, me lo han dado los técnicos de la ambulancia, te ayudará a dormir un poco.

Me sorprendió que me abrazara pero también lo agradecí porque me sentía perdida y me costaba poner los pies sobre la tierra.

—Vale —dije al fin.

—Tengo que seguir trabajando, venga, no sigas aquí.

Asentí y volví a sentarme en el suelo con los ojos como platos mirando para todas partes, muerta de miedo. ¿Todo aquello era real? Llegaban más y más vehículos a la zona. Se organizaron varias partidas de búsqueda: agentes de policía, rescate, la guarda forestal e incluso vi algunos miembros del voluntariado que se adentraban en el bosque, cargados con linternas, silbatos, walkies.

Tuve la sensación de que habían pasado muchas horas hasta que vi salir a Samuel del bosque, con la frente perlada en sudor y el cabello pegado, con muy mal aspecto y parecía cabreado.

—¿Todavía estás aquí? Tienes que irte a casa Alexia, aquí no haces nada. Ve y descansa, mañana continuaremos investigando, mientras, espero dar con ese cabrón hoy mismo.

—Tranquilo, ya me voy. Tengo que ir a casa de Sofía, la he llamado antes de venir para que avisara a Eduardo y se ha quedado muy preocupada. Necesito...

—¡No! —me cortó Samuel—, ahora no puedes, mis agentes irán a hablar con ella y le explicarán todo, tú ni siquiera sabes lo que ha pasado. Tienes que ir a casa y descansar. Espera. —Agarró el walkie—. Barrios, ven por favor, necesito que te lleves a Alexia a casa.

—Estoy bien, puedo ir sola.

Me quitó las llaves del coche que tenía entre las manos.

—No puedo preocuparme por ti, esta noche, no. Te mandaré el coche con alguien después y te dejaré las llaves en el buzón.

Me dijo y sabía que lo decía de corazón, así que esperé paciente hasta que Isabel llegó. Al entrar en casa, una sensación de agobio me embargaba, me

costaba respirar, me dolía el pecho. Entré y abracé a Luna que vino corriendo a recibirme, lloré mientras la cogía en brazos y me la llevé conmigo a la cama.

Capítulo 16

La agente Rodríguez le había telefonado de nuevo, había mandado trasladar el vehículo de Sara hasta las dependencias policiales de San Esteban, pero él se desesperaba. Las horas pasaban y seguía sin saber nada de su esposa.

Era inútil pero tenía que probar suerte una vez más, había intentado telefonarla en incontables ocasiones, siempre con el mismo resultado. El teléfono apagado, no recordaba cuántos mensajes había dejado ya en su buzón de voz.

Sergio paseaba por la casa nervioso, se le hacía pequeña. Si al menos pudiera ir a trabajar desconectaría el cerebro de toda aquella mierda. No podía quitarse de la cabeza la idea de que quizás le hubiera ocurrido algo a su mujer.

Fue hasta su dormitorio y revisó su armario, no parecía faltar nada. Tampoco solía hacer la colada, ni se había fijado demasiado en la ropa que tenía su esposa, quizás faltaran veinte piezas y él jamás lo notaría.

Revisó en su mesa de noche pero había lo de siempre: una torre de unos seis o siete libros por leer, su lámpara y poco más. Sara trabajaba como contable en una importante empresa de alimentación de San Esteban, llevaba poco tiempo en ese puesto de trabajo, menos de un año y no conocía personalmente a sus compañeras de trabajo, aunque Mercedes aseguró haber hablado con todas y cada una de sus amigas sin obtener respuesta.

Quizás Sara había pensado tomarse un tiempo y alguien se ofreciera a dejarle alguna propiedad en la ciudad de Costamata de Gradec. Se le ocurrió que quizás podría revisar su portátil, que descansaba en la mesa que tenían en el pequeño despacho de su casa. Sergio jamás había registrado sus cosas, sin embargo tenía que encontrarla, aunque fuera lo último que hiciera.

Encendió el ordenador y tanteó los archivos que tenía almacenados. Pasó largo rato y no encontró nada, aunque abrió infinidad de documentos con la esperanza de encontrar sus claves de acceso guardadas al menos a los dos correos electrónicos que él conocía o a alguna de sus redes sociales... algo.

Las horas pasaban y se daba por vencido, hasta que se le ocurrió que podía probar combinaciones diferentes, a lo mejor no era tan complicado.

Abrió una ventana de acceso a Internet y tecleó la página de uno de sus

correos electrónicos. Le dio un vuelco el corazón cuando se dio cuenta de que tenía la opción de recordar contraseña y entraba directamente a su bandeja de entrada. Revisó todos y cada uno de los emails del último mes. No vio nada extraño. Cosas del trabajo, algún intercambio de fotografías con alguna amiga, publicidad... nada importante.

Abrió el otro correo electrónico con la misma suerte, el resultado fue más o menos el mismo. Se le ocurrió pinchar en la papelera del correo y la revisó de arriba abajo pero no vio nada. Volvió a la bandeja de entrada, se dio cuenta de que tenía varias carpetas creadas que no había visto antes y las repasó una a una hasta que dio con un nombre que le puso la piel de gallina: Ángel Castillo Escudero. En un principio le sonaba, pero no podía recordar de qué, hasta que rememoró lo ocurrido cuando conoció a Sara.

Sara salía con un chico prácticamente desde que habían empezado la universidad, vivían juntos. Él había heredado la casa de un familiar y estaba solo en San Esteban, no tenía a nadie allí. Sara y él se conocieron, y a los pocos meses se dieron cuenta de que nada podían hacer para evitarlo, se habían enamorado. Él también tenía una relación con una chica, que no iba del todo bien desde hacía tiempo y ambos siempre habían alargado el momento de dejarse, pero conocer a Sara fue la clave para cambiar de una vez su vida.

Aquel chico se llamaba Ángel, no lograba recordar su apellido, pero sí sabía perfectamente su nombre. Miró la fecha del email y databa apenas de diez días atrás. Se le aceleró el corazón y empezó a temblar. Paseó el puntero del ratón por encima del mensaje, no estaba seguro de querer violar la intimidad de su esposa, pero quizás en ese correo encontrara la clave.

Después de pensarlo durante unos minutos decidió pinchar en el email. Sergio se dio cuenta de que no era un simple correo, era un sinfín de respuestas tras respuestas de emails que se habían ido sucediendo a lo largo del tiempo.

Leyó el último con un nudo en la boca del estómago:

“Perfecto preciosa, allí nos vemos. Un beso. Ángel”.

Tuvo que tranquilizarse para poder seguir leyendo y averiguar de qué iba todo aquello.

“Está bien, tienes razón. Quedemos y tomemos un café juntos, por los viejos tiempos. Nos vemos allí. Un abrazo. Sara”.

Le parecía increíble que Sara hubiera estado escribiéndose con aquel hombre durante meses, había leído todos y cada uno de los correos

electrónicos que estaban enlazados. No entendía por qué ella no le había contado que volvía a hablar con su ex. ¿Temía que se pusiera celoso? Nunca lo había sido y solo el hecho de que ella se lo ocultara era lo que le hacía sospechar que algo no iba bien.

El primero en escribir fue él, le pidió si podía hacerle un favor con respecto a la propiedad de su abuela. La había tenido alquilada durante años, pero los inquilinos se habían mudado de ciudad. Simplemente tendría que comprobar que estaba todo en orden y cerrar bien con llave toda la estancia. Por lo que pudo comprobar por su respuesta, ella aún guardaba una copia de la llave, así que no tuvo mayor problema en satisfacer el favor de su expareja.

Después de aquello, los emails fueron acaeciendo, contándose cada uno cómo iba la vida. Eran correos electrónicos normales, entre dos amigos más, hasta el momento en que a Sergio le habían despedido en JFK.

Notó un cambio en los emails de ella, le contó todo lo sucedido a Ángel: su reacción, su depresión, su dejadez... le parecía increíble que hubiera contado su intimidad a aquella persona que nada tenía que ver con sus vidas presentes. No solo eso, sino que además le relataba que hacía semanas que no hacían el amor, que le miraba sin hallar a aquella persona de la que se enamoró, que se sentía atrapada y sin saber cómo ayudarle a ser el mismo de siempre.

La sangre le hirvió cuando observó que Ángel insistía en que no era más que un fracasado, que no entendía por qué aún estaba con él. Le pedía reiteradamente una cita para tomar un café y ponerse al día en persona. Habían quedado en un restaurante costero en la ciudad de Costamata de Gradec, al que ella finalmente había aceptado acudir.

Recordó enseguida lo que le había comentado la agente y ahora ya estaba seguro de lo que había sucedido. Sara simplemente había vuelto con aquel tipo, que por fin la había convencido de que no merecía estar con un desperdicio de la sociedad como él.

Sumergido en su propia tristeza Sergio quiso ponerle fin a la búsqueda, era inútil. Sara no volvería.

Telefoneó a la agente Rodríguez y le dejó un recado en el buzón de voz contándole lo que había descubierto. Luego simplemente bajó hasta la cocina y buscó en los armarios alguna botella de alcohol con la que poder ahogar ese sentimiento que le estrujaba el corazón y no le dejaba respirar.

Por más vueltas que daba en mi cama no lograba conciliar el sueño, me había abandonado por completo y solo podía pensar en Irache, no sabía nada de nada, Samuel no contestaba mis llamadas y poco más podía hacer. No me había atrevido a contactar con Sofía aún, porque ni siquiera sabía si la niña estaba bien o no.

El sol no tardaría en empezar a asomarse por el horizonte, me levanté y me di una ducha aunque sabía que era tan temprano aún, que no podría hacer otra cosa más que sentarme en el sofá a esperar. Con la toalla enrollada en mi cuerpo y el secador a tope vi cómo en mi móvil se encendía una lucecilla y noté la vibración. Al mirarlo había un WhatsApp de Tomás:

“Hola, sé que es muy temprano, estoy por tu casa. ¿Estás despierta? ¿Puedo pasar?”.

Miré la hora, aún quedaban unos veinte minutos para que dieran las siete de la mañana, ¿para qué querría verme a esa hora?

“Sí, estoy despierta. Vente”. Respondí escuetamente.

Parecía que estaba esperando mi respuesta apostado a la verja de mi casa porque no tardó más de dos minutos en llamar al timbre.

Nada más entrar por la puerta me abrazó.

—Hola, ¿qué haces tan temprano merodeando por aquí? —pregunté extrañada.

—Nada, algo del trabajo —contestó evasivo.

—¿De tu trabajo de periodista? —Asintió.

—Sí, tenía que cubrir una noticia importante.

Pensé ser evasiva yo también y hacer como que no sabía de qué hablaba, pero sí lo sabía y pondría la mano en el fuego a que él estaba al corriente de que yo estaba metida hasta las trancas. No porque conociera a Sofía y supiera que Irache era mi ahijada, porque apenas la veía dos o tres veces cuando éramos críos, si la recordaba sería un milagro, sino porque si estaba tan bien informado como parecía, también estaría al tanto de que yo estaba todo el día en la comisaría haciendo algo, aún no tenía claro el qué, apoyo moral, parecía. Además, acababa de recordar que se me había olvidado hablar con Samuel de su artículo del día anterior.

—Me gustaría saber cómo te has enterado de todo lo que has publicado sobre la investigación de la desaparición de Irache. —Se quedó pálido, sorprendido.

—Tengo mis fuentes —contestó al fin—, no puedo contarte más. ¿La han

encontrado? ¿Verdad?

—Tomás, somos amigos desde siempre y te quiero con toda mi alma, pero no pienso hablarte de Irache.

—Vale, vale... —dijo levantando las manos en señal de paz—, te invito a un desayuno temprano, conozco un sitio donde hacen unas porras con chocolate deliciosas.

—Bueno, vale.

Me abracé a él de nuevo, me sentía mejor, aunque él no supiera que no había pegado ojo en toda la noche, que estaba como un flan, nerviosa, tensa, triste, agobiada. No quería hablar de ello, me apetecía evadirme hasta que Samuel me llamase y supiera qué había ocurrido.

Fuimos con su moto hasta la cafetería que estaba cerca de la zona del muelle, a esa hora, con el sol asomando tímidamente por el horizonte, el cielo completamente despejado, los estibadores moviéndose silenciosamente y los barcos atracados pude dejar de lado todo por un rato y hablar tranquilamente de banalidades, hasta que sonó mi móvil.

—Sofía cariño, siento no haberte llamado ayer, pero directamente me lo prohibieron —dije al descolgar.

—Tranquila —su voz sonaba apagada, lejana, como la voz que tendría una persona que ha agotado las lágrimas y ya no puede más. Contuve la respiración.

—¿Sabes algo de Irache? —pregunté al fin.

—Anoche se acercó una patrulla a casa y me pusieron al día.

—¿Y cómo está?

—Samuel me llamó hace unas horas, fue a buscarme a casa y me acercó al hospital. Aquí estoy esperando a ver si me dejan verla pronto. Ha perdido mucha sangre, tiene varias heridas provocadas con un arma blanca. Además tiene hipotermia y deshidratación. No nos han explicado más —se le quebró la voz.

—¿Por qué no me avisaste? Hubiera ido contigo.

—Samuel me dijo que anoche te quedaste en estado de shock y que el detective Costa te había dado unas pastillas muy fuertes para que pudieras dormir algo.

—No me las tomé —respondí escuetamente—, ¿estás sola?

—No, Begoña está aquí.

—Vale. Tenía pensado ir hasta la comisaría, allí no te puedo ayudar mucho, aunque sé que necesitas un abrazo más que nada en este mundo. Te

lo daré, te lo prometo, pero mi única idea en este momento es encontrar al cabrón que le ha hecho esto a la niña. —Miré de reojo a Tomás que no se cortaba un pelo en escuchar mi conversación privada.

Me levanté y me alejé de él para continuar hablando con Sofía.

—Gracias cielo, sé que te has involucrado mucho en esto —me dijo y de nuevo parecía tener un nudo en la garganta.

—Sofía, es mi ahijada, me he involucrado hasta donde me han dejado. Ha sido una suerte que Samuel estuviera al cargo de la investigación.

—Sí, lo sé. Es muy buen chico.

—Sí. Bueno, de chico tiene poco, eh, que ya tiene unos cuarenta y cinco años, ya va más para abuelo —bromeé para hacer reír a mi amiga, y lo conseguí, escuché una risita triste al otro lado.

—Es verdad. Todos nos hacemos viejos —me dijo con un suspiro.

—Cariño, voy a dejarte, me voy ya a la comisaría, ¿vale?

—Vale, hablamos más tarde —respondió.

—Tranquila Sofía, todo irá bien.

Volví con Tomás hasta la mesa.

—Perdona, bichejo —le dije con cariño—, tengo prisa, me voy pitando, en un rato tengo que estar en la comisaría. ¿Puedes dejarme en casa?

Tomás asintió y no me hizo preguntas porque sabía que simplemente no se las contestaría. No tardé en subirme a mi coche.

Por el camino le daba vueltas a la cabeza, el profesor Lozano estaba detenido, así que era imposible que la atacara él. Tenía la sensación de que estábamos muy perdidos y que él no tenía nada que ver con el asunto, a no ser que tuviera un cómplice o algo así. Me parecía bastante improbable, pero cosas más sorprendentes había visto. Lo que no me cuadraba para nada era que si no tenía nada que ver, ¿cómo llegó la cadena y el cuchillo hasta su casa y su coche impregnados de la tierra del bosque y de sangre? Estaba desubicada, no lograba ver con claridad ese macabro puzle.

Cuando llegué vi al detective Costa allí, hablaba por teléfono desde el despacho de Samuel, tenía mejor aspecto que la noche anterior. Parecía recién duchado, sin embargo el semblante desencajado delataba el cansancio y preocupación acumulados.

—Hola. —Me acerqué y le dije cuando cortó la llamada—: ¿Quieres que te traiga algo?

—No, qué va. Muchas gracias. Siéntate. —Me ofreció.

Se levantó del escritorio de Samuel y se dirigió a la pizarra donde anotó el

último descubrimiento, el ADN de las sábanas del profesor Lozano coincidía con el de la sangre hallada en el cuchillo encontrado en su coche, que al mismo tiempo coincidía con el ADN de Irache.

—La cosa se complica. —Fue lo único que se me ocurrió decir—. No entiendo nada.

—Ni yo, Alexia, ni yo. Tendremos que volver a interrogar al profesor.

—Es imposible que la apuñalara él. Las heridas eran recientes, tú mismo viste cómo manaba la sangre a borbotones antes de que llegaran los sanitarios.

—Algo no cuadra, hay una pieza en todo esto que no encaja y tengo que averiguar cuál es —me contestó absorto en sus propios pensamientos.

Tuvimos que esperar a que llegara el abogado del profesor Lozano, que ya exigía la puesta en libertad de su cliente. No teníamos pruebas contundentes contra él y si bien en un principio no le importó quedarse a ayudar, esto se estaba pasando de castaño a oscuro, intentando incriminarlo en algo que evidentemente no había cometido él, o al menos eso decía su abogado.

—¿Nos va a explicar de una vez lo que sucedió con Irache? —preguntó Costa.

—Mi cliente no va a responder de nuevo a esa pregunta, ya les ha contado en innumerables ocasiones lo que ocurrió la tarde del miércoles y se empeñan en insistir. —El abogado fue el que habló mientras el profesor Lozano ni siquiera subía la cabeza, tenía la vista concentrada en sus manos entrelazadas encima de la mesa.

—No me refiero a la tarde del miércoles abogado, me refiero en general. ¿Qué ocurrió entre Irache y usted, profesor Lozano? —aclaró el detective.

—Mi cliente no va a contestar a esa pregunta —respondió tajante el abogado.

—Está bien, les contaré cómo está la situación —continuó José Costa—. Hemos descubierto ADN de Irache en las sábanas de su casa y en la sangre del cuchillo que encontramos en su coche, así que esto pinta muy mal para usted. Si habla ahora y tiene una explicación lógica para todo esto aquí estoy para escucharle —le apremió el detective sin darle ningún dato de que habíamos hallado a la chica en el bosque.

—No abras la boca, Manu —le ordenó su abogado.

—No importa, Abel. —Suspiró—. Irache y yo mantuvimos relaciones sexuales un par de veces. Pero no sé absolutamente nada de ese colgante y menos aún del cuchillo.

—¿Por qué lo ocultó? Era evidente que lo descubriríamos tarde o temprano y, ¿por qué debería creerle ahora sobre el cuchillo si no ha hecho más que mentirnos todo el tiempo? —continuó el detective.

—No mentía todo el tiempo, nuestra relación no tiene nada que ver con su desaparición, de eso estoy seguro. Protegía mi puesto de trabajo, soy su maestro y al fin y al cabo ella es una menor. No está bien lo que hice, pero no le he hecho daño y jamás se lo haría. Fue algo que surgió sin preverlo. Irache es una chica muy madura para su edad, su insistencia, su desparpajo... bueno, no sé si tiene justificación enamorarse de una chica tan joven, pero simplemente ocurrió. —El profesor se desplomaba poco a poco.

—Se lo voy a decir claro, esto tiene mala pinta. Hay varias pruebas que le involucran en la desaparición de la muchacha. —Costa afirmó con firmeza—. El colgante en su casa, el cuchillo en su coche, sangre, sexo... si usted no puede explicar cómo se encontraban esas cosas en sus dependencias, menos podemos hacerlo nosotros. ¿Quizás tiene un cómplice fuera? ¿Decidieron jugar a un juego que se les ha ido de las manos? Si nos cuenta la verdad su condena se verá reducida, si sigue ocultando lo que ocurrió más tarde o más temprano lo averiguaremos y entonces no habrá nada bueno para usted.

—No puedo decirles más, detective.

El profesor hundió la cara en sus manos, yo no sabía qué pensar y el detective Costa no mostraba un ápice de sentimientos en su semblante. Llamaron a la puerta y un agente le pidió al joven detective que saliera a atender una llamada.

Salí detrás de él y dejé en la sala de interrogatorios al profesor y abogado. Seguí a Costa hasta la recepción donde había un teléfono descolgado esperándole, quizás fuera algo importante para el caso.

Saludé a Miriam, la recepcionista, y me quedé a un margen para dejar hablar al detective. Cuando volví a mirarlo su semblante había tornado a un tono pálido y los ojos estaban a punto de salirse de las órbitas. Prácticamente dejé a Miriam hablando sola y me acerqué a él.

—Esto es increíble —dijo corriendo hasta el despacho donde tomó su placa, el arma y se puso la cazadora—, pensé que Costamata era un lugar tranquilo.

—¿Qué ha pasado? —Le apuré a contarme.

—Han hallado el cadáver de una mujer cerca de la costa, chocando contra una de las embarcaciones atracadas. Tengo que irme.

Me quedé allí igual de desencajada y sorprendida, pero dispuesta a

centrarme en Irache y averiguar cómo podía ayudar de alguna forma.

Capítulo 17

Todavía tenía tiempo de terminar lo que tenía pendiente en aquella ciudad, intentó ir por carreteras secundarias hasta llegar a su destino. Pasó por una gasolinera y se coló en el lavabo con la bolsa de deportes que llevaba en el maletero.

Se lavó la herida de la frente y se restregó la sangre reseca. Se quitó la sudadera y cambió sus pantalones y zapatos por unos deportivos y un chándal que llevaba en la bolsa del gimnasio. La herida había dejado de sangrar aunque debería cubrísela con algo. Dio con la gorra que tenía en su bolsa de deportes y se la puso, le rozaba en el corte y le molestaba, pero no tenía tiempo que perder y decidió dejarlo así por el momento.

Las calles estaban desiertas, a pesar de que ya habían dado las nueve de la mañana. Se alegraba de que ella trabajara en un lugar apartado. Pronto llegó a su destino y aparcó justo en la puerta. Se miró en el espejo retrovisor para comprobar que todo estaba en orden antes de apearse del vehículo.

Se acercó silbando hasta la recepción y le ofreció una amplia sonrisa a la secretaria, que le pidió que tomara asiento. Minutos después le dijo que podía pasar a la consulta.

—Hola... Edurne, ¿verdad? —Asintió y le tendió la mano. Seguía tan hermosa como siempre, con la pelirroja cabellera cayéndole por la espalda en preciosos bucles. La bata se le ajustaba a sus caderas que se habían ensanchado a lo largo de los años, podía adivinar que no era lo único que había crecido de forma considerable, pues el pecho rebosaba por fuera del escote.

—Y tú... ¿Manuel? —Le ofreció una amplia sonrisa.

—Llámame Manu, por favor, Manuel suena a viejo. —Sonrió a la mujer—. Disculpa que no haya pedido cita, ni siquiera he traído a Simba, tengo que volver al trabajo enseguida.

—¿Qué le ocurre al perro?

—Me temo que ha comido algo que no debía, llevo días muy atareado. No he podido comprarle el pienso que siempre toma y lo han estado cuidando los vecinos, así que supongo que lo han malcriado con comidas que no debía. Anoche estuvo vomitando y esta mañana otra vez.

—No te preocupes, seguramente le sentó pesado lo que quiera que tomara ayer. Procura comprarle su pienso habitual y que beba mucha agua hoy.

Vigíalo, si ves que continúa vomitando, tráelo para hacerle un reconocimiento. No creo que sea nada.

—Eso mismo pensaba yo, pero prefería asegurarme. —Le ofreció una amplia sonrisa—. Me alegro de que no hubiera clientes con cita esperando. —Volvió a sonreírle—. ¿Qué tal va el negocio?

—Buff, la crisis se nota aquí también, pero bueno, normalmente los dueños aprecian a sus mascotas y las consideran un miembro más de su familia, si necesitan venir a verme no se lo piensan mucho —contestó.

—Bueno, dime cuánto te debo.

—Tranquilo, si no he hecho nada. —Sonrió ella, mostrándole unos dientes perfectos y aquella chispa de sus ojos que de pequeño siempre le provocaba un nudo en el estómago.

—Muchas gracias por todo. —Volvió a tenderle la mano y cuando ella la agarró aprovechó y tiró fuertemente de ella, sacando la otra mano del bolsillo donde llevaba un trapo empapado en cloroformo que apretó contra su boca y nariz antes de que pudiera gritar.

Tenía que actuar rápido, no había clientes esperando fuera, pero tampoco quería que le sorprendiera la secretaria y tener que deshacerse de ella también.

Se acercó hasta la mesa de instrumental médico de la doctora y agarró un bisturí, le rajó la bata y el vestido de arriba abajo, había pensado en acabar con ella y largarse, pero esta se lo debía, se lo debía desde que eran niños. Se bajó un poco los pantalones y apoyada sobre la camilla, le apartó su ropa interior antes de penetrarla fuertemente, una embestida tras otra, muy rápidamente terminó el trabajo y se separó de ella subiéndose los pantalones.

Con el bisturí le rajó en el estómago hasta tatuarle la palabra que ella se merecía: PUTA. Sonó el teléfono en la recepción. “Mierda, espero que no le pase la llamada”, tenía que darse prisa. Sacó de la cartera lo que llevaba consigo desde su adolescencia, aquel rabo de conejo que le había acompañado toda su vida como recordatorio de lo que nunca más permitiría que sucediera. Rajó su cuello de un lado a otro con el bisturí y clavó con el mismo el rabo de conejo en su pecho izquierdo, cerca del corazón. La sangre salía rápidamente en un río que pronto empezó a caer de la camilla al suelo, se acercó al lavamanos de la consulta y se lavó bien, sabía que se le había manchado la sudadera y el pantalón de chándal de sangre, pero eran de color negro y se disimulaba perfectamente. Respiró hondo un par de veces y

salió del despacho, cerrando la puerta tras de sí. La recepcionista aún hablaba por teléfono, no paraba de reír, así que supuso que era una llamada personal. Comenzó a silbar de nuevo diciéndole adiós con la mano a la muchacha, que le respondió con el mismo gesto y una sonrisa amable.

Según cruzó el umbral del despacho, se subió al vehículo y pisó el acelerador a fondo, tenía que salir de la ciudad lo antes posible, necesitaba pasar por casa a recuperar su vieja documentación y coger todo el dinero que tenía guardado.

Sacó su móvil mientras conducía y lo encendió, en cuanto el aparato le dejó hizo una rápida llamada de teléfono, tenía que inventarse algo rápido.

Me quedé sola en la comisaría así que poco podía ayudar allí, todos tenían algo que hacer y me acordé de mi madre, la tenía prácticamente abandonada en el hospital. Conduje despacio, intentando no pensar en otra cosa que no fuera la letra de las canciones que escuchaban en mi dial favorito.

Mi madre, por fin en planta, había retomado el color en las mejillas, parecía otra persona diferente a los días anteriores. Cuando entré en la habitación comía algo. La abracé tan fuerte como pude.

—Estás mejor. —Era una afirmación más que una pregunta—. Me alegro, te necesito mucho.

Me abracé a ella como cuando era niña y ella acarició mi cabello y me besó en la frente.

—Estoy bien. Me ha dicho el médico que de momento he salido de peligro, tienen que hacerme algunas pruebas más, pero en principio todo apunta a que en unos días estaré de vuelta a casa y lo estoy deseando, porque esta bazofia que me dan de comer es horrible, al final me van a matar de hambre. —Reí.

—Hablando de casa... —Pensé un momento—, cuando salgas de aquí te vienes conmigo.

—Ah no, yo no pinto nada en Costabrava, adoro esta ciudad y aquello es un caos de gente y ruido. No lo soporto, no puedo —protestó.

—No, mamá. No te vienes a Costabrava, yo vuelvo aquí, contigo. Te vienes a mi casa, a nuestra casa —dije con lágrimas en los ojos, necesitaba tanto a mi madre todavía y llevaba tanto tiempo lejos de ella que no iba a permitir que viviese un día más en aquella residencia.

—¿Te trasladan? —preguntó sorprendida—. Además, ¿qué piensa Isidro de todo esto?

—Mamá, ya te iré poniendo al día de todo poco a poco, ¿vale? Ahora

descansa y recupérate.

Vi un WhatsApp de Samuel pidiéndome que nos viéramos en la comisaría hacia el mediodía, así que disfruté un rato más de la compañía de mi madre, recordamos viejos tiempos, me habló de mi niñez en Costamata y también de mucho antes, me habló de mi padre con los ojos llenos de lágrimas, lo había querido tanto y había sido tan feliz con él, que al nombrarlo lo añoraba con todo su corazón. En aquel momento pensé que hablaba tanto de él, con tanto cariño y con un brillo de felicidad en su mirada porque sabía que pronto se encontrarían.

Nunca me había planteado demasiado eso de la vida después de la muerte, bastante complicado era para mí vivir la vida sobre la Tierra como para preocuparme del más allá, pero por un momento deseé con todas mis fuerzas que mi padre la esperara al otro lado de aquel famoso túnel de la muerte y la acompañara de la mano y la hiciera feliz al fin, feliz de verdad. Suspiré y me limpié las lágrimas disimuladamente con el dorso de la mano antes de despedirme de mi madre.

Habían dado las dos de la tarde cuando paré en el bar frente a la comisaría para comprar dos cafés con mucha leche condensada, sin duda, necesitaríamos el azúcar para pasar el mal trago que aún nos esperaba. Samuel me había avisado de que ya estaba en la comisaría, habían hallado otro cadáver y Costa se había hecho cargo, sin embargo él necesitaba centrarse en las pesquisas relacionadas con la desaparición de Irache, que seguía muy grave, en un profundo coma del cual los médicos no tenían demasiadas esperanzas de que se despertase. Le habían tenido que hacer una transfusión, había perdido muchísima sangre y habían tenido que amputarle varios dedos de los pies por congelación. Habían logrado salvarle las manos, pero la deshidratación tampoco ayudaba. Había sido violada, tenía desgarros vaginales importantes por lo que habían extraído muestras de ADN, aunque aquel parecía el menor de sus problemas en ese momento. Tenía perforado el estómago, el bazo y el intestino, la operación se alargó durante horas y seguía en cuidados intensivos con la vida pendiente de un hilo.

Samuel tenía un aspecto horrible, pálido y con grandes cercos oscuros bajo sus ojos, estaba concentrado en sus papeles y no quise hacer demasiado ruido para no interrumpirle. Entré sin llamar pues la puerta estaba abierta y desvió un minuto la mirada hacia mí, nació en ese instante un atisbo de sonrisa en su rostro preocupado y una chispa en sus ojos. Bajé las persianas situadas en la pared de metacrilato transparente de su despacho una a una y cerré la puerta

en busca de un poco de intimidad. Me acerqué despacio y lo abracé con fuerza, sus brazos me correspondieron pronto. Se me formó un nudo en la garganta y tragué fuerte disipando las ganas de llorar, las horas anteriores fueron realmente duras, pero habían encontrado a la niña, que era lo importante y aún estaba viva.

—Gracias por encontrarla Samuel, te has dejado el culo, gracias —le susurré al oído.

—Espero que no sea demasiado tarde para ella —respondió frustrado.

—Samuel... —Me aparté para mirarlo a los ojos, agarrándole la cara con mis manos—, mientras hay vida hay esperanza. Irache es joven y fuerte, ha luchado mucho, saldrá de esta, estoy segura.

Me acerqué a besarlo; en los últimos años, la vida me había enseñado que había que vivir, hoy estás, mañana no. Las dudas, la incertidumbre, no servían de nada. Había recapacitado sobre todo aquello, preguntándome cuál sería mi mayor deseo si mi vida estuviera en peligro en aquel momento y la respuesta surgía con claridad en mi cabeza: abrazar a mi madre, que ya lo había hecho, ver vivir a Irache, que estaba segura de que ocurriría aunque en un principio nadie tenía demasiadas ilusiones puestas en ello, y por último, hacer exactamente lo que iba a hacer, besar a Samuel, permitirme quererlo sin importar quién había sido, siempre lo había querido como un hermano, pero no lo era, era un hombre bueno, guapo y con el que saltaban chispas en alguna parte de mi interior. No iba a perder más el tiempo. Sorprendentemente parecía que él había llegado a la misma conclusión pues en tanto me acercaba, él también lo hacía.

Tocaron en la puerta y sin esperar a cederle el paso, entró Ricardo Giraldo, el forense y amigo personal de Samuel. Me aparté bruscamente.

—Buenos días Sami, buenos días... ¿Alexia? —Asentí—. ¿Puedo pasar? Venía a hablar contigo de algo —se dirigió a Samuel e hizo como si no hubiera visto nada.

—Sí, dime. Pasa y siéntate.

Fuimos hasta la mesa de reuniones del despacho de Samuel.

—Tú dirás —le apremió Samuel para que hablara.

—Se trata de la chica que encontramos esta mañana en la costa, no pinta nada bien, Samuel. Según me llegó el cuerpo me puse con su autopsia.

—¿Otro asesinato?

—Exacto, hay evidencias que demuestran que fue estrangulada antes de lanzarla en algún punto del mar —procedió a explicar el forense—, además

fue violada, tiene desgarros vaginales y anales. He tomado muestras, es muy difícil que se haya conservado el ADN del violador, pero si hay alguna posibilidad hay que intentarlo. ¿Tu equipo ha podido averiguar ya quién es la joven?

—No, no tenía documentación encima, no hay ninguna denuncia por desaparición en Costamata que se corresponda, ni nos aparecen sus huellas en el ASIS. Estamos ampliando el campo de búsqueda, tengo a un equipo trabajando en ello pero es que no damos abasto.

—Ya me han comentado los chicos de laboratorio que Irache fue violada también, ya están examinando las muestras.

—Si ese ADN coincide con el del profesor Lozano, lo meteré entre rejas y no volverá a ver la calle en su vida —dijo Samuel.

El forense asintió, quizás pensando exactamente lo mismo que yo, no sabíamos aún si el violador había sido el profesor o no, en todo caso si era el culpable debió hacerlo varios días atrás, ya que no había salido de allí desde que estaba retenido. Sin embargo, era imposible que la apuñalara él, pues estaba bajo custodia policial.

El forense salió del despacho, me sentía azorada, imaginaba lo frívolo que tenía que haberle parecido a Ricardo habernos encontrado allí, a punto de besarnos, en medio de aquella vorágine cuando había tanto trabajo acumulado que el inspector no debía tomarse ni un instante para recuperar el aliento. Subí las persianas y le tendí el café que había comprado al llegar, todavía estaba tibio y se podía beber.

—Parece increíble que esté pasando esto en una ciudad como Costamata.
—Recapacitó en alto antes de que sonara el teléfono de su escritorio.

Vi cómo la rabia iba apoderándose de su rostro, cada vez que sonaba el teléfono temía, puesto que últimamente no nos había traído nada bueno.

—¿Pero qué coño ha pasado? ¿Es que se han vuelto todos locos? ¡No tengo tantos agentes para cubrir otro caso más! —Gritaba el inspector a su interlocutor telefónico.

—¿Otro caso más? —susurré preguntando más para mí misma que a él.

—Esto es increíble —protestó cortando la llamada—. Tengo que irme.

—¡Voy contigo! —Me levanté deprisa y cogí mi bolso para seguirlo, tenía la esperanza de que en algún momento me diría a dónde nos dirigíamos. Marcó un número en su móvil.

—Sainz, necesito efectivos en la consulta veterinaria Eduquín. ¿Sabes dónde está? Perfecto, pues date prisa por favor —solicitó alterado.

Me subí al vehículo policial con Samuel, que activó la señal de emergencia para evitar el tráfico que nos separaba de una nueva pesadilla. Durante el camino soltaba improperios y no me atreví a abrir la boca. En unos minutos llegamos al destino y vimos una ambulancia y un vehículo policial aparcados.

Entramos en la recepción y una joven lloraba a mares. Nos acercamos hasta la agente que esperaba con ella intentando consolarla, la chica temblaba e intentaba explicar algo, pero no se le entendía entre hipidos y llanto.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el inspector a la agente que intentaba consolar a la joven.

—Acudimos a la llamada de Sheila hace como una hora, la consulta estaba hoy muy tranquila, no tenían citas pendientes y la doctora llevaba toda la mañana en su despacho. Le extrañaba que no saliera ni para tomar su desayuno, pero no quiso molestarla por si estaba concentrada en alguna cosa, a veces aprovechaba esos momentos de tranquilidad para ponerse al día de las novedades médicas. La cuestión es que llegó la hora del almuerzo y Sheila se acercó hasta el despacho para despedirse de la doctora, como no contestaba entró y vio... bueno, lo que veréis ahora mismo. Nos ha contado que sobre las nueve de la mañana tuvo un cliente, nos ha dicho que no tenía cita por lo que no consta en el registro y a la media hora salió silbando de la consulta despidiéndose tranquilamente. Cuando llegó le dijo que se llamaba Juan Manuel Lozano, lo tenía apuntado en un post-it de su escritorio. Lo ha visto en varias ocasiones con un perro en la consulta. Dice que es la única visita que ha atendido hoy, así que tuvo que ser él.

—¿Juan Manuel Lozano? Imposible —susurró—. Por favor, busque en su base de datos y facilíteme toda la información posible de su cliente.

—Debería pasar a ver el cadáver, ya se ha certificado la muerte y en breve llegará el funcionario que ordenará el levantamiento del cadáver, pero es algo atípico —le apremió la agente.

Samuel asintió y fui detrás de él. El horror por lo que encontramos pronto se apoderó de mis piernas, dejándome completamente clavada en el sitio, había visto cosas terribles durante mi carrera, pero desde luego, desde que estaba de excedencia veía cosas aún peores, o eso, o quizás es que todo me estaba afectando mucho más.

—¡Maldita sea! —exclamó el inspector.

—¿Cómo es posible? ¿Qué está pasando Samuel? —pregunté.

—No tengo ni la menor idea, pero esta mujer es la madre de Marta, la mejor amiga de Irache. Edurne Martínez.

—No la había reconocido —susurré—, hablé con ella el jueves, estuve en su casa. ¿Crees que estará relacionado?

—No tengo ni la más remota idea y de nada nos sirve especular, necesitamos las pruebas para poder continuar con toda esta locura.

Se apartó con el móvil en la mano, segura de que estaba dispuesto a meter prisa al equipo de Sainz para que se presentaran cuanto antes en la consulta.

Capítulo 18

Aunque Sergio se había empeñado en que abandonara la búsqueda, no podía dejar simplemente las cosas como estaban, pues no era lógico que una mujer simplemente desapareciera de aquella forma, sin siquiera ponerse en contacto con su familia. Así lo habló la agente Rodríguez con Mercedes, la madre de la desaparecida, que parecía realmente preocupada, pues no era una actitud normal en su hija.

Le rondaba en la cabeza la idea de que el vehículo hubiera aparecido abandonado en otra ciudad a cientos de kilómetros de San Esteban, tampoco presagiaba nada bueno. Una grúa lo había dejado en las dependencias policiales y lo habían examinado, sin encontrar nada extraño. No tenía señales de haber sido robado, ni mucho menos de tener ninguna avería, simplemente lo habían dejado abandonado a su suerte en aquel pueblo costero de Costamata de Gradec.

No hallaba ningún indicio de dónde podría encontrar a Sara, pues nadie de la zona parecía haberla visto. Un día simplemente el coche se encontraba ahí aparcado sin conductor, ni ningún forastero al alcance de su vista. No había señales de su teléfono móvil, no había habido movimientos importantes en su cuenta antes de desaparecer ni tampoco había utilizado su tarjeta de crédito desde entonces.

Agradecía que Sergio hubiera dado con algo, un nombre: Ángel Castillo Escudero. Había estado indagando en el ordenador, pero nada que no fueran un par de multas por aparcamiento que fueron pagadas de forma inmediata. Parecía un ciudadano ejemplar. Sergio le había contado la relación que mantenían Ángel y Sara antes de que ellos se conocieran, la ruptura fue muy difícil y dolorosa para el muchacho, según le había contado Sara, pues él estaba solo, era una persona tímida que no tenía muchos amigos ni ningún familiar cercano en el que escudarse.

La agente hizo algunas comprobaciones y dio con algunos datos interesantes: que su madre había muerto cuando él era un niño todavía y vivía en Costamata de Gradec, luego cambió el padrón de su domicilio a San Esteban donde residía su abuela, en el mismo lugar donde su madre había pasado su infancia antes de irse a estudiar fuera y conocer a su padre. Vivió con la abuela el resto de su adolescencia y parte de su juventud hasta que falleció. Por lo poco que pudo averiguar su padre y su hermano, trabajaron

durante un tiempo en Costamata, pero habían ampliado negocio y habían buscado residencia en una ciudad más acomodada en la otra punta del país. Después de ahí, le perdía la pista a Ángel, no constaba padrón en ninguna ciudad del país.

Había localizado fácilmente a su padre y a su hermano. Su padre le contó rápidamente que desde que se había vuelto a casar, Ángel no se lo había tomado muy bien y habían perdido el contacto hacía años. Con Robert no tuvo mejor suerte, su versión era que su hermano se había vuelto un ser extraño desde que su madre falleció y había decidido vivir una vida alejada de ellos. Alguna vez se habían telefonado, pero hacía años de la última llamada que recibió de Ángel, después de eso le perdió la pista y no habían vuelto a hablar.

Había resuelto investigar un poco para intentar localizar a ese chico, pues era la última persona con la que Sara mantuvo contacto. El email de donde había escrito era una cuenta de un portal gratuito, saltaba a la legua que los datos con los que se había registrado eran falsos y no estaba asociado a una IP concreta, sino a varios sitios públicos de muy diferentes zonas de la ciudad de Costamata.

Su cuenta del banco no había vuelto a ser utilizada desde que se marchó de San Esteban, de forma periódica recibía un ingreso en concepto de alquiler desde hacía años, pero nunca había sido retirado ese dinero ni en San Esteban ni en ninguna otra ciudad.

No constaba ninguna otra multa, otra cuenta corriente, un número de teléfono... nada. Había una propiedad en la zona rural a nombre de sus padres, pero hacía años que no se pagaban los impuestos, ni estaba dado de alta en los suministros de agua y luz, parecía simplemente estar abandonada a su suerte. De todas formas ningún mal le haría acercarse a Costamata para echar un vistazo.

Telefoneó a su compañero Martín con la intención de que le acompañara en el viaje en coche que le llevaría varias horas. El camino no se le hizo tan largo como imaginaba, conversación banal y buena música era el ingrediente perfecto para amenizar el viaje.

Martín y ella aparcaron cerca de la zona, no pensaba que la propiedad pudiera estar tan adentrada en el bosque, les iba a resultar difícil dar con ella. Se apearon del coche, dispuestos a caminar en busca de la casona.

Se percataron de que muy cerca había varios coches aparcados, se oía mucho ruido y había un par de agentes y algunos civiles cerca de los

vehículos. Palideció pensando en que quizás hubieran encontrado a Sara y corrieron hasta los efectivos.

—Buenas tardes, somos los agentes Martín Expósito y Soraya Rodríguez de San Esteban. ¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó la agente Rodríguez a un hombre con uniforme policial.

—Daniel Haro. Estamos buscando a un secuestrador que se ha dado a la fuga.

—¿Un secuestrador? ¿Qué ha sucedido? —preguntó Martín.

—Hemos encontrado a una chica que estaba desaparecida, llevaba algunos días secuestrada y la hemos hallado con varias heridas de arma blanca. Estamos rastreando la zona en busca del agresor, pero llevamos desde anoche, aquí no hay nadie —le respondió un agente de policía que pasaba los cincuenta años—. ¿Qué hacéis vosotros aquí?

—Tenemos un caso de desaparición en San Esteban que nos ha llevado hasta aquí, buscamos una cabaña que debería estar cerca, pero andamos bastante perdidos. No conocemos la zona y nos va a ser difícil hallarlo sin ayuda.

—No puedo ofrecerle a ningún agente, no sé qué ha pasado hoy, parece que la ciudad se ha vuelto loca y tenemos a todos en el terreno. Pero... espere...

El agente Daniel Haro se dirigió hasta un grupo de jóvenes que estaban sentados en el asfalto bebiendo agua, tenían aspecto de estar agotados y se les veía sucios y malhumorados. Pocos minutos después regresó acompañado por dos de ellos.

—Ellos quizás puedan ayudarle, yo tengo que seguir —dijo tendiéndoles la mano a ambos compañeros y volviendo a donde estaba el grupo.

—Somos Jorge y Javier, ¿qué podemos hacer por vosotros?

—Estamos buscando una dirección, no conocemos la zona. —Soraya le tendió el papel con las coordenadas a uno de los chicos.

—Creo que sé cuál es la cabaña. Seguidnos —apremió uno de los muchachos.

Se adentraron en el bosque y caminaron unos diez minutos, pasaron por delante de una propiedad pero los chicos siguieron de largo, así que los agentes los siguieron, hasta llegar a una cabaña más pequeña que estaba bastante apartada. Parecía abandonada, tenía aspecto de estar cayéndose a pedazos, pero las huellas de neumáticos en la tierra daban a entender que había sido visitada con asiduidad.

Se acercaron dando un rodeo, en la trasera había una zona que parecía ejercer de garaje, solo cubierto por un techo, sin paredes a los lados. Había neumáticos viejos, piezas de metal y algunos bidones justo debajo del techo que, tras un vistazo rápido, comprobaron que servían para guardar herramientas. Las huellas de neumáticos llegaban hasta allí, pero no había ningún vehículo aparcado.

Se acercaron hasta la entrada y llamaron a la puerta, que no estaba cerrada del todo, sin obtener respuesta. Uno de los muchachos la empujó dispuesto a entrar.

—No deberíamos entrar, no tenemos orden de registro —lo frenó Martín.

—La puerta está abierta —respondió Jorge irrumpiendo en la estancia.

Minutos después un grito alertaba a los agentes que se adentraban, arma en mano, en la cabaña.

Samuel y yo corrimos hasta estar dentro del ascensor que nos llevara a la planta de su despacho, una vez dentro marcó en el teléfono de su mesa.

—Necesito hablar con el profesor Lozano... ¡Ya! Lo quiero en cinco minutos en la sala de interrogatorios con o sin abogado —exigió.

Colgó la llamada y se acercó hasta su mesa donde rebuscó en un cajón, de donde sacó un blíster de Ibuprofeno y se tomó dos pastillas que bajó con un trago a una botella de agua que descansaba cerca del teclado del ordenador.

La comisaría era una auténtica locura, no paraban de sonar los teléfonos, había agentes corriendo de un lado para otro y la recepcionista no daba abasto, para acompañar aquel caos fuera llovía a cántaros y el cielo estaba tan oscuro que daba la impresión de que estaba anocheciendo. Samuel, con el ánimo crispado, caminó hasta la puerta dando un portazo aislando de esa forma todo aquel barullo que no le dejaba pensar con claridad.

Sonó su teléfono móvil.

—Buenas tardes... ¿en el bosque? No... no conozco a nadie llamado Ángel Castillo Escudero, no me suena de nada... ajá... Intentaré conseguir efectivos y enviarlos lo antes posible, hoy esto es una locura. Envíame a los agentes aquí lo antes posible por favor.

Sonó el teléfono de su escritorio.

—Sí... enseguida voy, que espere en la sala de interrogatorios —contestó apurado.

Volvió a sonar el teléfono de su escritorio.

—Mierda... solo soy uno... no doy para más. ¿Dónde narices está Costa? Voy a intentar localizarlo, por favor, necesito que envíes a alguien al bosque, que hable con el agente Haro, tenemos movida por allí.

Se acercó hasta su escritorio y cogió el teléfono móvil para llamar al detective.

—Costa te necesito aquí arriba ya, necesito ayuda... muy bien, date prisa.

Se sentó un segundo en la mesa de su escritorio, respiró hondo y se tapó la cara con las manos.

—¿Puedo ayudarte en algo, Samuel? —pregunté sintiéndome más un estorbo que otra cosa.

—Tengo al profesor Lozano en una sala, a los familiares de Edurne en otra. Tengo que localizar a Sainz, necesito ya los resultados de ADN del violador de Irache. Para colmo ahora me llama el agente Haro, se ha encontrado con dos policías de San Esteban en búsqueda de una chica desaparecida, han dado con una cabaña muy sospechosa cerca de donde encontramos a Irache... no sé si todo esto está relacionado, los he mandado venir, yo no doy más de mí.

Volvió a sonar el teléfono y pensé que a Samuel iba a darle un infarto.

—Yo contesto, tranquilo. —Me ofrecí sin darle tiempo a moverse siquiera.

—Hola. Alexia Salandri al habla.

—Alexia, soy Ricardo. Acabamos de averiguar quién es la chica que encontraron en el muelle, hemos cotejado su historial odontológico y tenemos su identidad. Se llama Sara Caraballo, tiene una denuncia por desaparición en San Esteban.

—¿San Esteban? —Acababa de oír el nombre de esa ciudad. Samuel levantó la cabeza que aún tenía enterrada entre las manos. Tapé el auricular.

—Han identificado a la chica que apareció muerta en el muelle. Sara Caraballo, desaparecida en San Esteban.

Samuel me quitó el teléfono y habló directamente con Ricardo, no podía escuchar nada y me senté en una silla cerca de él.

Cortó y volvió a marcar.

—Por favor, pásame con el agente Haro. Sí, espero... ¿Haro? Soy el inspector Farias. Hágame el favor de preguntarle a la agente Rodríguez cómo se llama la chica a la que buscan... sí... la hemos encontrado. Está en nuestra sala del forense. Necesito a los agentes ya, aquí por favor, sin más demora.

Samuel se levantó y lo seguí pasillo a través, hasta llegar a la sala de interrogatorios. El profesor y el abogado ya estaban dentro. Pasamos y nos

sentamos frente a ellos.

—Profesor Lozano, dígame una cosa. ¿Tiene usted algún enemigo? —El inspector no estaba como para dar rodeos y ser amable.

Abogado y profesor parecían sorprendidos por la pregunta.

—No, que yo sepa. ¿A qué viene eso?

—Pues alguien le odia y mucho. Dé gracias a que estaba aquí retenido porque si no, estaría de camino al calabozo con una condena de cadena perpetua tatuada en el culo —sentenció Samuel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el abogado.

—Hemos hallado otro cadáver, la madre de Marta, una de sus alumnas, Edurne Martínez. Ha sido asesinada en su propia consulta y según la recepcionista el único cliente que la visitó durante la mañana fue Juan Manuel Lozano. —Abrió una carpeta de donde sacó una hoja impresa—. No solo es que coincida su nombre, sino que además, el mismo número de identificación, misma dirección... según consta en la base de datos. ¿Tiene usted un perro?

—¿Edurne? ¡Oh, Dios mío! —contestó horrorizado—. No me lo puedo creer. No. No tengo tiempo para cuidar ninguna mascota —respondió palideciendo por minutos.

—Según esta documentación usted tiene un perro llamado Simba, que ha llevado en tres o cuatro ocasiones a la consulta veterinaria —explicó Samuel leyendo la información en la documentación que tenía delante.

—No tengo ningún animal. ¿Cómo es posible que tengan mis datos?

—Dígame usted, profesor Lozano, ¿a quién ha cabreado? ¿Se dedica a ir por ahí tirándose a las hijas de la gente y se ha ganado más enemigos? —Desde luego Samuel no estaba por la labor de ser muy sutil.

—Inspector, le ruego modere sus preguntas o mi cliente no volverá a responderle —exigió su abogado.

—No voy por ahí acostándome con las hijas de la gente —contestó el profesor sin hacer caso al abogado que le había hecho un gesto con la mano para que no contestase—. Irache y yo nos queremos y es la primera vez en mi vida profesional que me ocurre algo así, ella es especial.

—La hemos encontrado, está muy grave en el hospital, ahora mismo está en coma y no hay demasiadas esperanzas de que lo supere. Rece, si está involucrado, rece para que no le vuelva la conciencia y lo señale.

El profesor Lozano, contrariado, empezó a temblar y las lágrimas surgieron de pronto estancándose en sus ojos, podía averiguar el esfuerzo que estaba

haciendo para que no salieran de allí.

Sonó el teléfono móvil de Samuel, que se levantó y salió de la sala durante unos minutos. Volvió a entrar y se sentó de nuevo en el mismo sitio.

—Sabemos que usted no fue el último que estuvo con ella, es imposible que la apuñalara. Además, acaban de confirmarme que los restos de semen que encontraron en ella no se corresponden con su ADN. ¿Quién le está haciendo esto, profesor? Se escapa de mi razón, no lo entiendo. ¿Es un trabajo en equipo? ¿Hay alguien más metido en este lío que ahora quiere cargarle el muerto? Si es así, tarde o temprano lo descubriremos, que no le quepa la menor duda. Si habla ahora tendrá una menor condena por colaborar. —Samuel insistió una vez más en la idea de una condena menor si ayudaba a la policía.

—Si no tienen pruebas contra mi cliente, tendrán que dejarlo en libertad. Ya ha cumplido el plazo máximo en que pueden tenerlo retenido —solicitó su abogado como si un cuchillo ensangrentado no fuera suficiente prueba para ser detenido al menos como cómplice.

—No importa, quiero ayudar en lo que pueda. —Le dijo, agarrándole el brazo a su abogado—. Como les he dicho hasta ahora no tengo nada que ver con todo esto, estoy tan sorprendido como vosotros. No sé quién intenta incriminarme, no me llevo mal con nadie, soy una persona tranquila. No tengo demasiados amigos, no le hago daño a nadie.

Llamaron a la puerta y se asomó un agente que le recordó a Samuel que la familia de Edurne esperaba fuera y que debía atenderlos.

Samuel se puso de pie.

—Efectivamente no puedo retenerle profesor, puede irse a casa si así lo desea. Pero intente pensar en qué está ocurriendo, porque ya van dos crímenes que intentan cargarle. Si se le ocurre algo que pueda ayudarnos ya sabe cómo puede localizarnos y no se le ocurra salir de la ciudad.

Fuimos hasta la entrada en el justo momento en que aparecía el detective Costa y también el agente Haro con dos compañeros más que supuse eran los de San Esteban. Dejé a Samuel con la familia de Edurne, allí no iba a resultar de mucha ayuda y tampoco me apetecía demasiado presenciar el momento en el que Samuel explicara cuál había sido la situación, si ya es duro perder a un ser querido que ocurriera de aquella forma tan cruel les iba a destrozar. Acompañé al detective Costa, a los dos policías de San Esteban y la agente Barrios al despacho del inspector. Costa estaba desenchajado, parecía preocupado por la situación. Cerró la puerta cuando estuvimos todos dentro.

—Agentes Rodríguez y Expósito, tomad asiento por favor. Ella es Alexia Salandri, nos está echando una mano con el caso de Irache Alemán.

Después de los saludos pertinentes nos acomodamos en las sillas alrededor de la mesa de reuniones.

—Tenemos un caso de desaparición en San Esteban —dijo la agente, una mujer entrada en los cuarenta con buena forma física. Llevaba el cabello muy corto y lucía las ojeras características de todos los policías que conocía—. Nos acaban de informar de que el cadáver está en sus dependencias, Sara Caraballo, pero no sabemos nada más.

—Comprobaré si ha llegado el informe del forense —comentó Costa acercándose al ordenador de Samuel, tomó asiento y tecleó algo mientras la agente Rodríguez seguía hablando.

—Hace unos días, gracias a unos vecinos de la zona, encontramos el vehículo de Sara cerca de la zona costera, aquí en Costamata. Parecía abandonado a su suerte. Estaba mal aparcado y se lo había dejado abierto. Lo trasladamos hasta nuestro taller en San Esteban, pero los efectivos que han analizado el coche no han encontrado nada extraño. Simplemente parece que lo aparcó allí y desapareció. Su marido, cansado de esperar que su mujer no apareciera, estuvo registrando en su ordenador y entró en su correo electrónico, gracias a lo cual hemos dado con la última pista. No pensábamos que le hubiera ocurrido nada, puesto que Sergio, su marido, nos explicó que habían tenido una fuerte discusión la última vez que se vieron y que las cosas no habían ido muy bien en las últimas semanas. Él pensaba que se había marchado a casa de alguna amiga. La cuestión es que no aparecía por ninguna parte y su madre puso una denuncia. Estábamos tan convencidos como Sergio de que simplemente se había tomado un tiempo, por lo que aún no habíamos dado la voz de alarma y no habíamos empezado a investigar a fondo. Encontrar el vehículo me mosqueó bastante, llevaba días abandonado y nadie había visto a Sara. Me pareció extraño, y aunque Sergio me telefoneó para decirme que dejara de buscar, que su mujer había vuelto con su antiguo exnovio, un tal Ángel Castillo Escudero, a mí me daba mala espina. Buscamos información al respecto, con la intención de interrogar al hombre, pero es como si se hubiera volatilizado del planeta.

Escuchábamos en silencio la explicación de la agente, el detective Costa imprimía algo desde el ordenador. Se levantó, agarró los documentos impresos y se dirigió otra vez al asiento en la mesa redonda.

—Tenemos ya el informe del forense, Sara fue violada y estrangulada. La

muerte ocurrió hace unos nueve días. Fue lanzada al mar y es difícil que se haya conservado el ADN de su agresor, aunque lo están intentando. Han raspado cada uña y han extraído muestras vaginales que ya se han trasladado al laboratorio científico —explicó sin levantar la cabeza de los papeles.

—Lleva desaparecida once días, así que eso nos da un margen de tres días en los que no sabemos qué le ocurrió. Como sabéis, la última pista que tenemos del hombre con el que tenía la cita se pierde en una casa del bosque que pertenecía al padre de Ángel. Según la información que tenemos lleva años abandonada. No se han pagado los suministros ni impuestos desde hace décadas, sin embargo nos acercamos a la zona. Fue cuando vimos al agente Haro y todo el despliegue que había en el bosque. El agente pidió a dos de los colaboradores que nos llevaran hasta la casa, había huellas de vehículos y cuando entramos nos dimos cuenta de que aunque la casa parecía abandonada, tenía una habitación que apestaba a mil demonios donde encontramos botellas de agua, restos de comida y bolsas de chucherías que sin duda eran nuevos. Algo nos dice que Sara estuvo allí encerrada y la última noticia que tengo es que el inspector envió a un equipo de la científica.

—Efectivamente la científica está trabajando en ello, tenemos que localizar a Ángel Castillo Escudero —corroboró Costa.

—No hay rastro de él. Vivió en San Esteban algunos años, pero luego simplemente desapareció. Vivía en una casa heredada de su abuela y la puso en alquiler, el dinero entraba en una cuenta que no se toca desde hace al menos ocho años. No hay teléfono a su nombre, no ha usado tarjetas de crédito, no tiene multas, no hay alquileres a su nombre... nada. Nuestro equipo investigó la cuenta de mail con la que se puso en contacto con Sara, era una cuenta que creó con datos falsos, hicieron un rastreo, pero solo había emails de Sara, así que creemos que solo la abrió para ponerse en contacto con ella. Sara y Ángel habían sido pareja y convivieron durante algunos años, por lo que Sergio nos contó, cuando ellos dos se conocieron, Sara dejó a Ángel y fue cuando desapareció del planeta.

—¿Y cómo es que su familia tenía una casa aquí, en Costamata de Gradec? —preguntó el detective.

—Vivió aquí algún tiempo. Al morir la madre de Ángel la familia se desestructuró y Ángel fue a vivir con su abuela a San Esteban. Su padre vivió un tiempo más aquí con su hermano Robert y luego se marcharon de la ciudad también. Ángel tenía unos trece años cuando se mudó.

—Sería bueno localizar amigos de la infancia, quizás lo hayan visto por la

ciudad. ¿Tienes los datos del colegio donde estudió?

—Será fácil de localizar. Seguiremos intentando dar con la pista de Ángel y hay que esperar que la científica haga su trabajo en la casa del bosque.

Samuel entró en el despacho y tomó la palabra.

—Tenemos dos asesinatos y otro intento en pocos días. Todo esto me huele mal, hay algo que no encaja y no sé qué es. El modus operandi no tiene que ver de una a otra víctima pero es difícil creer que en una ciudad tranquila como Costamata de Gradec, de pronto se desencadene una ola de crímenes como la que estamos viviendo. Estoy desconcertado y necesito ayuda — explicó Samuel.

—Mi compañero Expósito y yo nos quedaremos por aquí el tiempo que sea necesario —se ofreció la agente Rodríguez—. También podemos traernos a algunos compañeros de la científica si así lo estiman oportuno.

Samuel miró la hora.

—Es tarde, ha sido un día larguísimo y horrible, tenemos a todo el equipo forense y científico trabajando a tope y hay que esperar, no nos queda otra. Vayámonos a casa a descansar un poco y mañana nos encontraremos a primera hora para intentar organizar todo esto.

Los agentes de San Esteban se levantaron y salieron de la sala con el detective Costa.

—Ve a casa a descansar Isabel, por favor, llevas dos días sin salir de aquí. A primera hora nos reunimos mañana para asignar tareas, pero ya te adelanto que tendrás que intentar dar con el antiguo colegio de Ángel y citar a los compañeros que puedas localizar, quizás alguien recuerde haberlo visto merodeando por aquí. Descansa.

Isabel asintió sin decir nada, no había abierto la boca en toda la reunión, la notaba más tensa de lo que era habitual en ella. Tardó un rato en levantarse para marcharse, parecía reflexionar sobre algo, finalmente sin abrir la boca se marchó.

—¿Estás bien? —pregunté a Samuel cuando nos quedamos solos.

—Estoy perdido, desconcertado y agotado. Vete a casa Alexia, tengo que hacer un par de llamadas ya y terminar un informe antes de marcharme.

—Vale.

Me acerqué y aunque parecía realmente irritado y me daba miedo que me rechazase, lo abracé. Se puso de pie y me envolvió con sus brazos. Apoyé mi cabeza en su pecho, permanecemos así un rato y recordé cuántas veces me había abrazado cuando era pequeña y lloraba, a veces porque me había caído

y me había hecho daño, a veces porque Marisa y yo nos enfadábamos y no queríamos volver a hablarnos nunca más, lo que solía durar como mucho unas horas y más adelante cuando le confesaba que no entendía a los chicos y lloraba a moco tendido porque algún idiota me había roto el corazón. Él siempre había estado presente en mi vida y ahora volvía estar allí, pero de una forma tan diferente, aquello tomaba un camino peliagudo que no sabía si quería evitar.

—Mi renacuaja —susurró como si leyera mi mente, me besó en la frente y solté una carcajada. No dejaría de llamarme así en la vida. Me separé y me puse de puntillas para poder llegar a sus labios, si no se agachaba un poco no podría besarle y se lo pensó unos segundos que se me hicieron eternos antes de responder y rozar mis labios con los suyos—, vete a casa, tengo que seguir trabajando y no puedo si me quedo a solas contigo aquí.

Asentí y salí del despacho cerrando la puerta tal como me había pedido. Cuando iba a salir de la comisaría, me avisó Miriam a voces desde la recepción y volví atrás.

—Alexia, tengo a Sofía, la madre de Irache al teléfono, necesita hablar contigo. —La miré extrañada y el corazón se me subió a la garganta. ¿Alguna novedad con respecto a la niña?, pensé.

—Hola, ¿qué pasa? —pregunté asustada.

—Tranquila, Irache sigue estable, grave pero estable. Te llamo a ver si puedes hacerme un favor. He intentado localizarte en el móvil pero no hay forma.

—Oh, perdona, lo puse en silencio para entrar a una reunión y se me olvidó activar el sonido. Claro, dime, ¿en qué puedo ayudarte? —Saqué el aparato del bolso, activé el sonido y miré las llamadas perdidas.

—No he podido hablar con Eduardo desde ayer. Begoña pasaba la noche conmigo para que él pudiera trabajar y adelantar. Se ha pasado la noche en vela porque llevaba muchos días sin aparecer por la oficina y debía tener montañas de trabajo atrasado. Me dejó un mensaje en el buzón de voz muy temprano diciéndome que estaba agotado y que necesitaba echarse un rato, que me llamaría más tarde. Supongo que aún estará dormido y en casa no tiene buena cobertura, ni teléfono fijo. ¿Podrías acercarte a su casa y explicarle que ya ha aparecido la niña? Dile que estoy en el hospital y que me llame cuando pueda.

—Claro, dame la dirección. —Apunté y dudé unos instantes, era una urbanización nueva que no tenía muy claro cómo llegar—. Vale cariño, iré

ahora. Un beso y otro para Irache, en cuanto la veas dile de mi parte que tiene que ser fuerte.

—Lo haré —me contestó antes de cortar la llamada.

—Miriam —llamé la atención de la recepcionista que estaba recogiendo su mesa—, ¿podrías mirarme una dirección en *Google maps*? No tengo muy claro cómo llegar, es una urbanización nueva.

—Claro, dime. —Le pasé el papel con la dirección—. ¡Ah! Pero si esto está muy cerca de casa, vamos yo te llevo.

—Te sigo con mi coche, gracias —le contesté con una sonrisa agradecida por poder ir a tiro hecho.

—Buff, a esta hora pillarás un tráfico insoportable, es hora punta, parece que todo el mundo sale de trabajar al mismo tiempo. Vente conmigo, siempre traigo mi moto. —Sacó un casco de un armario de la recepción—. Y siempre tengo esto aquí por si lo necesito. Llegaremos en un momento, luego te invito a un café en casa y nos ponemos al día. ¿Te apetece? He quedado con alguien más tarde para tomar una cerveza no muy lejos de aquí, así que si te esperas a que me dé una ducha y me cambie de ropa te vuelvo a traer.

Lo pensé un instante, me vendría bien distraerme un poco y pasar un rato agradable con Miriam, recordando viejos tiempos me ayudaría. Finalmente acepté. El aire gélido de la noche golpeó con fuerza mi rostro al salir, cosa que agradecí, porque el cansancio del día ya hacía mella en mí. Pensé un momento en mi Luna, tenía comida de sobra pero me parecía un crimen dejarla tanto tiempo sola. Intentaría volver lo antes posible a casa.

Miriam tenía razón, los coches estaban parados y no se movían un milímetro, hubiera tardado al menos una hora en llegar con mi coche y con su moto en apenas quince minutos nos pusimos en la dirección. En la calle vi aparcado el Land Rover gris que Sofía me había dicho que tenía Eduardo.

—Miriam, espérate aquí un momento, voy a hablar con Eduardo.

Miriam asintió y apagó el motor. Cuando llegaba al portal entraba una joven pareja que vieron cómo corría hasta la puerta, había empezado a lloviznar de nuevo, nos íbamos a empapar.

—¿Entras? —me preguntó el muchacho.

—Sí, gracias. —Entré tras ellos que ya habían llamado al ascensor, yo preferí subir corriendo las escaleras hasta llegar a la puerta de Eduardo para ir más rápido, antes de que lloviera con más fuerza para que Miriam no se mojara mucho.

Llamé al timbre, pero no escuchaba nada al otro lado, así que toqué con la

palma de la mano fuertemente una y otra vez hasta que por fin abrió.

—¡Eduardo! Por fin, ya me iba a marchar. —Parecía muy sorprendido de verme allí, tenía mala cara, supuse que aún dormía por las pintas que llevaba.

—¿Alexia? Pasa por favor, no te quedes ahí —me dijo apartándose a un lado para dejarme entrar.

—¿Has podido hablar con Sofía? —le pregunté mientras me sacudía el abrigo y me limpiaba la suela de los zapatos en la alfombra de la entrada antes de pasar a su casa.

—No, qué va. Esta mañana le dejé un recado en el contestador porque la llamé muy temprano y el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Estaba preparando las cosas para ir ahora a su casa. —Señaló una bolsa de deportes que tenía en el sofá—. ¿Ha pasado algo? —Parecía preocupado.

—De madrugada, los efectivos encontraron a Irache en medio del bosque, está muy grave. —Su semblante palideció—. La han operado de urgencias en el hospital Dr. Vargas y le han dicho a Sofía que no tenga demasiadas esperanzas, pero... ella es fuerte, yo la conozco Eduardo, va a recuperarse. Sofía te necesita ahora con ella, me ha pedido que venga a verte porque no te ha podido localizar.

—Joder, la han encontrado, no puedo creerlo —susurró.

—Hay una buena liada. Begoña no se ha separado de Sofía, no está sola, así que no te preocupes que está bien. Llámala primero y habla con ella. Me voy que tengo un poco de prisa.

—No, espera. Bajo contigo y me cuentas mejor. —Abrió la puerta de la calle para salir juntos y volvió a cerrarla—. Dame solo un minuto, voy a coger el móvil y la bolsa con la ropa.

Se acercó al sofá y miré por la ventana nerviosa, había dejado de llover. Saqué el móvil de mi bolso para comprobar si tenía alguna llamada o mensaje nuevo.

Capítulo 19

¿Dónde estaba? Intentó incorporarse pero su cuerpo no respondía, ni siquiera lograba mover los dedos de las manos, nada. Oscuridad, oscuridad, oscuridad. ¿Estaría de nuevo en aquel cuartucho de mala muerte? No lograba captar ningún olor extraño pero tampoco era una novedad, llevaba tanto tiempo allí encerrada que hacía días que no distinguía ningún olor. No, por favor, no, no, no.

Le dolían las heridas del estómago. Aquel cabrón la había encontrado en mitad del bosque. Intentó recordar con todas sus fuerzas lo que había pasado después, pero no había nada en su cabeza, además, un barullo a su alrededor impedía que se concentrara ¿Qué era aquel ruido?, no lograba identificarlo. Estaba segura de que estaba drogada de nuevo. Lo notaba porque no podía moverse, su cuerpo no respondía, le dolía la cabeza y no podía pensar con claridad. Quería llorar, chillar o darse cabezazos contra la pared de aquel antro hasta que quedara inconsciente de nuevo. Por favor que me mate ya, pensó, ni con todas sus fuerzas logró llorar, hasta que por el esfuerzo o por el cansancio quedó inconsciente de nuevo.

Sintió que acababa de despertar, ¿cuánto tiempo llevaba durmiendo? No veía nada, ¿estaba realmente en el mismo sitio? No sentía nada, ni frío, ni calor, ni dolor... Dios mío, estoy muerta, afirmó para sí y quiso gritar pero no salía ningún sonido de su boca, una sensación de agobio invadió su pecho, notaba su corazón latir con fuerza, no le llegaba bien el aire a sus pulmones y aquel ruido seguía allí constante sin dejar que se concentrara. Pero espera, pensó, si mi corazón late... no estoy muerta, se dijo al fin. Respira hondo, respira hondo, cálmate... se repitió. Visualiza algo bonito, olvídate de todo lo que tienes alrededor, piensa en algo bonito.

Manu vino a su mente e instintivamente sonrió. Como quería a ese hombre, no lo sabía ni él, no podía siquiera contarle a nadie quién era o cuánto lo amaba, sin embargo le daba igual, solo quería estar con él, besarle, hacerle el amor entre sus sábanas, ver su sonrisa después de amarse durante horas y besarle de nuevo, acariciar la sombra de su barba que hacía cosquillitas en la palma de su mano al apoyarla en la mejilla de Manu. Él se había resistido tanto a aquello, ella sabía que siempre la había mirado de forma diferente, veía admiración y orgullo en su mirada constantemente, había sido su alumna durante todo el instituto y no era tonta, aquel último

año la miraba diferente, desde que se había desarrollado y había dado el último estirón, lo había pillado más de una vez observándola embobado.

Solo se le ocurrió rogarle que le diera aquellas clases particulares de química, bajar sus notas a propósito fue difícil, duro para una chica perfeccionista como ella ver un cinco o un seis en su expediente, pero era la única forma de acercarse a él fuera de clase. Al final lo consiguió y logró que se quedaran a solas, logró besarlo y por último logró convencerlo de que había visto en su mirada que la deseaba tanto como ella a él. ¿Por qué lo negaba entonces? Su trabajo, era la respuesta, por eso debía permanecer en secreto, y él se negaba, no puede ser, le repetía una y otra vez, ¡estás loca!, gritaba. Van a despedirme, van a detenerme y me encerrarán hasta que me pudra en la cárcel, fue su última protesta antes de besarla y llevarla hasta su cama para hacerle el amor como había deseado desde hacía tanto, como había imaginado en los relatos que guardaba en su ordenador que había empezado a escribir desde hacía muchos días. Cuando el éxtasis les invadió, se miraron a los ojos. Te quiero mi valiente princesa, le dijo él y fue lo único que ella necesitaba para ser feliz: aquello.

Tan solo debía dejar pasar un par de años a lo sumo antes de contarlo y si algo tenía claro era que su madre la entendería, o al menos la apoyaría, por una única razón, Manu la hacía feliz.

Antes de marcharse de su casa aquella tarde, la última en la que pudieron amarse entre las sábanas del profesor, ella se giró y le dijo: Manu, nadie va a detenerte, tengo dieciséis ya, no es ilegal. No pondremos en juego tu trabajo, esperaremos. Te quiero, Manu. Y la ternura que vio en él le bastó para reafirmarse en su reflexión.

Aquella imagen logró aislarla un rato de aquel letargo agobiante del que no podía salir, notó que sus pulsaciones se habían calmado y que respiraba con normalidad. Aquel ruido de fondo ya no le resultaba molesto, la arrullaba. No podía abrir los ojos, pero en aquel instante tampoco le apetecía, notaba una paz interior que hasta el momento no había logrado encontrar, fue en aquel instante en el cual se percató de que aquel sonido no era un ruido, era una voz. ¿Mamá?, intentó preguntar, pero no podía hablar. Sí, era ella. Mamá le hablaba, se concentró, no lograba descifrar qué decía, pero su voz suave irradiaba cariño y tranquilidad. Además empezaba a notar una suave caricia en su cabello. Oh Dios, mamá, gracias a Dios, gracias al cielo... gracias, papá.

Me desperté con la cabeza embotada. Un repiqueteo incesante sonaba en alguna parte. Sentía mi cuerpo como paralizado e intentaba abrir los ojos pero no podía. El sonido seguía insistente pero era incapaz de averiguar de dónde venía. Siguió sonando y sonando hasta que me di cuenta de que era la melodía de mi propio teléfono móvil que incansable vibraba cerca de mí.

Quizás en otro momento la operación hubiera sido sencilla, mi cerebro ordena a la mano que busque el móvil, descuelgue, lo lleve hasta la oreja y responda. Pero mi cerebro parecía estar desconectado, pues no atinaba a hacer algo tan sencillo como abrir los ojos.

De repente pensé que ni siquiera sabía dónde me encontraba o qué había pasado. Me llevé la mano a la cabeza y noté que se mojaba de algún líquido espeso y tibio. Apliqué todas mis fuerzas en abrir bien los ojos para ver dónde estaba, con un miedo que recorría mi espina dorsal, intentando dar con la respuesta que se hallaba en mi cerebro y no era capaz de vislumbrar.

Los minutos pasaban y pude ir despegando los párpados poco a poco, seguía escuchando el sonido del teléfono muy cerca de mí y podía sentir las vibraciones, pero no era capaz de alcanzarlo aún. Me tranquilizó ver mucha luz alrededor, no podía mover la cabeza y solo vislumbraba un techo blanco... ¿Qué había pasado? Traté de armar un puzle en mi cabeza, pero me sobraban piezas de una parte y me faltaban de otra. No podía entenderlo. No me cuadraba.

Hice un esfuerzo inhumano para poder incorporarme, sin embargo un mareo me sobrevino dejándome paralizada unos minutos más. Aquel sonido imparable no me ayudaba a concentrarme.

Poco a poco me fui despejando y pude mover mis manos hasta que di con el dichoso aparato que no dejaba de tintinear. Lo acerqué como pude hasta mi oreja y pulsé el botón de descolgar. Pretendí hablar, pero no lo lograba.

—¿Alexia? ¡Por fin! ¡Joder! ¡Por fin! Alexia, ¿estás bien?

Distinguía las palabras en medio de un estruendo horroroso, no podía identificar la voz de la persona que al otro lado de la línea insistía en llamarme. Apliqué toda la fuerza que fui capaz para poder pronunciar.

—Quién... —atiné a decir— Que...

—¡Mierda! ¡Alexia, no te oigo! ¿Estás bien? Me pareció raro ver salir a Eduardo —me explicaba la otra persona a chillidos—, vi cómo se acercaba tranquilamente a su vehículo con una bolsa y dos maletas y tú no salías del edificio. He arrancado sin ti, pero no se me ocurría nada mejor, no sé ni dónde narices estoy. Llevamos más de una hora conduciendo sin parar, tenía

que hablar contigo, tenía que oírte. Necesitaba estar segura de que estabas bien.

¿Eduardo? De pronto todo vino a mi cabeza, esperaba por él para bajar, él iba a ir a ver a Sofía al hospital y noté un fuerte golpe, no había nada más después. ¿Eduardo? ¿Pero qué pintaba Eduardo en todo aquello? ¿Cómo encajaba? No podía pensar con claridad y todavía me gritaba alguien al otro lado del teléfono, aunque no entendía nada. Me acordé de Miriam, ella me había llevado en moto.

—¿Miriam? —la interrumpí.

—¿Estás bien, Alexia? —insistió—. No sé por qué demonios me he puesto a seguirlo.

—No lo sé, estoy sangrando —le expliqué mirando mi mano manchada de sangre. Apliqué toda mi concentración en hablar lo más alto posible—. No me encuentro bien.

—Llamaré a una ambulancia —gritó. Cada vez la oía peor.

—No, tranquila... llamaré a Samuel.

—Bien, bien... por favor que me llamen para explicarles por dónde estoy. Maldito cabrón, está acelerando de nuevo. Me alegro de que estés bien Alexia, por favor, que no tarden. Temo perderle la pista.

Colgué la llamada y me incorporé sentándome en el suelo, lo que provocó que la bilis subiera a mi garganta y empecé a vomitar. Me encontraba muy mal, la vista se me nublaba.

Hice un gran esfuerzo para acercar el móvil hasta que pudiera ver la pantallita y buscar el número de Samuel. En cuanto intenté concentrar la mirada en el aparato las náuseas volvieron a acudir y volví a vomitar.

Se me nublaba la vista, me sentía cansada, muy cansada...

Capítulo 20

Esa tía le estaba siguiendo, quizás pensaba que no se había percatado. ¡Joder! ¡Qué cagada! Pensó, le seguía desde la puerta de casa y aún no había decidido qué hacer.

¡Esa maldita entrometida! Le había arreado un fuerte golpe en la cabeza, esperaba que fuera suficiente y no despertara pronto. Pensó, mientras pisaba el acelerador del vehículo intentando salir cuanto antes de la ciudad, todo se había ido a la mierda... las prisas no eran buenas compañeras, él necesitaba concentrarse y necesitaba su tiempo. Después de lo ocurrido no podría volver a Costamata de Gradec jamás, le daba pena abandonar así a Sofía, pero tenía que admitir que no la quería, simplemente quería estar más cerca de Irache y por eso no dudó en comenzar una relación, era entretenido y así no se sentía tan solo.

¿Qué había dicho esa amiga suya? Irache estaba muy grave y los médicos no tenían ninguna esperanza, había sido un respiro, no podía vivir, era imposible que sobreviviera a su ataque, así que no le podría identificar. Pero de qué le servía ahora si había cometido el fallo más grande del mundo. Había logrado llevar a cabo su venganza, esa venganza dulce que llevaba planeando y fantaseando desde los trece años, había acabado con Edurne y debió hacerse cargo de su secretaria, aunque tampoco le preocupaba demasiado pues los datos que le había facilitado eran falsos. Sin duda, el peor error había sido no llevarse a Alexia, era imposible hacerlo a plena luz del día, así que no le había quedado otra opción que huir esperando que para cuando dieran con ella ya se hubiera desangrado.

Irache había resultado otra putilla de tres al cuarto, que le había mostrado todo su encanto y coqueteaba continuamente con él y luego... luego no le amaba. Dio un fuerte golpe al volante recordando el llanto de ella cuando le hacía el amor y sin querer el coche se desvió un poco saliéndose de su posición, el vehículo del carril contiguo le tocó la bocina como un loco y hacía aspavientos. Le pidió disculpas con la mano y miró por el retrovisor. Allí seguía, en aquella moto, la haría sufrir un poco más.

Dio un fuerte acelerón y se pasó de carril. Se notaba que la conductora no estaba acostumbrada a ir a aquella velocidad en la moto y se palpaba el miedo antes de pasar de carril o acelerar. Vio una salida completamente despejada, saltó tres carriles del golpe con los consiguientes frenazos y

bocinazos de los demás vehículos que circulaban por la vía y tomó la salida. La chica que conducía la moto estuvo a punto de caerse al intentar pasar también los tres carriles acelerando para no perderle. Había tomado la salida perfecta, otra autopista mucho menos transitada, apenas podía vislumbrar uno o dos coches en todo el tramo que alcanzaba su vista. La iluminación era escasa... estaba exactamente donde quería... pero el juego no acabaría tan pronto.

Aceleró aún más el vehículo hasta que su aguja rozaba los ciento setenta kilómetros por hora y se imaginó a la chica asustada. Para no perderlo de vista tendría que acelerar y era más que evidente que sabía que ya la había descubierto, quizás sus piernas temblaban, tan solo con un frenazo y un golpe de volante podría acabar con ella en un instante... pero si ella quería jugar, jugarían. Sonrió de nuevo, quizás pudiera divertirse un rato con ella.

Disminuyó la velocidad y se adentró a una incorporación que le llevaría a una carretera secundaria, fue mucho más lento hasta que comprobó que la chica había tomado el mismo camino que él. Volvió a sonreír, no pensaba que pudiera ser tan estúpida.

Al despertar me sentía como si hubiera dormido veinte horas seguidas después de beber todo el alcohol que hubiera soportado mi cuerpo, no podía abrir los ojos y sentía frío así que palpé a mi alrededor en busca de mis sábanas, pero pronto noté que la cama estaba más dura de lo normal, escuché mi móvil y abrí los ojos extrañada, al comprobar dónde estaba di un respingo tal que me quedé sentada, llevándome la mano a la cabeza para mitigar el horrible dolor que la taladraba.

Mi móvil sonaba insistente una y otra vez. Me había desmayado.

—¿Miriam? —contesté sin concentrarme en leer la pantalla.

—Alexia, ¿estabas dormida? —Una voz masculina me descolocó.

—¿Samuel? —Sabía que debía estar gritando, pidiendo ayuda, socorro, contándole lo de Miriam, lo de Eduardo, pero casi no podía hablar.

—Perdona, es que escuché un mensaje muy raro de Miriam en mi buzón de voz, no entendí nada, solo que esperaba que tú estuvieras bien, he intentado localizarla pero no hay forma.

—Oh, ¡mierda! —Empecé a llorar y sabía que era lo peor que podía hacer, pero me encontraba tan mal y no tenía fuerzas para explicarle todo lo que había pasado.

—¿Estás llorando? ¿Qué pasa Alexia? ¿Qué ocurre? —preguntaba

preocupado al otro lado— ¡Cálmate! —exigió—. Alexia —suavizó el tono cuando comprendió que no podía serenarme, intentaba hablar pero era incapaz—, por favor, si no me dices qué ocurre no puedo ayudarte, por favor, para de llorar.

Me llevó unos minutos tomar el control de mis lágrimas.

—Por favor, intenta localizar a Miriam, ella me llamó hace rato, iba tras él, intenté llamarte pero... —Las palabras no salían como yo deseaba.

—Alexia, no te entiendo nada. ¿Dónde estás?

—En casa de Eduardo. —Respiré hondo—. Por favor, ayuda a Miriam.

—¿De Eduardo? ¿Qué Eduardo? No comprendo —decía desesperado al otro lado.

—Ese hijo de puta me ha dado un golpe en la cabeza, hay mucha sangre. Miriam me llamó, lo estaba persiguiendo con la moto.

—¿Pero qué demonios...? —Escuché al otro lado—. Alexia, quédate ahí. ¿Puedes facilitarme la dirección?

—No... no me acuerdo —dije e intenté no mirar la sangre que había en mis manos y mi camiseta para no volver a marearme.

—Bueno, no cuelgues, voy a localizar la llamada. Enseguida estaré ahí contigo.

—Estoy bien, solo un poco mareada —intenté apaciguarlo.

Unos minutos después pude desconectar la llamada. Me di cuenta de que tenía un mensaje en mi buzón de voz.

Al escucharlo Miriam gritaba al otro lado.

“Mierda, Alexia, ¿dónde demonios estáis? Este tío va como un loco, voy a matarme. ¡Mierda! ¿Y ahora dónde coño vas? Este tío es un perturbado, si sigue corriendo así voy a perderlo. Voy a intentar llamar a la policía a ver si soy capaz de explicar algo conduciendo a toda velocidad sin tener un accidente”.

Me tapé la boca con la mano horrorizada, marqué el número de Miriam una y otra vez pero no contestaba, sonaba y sonaba y saltaba el buzón de voz. Quise pensar que iba tan deprisa que prefería no contestar el teléfono, era lo mejor que se me ocurría que le podía estar pasando.

Marqué el número de Sofía.

—¿Sofía? —pregunté sin dejarla hablar.

—Soy Begoña. Sofía duerme, le han dado un sedante y como la cama de al lado de Irache estaba vacía le han obligado a echarse aquí un rato.

—Begoña, soy Alexia —intenté sonar tranquila—, necesito saber si habéis

sabido algo de Eduardo.

—Llamó esta mañana, pero no me dio tiempo a coger el teléfono, Sofía dormía. Tiene varios mensajes, ¿quieres que los compruebe para ver si hay alguno de él? —Me preguntó Begoña, no parecía hacerle mucha gracia pero lo necesitaba.

—Sí, por favor, llámame enseguida.

Me sentía más despejada pero no me atrevía a levantarme por si acaso, prefería quedarme allí quieta hasta que llegara Samuel, así que esperé paciente, hasta que mi móvil volvió a sonar.

—Soy Begoña. Tiene un mensaje de él en el buzón de voz, es escueto.

—¿Qué dice? —pregunté ansiosa.

—Le ha surgido un imprevisto familiar, que ha fallecido su madre y tiene que viajar fuera del país, que le llamará en cuanto pueda.

—Vaya. Por favor, si tenéis noticias de él necesito que me llames, o a la policía, ¿vale? —Le pedí.

—Oh, vale. —No quiso preguntar pero intuí el miedo en su voz.

—¿Cómo está Irache?

—Sigue en coma, ha pasado un pico muy malo del que estuvo a punto de no salir, pero finalmente parece que se ha estabilizado. Sigue grave, pero estable. Al menos no va a peor.

Asentí y le pedí que cualquier novedad me llamase. Al colgar escuché un estruendo fuera.

—¿Alexia? Estás ahí —gritó Samuel.

—Sí, espera —dije lo más alto que pude y me arrastré, me daba miedo levantarme y perder el conocimiento, todavía me dolía la cabeza y estaba mareada. Intenté manejar la cerradura, pero Eduardo le había pasado la llave —, no puedo abrir. ¿Ahora qué hacemos? —Se me hizo un nudo en la garganta, tragué con fuerza y me obligué a mantener la cabeza fría.

—Lógicamente no voy a llamar a un cerrajero. —Escuché al otro lado y solté una carcajada por los nervios que me hizo tener que agarrarme la cabeza con las dos manos porque había sido realmente doloroso—. Apártate todo lo que puedas de la puerta y avísame.

Me arrastré despacio hasta la otra punta del salón, empezaba a perder el color en las mejillas y se me nublaba la vista, me concentré en mantenerme despierta.

Oí golpes, más golpes, improprios, más golpes. Maldecía.

—Espera un minuto —dijo y dejé de escucharlo. A los pocos instantes noté

cómo trasteaba con algo y daba más golpes, finalmente la puerta cedió. Vi cómo Samuel tiraba una barra de hierro al suelo con la que había roto la cerradura haciendo palanca—. ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco embotada, ya he dejado de sangrar. ¿Habéis sabido algo de Miriam?

—Costa me ha llamado hace unos minutos, han localizado la señal de su móvil y han dado el aviso para enviar a todas las unidades en su búsqueda.

Samuel tuvo que salir fuera a calmar a los vecinos que se habían aglomerado asustados por los golpes, les enseñó la placa y los mandó a casa amenazándolos con detener a quien no cumpliera su orden, no estaba para ir calmando a las viejas cotillas del edificio. Se paró y se quedó pálido cuando miró alrededor y vio aquel desastre de vómitos y sangre en el suelo del que parecía haberse dado cuenta de repente.

—¿Me puedes hacer un resumen para intentar entender esto? —Me pidió.

—Sofía me pidió que viniera a buscar a Eduardo, no había logrado localizarlo en todo el día y quería que le dijera que Irache había aparecido. Miriam me acercó en su moto porque, gracias al cielo, se me ocurrió pedirle que me buscara en *Google maps* la dirección porque no sabía llegar. Ella es vecina de la zona e insistió en que me traería en su moto. Cuando entré aquí le expliqué a Eduardo que habían localizado a Irache y que estaba grave en el hospital, me dijo que esperara por él para bajar juntos y que le explicara mejor, que iba a coger un par de cosas para ir con Sofía, sentí un golpe y nada más. Me desperté mucho más tarde por el estruendo del móvil, me costó un mundo cogerlo y Miriam gritaba al otro lado que había intuido que algo no iba bien y lo perseguía.

—¡Qué desastre! —exclamó sorprendido.

Trasteó con su móvil.

—Costa por favor, necesito que me mandes una ambulancia y un equipo a la calle ciento cuarenta de la urbanización La Condesa, edificio diez, planta tercera. Lo más rápido que puedas, por favor... Sí, ya sé que están todos con el culo en dos manos, pero necesito a alguien. ¡Ya! Llama a David Sainz y dile que me mande a alguien de su equipo, que venga él, si es necesario.

La ambulancia no tardó en llegar mientras el dolor de cabeza no me permitía hablar más. Los efectivos me aplicaron un vendaje mientras me hacían mil preguntas y reconocían el pulso, la vista y demás, e insistieron en que debían llevarme al hospital, me negué y casi supliqué a Samuel para que me dejara volver a casa, ya me encontraba mejor, los mareos habían

desaparecido y no me dolía demasiado la cabeza, pero no me sirvió de nada, finalmente tuve que ceder y dejar que hicieran su trabajo.

Al despertar, busqué mi móvil alrededor de la cama, pero no lo vi. Todavía estaba oscuro. Un silencio sepulcral y un olor nauseabundo característico de los hospitales me embargaron. Me habían hecho algunas radiografías, análisis y un TAC. El médico de urgencias me había explicado que parecía estar todo en orden, me dieron unos puntos de sutura y me obligaron a quedarme en observación. Le hice prometer a Samuel que llamaría a mi madre y se acercaría a ver cómo estaba y le soltaría la mentira más grande que se le ocurriera pero que si ponía a mi madre nerviosa y fallaba de nuevo su corazón le cortarían los testículos. Me prometió que él se ocuparía de todo y yo me quedé más tranquila.

Había descansado bien a pesar del nudo que tenía en el estómago por no saber nada de Miriam. Intenté buscar de nuevo el móvil pero no estaba allí, quizás se lo hubiera llevado Samuel para entregarlo como prueba a la científica o me lo habían quitado las enfermeras para obligarme a descansar, lo ignoraba y dudaba que pudiera rescatarlo en un futuro próximo.

Estaba segura de que me habían sedado y en parte lo agradecía. Encendí la televisión con el mando que descansaba en la mesa de noche, pasé algunos canales y comprobé que acababan de dar las siete de la mañana. Instantes después entró una enfermera por la puerta. Era una chica rellenita, de pelo rubio, recogido en una cola de caballo y con cara de estar muy cansada.

—Buenos días, Alexia. ¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó amablemente descorriendo las cortinas.

—Perfectamente, ¿cuándo podré irme a casa?

—Eso lo tendrá que decidir el médico, pasará a mitad de la mañana a reconocerla —me contestó con una sonrisa en los labios. Era simpática.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Mmm... depende. —Volvió a sonreír—. Dígame primero en qué consiste.

—Me gustaría leer la prensa. Si puede conseguirme el diario *Hoy* se lo agradecería, ¿sería posible? —Rogué.

—Mi turno acaba en unos diez minutos y tengo un poco de prisa. No creo que Ofelia tenga tiempo para bajar a comprar el periódico, el turno de la mañana es muy ajetreado. —Trató de evadirme.

—Oh —dije decepcionada—. No tengo mi móvil, ni acceso a Internet de ninguna forma y no doy con ningún canal de noticias en el televisor.

—Bueno, haremos una cosa. Si esperas diez minutos, yo misma bajaré a comprarlo y te lo traeré si me prometes que te quedarás tranquilamente en tu cama hasta que pase el médico y decida si estás en condiciones de darte el alta.

—Mmm.... Trato hecho. —Sonreí.

La enfermera se fue después de dejarme el desayuno, unos calmantes y una botella de agua en la mesilla. Miré aquella cosa que pretendían que fuera un café con leche, bueno... al menos tenía un poco de cafeína que echarle al cuerpo. Le eché los dos sobres completos de azúcar, que no mató el sabor a hospital, y me bebí a sorbitos el contenido de la taza.

Antes de lo que pensaba, la enfermera había vuelto. Esta vez vestía unos pantalones vaqueros y una cazadora roja.

—Ten, el periódico. Ahora tienes que cumplir tu promesa —me advirtió.

—Muchísimas gracias. Que descanse.

—Uff, lo necesito, me ha tocado cubrir una guardia de veinticuatro horas, así que estoy deseando llegar a casa, cerrar todas las persianas y tumbarme con mi gatita en la cama a dormir otras veinticuatro.

Le sonreí y se fue cerrando la puerta tras de sí. Era difícil encontrar personal tan agradable y servicial después de una guardia de veinticuatro horas. Me alegraba haber dado con esa muchacha.

Terminé el último sorbo de café, deposité la taza en la bandeja dispuesta a desechar el resto del desayuno y abrí el periódico, en cuyo instante mi semblante cambió a un tono pálido y mis ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas. Necesitaba un teléfono y lo necesitaba ya.

Capítulo 21

La agente Rodríguez le había telefonado informándole de lo que habían descubierto, pero no era posible, seguro que estaban equivocados. Sara no podía estar muerta. Lo notaba, lo notaba en su pecho... las palpitaciones se hacían cada vez más fuertes. ¿Cómo era posible que alguien matara a su esposa? ¿Por qué? Era una buena mujer, preciosa, increíble. ¡No! ¡No! ¡No era posible!

Caminaba de arriba abajo cada centímetro de la casa, como queriendo encontrar una cámara oculta que le desvelara que todo aquello no era más que una broma macabra. Si Sara no estaba... su vida se había terminado. Su dulce Sara. No podía pensar en la idea de no volver a mirar a sus ojos verdes, de no volver a acariciar su cabello rubio, de no volver a besarla nunca más. Quería verla, tenía que comprobarlo con sus propios ojos.

Sergio se acercó a la despensa y encontró unas viejas botellas de whisky con una fina capa de polvo que las cubría. No había bebido aquella cosa en la vida, pero se las regalaban en las cestas navideñas y no sabía qué hacer con ellas, se habían ido acumulando en la estantería a lo largo de los años. Abrió una y vertió el líquido dorado hasta cubrir medio vaso que vació de un solo trago, le quemaba al traspasar la garganta y le reconfortaba sentir otra cosa que no fuera dolor en su corazón.

Soraya Rodríguez, la agente de policía, le había informado de que debía acudir a Costamata de Gradec para reconocer el cadáver, era un simple trámite, pues estaban seguros al cien por cien de que era ella. Había sido muy amable e incluso se había ofrecido a llevarle en coche para que no tuviera que conducir un trayecto tan largo, un agente pasaría a buscarle a media tarde. Intentaba insuflarse valor, ¿podría ver el cuerpo sin vida de su esposa sin morir de pena y dolor? ¿Tendría su piel aquel tono tostado que lograba conservar todo el año? ¿Tendría su cabello el aspecto sedoso de siempre?

Tomó su cuarto vaso de whisky sin respirar, de un sorbo. Poco quedaba ya en aquella botella, la agarró con la mano y de un gran trago la terminó. No era más que un desperdicio de la sociedad, por eso Sara le había abandonado, porque llevaba meses sin trabajar y no era capaz de asumirlo y seguir adelante. No tenía a nadie más que a ella y su familia, y ahora cada vez que los veía tenía ganas de morirse porque le recordaban a su preciosa

mujer.

Agarró unas cuantas botellas de whisky dispuesto a tumbarse en su cama con todas ellas, bebería de cada una hasta que olvidara el nombre de su esposa, y el suyo propio si era necesario, hasta que se le aliviara esa pesadez que se había instalado en su pecho.

Subió despacio y pasó delante del despacho, vio el portátil de su esposa y se acercó. Colocó las botellas encima del escritorio. Indagó en el ordenador hasta tener de nuevo frente a él su correo electrónico, releyendo una vez más la conversación con aquel exnovio al que un día le arrebató el amor de su vida.

—Buena jugada —le dijo a la pantalla. Aquel hombre del otro lado movía sus fichas para poder recuperar a Sara, pero Sara ya no le pertenecía porque ahora era suya... ahora... ya no, se había muerto.

Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos y se despreció por ser tan débil, por dejarse hundir de aquella forma. Sin embargo no encontraba nada a lo que agarrarse, nada a lo que apoyarse para mantenerse a flote.

Cerró el correo dispuesto a no torturarse más con aquella historia y abrió la carpeta de documentos que tenía su esposa en el ordenador. Una de ellas captó su atención, apretándole un fuerte nudo en la boca del estómago, “Fotos” rezaba, y se sumergió en aquel mar de instantáneas de una vida feliz junto a ella. Sonrió muchas veces, las lágrimas volvieron otras tantas y sin darse cuenta en su interior creció un combo de sentimientos que le superaban: rabia, impotencia, angustia y tanto dolor que era insoportable.

¿Por qué se había marchado? ¿Por qué había decidido ir a ver a aquel hombre al que ella mismo había apartado de su vida tanto tiempo atrás? ¿Pretendía echar un polvo con aquel tío para sentirse mejor y luego volver a casa como si nada? ¿Pretendía acaso abandonarlo en el estado de desesperación en que se encontraba?

Sergio se puso de pie, limpiándose las lágrimas con la manga de la camiseta. Agarró una de las botellas de whisky y la estampó con todas sus fuerzas sobre el ordenador. Una, otra y otra vez hasta que el portátil quedó destrozado y la botella se hizo añicos, algunos pedazos de cristal salieron disparados clavándose en brazos y manos, caminitos de sangre recorrían su piel. Cogió otra botella y la lanzó con todas sus fuerzas contra la pared contraria. Utilizó otra como bate para destrozarse cada uno de los cuadros que había colgados en la pared, algunos pintados por Sara, otros con fotos enmarcadas de ambos. Las vacaciones en España, la escapada a Irlanda, su

luna de miel...

Cuando acabó con la última botella se sentó en la silla, ya no lloraba, solo oteaba al infinito tratando de no vomitar. Su mirada perdida de pronto se encontró con las velas que había en la estantería, Sara las adoraba, las había por todas partes, de todos los colores, olores y tamaños. Abrió los cajones de su escritorio hasta encontrar una caja de cerillas con la que encendió todas las que encontró a su alrededor. El ambiente se impregnó de un suave olor a jazmín, el aroma favorito de Sara, recordó su perfume, lo que le gustaba olerla cuando besaba su cuello, cuando hacían el amor.

Sin pensarlo, Sergio fue encendiendo una tras otra las cerillas de la caja y lanzándolas a su alrededor. El alcohol por todas partes actuó como combustible, pero él no se movió de la silla. Ya no merecía la pena. Siguió encendiéndolas y tirándolas por todas partes, contando en voz alta cada vez que lanzaba una, para cuando vació la caja había perdido la cuenta hacía rato, el fuego se movía rápido a su alrededor. Tiró la caja y salió del despacho.

Estaba cansado, necesitaba tumbarse un poco. La habitación contigua era su dormitorio, se acercó a la cama y se desplomó abrazando la almohada de Sara. “Sara, mi dulce Sara”.

No quería irme del hospital sin más, pero habían dado ya las diez de la mañana y no tenía noticias de Samuel, Miriam, ni de Sofía. Ni siquiera sabía en qué hospital estaba, me habían llevado al más cercano a la casa de Eduardo y por lo que me comentó una enfermera a la que había preguntado, no pertenecía a Costamata. Así que estaba en otra ciudad, sin móvil, con mi madre enferma en un hospital, con mi ahijada en coma en otro, y yo en el culo del universo sin poder hacer nada. Me agobié. ¿Dónde narices se había metido Samuel? ¿Por qué no venía a verme o me llamaba al hospital? ¿Y Tomás se había vuelto loco? No me gustaba un pelo nada de todo aquello, nunca imaginé que pudiera caer tan bajo, pero ¿qué buscaba? ¿Fama? ¿Morbo? ¿Ventas? Ese no era el camino.

Me abroché los vaqueros y encontré mis botas en el armario de la habitación. La enfermera del turno de día acababa de hacerme la cura de los puntos de sutura y empezaban a escocerme un poco, debían estar pasándose los efectos de los calmantes. Así que cogí dos que había dentro de un pequeño vaso de plástico en la mesa de noche y me los tragué con un poco de

agua. Cogí todas mis cosas y me asomé al pasillo. No tenía tiempo de ponerme a discutir con ninguna enfermera, necesitaba irme por piernas de allí. No había nadie, así que corrí hasta el ascensor apretando unas veinte veces seguidas el botón de llamada y rezando para que llegase pronto. Oí el sonido característico que anunciaba que las puertas estaban a punto de abrirse y me subí lo antes posible conteniendo el aliento.

Mi cartera estaba en el bolso junto a mi ropa en el armario de la habitación, pero no había rastro del móvil y necesitaba llamar por teléfono urgentemente. Ya en la calle busqué desesperada por todas partes hasta que di con una cabina de teléfonos, no había usado una desde que tenía diecisiete años, me sorprendía que aún quedaran. Llamé a información y me pasaron con la comisaría de Costamata. Me atendió una agente que no conocía y aseguraba que Samuel no se encontraba, cuando le pregunté por el detective José Costa me puso un momento en espera después de tomar nota de mis datos.

—Alexia, ¿cómo estás? —contestó al otro lado, parecía sorprendido por mi llamada.

—Estoy bien, me han dado el alta —mentí—. ¿Cómo está Miriam?

—Alexia, anoche intentamos localizarla, pero no hubo manera. El teléfono aparecía encendido pero no contestaba. Así que pedimos a los equipos que localizaran la señal del móvil para saber en qué punto estaba. La señal nos llevaba a Santa Clara, casi la frontera del país y mandamos a todas las unidades. La señal estaba inmóvil y cuando se personaron los equipos, su moto apareció destrozada y a pocos metros el teléfono de Miriam estaba tirado en la cuneta. También encontramos su bolso y dentro estaba la cartera. La científica ha analizado la zona y no hay restos de sangre ni señales de lucha. Simplemente se han detectado unas huellas de neumáticos que se habían quedado grabadas en la calzada tras un frenazo. Tengo a todo el mundo rastreando la zona, se ha dado el aviso a todos los efectivos de esta ciudad y las colindantes con el número de matrícula del coche de Eduardo. Tenemos hasta helicópteros sobrevolando toda la ciudad en busca de ambos.

Fui palideciendo por momentos. Cuando Costa terminó de explicarme la situación colgué la llamada sin pararme a recoger el cambio que devolvía la cabina, pues en ese instante venía un taxi de frente que paré. Me costaría un riñón que me llevara hasta la comisaría, pero no me quedaba otra opción. El taxista intentó darme conversación pero yo estaba perdida en mis propios pensamientos y cuando se dio cuenta que no le prestaba atención dejó de hablar. Había algo de tráfico y tardamos una eternidad en llegar a la puerta de

la comisaría, donde le pagué con mi tarjeta y subí corriendo las escaleras dirigiéndome, a toda prisa, al despacho de Samuel. La puerta estaba abierta y dentro había un despliegue de gente escuchando al detective Costa, que de pie junto a la pizarra, explicaba algo al grupo. Reconocía a David Sainz, director del equipo de la científica que se encargaba de examinar las pruebas del caso y a Ricardo Giraldo, el forense, también estaban los dos agentes de San Esteban y otra mujer que no había visto en mi vida.

En silencio accedí, intentando no llamar la atención y me senté sin hacer ruido. Samuel me echó una mirada asesina, le sonreí para que supiera que estaba bien. Quizás le habían llamado del hospital para comunicarle que me había marchado sin el alta médica.

—Sabéis que Irache Alemán sigue en coma en la Unidad de Cuidados Intensivos, tras haber sido encontrada en funestas circunstancias en el bosque en plena madrugada. Los médicos no albergaban demasiadas esperanzas en que mejorase, pero aunque sigue en coma sus constantes se han estabilizado y los órganos lacerados se están recuperando rápidamente después de la intervención, parece que ha aceptado bien la transfusión, ahora hay que esperar a que despierte. Presentaba graves síntomas de hipotermia, el contenido de su estómago y su sangre nos mostró un bajo nivel de algún tipo de sedante o droga que aún se está analizando. Profundas lesiones en la vagina que nos indican que fue violada, hemos extraído muestras con la esperanza de encontrar ADN del semen de su captor, pero desafortunadamente, aunque se encontró ADN no encontramos coincidencias con el CODIS, sin embargo todos tenemos la certeza de que esas muestras coincidirán con las de Eduardo. Anoche, el equipo de la científica tomó de su casa su cepillo de dientes y algunos objetos personales con el objetivo de extraer huellas y ADN con el que cotejarlo, no tendremos los resultados por lo menos hasta la noche. Todo indica que él es el culpable del ataque.

Costa se acercó hasta el centro de la mesa y cogió una botella de agua la abrió y bebió un gran trago antes de continuar hablando:

—Todos estáis al corriente del ataque que sufrió ayer Alexia Salandri por parte de Eduardo en el domicilio de este con un objeto contundente que ya ha sido localizado. Afortunadamente quedó en un susto ya que a Alexia acaban de darle el alta, ¿no es así? —Asentí sin abrir la boca, Samuel ni me miraba, parecía muy enfadado. Me imaginé que todo se le estaba complicando demasiado y que estaba agobiado—. La científica acudió inmediatamente al domicilio de Eduardo. Se encontró allí la mochila de Irache, con sus apuntes,

su documentación y su móvil apagado. Estaba escondido debajo de la cama de su dormitorio. Encontramos una carpeta en un cajón de su escritorio con cientos de fotografías de la joven. Algunas son evidentes que fueron consentidas, otras de lejos, incluso algunas tomadas a hurtadillas en el cuarto de baño, pues se advierte la puerta entornada antes de vislumbrarse el cuerpo desnudo de la muchacha. Todas impresas de forma casera, por lo que parece, en su propia impresora. Estaba obsesionado por la chica. Nuestro equipo se llevó el ordenador para analizarlo. Hemos hablado con Sofía y nos ha contado que en multitud de ocasiones se iban los dos juntos a las reuniones con la asociación de jóvenes en la que él participaba, o simplemente si ella no tenía ganas de salir o si tenía trabajo atrasado que tenía que terminar en casa, se iban ambos al cine, o a tomar un helado y luego traían un par de pizzas y cenaban los tres juntos. Que insinuaba en infinitas ocasiones adorar a la muchacha, pero que nunca percibió nada lascivo en su comportamiento.

Costa dio otro trago de agua e hizo algunas anotaciones en la pizarra con lo que nos había contado. Yo no podía evitar pensar en Sofía, en lo que estaba pasando en aquel momento con la niña en coma y por otro lado la carga sobre sus hombros por esa persona en la que había depositado toda su confianza y su cariño, su mejor amigo, su pareja. Le había costado tanto volver a estar con alguien después de que Javier muriera que aquello le iba a resultar imposible de superar.

—Edurne Martínez, como todos sabéis —continuó el detective—, era la madre de Marta, la mejor amiga de Irache. Era veterinaria en su propia consulta privada, a la que hemos averiguado que Eduardo acudía en alguna ocasión acompañado de un perro, que aún no sabemos de dónde sacaba. Todas sus visitas estaban registradas a nombre de Juan Manuel Lozano, el profesor de Irache, el cual ignoramos si ha sido en algún momento cómplice de Eduardo, aún se está trabajando en el cuchillo y la cadena que se encontraron bajo su propiedad. Sheila, la recepcionista de la consulta veterinaria, nos ha comentado que la doctora no tenía ninguna cita convocada para ese día y que sobre las nueve de la mañana apareció él con una sonrisa y pidió hablar con la doctora para hacerle una consulta sobre su perro. Se encerraron en su despacho y Sheila notó que tardaba un poco en salir, pero no le dio mayor importancia. Sonó el teléfono de la recepción y era una llamada personal para ella; mientras hablaba dice que el sujeto salió del despacho de la doctora, cerró tras de sí y se fue silbando tranquilamente mientras le decía adiós con la mano. Asegura que no notó nada extraño en él. Edurne fue

drogada con cloroformo, sus ropas fueron rasgadas, fue brutalmente violada y le tatuó la palabra “puta” con un bisturí en su estómago, clavándole en el pecho con la misma herramienta una vieja cola de conejo que ignoramos qué significado puede tener. La degolló con el mismo bisturí, fue el motivo de la muerte. Después de ahí intuimos que se dirigió a su casa, intentó telefonar a Sofía y como no contestó, le dejó un mensaje en el que le decía que tenía que ausentarse de la ciudad por unos días y que la llamaría. Los restos de ADN extraídos de la vagina de Edurne coinciden plenamente con los que obtuvimos en el cuerpo de Irache.

Volvió a dirigirse a la pizarra y escribió de forma esquemática toda la información que acababa de redactarnos, uniendo las conexiones entre Edurne e Irache. Se terminó lo que quedaba en la botella de agua, parecía más nervioso de lo que lo había visto nunca, o simplemente era que se encontraba cansado.

—Y por último tenemos a Sara Caraballo. Sara y Sergio, un matrimonio que vivía en San Esteban, discutieron hace exactamente doce días de manera extrema. Lo que produjo un portazo por parte de ella que se marchó en su vehículo. Pasaron bastantes días hasta que el marido salió en su busca borracho en mitad de la noche y tuvo un grave accidente. Hasta ese momento la familia de la mujer no se había enterado de su desaparición. La madre fue la que presentó la denuncia, pues le parecía extraño que no se hubiera puesto en contacto con ella por muy enfadada que estuviera con su marido. En un primer momento, tal como es común, los agentes a cargo se centraron en investigar a Sergio, el marido. Pero parecía destrozado y sincero con todo lo que contaba. ¿No es así, agente Rodríguez? —Esta asintió—. Hasta que el vehículo de Sara fue hallado en la costa de nuestra ciudad, tras haber sido denunciado por los vecinos por llevar varios días allí mal aparcado y abierto. No se encontró en el vehículo nada relevante que ayudara a resolver su desaparición. Diferentes indagaciones llevaron a los agentes Soraya Rodríguez y Martín Expósito a pensar en Ángel Castillo Escudero. Un exnovio de Sara con el que convivió durante varios años en la ciudad de San Esteban, en una casa heredada de la abuela de él. Parecía que llevaban muchos años sin saber el uno del otro y por lo que se ha podido corroborar por unos mails encontrados en la bandeja de entrada de la mujer, él se puso en contacto con ella hace unos meses para pedirle un favor acerca de su domicilio anterior. Después de ese se sucedieron varios emails y en los últimos, él insistía en verse y tomar un café. La invitaba a pasarse por

Costamata, le enseñaría la ciudad y tomarían algo juntos, al anochecer ya estaría de vuelta a su casa. Sin embargo no fue así. De Ángel Castillo Escudero poco se sabe en la actualidad, por no decir nada. Prácticamente dejó de existir cuando se acabó su relación con Sara. Se ha investigado sobre su pasado y se sabe que vivió aquí hasta que tuvo trece años. Residía con sus padres y su hermano mayor. El año anterior, su madre había fallecido lo que provocó algunos cambios en la economía familiar; su hermano mayor, Robert, empezó a trabajar con su padre, se iban al alba y volvían prácticamente por la noche, por eso cuando Ángel le pidió a su padre permiso para vivir con su abuela materna en la ciudad de San Esteban, él no se lo negó. Su hermano nos ha comentado que de pequeño sufría bastante en el colegio, era un niño acosado y maltratado por sus compañeros, siempre le ayudó cuanto pudo, pero que cuando empezó el instituto y más tarde a trabajar era imposible defenderle, su hermano tendría que buscarse la vida y nunca supo hacerlo. Parece que en San Esteban le fue bien, el instituto y la universidad sacó muy buenas notas. Su abuela murió a los pocos años de muerte natural y él heredó todos sus bienes. Hemos podido saber que pocos meses después se mudó con Sara a la misma casa donde vivió con su abuela y que estuvieron juntos casi doce años hasta que conoció a Sergio, se separó de él de forma radical y se fue a vivir con este último. Parece ser que eso produjo algún tipo de trauma en Ángel y la acosó durante unos meses, según Sergio puso en conocimiento de la policía, como vio que no daba resultado simplemente desapareció del planeta. Ángel dejó de existir hace casi ocho años. No consta registrado en ninguna ciudad de todo el país, no ha habido movimientos en sus cuentas, no hay teléfono ni ningún otro servicio registrado a su nombre... nada, salvo una cuenta de correo electrónico que se creó desde una IP pública con todos los datos de domicilio y teléfono falsos, pues simplemente no existen. Los agentes Rodríguez y Expósito investigaron sobre las propiedades de la familia de Ángel cuando vivían en Costamata, puesto que su padre y hermano mayor hacía muchos años habían ampliado su negocio en una ciudad más grande y poblada al sur del país, abandonando la única vivienda que tuvieron aquí en la zona más rural. En principio se la quedaron como casa de vacaciones, por lo que nos confirma su padre, pero nunca les apeteció volver, así que con los años la casa se fue deteriorando, se dio de baja en los suministros de agua y luz y se dejaron de pagar los impuestos. Simplemente dejando que el paso de los años terminara por consumirla como una bolsa de basura en un vertedero. Gracias al trabajo

realizado por los agentes de San Esteban pudimos localizar la vivienda, que efectivamente parecía abandonada, pero había huellas de neumáticos que nuestro equipo de la científica extrajo para analizar. Encontraron una habitación que apestaba en la estancia y algunos víveres que eran frescos tirados por el suelo lo que les llevó a pensar que quizás Sara pudo estar encerrada allí algún tiempo. Nuestros equipos han analizado cada milímetro de la estancia y el resultado es sorprendente.

Hizo una pausa dramática y carraspeó, miró en la mesa pero su agua se había terminado. Samuel se levantó, se dirigió al escritorio de su despacho, abrió un cajón y sacó otra botella que le tendió al joven detective. La abrió y bebió un largo trago antes de continuar hablando:

—Lo que se encontró allí no lo esperábamos, pues los restos hallados en la tierra nos han dado varias muestras de ADN, una que coincide con el de Sara: sangre, orina y excrementos... quizás la asfixió y estuvo algunos días allí encerrada antes de tirarla al mar, puesto que la habitación apestaba realmente a cadáver. Pero hubo otro hallazgo más, se encontró también ADN de otra mujer y lo que descubrimos nos ha descuadrado del todo. En la misma estancia se ha encontrado sangre, orina y excrementos de Irache Alemán. Esa casa fue donde Irache estuvo secuestrada todos estos días.

Hubo una exclamación generalizada y pronto guardaron silencio para que el detective continuara hablando. En lugar de eso se dirigió a la pizarra y escribió de forma esquemática toda la información que acababa de decir y unió los puntos en común con Irache.

—Ha sido una noche muy larga —dijo antes de beber otro trago—. En un principio algo nos hacía pensar que, o bien Ángel y Eduardo eran cómplices, o que simplemente Eduardo encerró allí a la chica porque conocía el bosque y pensaba que la casa estaba abandonada. Hicimos varias conjeturas. Nuestro forense, Ricardo, intentó extraer muestras de ADN, pues Sara había sido también violada, pero fue imposible, el agua había eliminado todo rastro en su cuerpo. Finalmente todo lo ocurrido nos lleva a pensar que Ángel y Eduardo pueden ser la misma persona, ya que no se ha encontrado nada de Eduardo anterior a la fecha en que se mudó a Costamata de Gradec, cinco años atrás y en su casa no había ningún rastro de una identidad anterior. El trabajo no ha acabado aquí. El equipo informático ha estado trabajando toda la noche con el ordenador de Eduardo, han encontrado instalado un programa que se utiliza para variar el IP y en los cookies almacenados hemos dado con la dirección de email desde donde Ángel le escribía a Sara. Dentro del

ordenador además había muchísimas fotos de Edurne sacadas todas durante toda su estancia en Costamata. A primera hora de esta mañana solicitamos al padre de Ángel Castillo que nos enviara varias fotografías del sujeto, nos dijo que lo haría cuanto antes, así que supongo que ya debemos tenerlas en el correo. El primer trabajo que haremos será corroborarlas con las de Eduardo, si es la misma persona lo sabremos, aunque las fotos sean de hace muchos años, hay multitud de programas informáticos que nos ayudarán en esa tarea. También le hemos pedido que venga hasta aquí para tomarle declaración y muestras de ADN, así que no tardará en llegar. Comparando los alelos que tienen en común, podremos saber si el ADN de las violaciones que tenemos y de los objetos encontrados en casa de Eduardo, coinciden en gran parte con el del padre de Ángel, tendremos la prueba concluyente de que Ángel y Eduardo son la misma persona. Violador y asesino de las dos mujeres que se hallaron muertas ayer, y de la joven Irache.

—Gran trabajo, Costa —habló Samuel—. Vete a casa y descansa un poco. Tenemos a todos los agentes movilizados buscando a Eduardo, o a Ángel o como se llame. Yo mismo me encargaré de las fotografías que envíe el padre de Ángel y sobre el ADN, sabes que tardarán al menos ocho horas en darnos el resultado trabajando a destajo. Lo importante ahora es localizarlo, pues creemos que tiene a Miriam. No creo que su intención inmediata sea matarla. Ya lo hubiera hecho en medio de la carretera, suponemos que querrá “divertirse” un rato con ella antes, así que tenemos que poner todo nuestro empeño en encontrarlos.

Capítulo 22

La tenía, era suya y qué fácil había sido. Un acelerón, un frenazo, un giro de volante y había volado por los aires. No había un alma en la carretera, fue sencillo alcanzarla aunque intentaba huir. La lanzó contra el suelo y se colocó encima de ella a horcajadas, sangraba en la frente debido al golpe, pero no parecía ser demasiado grave.

—Es lo que tiene no usar casco, bonita —le dijo antes de darle un fuerte puñetazo que la dejara inconsciente.

Ella ya había movido ficha, ahora le tocaba a él. Sintió un leve mareo al incorporarse y la herida de la sien le daba fuertes latigazos, el cansancio y el dolor hacían mella después de tantas horas. Un minuto más tarde la desagradable sensación desapareció, la arrastró hasta su vehículo, abrió el maletero y la apostó dentro. Tenía que pensar dónde podía llevarla, estaba excitado por la tensión del momento, su miembro estaba duro como una piedra y le molestaba no poder satisfacerlo enseguida.

Ni siquiera sabía exactamente dónde estaba. En ese instante se dio cuenta de que le dolía la mano con la que había golpeado a la mujer, la abrió y cerró un par de veces para intentar mitigar el dolor. Sintió esa rabia incontenible que ya le era tan conocida, otra mujer, otra puta asquerosa le había hecho daño. “Veinte, diecinueve, dieciocho...” siguió contando hasta llegar a cero y respiró hondo un par de veces. Como nuevo.

Retomó el camino oscuro y apartado en medio de la nada que tenía por delante. A los quince minutos se dio cuenta de que su coche rozaba de forma peligrosa la reserva de gasolina. Había conducido durante demasiado tiempo para despistar a aquella mujer y ahora era complicado saber qué hacer. No podía encender el móvil para comprobarlo con el GPS pues si la policía lo estaba buscando darían con él en un abrir y cerrar de ojos. Tenía que hacer algo ya, así que se metió entre los árboles y matorrales para ocultar el coche. Toda precaución era poca. Lo mejor sería matarla de una vez, la dejaría allí tirada, se cambiaría de ropa y se largaría.

Bostezó antes de apearse del coche, otro mareo le sobrevino. Era evidente que necesitaba descansar, llevaba prácticamente cuarenta horas despierto sin pegar ojo y las últimas veinticuatro no es que hubieran resultado del todo halagüeñas. Así que cuando acabara con ella, conduciría unos cuantos kilómetros más, los que el vehículo le permitiera y luego descansaría un

poco. Si la suerte no le acompañaba y no daba con ninguna gasolinera en el camino, al menos podría encontrar otra carretera más concurrida o que la mañana trajera consigo a algún vehículo que parara dispuesto a ayudarlo. Un plan sencillo y efectivo, desde luego.

Estiró las piernas y volvió a abrir y cerrar la mano un par de veces, aún le dolía. Abrió con precaución el maletero, la mujer seguía inconsciente. “Bien, al menor inconveniente, otro tortazo y un poco de cloroformo y se acabó el problema”. Pensó unos instantes en cómo acabar con ella, podría apretar su garganta hasta dejarla sin aliento, pero lo que realmente le apetecía, lo que realmente ansiaba, era partirle el cuello con sus propias manos, escuchar ese “clac” que anunciara el fin de su vida... así la mataría rápidamente sin demasiado esfuerzo y se desharía de ella.

La sacó del vehículo con mayor esfuerzo del que pensaba y la colocó en el suelo; era guapa y joven, unos veintinueve o treinta años, cuerpo con curvas de vértigo, un cabello largo y rizado precioso que ahora estaba revuelto por el ajetreo y labios carnosos y apetitosos. Le abrió la cazadora y su blusa dejaba entrever el escote de unos turgentes pechos que enseguida volvieron a endurecerle su entrepierna.

Quizás tuviera tiempo para satisfacerse, estaban en plena noche y nadie les encontraría entre los arbustos. Le acarició un poco el cabello antes de desabrocharle los pantalones vaqueros y deshacerse de ellos rápidamente. Miró la cara de la chica, ni se había inmutado. Le posó un dedo en la carótida y comprobó que aún tenía pulso, no tenía ganas de follarse a un cadáver. Tardó unos segundos en encontrarlo, pero ahí estaba. Sonrió. Se entretuvo en acercar su nariz a la piel de la muchacha, olía de vicio. Se aventuró a hundir sus dedos en el centro de ella un instante, le desagradó notar que no estaba mojada, tal como le hubiera gustado encontrársela... otra que no me desea, que no me quiere, que me desprecia... dio un fuerte puñetazo en el suelo y ahogó un grito de dolor en la garganta. “Mierda, mierda, mierda... maldita puta”.

Se incorporó un poco para desabrochar sus propios pantalones, dispuesto a satisfacer su deseo, aunque ella no le correspondiera. Desde luego le tomó por sorpresa que de un solo movimiento, la chica que parecía inconsciente, le diera una fuerte patada en el pecho con ambos pies y en apenas medio segundo cambiaran las tornas. Ella se había colocado encima, inmovilizándolo en el suelo y le daba fuertes puñetazos uno detrás de otro en la cara hasta dejarlo atontado. Se puso de pie de un brinco y le dio una

fuerte patada en sus partes, y luego otra y otra más. Saltó encima de la barriga apoyando en esta su rodilla, con todo el peso de su cuerpo, hasta dejarlo sin aliento, tosiendo.

—Maldito gilipollas —le dijo Miriam—. ¡Serás hijo de puta! Has elegido mal, debiste matarme cuando tuviste ocasión —le gritaba mientras sin entender cómo, le giraba en el suelo. Se sentó encima de él inmovilizándolo de nuevo, a pesar de que intentaba poner todas sus fuerzas por quitársela de encima, no lograba absolutamente nada.

Trabajaba para la policía y había hecho infinidad de cursos de defensa personal y artes marciales, aquel imbécil no iba a poder con ella.

Le agarró fuertemente del cabello y estampó su cabeza contra el suelo dos veces. No sabía si lo había matado, pues un río morado empapaba el asfalto dejándola paralizada durante unos segundos que se le hicieron eternos.

Ella por fin se levantó y alcanzó los pantalones que le había quitado poniéndoselos lo más rápido que pudo. Buscó por todos los bolsillos su teléfono móvil, pero no estaba, debió caerse en alguna parte. Tanteó los bolsillos de él y tampoco parecía llevar uno encima.

—Mierda, ¿y ahora qué hago?

Era difícil saber dónde estaba, no solo porque hubiera conducido horas sin tener tiempo de mirar un solo cartel, sino porque en algún momento había perdido la conciencia y no sabía cuánto se habían alejado. Daba gracias a Dios por haberle hecho caso a su intuición y cuando despertó en el maletero se mantuvo lo más callada y relajada que pudo, tal y como le enseñaron a controlar en defensa personal, hasta el momento idóneo.

Pero ahora era difícil saber qué hacer. Dejar a Eduardo allí tirado e irse con su todoterreno era una opción, con manos temblorosas buscó en su carótida hasta dar con un leve pulso, así que en algún momento despertaría y se escaparía de allí sin tener la menor oportunidad de darle caza. Meterlo en el vehículo era otra, con el consiguiente riesgo de que despertara y la atacara sin correr la misma suerte.

Agitó la cabeza y entró en el coche, si dependiera de ella le pasaría el todoterreno varias veces por encima del cuerpo hasta asegurarse de que había quedado aplastado cual cucaracha, pero eso tan solo traería consecuencias funestas para ella, pues ya no sería considerado defensa propia.

Miró a su alrededor dentro del asiento del piloto, pero tampoco encontró ningún teléfono cerca. Arrancó y aceleró a fondo, se dio cuenta de que

quedaba muy poca gasolina y rezó todo lo que pudo y recordaba para poder llegar hasta algún sitio desde donde alguien pudiera ayudarla. Dios no parecía estar con ella en esos momentos, pues algunos kilómetros más adelante el vehículo se paró sin posibilidad de volverlo a arrancar, en medio de la nada, sin comunicación, ni ningún pueblo a la vista al que acudir para pedir auxilio.

El frío calaba en su piel y el dolor en la cara causado por los fuertes golpes que le propinó Eduardo se habían acentuado en los últimos minutos, como si al tensar el cuerpo, el dolor se hubiera hecho más fuerte.

Salieron todos del despacho con algo que hacer, aún estaba intentando digerir todo aquello, releyendo toda la información de la pizarra. Samuel se acercó a la puerta y cerró con sigilo. Noté que bajaba las persianas de las paredes de metacrilato y se asentó un nudo en mi estómago, me moría por besarlo, por abrazarlo. Después del susto y el mal rato que había pasado solo me apetecía no ponerle más barreras a lo que sentía, aunque fuera nuevo, aunque me diera miedo, aunque hubiera surgido en el momento más inoportuno, me apetecía sumergirme en aquellas nuevas sensaciones junto a él. Se acercaba por detrás y esperaba que me abrazara por la espalda, que besara mi cuello, mi cabeza, que apoyara sus manos en mis hombros para masajearlos y eliminar la tensión por todo lo ocurrido, sin embargo no me tocó, con el rostro desencajado se colocó delante de mí.

—¿Qué demonios haces aquí? —preguntó enfadado.

—Estoy bien, de verdad Samuel —intenté tranquilizarlo. Me parecía desmesurado aquel disgusto por haberme escapado del hospital.

—¿No te han dejado mis recados en el hospital? ¿No has escuchado mis mensajes? —Levantó la voz.

—No sé de qué me hablas, Samuel. La verdad es que no me han dado el alta, me he largado sin más sin esperar a que llegase el médico, no aguantaba más allí sin saber nada de nadie. Por cierto, ¿fuiste a ver a mi madre?— intenté desviar el tema de conversación porque me empezaba a poner nerviosa.

—Sí, ella está bien, le dije que tenías migrañas y te habías ido a casa a descansar. Alexia, ¿por qué lo has hecho? ¿Y cómo tienes la cara de volver después de todo? Confiaba en ti, no quiero volver a verte en la vida, lárgate de mi vista, por favor.

Sus palabras fueron un bofetón sin mano, sobre todo porque no entendía de qué iba todo aquello.

—Eh, eh, eh.... ¿¡Puedes tranquilizarte!?! No me pienso ir de aquí hasta que me expliques qué ha pasado porque no tengo ni idea de lo que me hablas —exigí.

Fue hasta la mesa de su escritorio y sacando algo del primer cajón volvió frente a mí y lo tiró delante. Era el artículo que había leído en el hospital.

Volví a releerlo por si me había perdido algo.

“Epidemia de crímenes en Costamata de Gradec

En primicia detallamos a continuación los desgarradores sucesos que alteran el sueño de nuestros vecinos.

En el día de ayer han aparecido en la ciudad de Costamata de Gradec dos cadáveres de dos mujeres de edad adulta, y otra menor herida que en estos momentos se encuentra muy grave. Las tres han vivido un auténtico infierno, fueron atacadas y violadas, y dos de ellas brutalmente asesinadas, en diferentes circunstancias y lugares. ¿Qué ocurre en Costamata de Gradec? El pánico se ve aumentar entre la gente que murmura a nuestro alrededor.

Irache Alemán una chica de dieciséis años, tal y como publicó este periódico en exclusiva, desapareció hace unos días. Todo llevaba a pensar que había sido una simple escapada, pero pronto se empezaron a encontrar indicios que daban a entender que estaba secuestrada y retenida en algún lugar y que había sido atacada. La policía tiene detenido a uno de los sospechosos y algunas pistas indican que actúa conjuntamente con otra persona a la que aún no han dado caza. La investigación se encuentra en curso y el equipo de la policía científica trabaja a destajo para corroborar los resultados de ADN encontrados en la muchacha que fue hallada en el bosque y que lucha por su vida en estado comatoso en la unidad de cuidados intensivos en el hospital Dr. Vargas, al sureste de la ciudad. La joven fue violada y apuñalada, encontrada en pésimas circunstancias, con graves síntomas de hipotermia.

Uno de los cadáveres hallados fue el de una mujer de treinta y ocho años, Sara Caraballo, vecina de la ciudad de San Esteban, cuya desaparición se produjo hace unos once días. Ha sido descubierta en aguas de la costa costametense. Violada y asfixiada antes de ser arrojada al mar. Su esposo, según declaró a la policía, no presentó parte por su desaparición debido a que ella se fue tras una fuerte discusión entre ambos y él pensaba que simplemente se había ido unos días de casa. Sin embargo, la policía ya tiene

un sospechoso en el que está trabajando y que esperan poder encontrar y darle detención en breve.

Por último, Edurne Martín, una mujer que se acercaba a la cuarentena, respetada en nuestra sociedad, con un alto estatus, esposa y madre. Ha sido hallada en su propia clínica veterinaria en las circunstancias más depravadas que la policía se podía imaginar, con un claro mensaje que su captor quería transmitirle y que al equipo de investigadores no ha quedado tan claro. La recepcionista de la clínica prácticamente fue testigo de los hechos e intenta recuperarse del gran impacto con tratamiento psicológico que el departamento policial ha puesto a su disposición enseguida.

Ignoramos si todos estos sucesos son aislados o no, Costamata de Gradec, hasta ahora una ciudad tranquila, se ha convertido en un paraje peligroso. Sin embargo, la policía y equipos de investigación trabajan a destajo de sol a sol para atrapar a los culpables que han puesto en peligro el sosiego y la paz de nuestra ciudad.

Informa: Tomás Corujo Segoviano para Hoy”.

No se trataba simplemente de que el artículo fuera morboso y empujara al pánico a toda la ciudad, sino que además, las fotos que lo acompañaban no resultaban nada alentadoras. Fotos que claramente habían sido sustraídas del informe policial. De Irache una fotografía en el bosque, en el momento en que los sanitarios la atendían. De Sara se vislumbraba claramente el momento en que el equipo a cargo sacaba a la mujer del mar en la zona del muelle y de Edurne, no se veía el cuerpo entero, solo su estómago y pecho con la palabra “puta” tatuada a sangre fría y la cola de conejo clavada con el bisturí. Era indignante todo aquel artículo, pero seguía sin comprender qué tenía yo que ver con todo aquello.

—Leí este artículo en el hospital, por eso salí por piernas de allí. Me parece indignante que se publique algo así...

—Sabemos que has sido tú quien ha filtrado la información y las fotografías —me interrumpió con una mirada severa y supe que intentaba controlar su tono de voz para que no nos oyeran fuera por cómo apretaba sus puños.

—¿Cómo? ¿Estás loco? ¡Pero qué dices! —contesté indignada.

—Por favor, lo sé todo. Hace días que se vienen publicando noticias. Al principio tan solo fue la orden de desaparición, pero cuando se empezaron a detallar evidencias del caso que debían permanecer en secreto, y tú mejor que

nadie lo sabes, pusimos a un agente a investigar quién era la persona que estaba difundiendo la información.

—Yo no he sido, Samuel, ¿cómo iba a hacer algo así? ¿Con qué fin? Soy jueza de lo penal, no sé si te has olvidado y a quien secuestraron fue a mi ahijada Irache, creo que son motivos suficientes para que ni te plantees esa opción, obviando el hecho de que somos amigos, me conoces de toda la vida y es absurdo que se te haya pasado por la cabeza siquiera que yo tenga algo que ver con esto.

—Ja—soltó de modo irónico—, no has visto a Irache desde que tenía unos seis o siete años Alexia, te importa una mierda lo que le pase.

—Pero ¿qué dices? —susurré, sorprendida y desencajada.

—La agente Barrios te vio de casualidad con ese periodista, Tomás Corujo, desde entonces te ha seguido y te ha visto con él merodear la comisaría, incluso vio cómo salía de tu casa acompañándote una mañana muy temprano. Removió papeles, yo no lo recordaba, sabía que salías con un chico de otro barrio que se llamaba Tomás y que cuando fuiste a la universidad lo dejasteis, no tenía ni idea de que era la misma persona. Solo tuve que comprobar su dirección y poco más para que me quedara claro. Ahora me encaja todo. ¿Has hecho esto por estar con él? —me preguntó con odio en su mirada—. Volviste a Costamata y estabas sola, así que tenías que buscar algún entretenimiento, algún sustituto para Isidro, ¿no? Daba igual quién fuera. Que te hayas acostado con él, no me concierne, pero que hayas llegado tan lejos y hayas robado información y fotos importantes cuando yo he depositado en ti toda mi confianza, no lo entiendo. Debería detenerte ahora mismo, por eso te pedí que no vinieras más por aquí, te dejé varios mensajes en el buzón de voz de tu móvil y dejé instrucciones claras a las enfermeras para que hablaran contigo antes de marcharte.

—Me parece increíble que pienses todo esto de mí. —Me puse en pie y cogí mi bolso y mi abrigo—. Eres un imbécil, Samuel. —Me di la vuelta dispuesta a irme de allí—. Ah... —Me volví—, como realmente no me dieron el alta no recuperaré mi móvil que supongo que se lo diste a las enfermeras, no escuché nada ni me dieron ningún recado, pero estás muy equivocado. ¿Esto es un ataque de celos? ¿Piensas que todo lo que he hecho estos días ha sido para lucrarme de alguna forma que aún no atino a comprender? —Ya no tenía más que hacer allí, así que agarré el pomo dispuesta a marcharme.

—Va a rodar mi cabeza después de esto Alexia, y ten por seguro que haré

lo que sea para que ruede la tuya conmigo. A partir de este momento tienes prohibida la entrada a estas dependencias, queda cortada toda colaboración en la investigación de forma indefinida —me dijo con tono sobrio antes de que abriera la puerta, me giré de nuevo y lo miré boquiabierto.

No entendía cómo podía creer sin más lo que le había dicho una agente y se basaba simplemente en el hecho de que me habían visto un par de veces con Tomás y que habíamos salido juntos de casa una mañana.

—¿Lo crees de veras? ¿Crees que yo haría algo así? —susurré y tardó unos segundos en contestar.

—Lo siento, pero esto no te lo voy a perdonar, vete.

No era una mujer débil de lágrima fácil pero quizás por la reciente contusión en la cabeza, quizás por todas las emociones vividas en los últimos días o una combinación de todo, no pude retenerlas.

—Nunca haría nada así y menos a este nivel de morbosidad y sin escrúpulos —me defendí señalando el periódico—. Tomás es mi amigo y lo he visto estos días, pero eso no quiere decir que yo le haya pasado esa información. ¡Eres un gilipollas! —Perdí los nervios, me paré y respiré hondo—. No vale la pena —susurré, más para mí que para él—. Me voy.

Me miraba sorprendido como si no esperase mi reacción o mis palabras.

—¿Dónde vas? —gritó siguiéndome fuera del despacho, no quería montar un espectáculo allí, me sequé disimuladamente las lágrimas.

—A ver a Irache.

Salí de la comisaría y me siguió, ¿qué quería de mí?, ¿finalmente iba a detenerme por algo que no había hecho?

Me agarró del brazo cuando ya llegaba a mi coche.

—¿Qué quieres, Samuel?

—No puedes conducir así, tienes una contusión grave en la cabeza y estás nerviosa, te vas a matar o vas a matar a alguien, no tengo más personal para cubrir otra muerte.

—Vaya, qué considerado. Déjame en paz. —Me zafé de su mano.

—Alexia, espera —bajó el tono, ignoraba si ya se había dado cuenta de cuánto había metido la pata o simplemente quería, tal como él me había dicho, que no pusiera a nadie en peligro—. De verdad que van a despedirme, no sabes cuántas veces me ha llamado el alcalde, el fiscal echa chispas y acaba de empezar el día. No solo me van a despedir a mí, muchas personas de mi equipo caerán conmigo.

—Lo siento Samuel, lo siento de verdad. Pero te equivocas, no soy yo

quien os ha puesto en esta situación. Ahora lo único que me apetece es perderte de vista, nunca he sabido cuál era mi labor exactamente aquí, pero no estoy dispuesta a asumir los errores de otros.

Me subí al coche y cerré. Corrió al otro lado antes de que arrancara y abrió la puerta del copiloto colándose dentro.

—¡Lárgate! —grité con todas mis fuerzas perdiendo los papeles—. ¡Lárgate de mi coche de una vez!

Samuel salió sin decir nada más, no le miré, ni quería volver a verle. ¿Cómo podía haber pensado que yo era capaz de llegar a hacer algo así? Se me escaparon un par de lágrimas más por el camino debido a la impotencia concentrada en un punto justo encima de mi estómago. Por un momento pensé que entre Samuel y yo había algo bonito que evolucionaría en otra dirección muy distinta a la que había tomado.

Cuando llegué al hospital ya estaba más tranquila, respiré hondo un par de veces, antes de entrar a la habitación de Irache. Me abracé a Sofía, por fin, desde que había empezado todo aquello tenía la oportunidad de estar con ella. Tenía mejor aspecto, aunque jamás le había visto ese gesto triste en la mirada, ni siquiera cuando Javier murió, ya que por aquel entonces Irache era tan pequeña que se obligó a mostrar una sonrisa cada vez que ella estaba cerca para no hacerla sufrir. Irache era toda su vida desde entonces.

—¿Cómo está? —pregunté tras unos minutos de permanecer abrazadas.

—Igual, ni mejora ni empeora. Dios mío, Alexia, todo ha sido por mi culpa, yo llevé a ese hombre a mi casa.

—No vas a lograr nada culpándote. Ella está aquí y está viva. Se va a poner bien —intenté animarla.

—No lo creo, Alexia. Los médicos dicen que no creen que se recupere.

—Los médicos no saben una mierda. No conocen a Irache, no saben que ella no te dejaría sola y que luchará con todas sus fuerzas por volver aquí contigo.

—Ojalá, cielo, ojalá.

Begoña aprovechó mi visita para ir a su casa a darse una ducha y luego pasaría por casa de Sofía para cogerle algo de ropa limpia. Ella se había quedado dormida en su silla de ruedas con mi mano agarrada entre las suyas. Me zafé de ella y fui hasta Irache. Me permití mirarla por primera vez. No parecía la misma niña con la que había hablado por Skype hacía tan solo unas semanas. Aquella chica parecía sumida en un profundo sueño, estaba demacrada y tenía muy mal aspecto. Me acerqué una silla a su lado y agarré

su mano.

—Escúchame bien Irache, quiero que vuelvas, tienes que volver. Eres joven, fuerte... lucha, joder, lucha... —susurré—. Tu madre te necesita, yo te necesito. Además, tienes que conocer a Luna —y hablé, entre susurros hablé y hablé. Le conté cosas bonitas, travesuras que su madre y yo habíamos hecho de pequeñas, le hablé de Javier y la emoción de su madre cuando lo conoció, éramos un par de crías en el colegio y se había enamorado perdidamente de él. Seguí hablando sin saber realmente qué decía, pero aquel silencio roto tan solo con el sonido intermitente de la máquina a la que estaba conectada me ponía de los nervios.

Escuché cómo llamaban a la puerta e instintivamente miré a Sofía por si la habían despertado, pero no dormía, se limpiaba las lágrimas con el dorso de la mano, supuse que me escuchaba hacía rato y me sonrió en el momento en que entraba Begoña de nuevo. Convencí a Sofía para comer algo juntas en la cafetería y cuando me senté frente al bocadillo con peor pinta del mundo comprobé que Sofía parecía más serena, había recuperado algo de color en la cara y brillo en sus ojos. Había vuelto a recobrar la esperanza y yo estaba segura al cien por cien de que Irache saldría adelante, su cuerpo se iba recuperando poco a poco de las agresiones y de la operación, pronto tendría fuerzas para volver a abrir los ojos.

—Me alegra verte mejor —dije al fin.

—¿Crees en serio que se pondrá bien? —preguntó.

—Por supuesto, no he dejado de pensarlo ni un minuto —respondí, completamente segura de lo que decía.

—¿Y crees que Samuel y su equipo lograrán atrapar a Eduardo? Si él volviera y se la llevara de nuevo yo... no podría soportarlo —y lo dijo tan tranquila que se me erizó la piel, pues sabía que hablaba completamente en serio y si algo le ocurriera a Irache, ella dejaría de luchar. Recordar a Samuel en aquel momento no era un trago agradable, pero sonreí después de suspirar.

—Moverá cielo y tierra para cazarlo. Estoy segura, tiene un buen equipo detrás.

Sonrió.

—¿Sabes si hay novedades? —me preguntó antes de darle un sorbo a su café.

—No sé nada y creo que si me entero de algo no será de primera mano —respondí con un gesto amargo.

—¿Qué quieres decir? —Me miró extrañada posando la taza en el plato—,

pensé que...

—No estaba ayudando en nada —la interrumpí—, y Samuel... bueno, nada... tonterías, nada importante. Los profesionales están al cien por cien en esto, lo único de utilidad que pude hacer fue pedir un favor para conseguir una orden de registro en casa del profesor de Irache. No me cuadra nada que apareciera en su casa el colgante de Irache y el cuchillo en su coche, no lo entiendo, Sofía.

—Eduardo y él eran amigos —sentenció con un deje triste en su voz—. Alguna vez me habló de él, quedaban de vez en cuando para tomar una cerveza. Cuando Eduardo vino a vivir a Costamata no conocía a mucha gente, por eso se metió de lleno en la Asociación de Jóvenes, o eso fue lo que me explicó, a saber qué motivos escondía realmente. La asociación y el instituto mantienen una relación estrecha y organizan muchas actividades juntos y allí conoció al profesor Lozano. Me hablaba mucho de él.

—¿Crees que eran tan amigos como para ser cómplices en esto?

—No tengo ni la más remota idea, nunca vi a ese profesor en otro sitio que no fuera en las tutorías de Irache y tampoco es que habláramos demasiado. Hasta ahora nunca había tenido motivos para preocuparme por ella.

—Por el momento la policía seguirá investigando, ahora mismo no tienen nada por dónde tirar más que el cuchillo, que no tenía sus huellas, ese bulto en un coche immaculado, no sé... no me cuadra. No sé qué pensar. Parece como si Eduardo quisiera incriminarlo. Dio su nombre en la consulta de Eburne, la madre de Marta... pobre chiquilla, le va a costar mucho superar este trago. —A Sofía pareció encendérsele una lucecilla.

—Incriminarlo... —susurró—. ¿Sabes? Ahora que lo pienso creo que he estado en casa de ese profesor.

—¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? —pregunté sorprendida.

—Al principio de conocernos, una mañana en la que estábamos de vacaciones e Irache se quedó con Begoña me dijo que tenía que pasar por casa de un amigo suyo, porque estaba de viaje y tenía que recogerle el correo y echar un vistazo rápido a que todo estuviera en orden. Me dijo que era un amigo, pero la verdad es que Eduardo no tiene muchos amigos y bueno, Begoña me contó que ese hombre vivía cerca de la biblioteca, así que imagino que era su casa —caviló.

—Sí, vive justo enfrente a la biblioteca. ¿Eduardo tiene llave de la casa del profesor? —pregunté sorprendida.

—Pues eso parece.

—Pero ese hombre es estúpido. No nos comentó nada de nadie que tuviera llave de su casa. Vale que en un principio quizás no fuera importante, pero es que cuando aparecen en tu casa por arte de magia cosas que tú no has puesto allí... —Suspiré y pensé que quizás debería telefonar a Samuel y contárselo.

—Ese día... —Agachó la cabeza y noté cómo se le formaba un nudo en la garganta—. Llevábamos semanas quedando, pasábamos días enteros juntos, nos llevábamos bien y para mí, el hecho de que encajara tan bien con Irache fue crucial. Ese día, como si fuéramos dos chiquillos escondidos de sus padres, en casa de su amigo nos besamos y... bueno... ya me entiendes. En casa con Irache de vacaciones y Begoña merodeando por allí a cada rato, pues no me atrevía. Además, no había intimado con nadie desde Javier... pensé que no podría por mi problema, pero fue bonito, increíble. Alexia, me enamoré de él. Yo... —Suspiró—. Necesito que mi hija viva, de lo contrario no me lo perdonaré en la vida.

—No te tortures. Irache estará bien, no sabías quién era. No podías intuir si quiera lo que iba a ocurrir, así que tranquila, cielo.

—¿Cómo está tu madre? —Cambió de tema tras unos segundos en silencio.

—Bien, bueno... estuvo unos días muy grave en la unidad de cuidados intensivos, no era momento para contárselo. Pero ya está en planta y parece que ha pasado el peligro. Me la voy a traer a casa conmigo en cuanto le den el alta.

—Me alegro de que se quedara solo en un susto —me dijo con una sonrisa triste—. El lado positivo de tu excedencia es que podrás estar con ella.

—Y contigo... y con Irache —dije con una sonrisa—. No sé qué hubiera hecho si hubiera estado tan lejos al ocurrir esto, no lo hubiera soportado.

—Y con Samuel. —Levanté la vista sorprendida.

—He visto cómo te mira. Aún en medio de todo este caos puedo ver la admiración, el cariño y el deseo que siempre advertí en su mirada.

—¿Pero qué dices! —Me reí—. Estás loca. Nunca me miró de una forma diferente que a ti o a Marisa.

—Eso no te lo crees ni tú. —Se encogió de hombros—. Bueno, voy a volver con la niña. Vete a casa y descansa. Te llamaré si hay alguna novedad.

—Vale. Sí, te haré caso. Tengo que ir a ver a mi madre también. Volveré más tarde. ¿Me dejas hacer una llamada desde tu móvil? He perdido el mío.

Le daba vueltas a que Eduardo tuviera llaves de la casa del profesor Lozano. No pensaba llamar a Samuel, era lo último que me apetecía. Así que

llamé a comisaría y pedí que me pasaran con el detective Costa a riesgo de que se negara a hablar conmigo por órdenes superiores, pero unos segundos más tarde contestaba al otro lado.

—Costa, soy Alexia. He estado hablando con Sofía y me ha dicho que Eduardo tenía llaves de la casa del profesor.

—¿Cómo? ¿Y por qué no dijo nada? —protestó indignado al otro lado.

—Por eso te llamo. ¿Se ha sabido algo nuevo? —Me arriesgué.

—Tenemos a un antropólogo forense examinando las viejas fotografías de Ángel, desde luego no se parece en nada a Eduardo, pero no podemos descartar que sea él.

—Vaya, bueno, seguro que no tardarán mucho en dar una respuesta.

—No, hay programas informáticos que hacen todo el trabajo, debe estar al llamar. Además, se ha confirmado que el ADN hallado en los objetos de higiene personal de Eduardo coincide con el del atacante de Edurne e Irache, nos falta la conexión con Sara y entender de qué va todo esto.

Era complicado de asimilar, que se hubiera obsesionado por la niña hasta cierto punto lo podía llegar a entender, la secuestra, se le va de las manos, la ataca... pero ¿lo de Edurne? Acabó con ella en plena consulta veterinaria con un mensaje en su estómago que daba a entender que entre ellos había habido algún contacto fuera de aquellas paredes, sin embargo si hubiera sido así sabría que le había mentado en su nombre al registrar a su mascota. Era todo tan rebuscado. ¿Y la cola de conejo? ¿Qué pintaba en toda aquella historia? ¿Sería algún tipo de venganza?

—¿Crees que Eduardo y Edurne se conocían de antes? Si Ángel y Eduardo son la misma persona y, tal como dices, su apariencia ha variado tanto a lo largo de los años, quizás ella no lo reconoció. Quizás es alguien con quien se obsesionó, que le hizo daño o simplemente que le rechazó o le ignoró.

—Sí, parece plausible, alguna amiga de su niñez, quizás. Se fue de la ciudad cuando tenía doce o trece años, podría ser alguien del colegio. Tenemos un equipo localizando la lista de antiguos compañeros de cole de Ángel, pero es complicado, han pasado muchos años.

—¿Se sabe algo de Miriam?

—No, aún no, Alexia. Te avisaré en cuanto sepamos algo. Yo... —Se quedó en silencio unos segundos—. No creo que fueras tú quien filtró esa información a la prensa.

—Te aseguro que yo no he sido. He vivido toda mi vida para la ley y para hacer justicia. La mitad de mi vida la he pasado entre libros de derecho. Soy

jueza de lo penal y en mi cuenta hay demasiados ceros que no necesito. Además, Irache es mi ahijada, hija de mi mejor amiga... ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Lo sé. Samuel está ofuscado, no sé qué le pasa, nunca le había visto así —se sinceró.

—Yo tampoco lo sé. No lo conozco en el ámbito profesional, pero desde luego nunca me había tratado así en el personal.

—Tengo que colgar.

—Gracias. —Y me refería a por todo, por la información y por creer en mí, cosa que no había hecho Samuel.

Le di un beso y un abrazo a Sofía devolviéndole el aparato y la acompañé hasta el ascensor. Arranqué el coche y me puse de camino a casa, sacaría un poco a Luna y le pondría algo de comer, luego pensaría qué hacer. Cuando llegué a mi puerta vi a Samuel apostado en el zaguán de mi casa, sentado en el suelo con la espalda apoyada en la puerta y la cara hundida en las manos. Resoplé antes de bajarme del coche.

—Hola —dije, aunque en realidad no me apetecía ser amable tampoco me parecía adecuado echarlo de allí a patadas—. ¿Me dejas pasar?

—Es tu casa, ¿no? —respondió serio poniéndose de pie y apartándose a un lado para dejar libre la entrada.

Abrí y pensé en cerrarle la puerta en las narices pero me parecía tan infantil que no pude.

—¿Quieres pasar? —le pregunté. Samuel me siguió y cerró tras de sí.

—Dentro de un rato tengo que volver a la comisaría para hablar con el padre de Ángel.

—...

—¿Quieres venir? —Sabía que era su forma de enterrar el hacha de guerra, de pedirme disculpas, quizás. No tenía ganas de contestarle, así que no lo hice. Le puse de comer a Luna y salí tras Samuel. Llegamos a la comisaría y Costa ya hablaba con el padre de Ángel en su despacho.

—Como le digo, detective. No he vuelto a ver a mi hijo desde entonces, decidió que no quería volver a vivir aquí en Costamata y cuando murió su abuela, ya él salía con esa chica... no recuerdo su nombre. Nunca la conocimos, nunca nos volvimos a reunir, ni ver. Me telefoneaba muy de vez en cuando y de hace unos años, aquí le perdí la pista.

—¿Nunca intentó desplazarse para verlo o intentar hablar con él? —preguntó Costa garabateando algo en un papel.

—No me daba opción a ello. Él decidía cómo y cuándo sabíamos de él. Le pedimos infinidad de veces que viniera a casa, que trajera a su chica, que queríamos ser una familia de nuevo, pero él siempre lo retrasaba y cuando le insistías en la idea se ponía violento, maldecía e insultaba. Así que lo dejé estar.

—¿Tenía su hijo de pequeño comportamientos violentos?

—No, qué va. Todo lo contrario, era un niño muy cariñoso y bueno. No tenía demasiados amigos y parecían aprovecharse un poco de él.

—¿Y usted no hacía nada al respecto? —preguntó el detective.

—¿Yo? ¿Qué podía hacer yo? No, dejaba que se buscara la vida. Robert le sacaba las castañas del fuego a veces, pero ya no era un crío, tenía que aprender a defenderse por sí mismo.

—Creo que lo aprendió, pero no supo encontrar el límite —contestó Costa levantando la cabeza del bloc y fijándola en los ojos de aquel hombre.

Asintió pensativo y nos ofreció una sonrisa amarga.

—Cuando murió su madre se volvió una persona extraña, cierto, pero no tuve ocasión de ayudarle.

—Me gustaría enseñarle una fotografía, quiero saber si puede reconocer a su hijo en ella.

Costa sacó la foto de Eduardo de la carpeta y se la tendió al hombre que teníamos de frente. Lo miró unos segundos y de pronto pareció relajarse, como si hubiera estado apretando la mandíbula desde que llegó y de pronto la presión dejara de producirse. Lo observó unos instantes más.

—No sé decirle, han pasado muchos años. Desde luego no se parece a la imagen que yo tenía formada en mi cabeza de cómo sería mi hijo. Su mirada, no sé... tiene algo que me es familiar, pero al mismo tiempo, no reconozco a esta persona.

De pronto pareció como si diez años le hubieran caído sobre los hombros, y se encogió en el asiento, pude advertir un escalofrío en su piel y que la tensión volvía.

—Si tiene alguna cosa que contarnos que crea que pueda ayudarnos, se lo agradeceré mucho.

—Sinceramente, no se me ocurre nada... mi hijo con el paso de los años se ha convertido en un desconocido más para mí. Es duro reconocerlo, pero es cierto.

El padre de Ángel se marchó dejándonos solos a los tres, cuando Samuel se encontraba de espaldas a nosotros escribiendo algo en la pizarra, Costa,

que estaba haciendo unas comprobaciones en el ordenador, me sonrió.

—¿Tú cómo estás? —preguntó señalando a los puntos de mi cabeza, la verdad es que me había olvidado de ellos y tenía que volver a hacerme la cura, lo que me apetecía más bien poco.

—Bien. Soy fuerte.

—No lo dudo. Me alegro. Ya tenemos la lista con las direcciones y teléfonos de los alumnos que estudiaron con Ángel y que todavía aún viven en Costamata. ¿A que no sabéis qué? —Samuel se giró hacia él—. Edurne Martínez y él estudiaron juntos en la misma clase desde parvulario hasta sexto de primaria. Esa es la conexión. Pongo mi mano en el fuego por qué Eduardo y Ángel son la misma persona.

Como si estuvieran esperando a que diéramos con el vínculo sonó el teléfono del despacho. Costa descolgó y escuchó al otro lado.

—Los expertos nos acaban de confirmar que la fotografía que nos entregó el padre de Ángel coincide con la que tenemos de Eduardo, han hecho unas comprobaciones con un programa informático que yo no termino de comprender. Pero me quedo con lo más importante, Ángel y Eduardo son la misma persona.

Capítulo 23

Abrió los ojos, sintiendo cómo el sol le daba en la coronilla. ¿Dónde estaba? Con un fuerte latigazo en la cabeza que lo tenía atontado le costaba incorporarse, al fin pudo distinguir algo, arbustos y más arbustos y a un palmo de él, la carretera. Se acordó de pronto de lo sucedido.

Cómo era posible que se le hubiera escapado aquella chica, cómo pudo con él si aquella muchacha no llegaba al metro sesenta de estatura. No era más que una puta asquerosa, la encontraría y la mataría sin pensarlo dos veces y luego se follaría su cuerpo antes de que perdiera el calor.

Intentó incorporarse, pero dio con la cara en el suelo de nuevo. Escuchó un coche pasar por la carretera e intentó moverse, gritar, algo... pero el sonido quedó mitigado por el ruido del motor que pasó a toda velocidad por su lado.

Cómo podía haberle salido todo tan mal, solo porque aquella niñata de tres al cuarto no quería reconocer que le atraía. Ella prefería a su profesor. ¡Ja! Aquel imbécil ya le había robado a su amor en el colegio y ahora quería volver a hacerlo, en el colegio también, qué ironía. ¿Acaso se creía Manu que él no se había dado cuenta de cómo se miraban Edurne y él?

Lo que le sorprendía especialmente era que ninguno de ellos dos le hubieran reconocido, él se había encargado de cambiar por completo, pero realmente era asombroso haberlo conseguido. Y además los tenía tan cerca. Había sido fácil poner el colgante de Irache en el cajón de su escritorio, cuando lo llamó para contarle que iba camino a la comisaría para hablar sobre la desaparición de una alumna supo que era su momento, había registrado su casa tantas y tantas veces que sabía dónde tenía la llave de repuesto de su coche, así que colar el cuchillo fue igual de sencillo. Le hubiera gustado dejar algo más, pero no había tenido tiempo. Si todo le hubiese salido bien con lo que tenían y las muestras que estaba seguro que encontrarían en la casa de Manu lo hubieran encerrado para siempre, pero tuvo que inmiscuirse esa amiga de Sofía tan entrometida. Su error había sido grave y tenía que pensar con claridad cómo debía actuar.

Él había visto en la mirada de Irache ese brillo, esa sonrisa... cómo contoneaba las caderas y cómo saltaban sus pechos al caminar. La forma en que le tocaba frecuentemente el brazo o la cintura al hablar, o incluso apoyaba la cabeza en su hombro cuando iban al cine. No iba a dejar que de

buenas a primeras aquel imbécil se la robara, los había visto juntos en la cafetería, en la biblioteca, los había seguido hasta su casa en varias ocasiones y la veía salir con los mofletes colorados y el pelo revuelto. No era tonto, sabía lo que ocurría allí adentro y no podía permitirlo más, por eso se la había llevado, porque Irache era suya y si no era para él, no sería para nadie.

Oyó el rugido de otro vehículo que se acercaba y volvió a aplicar toda la fuerza posible en levantarse. Encogió las rodillas y se apoyó con todas sus fuerzas sobre ellas, pero al intentar ponerse en pie cayó de espaldas. Todavía manaba sangre de su frente, la notaba rodar. Tenía que salir de allí, tenía que buscar ayuda y acudir a un hospital antes de que perdiera demasiada sangre. El vehículo pasó y siguió de largo.

“¡Mierda! ¡Cuando te coja te voy a rajar de arriba abajo maldita hija de puta!” quiso gritar, pero tan solo le salió una frase que escuchó él y solamente él. Fue arrastrándose, despacio... saldría de allí aunque fuera lo último que hiciera.

—¿Salimos a comer algo? Necesito un respiro. —Samuel se dirigió a mí al tiempo que se levantaba de su silla y cogía la cartera y el móvil para meterlo en los bolsillos.

Asentí sin decir nada, todavía estaba consternada por cómo habían transcurrido los últimos sucesos. Se había instalado en mi cabeza una fuerte jaqueca que no me dejaba subir el ánimo, a pesar de que se hacían avances, hasta que no encontraran a Miriam y quedara todo resuelto y solucionado, no me recuperaría del todo. Por no hablar del enfado hacia él que no se terminaba de difuminar.

Lo que había ocurrido esa misma mañana me daba vueltas en el cerebro como pájaros mareados. No solo que Miriam no apareciera por ninguna parte y el reportaje de Tomás con las consecuencias que había tenido para mí, sino que además nos acababan de informar que el esposo de Sara había fallecido en un incendio en su propia casa. Los bomberos apagaron las llamas, pero ya había muerto por asfixia cuando llegaron hasta él. Agradecía que realmente hubiera ocurrido por asfixia y no chamuscado, que hubiera sido una muerte mucho más terrible y dolorosa. No tardaron en vislumbrar los trozos de cristal, y supieron que el incendio lo había provocado él mismo. No había podido soportar el dolor de perder a su esposa. Era duro no haber podido hacer nada por ayudarlo.

—¿Te parece si en lugar de meternos en el bar de enfrente vamos a comer algo decente? Hay un italiano por aquí cerca —sugirió Samuel.

—Me gusta la comida italiana —le respondí. Fuimos paseando en silencio durante varias manzanas, cada uno ensimismado en sus propios pensamientos.

El restaurante estaba vacío, hacía horas que se había pasado la hora del almuerzo y mis tripas sonaban, era un milagro que todavía hubiera algo abierto. Pedimos la comanda y un par de refrescos y el camarero se retiró dejándonos solos.

—¿Cómo estás? —me preguntó Samuel, que se había sentado frente a mí.

—Azorada con todo. Irache, todo este caos. Sofía se siente culpable, mi madre, mi cabeza que me duele horrores, lo del reportaje de Tomás, Miriam desaparecida... —Esquematicé.

—Quería pedirte disculpas por la forma en que te hablé esta mañana, por lo duro que fui, quiero que entiendas que no era nada personal.

—No entiendo cómo Tomás ha podido caer tan bajo, pero te aseguro que no ha tenido nada que ver conmigo —le expliqué una vez más. Asintió, pero no parecía demasiado convencido.

—Hemos descubierto quién filtraba la información, los técnicos estaban rastreando los ordenadores y bueno, te ahorraré un montón de detalles, pero sé que no fuiste tú.

Se me derrumbó el alma a los pies, pensé que había venido a buscarme porque había reflexionado y porque confiaba en mí, pero no, hasta que no se había demostrado lo contrario, yo era culpable de la filtración. Intenté disimular mi decepción y no dije nada, no me interesaba, no tenía que ver conmigo y ya está. Yo solo quería que pillaran a Eduardo de una vez y lo encerraran y que Irache se recuperara. Lo demás me daba igual. Miré mi cola light y me centré en las burbujitas que subían por el vaso.

—Fue Miriam —continuó cuando se dio cuenta de que yo no iba a decir nada. Levanté la cabeza sorprendida. No me lo esperaba—. Bueno, creo que es mejor aparcar este tema, ¿te parece bien? —Asentí—. ¿Cómo está Sofía?

—Mejor de lo que yo pensaba, ha sido un golpe duro y ambas van a necesitar apoyo psicológico para salir adelante, pero se recuperarán.

Nos quedamos en silencio unos minutos, la tensión era palpable en el ambiente, en aquel momento no me apetecía estar allí con él, estaba dolida y seguía pensando que no podía ayudar en absolutamente nada más. Se escuchaba una musiquilla de fondo que no atinaba a reconocer, pero me

transmitía tranquilidad, así que me concentré en ella.

El camarero nos trajo los entrantes. Me sonaron las tripas, estaba hambrienta. Ambos empezamos a devorar como si nos fuera la vida en ello, pocos minutos después el camarero retiraba los platos vacíos y traía los segundos.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Samuel tras el largo silencio que se había instalado entre ambos.

—¿No acabas de decir que mejor no hablar del tema? —reproché forzando una sonrisa.

—No me refería a eso. —Se sacó algo del bolsillo que me tendió—. ¡Ah!, por cierto, he ido a recuperar esto, tu móvil se quedó en el puesto de las enfermeras en el hospital.

—Gracias. —Lo cogí y lo tiré dentro del bolso sin siquiera mirarlo—. Bien, estoy mejor. Aunque me duele la cabeza, llevo bastantes calmantes encima para que los puntos no escuezan. En cuanto he comido algo se ha aliviado un poco la molestia, estaba hambrienta. Esto está riquísimo. —Intenté ser amable pensando que en el fondo lo único que había hecho Samuel era proteger su trabajo, quizás yo en su lugar hubiera pensando lo mismo, aunque dudaba mucho que yo hubiera reaccionado así. Al menos había venido a buscarme y se había disculpado.

—Cierto, está muy rico. —Pude notar cómo se relajaba metiéndose un pedazo de lasaña en la boca y saboreándolo unos segundos—. Pero... tampoco me refería a eso —dijo clavando la mirada en el plato. De pronto supe de qué hablaba.

—Uf... eee... ah... pues no lo sé, no he tenido tiempo de pensar en ello. Y la situación ahora pues... —Realmente no sabía qué contestarle.

—Yo tampoco. Pero... cuando te vi esta mañana... a pesar del enfado que tenía, me vino todo de repente a la cabeza. Estoy preocupado por el caso, no quiero que pienses que soy una persona frívola por tener mi cabeza en otra cosa —se justificó apurado—. Simplemente, no puedo evitarlo.

—No sé si es muy buena idea hablar de esto ahora mismo. —Tenía sentimientos encontrados en aquel instante en el que lo primero que me venía a la mente era la forma en la que me había hablado esa misma mañana.

—Ya —respondió. Parecía un poco decepcionado.

—Samuel. —Puse mi mano encima de la suya y levantó la mirada hasta clavarla en mis ojos—. Esto no está bien... bueno, lo que está pasando por nuestras cabezas. Ahora no. Acabo de separarme después de toda la vida con

Isidro y no estoy preparada para afrontar discusiones de este calibre, no puedo soportar la desconfianza. Además tú y yo, nos hemos criado juntos, al menos yo me he criado contigo y me cuesta pensar en ti de esa forma que tú quieres —mentí por no decirle que no tenía ganas de plantar cara a todo aquello, a los celos, a enfrentamientos, a exponer de nuevo mi corazón para que me lo pisotearan... no, prefería estar sola.

Samuel asintió y apartó su mano, me quedé un poco descolocada y agarré mi vaso para tomar un poco de refresco por hacer algo. Vi que cogía una servilleta con las dos manos y se limpiaba la boca, tomó el resto de su bebida y pidió la cuenta al camarero.

—Lo siento, tienes razón. —Fue lo único que dijo antes de levantarse.

Fuimos hasta la comisaría dando un paseo, por un instante sentí deseos de refugiarme bajo su abrazo por el camino, pero descarté la idea, tenía que pensar en todo aquello, pero aquel instante no era el momento idóneo.

Capítulo 24

Se quedó unos minutos dentro del Land Rover, la luz del día le ayudaba a mantener la calma. Miró por el retrovisor pero no vio nada. Era imposible que aquel hombre llegara caminando hasta donde estaba en las condiciones en las que se encontraba. Se había quedado pronto sin gasolina, sin embargo a pie le llevaría horas llegar hasta allí y eso en el caso de que siguiera el mismo camino que ella.

Se apeó del todoterreno y miró a su alrededor, había tomado un par de desvíos con la esperanza de dar con una vía más transitada, parecía que no iba a tener suerte. Pensó en echarse a caminar, aunque era difícil decidir hacia dónde ir. No le quedaba otra opción, pero decidió primero revisar el vehículo, por si encontraba algo que pudiera serle útil.

En el maletero encontró dos ajadas maletas de viaje que pesaban mil demonios. Las depositó en el suelo desparramando el contenido de la primera. Solo había ropa y artículos de higiene personal. Por un momento pensó en coger alguna prenda de abrigo pues hacía rato que tiritaba de frío, pero el simple hecho de pensar en ponerse una prenda de ese maníaco le daban escalofríos, así que desechó la idea. Con un suspiro abrió la cremallera de la siguiente maleta temiendo encontrar exactamente lo mismo.

Esta vez encontró una especie de neceser de viaje que al abrirlo estaba lleno de billetes y de los grandes, soltó un silbido volviendo a cerrarlo y dejándolo en el suelo. Una capa de ropa tras la cual se encontraba otro neceser idéntico en forma y contenido y otra capa de ropa más, bajo la cual encontró cuadernos, a bote pronto había como unos quince aproximadamente. Los ojeó por encima viendo que estaban manuscritos y que incluso había algunas fotografías pegadas aquí y allá. Aunque le picaba la curiosidad no tenía tiempo de ponerse a cotillear, tenía que darse prisa en salir de allí.

En todo aquel despliegue no había absolutamente nada que le pudiera resultar útil en caso de que necesitara defenderse, así que dejándolo todo allí tirado, tal cual, entró de nuevo al vehículo revisando en los recovecos y en la guantera, donde encontró una antigua linterna de hierro y una navaja pequeña que dudaba que sirviera para otra cosa que para abrir latas. Ambas cosas podían resultarle de utilidad en un momento dado, así que se las adjudicó. Parecía que no iba a encontrar nada más, así que se apresuró a

marcharse de allí, tenía que intentar dar con alguien que pudiera avisar a la policía.

Comenzó a caminar sin rumbo claro y pasados unos minutos visualizó la imagen de Eduardo el día anterior al salir de su casa; cargaba las dos maletas pero también una pequeña bolsa de deportes. Así que se giró y corrió hasta alcanzar de nuevo el coche, en el maletero no quedaba nada más, así que abrió la puerta trasera y la vio tirada en el suelo. Colocándola en el asiento la abrió rápidamente.

—¡Esto qué es!

Exclamó para sí. Al vaciar el contenido de la bolsa comprobó que era ropa llena de tierra y sangre y que caía de entre la tela un cuchillo completamente manchado que evitó manipular por todos los medios, con eso podría defenderse sin duda, pero no pensaba contaminar lo que sin duda parecía una prueba. Encontró al fondo de la bolsa trapos y un frasco que prefería no tocar. En un bolsillo delantero encontró una pequeña carpeta y al sacarla se dio cuenta que había un teléfono móvil allí.

—¡Bingo!

A toda prisa lo alcanzó y tocó todos los botones que se le ocurrieron para desbloquear la pantalla, pero el móvil estaba apagado. Lo encendió rezando para que no le pidiera el PIN, aunque lógicamente nadie era tan estúpido, a los pocos segundos le apareció en la pantalla el teclado numérico pidiéndole la contraseña. Tiró el móvil al suelo enfadada observando cómo se desarmaba.

Entonces se le ocurrió algo. Volvió a montar el aparato y lo encendió. Allí estaba la tecla de “llamada de emergencia”.

Llegamos a la comisaría y estábamos más tranquilos los dos, había dejado de estar a la defensiva, esa actitud no me iba a servir de mucho y si algo podía hacer para ayudar, no quería quedarme en casa solo por orgullo. Costa hablaba por el móvil en su despacho y fuimos hasta el de Samuel para esperarlo mientras tomábamos un café; el silencio ya no se hacía tan incómodo entre ambos.

—Tengo novedades —dijo Costa entrando y cerrando la puerta tras de sí una media hora más tarde—. No se me ocurrió en un primer momento, pero hemos comprobado las listas y resulta que hemos topado con otro nombre que ha aparecido ya demasiadas veces en esta investigación: Juan Manuel Lozano, estudió en la misma clase que Ángel.

—¿Dónde nos deja esto? —pregunté a ninguno de los dos en particular—. ¿Cómplice o víctima? —Costa se encogió de hombros.

—He llamado a su abogado y les he pedido que por favor vengan cuanto antes. Algo más. Ha llamado una mujer, Susana Vega, era una buena amiga de Edurne en el colegio y ha contactado con nosotros porque vio su foto en la prensa, ya sabéis que la foto que publicaron fue muy explícita. —Hizo una pausa y pensé que Samuel se iba a acercar a zarandearlo para que hablara de una vez—. Me ha contado una historia de lo más rara pero no sé por qué, me la creo.

Sonó el teléfono del despacho, el profesor y el abogado estaban esperando fuera.

—¡Qué rapidez! —exclamó Costa—. Ahora os cuento lo de Susana, tenemos que hablar con el profesor.

Los hizo pasar al despacho.

—Gracias por la prisa en acudir —habló Costa y los invitó a sentarse en la mesa redonda—. Profesor, ¿estudió usted en el colegio público Santiago Apóstol? —preguntó.

—Sí, efectivamente —respondió sorprendido.

—Me gustaría mostrarle una fotografía y necesito saber si reconoce a esa persona.

Costa le pasó una de las fotos que había enviado el padre de Ángel. El profesor la tomó en sus manos y la miró durante unos minutos, parecía más sorprendido aún, cuando se la devolvió.

—Hace mucho de esto, pero sí, es inconfundible. Ángel Castillo, fue compañero de aula durante toda la infancia hasta acabar el colegio.

—¿Erais amigos? —preguntó Samuel.

—Unos amigos un tanto extraños, pero sí.

—¿Puede explicarse mejor? —le rogó Costa.

—Bueno, me daba vergüenza que me relacionaran con él, pero en el fondo me daba pena. No era mal chico, raro, pero buena persona. Solo buscaba un poco de apoyo y cariño. Con esas edades los chicos pueden ser muy crueles y me daba lástima que le sacudieran y le quitaran los deberes, día sí y día también. Cuando estábamos solos intentaba mantener alguna conversación con él y jugábamos juntos, pero si alguien de la clase nos veía, yo le empujaba o le daba una colleja y salía corriendo. No me siento especialmente orgulloso, pero era instinto de supervivencia, ya poco puedo hacer por enmendarlo.

—¿Ha vuelto a verlo alguna vez desde el colegio? —continuó el inspector.

—No, ni siquiera sabía que pensaba mudarse de Costamata. Terminó la escuela y acudí un par de veces a su casa durante el verano a buscarlo. Todos mis amigos de verdad se habían ido a pasar las vacaciones fuera y me aburría como una ostra. Pero no di con él, la casa siempre estaba vacía. Un fin de semana me choqué con su hermano mayor y me dijo que Ángel iba a quedarse a vivir con su abuela, creo que le entendí, pero no recuerdo en qué ciudad.

—¿Recuerda si le comentó que le gustara alguna chica?

—Bueno, no me lo dijo directamente, pero todo el mundo en el colegio sabía que estaba colado hasta los huesos por... —Se paró un segundo, palideciendo—. por Eburne Martínez. ¿Es la persona que ha matado a Eburne?

—No podemos desvelarle información del caso, por el momento solo estamos investigando —respondió Costa—. ¿Recuerda comportamientos extraños u obsesivos en él?

—Algunas chicas de la clase se empeñaban en decirle a Eburne que Ángel la seguía continuamente, pero ella siempre sonreía y no hacía caso, le quitaba importancia. Ángel le caía bien, eran buenos amigos. Vivían cerca y pasaban mucho tiempo juntos, prácticamente desde que nacieron.

—¿Recuerda si tuvo alguna discusión con ella?

—No, que yo recuerde —dijo encogiéndose de hombros.

Costa abrió la carpeta que tenía delante y sacó una foto de Eduardo y se la tendió.

—¿Conoce a este hombre? —le preguntó.

—Sí, claro, perfectamente. Somos amigos. Eduardo Santos.

—¿Nos podría explicar cómo se conocieron?

—Todos los años que llevo impartiendo clases he trabajado con los talleres juveniles del grupo de voluntarios en los que él colabora. Es bueno para los chicos hacer actividades al aire libre y salir de la escuela de vez en cuando. Hace unos tres años nos conocimos en una de estas excursiones. Se acercó a mí y se ofreció a hacer demostraciones de química para los alumnos del colegio. Me pareció una idea estupenda. Luego nos encontramos de forma fortuita en varios sitios públicos de la ciudad y un día quedamos para tomar una cerveza. Nos hemos hecho buenos amigos, me atrevería a decir que es el mejor amigo que tengo en Costamata en este momento de mi vida.

Recordé la llave de la que me había hablado Sofía.

—¿Tiene Eduardo llave de su piso? —interrumpí el interrogatorio.

—Sí. Hace cerca de seis meses estuvo de obras en su casa. Se quedó sin baño prácticamente un mes porque todo se complicó mucho y tuvo problemas con los obreros. Le sugerí que se viniera a casa. Solía pasarle las llaves cuando me iba de vacaciones para que echara un vistazo de vez en cuando, así que ya tenía la copia hecha. Le dije que podía quedársela. ¿Por qué? No entiendo todas estas preguntas extrañas.

Miré al detective confirmando la sospecha que tenía en mente.

—¿Y de su coche? —volví a preguntar.

—No, de mi coche, no.

—Le ha contado alguna vez algo de su infancia, de su familia, si ha estado casado... ¿algo? —continuó esta vez Samuel.

—No le gusta mucho hablar de sí mismo. Incluso aunque todo el pueblo sabe que mantiene una relación desde hace algún tiempo con... —Se le abrieron los ojos como platos—. Con Sofía, la madre de Irache, prácticamente ni me la ha nombrado. Siempre me contesta que no tiene familia, que tuvo una infancia difícil y que no le gustaba recordarla, que es como si fuera... ¿otra persona? ¡Dios mío! —Tomó de la mesa la fotografía de Ángel cuando tenía unos doce años y la colocó al lado de la de Eduardo—. ¿Es posible? ¿Es... es la misma persona?

—Eso parece —contestó Costa, más para sí mismo que para su interlocutor.

La mirada del profesor Lozano se ensombreció, de pronto advertí una tristeza que se reflejaba en su semblante y se apoyaba en sus hombros como una pesada capa que tuviera que soportar.

—¿Él ha hecho todo esto? Y además, ¿quiso incriminarme?

—Estamos intentando averiguarlo. Gracias por su colaboración.

El profesor Lozano se fue con su abogado y nos quedamos los tres a solas.

—Lo que iba a contaros antes. Llamó una tal Susana que estudió con Edurne. Cuando vio la cola de conejo me dijo un nombre. ¿Adivináis? —Costa solo esperó un segundo para seguir hablando—. Ángel Castillo. Me dijo que era un pringado, el empollón que todo el mundo rechazaba, raro a más no poder. Siempre estaba solo, con su postura encorvada y su mirada por encima de las gafas. Me aseguró que se escondía en los pasillos para vigilarlas, a las chicas. Que todo el mundo sabía que estaba colado por Edurne. Las chicas le habían advertido de que ese muchacho la seguía, pero ella le quitó importancia, decía que le caía bien y que eran amigos. El último

día de colegio, Edurne estaba más rara de lo habitual pero no quiso contarle nada. Unos días después la llamó para que fuera hasta su casa. Le contó que Ángel se le había declarado en la puerta del cole, ella se lo tomó como una broma y no le dio más importancia. A lo largo del día fue pensando que quizás fuera cierto, nunca había pensado en él de esa forma, pero dice que pensaba esperar hasta verlo para hablar con él, eran buenos amigos y no quería que aquello se estropease, sin embargo, no le desagradaba la idea. Su amiga dice que antes de terminar de contar la historia gritó de asco y le dijo que no podía hacer eso, que sería un suicidio social, pero ella le respondió que le daba igual lo que pensara la gente de ella, que nunca le había importado y no le iba a empezar a prestar atención en aquel momento a las habladurías. Luego le contó que creía que Ángel había matado a su conejo, nunca supo con certeza si había sido él, pero una persona se coló en su casa en mitad de la noche, fue directamente hasta la jaula del conejo, él sabía dónde la colocaba por las noches, abrió la jaula y lo mató dejándolo allí y cortándole la cola. Después de eso, Ángel desapareció. Él sabía lo mucho que quería a su mascota, le había costado horrores que sus padres le dejaran tener una y se había volcado con aquel animalito. Susana me dijo que siempre pensó que Ángel era un psicópata, las seguía, las miraba con odio, ella lo veía y lo había comentado con algunas amigas, pero nunca pasó nada, hasta ahora.

—¿En serio? ¿Mató a Edurne porque lo rechazó en el colegio? —pregunté sorprendida e incrédula.

—Yo creo que no se trata de un rechazo en sí, sino que el hecho de que muriera su madre, su hermano y su padre lo dejaran todo el día solo cuando era acosado en el colegio y le rechazara Edurne, pero también Sara... no sé, todo eso debió provocarle un cortocircuito en su cabeza y decidió vengarse de todas las personas que le habían hecho sentir mal.

—Edurne, Sara... ¿vale? ¿Y qué pasa con Irache? —pregunté.

—Quizás simplemente se obsesionó con ella, eso es lo que parece. Es probable que en algún momento, él se insinuara y ella lo rechazara también.

Capítulo 25

—Señor... ¡Señor! ¿Se encuentra bien? —Sintió unos golpecitos en la cara —. ¡Señor! ¿Puede oírme?

—Sí... estoy... bien —pudo pronunciar, aplicando toda la fuerza posible para que sus ojos se abrieran hasta que logró verlo.

Ante él estaba agachado un hombre de unos cuarenta años, le sobraban unos cuantos kilos y no era capaz de distinguir con nitidez sus facciones. Llevaba barba y gafas.

—Voy a ir hasta mi coche, está ahí mismo aparcado y voy a llamar a una ambulancia. ¿Recuerda qué le ha pasado?

“Sí, que una puta asquerosa me ha noqueado”, pensó.

—Me atropelló un vehículo —respondió al fin.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, solo un poco mareado, he intentado levantarme pero no puedo yo solo.

—Mejor no se mueva, llamaré a la ambulancia.

—Espere —intentó gritar, aunque no le salió más que un leve susurro—. Por favor, no me deje aquí. Tengo mucho frío.

—Pero es mejor que no se mueva, quizás pueda tener alguna lesión en la cabeza y empeorarla —dudó el hombre.

—Estoy bien, solo tengo frío —repitió—, y mucha sed.

—Está bien, intentaré llevarlo hasta mi coche, pero no le daré nada de beber hasta que lo vea un médico —dijo el hombre que parecía preocupado.

Se apoyó en él y poco a poco fue incorporándole, muy despacio para que no volvieran los mareos. Parecía que la herida de su cabeza había dejado de sangrar y ya no se sentía tan aturdido. “Cuando pille a esa mujer lo va a pagar muy caro” una única idea rondaba por su cabeza.

Fueron caminando despacio hasta el coche, el hombre abrió la puerta del copiloto pero luego pareció dudar.

—¿Puede sentarse? Quizás prefiera tumbarse atrás.

—No, aquí estaré bien —contestó.

El hombre lo acomodó como pudo y se dirigió a la otra puerta a toda prisa. Tomó el móvil de unos de los compartimentos del coche.

—Vaya, parece que no hay cobertura aquí. Pero hombre, ¿qué hacía usted solo caminando por esta zona a estas horas?

—He caminado varios kilómetros, intentando hacer autostop, hasta que me han atropellado y se han dado a la fuga.

—Será mejor que le lleve yo al hospital, una ambulancia puede tardar demasiado. —Le pasó el brazo por delante y le colocó el cinturón de seguridad—. ¿Recuerda algo del vehículo que lo atropelló?

—No —dijo, finalmente se contradijo—. Espere, ahora que lo pienso, sí. Era un Land Rover, gris metalizado... no pude ver bien su matrícula, pero parecía bastante nuevo, dos o tres años, quizás.

—Le han hecho una buena faena —dijo el hombre y le sonrió al ver que las mejillas de su acompañante iban tomando color y tenía mejor aspecto.

El hombre puso música y no abrió más la boca, y él lo agradeció pues no hacía más que darle vueltas a la cabeza pensando en la forma de salir del atolladero. El odio comenzó a crecer, si aquella mujer estaba dentro de su coche la mataría, le partiría el cuello aunque fuera lo último que hiciera, le daba exactamente igual tener público, solo quería acabar con ella.

La rabia crecía tanto que pronto se dio cuenta de que contaba del revés, como siempre que eso le sucedía “dieciséis, quince, catorce...”, respiró hondo un par de veces. Siempre funcionaba.

Observó varias veces que la cartera del hombre descansaba en el compartimento bajo la radio y se atrevió a mirarlo de reojo. No parecía mucho mayor que él, mismo color marrón de ojos, él no llevaba barba, no sería difícil solucionarlo, cabello prácticamente del mismo tono... quizás su acompañante pesara unos veinte kilos más que él, pero no resultaría un problema hacerse pasar por él. La gente cambia mucho cuando pierde peso... sonrió.

—Pare, pare el vehículo por favor... creo que voy a vomitar.

El conductor se desvió al arcén y frenó rápidamente. Salió del coche y fue lo más rápido que pudo hasta unos matorrales cercanos. El ruido de las arcadas hizo que el conductor se desabrochara el cinturón y se apeara también.

Era su oportunidad, no podía fallar. Se sentía exhausto y le dolía la cabeza, pero no tendría otra tan buena como aquella. La carretera por la que circulaban parecía tan desierta como horas antes, algo le decía que se estaban acercando peligrosamente a la ciudad. Era ahora o nunca.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el hombre preocupado porque el herido no se incorporaba.

—No mucho... necesito ayuda.

—Debería mirar si ya hay cobertura, faltan al menos veinte minutos de camino para llegar al hospital, quizás puedan enviarle una ambulancia que le atienda.

—De acuerdo... tiene razón. ¿Me ayuda a volver al coche?

El hombre se acercó rápidamente y se agachó para poder ayudarle a incorporarse. El otro calculó rápidamente, era más gordo, pero se notaba que estaba fofo, era unos cinco o seis centímetros más bajo que él y se sentía débil, pero tenía que intentarlo. Pensó en la puta, encima de él dándole golpes contra el suelo y patadas en su entrepierna... el odio brotó en su interior como quien aviva un fuego con un abanico.

—Venga, hombre... apóyese en mi hombro.

Se incorporó, de un movimiento se puso tras él, le pasó el brazo por delante, agarró su cabeza con la otra mano y se concentró para aplicar toda la fuerza para dar un giro a su cabeza... oyó cómo su cuello se partía y en el mismo instante en que sus piernas se doblaban, lo dejó caer al suelo.

Sintió un terrible mareo, no se encontraba bien. Abrió el maletero del vehículo e intentó arrastrarlo dentro. Parecía más fácil, pero definitivamente aquel cuerpo muerto pesaba alrededor de cien kilos y en su estado le resultaba muy complicado moverlo siquiera. Tendría que pensar en algo y rápido.

Se colocó detrás de él y lo agarró bajo las axilas, tirando de él con todas sus fuerzas. Caminó unos metros hasta colocarse tras unos arbustos cercanos a la carretera. Colocó al hombre detrás de ellos. Se dio cuenta de que había una pequeña pendiente y abajo mucha más hierba. Se sentó junto al cuerpo y lo empujó con las piernas hasta que se deslizó. No quedó muy enterrado, pero no tenía tiempo de solucionarlo mejor. Era casi imposible que alguien parara justo ahí en mitad de la nada a echar un vistazo. Tenía que marcharse.

Se sentó en el asiento del conductor y arrancó el vehículo. Lo primero que debía hacer era encontrar un sitio donde hospedarse, necesitaba descansar y curarse las heridas de la cabeza. Abrió la cartera que había observado rato antes. La documentación del hombre estaba allí “Enrique Expósito Bonzano”, cuarenta y tres años. Algunos más que él. Abrió el compartimento de los billetes y respiró cuando comprobó que había bastante dinero en metálico, quizás unos trescientos euros. Tenía que pensar qué hacer, alguna forma de obtener dinero.

Necesitaba su documentación, pero estaba en el coche que la mujer le

había robado. No tenía ni la menor idea de qué hacer y tenía la sensación de estar perdiendo el control de la situación. Estaba cometiendo demasiados errores, le llevaría un tiempo dar con su contacto en San Esteban, ni siquiera llevaba el móvil encima. Necesitaba documentación nueva, un sitio nuevo... necesitaba volver a convertirse en otra persona. Convertirse en alguien nuevo... esa era la clave.

—¡Han encontrado a Miriam! —Barrios irrumpió en el despacho.

Sentí como si alguien me hubiera levantado una losa de los hombros que pesara cien kilos.

—Gracias a Dios —susurré.

—Está bien, un par de arañazos solo. Hemos mandado efectivos a buscarla. Parece ser que Eduardo ha escapado, pero tenemos su vehículo. Nos ha dicho Miriam que está muy herido y no llegará lejos. He desviado a todas las unidades a la zona y pedido refuerzos en Santa Clara, vamos a poner un control en cada carretera, en cada salida, no dejaremos que abandone el país.

—Bien, todo el mundo alerta. Envía por fax la fotografía a todas partes, ponlo en búsqueda y captura, e incluso en el periódico si fuera necesario. No voy a dejar que escape.

La agente Barrios asintió y cuando se daba la vuelta para girarse se paró junto a mí y me saludó con la cabeza. No me había caído especialmente bien desde que la había conocido, pero ahora la tenía más atravesada aún si era posible, para ser una agente se fiaba demasiado de las apariencias. No quise decirle nada, ni enfrentarme a ella. No era el momento.

Samuel y yo no tardamos en quedarnos solos en su despacho, todo el mundo tenía algo que hacer. Él se sentó frente a su ordenador y tecleó un buen rato sin decirme nada, tenía sueño y me moría por volver a casa, aunque necesitaba ver a mi madre, a Sofía, a Irache, sacar a Luna a pasear, hacer una compra. Apesadumbrada me levanté y me puse de pie colocándome el bolso, iba a salir sin hacer demasiado ruido para no molestar a Samuel que suponía que andaba redactando los informes del día.

—¿Dónde vas? —me preguntó sin levantar la cabeza del teclado.

—A casa, necesito dormir.

—Espérame un par de minutos, tengo que terminar el papeleo más urgente y te llevo. —Recordé que habíamos venido juntos a la comisaría y asentí—. También me caigo de sueño.

Me tiré de nuevo en la silla y saqué el móvil del bolso, era el momento de ver las llamadas perdidas y los mensajes en el aparato. Tenía un aviso de mensaje en el buzón de voz, era de Isidro. Sorprendida marqué el código correspondiente para poder escucharlo, ¿cuántos días habían transcurrido desde nuestra separación? No habíamos hablado desde entonces.

“Hola Alexia, he pensado que era bueno para ti, para ambos, darte unos días de margen antes de volver a hablar, espacio y distancia. Tampoco pensé que serías tan tajante y no volvería a saber de ti. ¿Cómo estás? Te echo mucho de menos, al fin y al cabo, yo me he quedado aquí, en nuestra casa, con la misma rutina diaria, pero sin ti. Este vacío se me hace grande. En fin... te llamo para informarte que esta misma mañana ha llamado a casa el magistrado que te sustituye en el juzgado, han intentado contactar contigo por el móvil pero ha sido imposible. El Tribunal Superior de Justicia ha admitido el recurso por el caso de los *Crímenes de Costabrava*, el proceso comenzará de nuevo, espero que esta vez cacen a ese tío. Bueno, tengo que colgar. Un beso”.

Una media sonrisa nació en mis labios, algo bueno, por fin. En el Tribunal Superior de Justicia volverían a examinar todas las pruebas y a hablar con Orlando, su hermano y los testigos. Estaba segura de que esta vez no se libraría, aunque también lo estaba, de que se alargaría mucho en el tiempo, la maldita tortuga justiciera pondría a cada uno en su sitio.

—¿De quién era el mensaje? —Samuel interrumpió mis pensamientos.

—De Isidro —contesté escuetamente.

—Oh, ¿todo bien?

—Sí. Han admitido el recurso por los *Crímenes de Costabrava*.

—Enhorabuena, sé lo importante que es para ti —me dijo con una sonrisa.

—Gracias —contesté escuetamente.

Tras unos minutos de silencio en el que solo se oía su teclado, se levantó y recogió sus cosas.

—¿Vamos? —Y de un salto lo seguí, no podía pensar en otra cosa que en llegar a casa y abrazar a mi Luna—. ¿Sigues enfadada conmigo? —me preguntó ya dentro de su coche, antes de arrancar.

—No es enfado, Samuel, no es enfado —respondí y no quise decir más.

—¿Entonces qué es? —No me apetecía hablar de ello en aquel momento, no era importante, había muchas más cosas de las que preocuparse antes, pero finalmente lo solté.

—Decepción. —El último atisbo de brillo en su mirada se desvaneció.

Condujo despacio y en silencio hasta mi casa, donde me bajé del coche con un simple “hasta mañana”. Luna me miraba con ojitos, pero no estaba de humor.

Capítulo 26

Circulaba a una velocidad prudente, con la música a una altura moderada mientras silbaba. En la parte trasera del vehículo había encontrado una gorra y una chaqueta que le iba algo grande, pero debía ponérsela aunque no estuviera cómodo y apestará a sudor de su antiguo dueño.

Había conducido al menos una media hora cuando prácticamente se chocó con un control policial de frente que no tenía forma de esquivar, así que simplemente siguió tarareando las canciones que sonaban por el dial. Un agente joven le hizo señales para que parara a un lado de la calzada.

—Disculpe, ¿podría hacer el favor de bajarse del coche? —le preguntó el muchacho que no aparentaba más de veintitrés, si estuviera solo no sería difícil acabar con él de un par de movimientos.

—Por supuesto agente, ¿algún problema? —preguntó con amabilidad.

—Solo es un control rutinario. Haga el favor de entregarnos su documentación.

Cogió del salpicadero la cartera y se la tendió al agente una vez fuera.

—Enrique Expósito Bonzano —dijo en alto.

—Exactamente. —No se le ocurrió otra cosa que contestar.

—No parece usted el mismo. —Sorprendido miró la fotografía y luego a él.

—Todo el mundo me dice lo mismo. —Rio de buena gana—. No sabe usted lo que diez kilos menos y un buen afeitado puede hacer en un hombre.

El agente sonrió.

—Tenemos que registrar su coche.

—Adelante. —Por un instante pensó en ir hasta la cafetería de enfrente, acceder al baño y poder mirarse la herida de la cabeza, lavarse las manos y beber un poco de agua, pero al girarse se quedó petrificado al ver dentro a la mujer que había estado persiguiéndole con la moto, aquella jodida que había destrozado todo su plan, que le había golpeado. La rabia comenzó a crecer en su interior pero no era momento para aquello. Una cosa era tener público, pero acabar con ella delante de la policía era un suicidio. Veinte, diecinueve, dieciocho... respiró hondo sin que nadie más lo notase.

—Muy bien, señor Expósito. Ya puede irse —le dijo el guardia.

—Gracias. —Prácticamente lo ladró. Se subió al vehículo y lo puso en marcha justo en el momento en que oía unos gritos tras de sí. Era una voz de mujer “Es él”, “es él”... ¡Hija de la gran puta! Me voy a recrear matándote

con mis propias manos aunque sea lo último que haga, pensó.

Pero no era momento de tonterías, simplemente aceleró. Echó un rápido vistazo al salpicadero y comprobó que el tanque de gasolina estaba cargado. Era hora de correr como nunca lo había hecho.

Pisó el acelerador a fondo, no conocía bien la zona, pero la carretera estaba tranquila y podía llevar el coche al límite. No tardó en escuchar las sirenas de la policía... comienza el juego, pensó. Ya había hecho esto antes, de hecho, no hacía demasiadas horas que había hecho exactamente lo mismo. Así que simplemente se dejó llevar, no tenía nada que perder. Aceleró todo lo que el vehículo le permitía, no iban a encerrarle en una puta cárcel por darles a aquellas zorras lo que se merecían, de eso nada, no iba a permitirlo.

Tres minutos después advirtió por el retrovisor que le seguían al menos tres coches de la policía uno por cada carril, aceleró y cogió la primera salida que encontró a la autopista, donde podría ir más rápido aún en línea recta. Subió la música y tarareó, intentando olvidarse de que le seguían. Tenía la música tan alta que tardó varios segundos en darse cuenta de que el estruendo que oía de fondo era un helicóptero que había localizado su pista y le seguía. Oía una voz por alguna megafonía, pero subió un poco más el volumen y aceleró, tenía que buscar alguna carretera secundaria que tuviera una zona arbolada para perderse campo a través. Se llevaría la cartera con el dinero de Enrique y ya luego buscaría una nueva solución.

A los diez minutos conduciendo por la autopista y sin que los agentes le dieran alcance se dio cuenta de que todos los semáforos de carril aparecían con un aspa y se empezó a mosquear. ¿Habían cerrado tan rápido la autopista? La respuesta le venía de frente donde una avalancha de coches policiales se dirigían hacia él a toda velocidad.

—¡La hostia! —gritó a carcajadas.

No le quedaba otra opción que coger la primera salida que había a mano derecha, ni siquiera conocía el nombre de la ciudad, no había conducido jamás por esa zona, pero tendría que hacerlo sin más demora. Dio un frenazo, se saltó dos carriles y cogió la entrada, aunque sabía que tampoco había pillado por sorpresa a los agentes que un minuto más tarde tomaban la misma intersección a toda velocidad.

El helicóptero le seguía de cerca y se le agotaba la paciencia y las ideas. Después de cómo había transcurrido el día no es que estuviera en plena forma precisamente y con la avalancha que venía detrás serían muchos

agentes contra él, pero tenía que intentarlo. Él sabía moverse por el bosque a diferencia de muchos de esos policías pijos que habían terminado la academia y lo más emocionante que habían conseguido después había sido poner un par de multas y detener a unos cuantos yonquis.

Aceleró en el último tramo aunque las curvas eran bastante pronunciadas. Dio un frenazo y salió del vehículo lo más rápido que pudo con el móvil y la cartera en la mano, corrió y corrió como si le fuera la vida en ello, que de hecho, era lo que sucedía exactamente.

Oyó cómo frenaban los coches policiales y en pocos minutos decenas de agentes corrían tras él mientras el helicóptero no dejaba de sobrevolar la zona, supuso informando a los agentes de todos sus movimientos. Llevaba un minuto o dos de ventaja, así que apretó el paso y corrió más rápido de lo que había corrido en su vida, más rápido incluso que cuando los gilipollas del cole le perseguían por todo el barrio para pegarle patadas y mearle encima. Cerró los ojos una milésima de segundo, tenía que apartar esa imagen. Vislumbró una carretera que parecía bastante transitada, al menos vio tres vehículos pasar en menos de cuatro segundos. Así que se aplicó e intentó tararear algo en su mente para no escuchar los gritos de los policías.

Al llegar a la carretera intentó parar al primer coche que pasó, pero se tuvo que apartar en el último segundo pues estuvo a punto de echarse encima.

—¿Estás loco? ¡Gilipollas! —gritó.

Intentó lo mismo con dos más sin suerte, los agentes ya estaban cerca. ¡Un puto coche de chica! Pensó al vislumbrar un Nissan micra de color malva y corrió con toda su alma para llegar al carril antes de que pasara por delante. La mujer que conducía dio un frenazo, pero antes de poder siquiera abrir la puerta para sacarla de allí recibió un disparo en una pierna que le hizo caer de bruces al suelo. Escuchó un frenazo y gritos dos segundos antes de que un puto agente le pusiera las manos encima.

Habían sido unos días realmente horribles, casi prefería lo que tenía en Costabrava y por primera vez eché de menos aquello, mi trabajo, mi rutina, incluso a Isidro. ¿Había cometido un error? Isidro era el hombre de mi vida, siempre lo había sido. Cierto que ya no sentía lo mismo, ¿pero quién lo siente pasados tantos años? Yo le había pedido que no me llamara y él lo había respetado todo lo que había podido y quizás si no hubiera vivido la pesadilla

en la que me había sumido sin remedio lo hubiera telefonado para saber cómo estaba. De pronto me sentía desgraciada, como si lo hubiera perdido todo.

Mi vida era un desastre y se me caía el mundo encima sin remedio. Después de una ducha caliente, y vestirme con una vieja camiseta que quedaba limpia en un cajón, pues no había tenido mucho tiempo de hacer la colada desde que había llegado a Costamata, me había arremolinado en el sofá con Luna acurrucada a mi lado a la que le di largas caricias que me reconfortaban a mí más que a ella y si no se hubiera quedado profundamente dormida la hubiera achuchado una y otra vez.

El reloj acababa de dar las doce de la noche, no lograba conciliar el sueño, tenía frío, me tapaba y me daba calor, tenía hambre, pero no había nada en mi despensa más que unas galletas de perro que no me apetecía nada probar y café, que seguramente no me haría ningún bien a esas horas. Finalmente me levanté del sofá y pasé por el lavabo a hacer pis pues de pronto me apretaba la vejiga. Mi móvil sonó justo en ese instante retumbando en toda la casa, terminé lo más pronto posible mientras mandaba callar a Luna que se había vuelto loca a ladrarle al aparato. ¡Genial! Encima despertaría a todo el barrio, suerte tendría si no me caía encima una denuncia de los vecinos.

Corrí de mal humor hasta el móvil y para cuando llegué ya se había cortado. Era una llamada de Sofía. ¡No, Dios mío, no! En ese momento no podría soportar perder a Irache también y tener que hacerme la fuerte y tirar de Sofía hacia delante. Lloré y lloré, caí de rodillas en el suelo y sollocé aún más hundiendo la cara en el cojín del sofá. El móvil había comenzado a sonar de nuevo, pero lo ignoré y ya Luna no le ladraba, pues estaba concentrada en lamerme como queriendo curar mis heridas y por un instante, fue solo una milésima de segundo, me vi desde fuera y supe lo patética que estaba siendo. ¿Quién era yo para compadecerme? Me había separado de un hombre al que no quería, había pedido una excedencia porque necesitaba una pausa del trabajo por el que había luchado toda mi vida, pero el cual realmente no había perdido, seguiría ahí esperando por mí dentro de un año. Tenía dinero para vivir cómodamente durante un tiempo, mi madre, mi mayor preocupación, se había recuperado y el médico me había asegurado que muy pronto le darían el alta, me la podría traer a casa y disfrutar de ella. Había gente a mi alrededor que realmente lo estaba pasando mal y estaba siendo muy egoísta.

Me levanté del suelo, me limpié las lágrimas y me soné antes de llamar a Sofía, esperando el golpe.

—¡Alexia! ¡Por fin! ¡Se ha despertado! —exclamó llorando—. Alexia, ¿me oyes? Irache se ha despertado.

—Oh Dios mío, ¡qué alegría! Gracias a Dios. Gracias a Dios —susurré—. Voy para allá.

Corté y me puse unos vaqueros, me dejé la camiseta porque no tenía nada cómodo que estuviera limpio, me puse una sudadera y corrí con mi coche todo lo que pude hasta llegar al hospital.

Cuando entré en la habitación no tardé en estallar en llanto. Irache tenía un aspecto deplorable, pero lo importante es que estaba despierta, aferrada a la mano de su madre y con una sonrisa en sus labios. Allí, al lado de Sofía, Marisa se secaba las lágrimas que caían sin remedio mejillas abajo. Durante unos segundos me quedé paralizada, al cabo de los cuales, me acerqué con cuidado a Irache y la abracé con suavidad, intentando no hacerle daño. A esas alturas lloraba sin remedio y tampoco intenté impedirlo ni ocultarlas. Besé a Sofía y me abalancé sobre Marisa abrazándome a ella largo tiempo. Hacía tantos años que no nos veíamos, no era el momento más idóneo y bonito del mundo, pero agradecía tenerla allí con nosotras.

—Hubiera querido venir antes, pero con las niñas era imposible salir corriendo sin más —se disculpó, supuse que por millonésima vez, pero no era necesario pues entendíamos la situación.

Estuvimos media hora hablando como cotorras entre susurros, con sonrisas, con lágrimas, viendo cómo Irache dormitaba a ratos y en otros abría los ojos, sonreía a su madre y le decía sin parar *te quiero*. La enfermera no tardó en echarnos de allí, la niña tenía que descansar y Sofía, por primera vez desde que había empezado toda aquella pesadilla descansaría también, aunque no pensaba despegarse de Irache.

—Vente a casa —le dije a Marisa—. Tengo mucho espacio y es tardísimo.

—Le dije a Samuel que dormiría en su casa, que le llamaría.

—¿Has visto la hora que es? No lo llames ahora, lo vas a despertar, vente a casa.

—Tienes razón, tampoco se va a preocupar, seguro que cree que pasaré la noche en el hospital con Sofía. No voy a llamarlo ahora —respondió finalmente convencida.

—Claro, venga, vamos.

Y abrazadas fuimos hasta mi casa. Me quité los vaqueros y me desplomé en la cama junto a mi amiga y a Luna que se había acoplado a mis pies, se había portado tan bien conmigo que me daba pena echarla de la cama y la

dejé descansar. Marisa y yo nos abrazamos, hablamos, lloramos, hablamos más, hasta que nos quedamos dormidas.

El timbre sonó a una hora incierta. Abrí los ojos y sonreí al ver a Marisa esconder la cabeza bajo la almohada. Luna levantó las orejillas y el hocico, pero volvió a acomodarlo encima de sus patas.

—Ya voy yo, manada de arpías —susurré con los ojos aún pegados.

Me levanté prácticamente con los ojos pegados y fui hasta la puerta. No podía esforzarme en esos momentos para ojear por la mirilla.

—¿Sí? —pregunté y pensé que era imposible que la persona al otro lado me hubiera escuchado hasta que oí la respuesta.

—Alexia, soy Samuel. Acabo de enterarme de lo de Irache.

Abrí con una sonrisa, pues de pronto vino a mi cabeza Irache sonriendo y hablando con su madre, recuperada y fuera de peligro. Abracé a Samuel y cuando se separó de mí soltó una carcajada.

—¿Le abres la puerta así a todo el mundo? —Me miré en el espejo que había a un lado de la entrada. En bragas y camiseta y más despeinada imposible. Estaba horrible.

—Oh, joder. —Me reí abochornada e intenté quitarle hierro al asunto—. Bueno, seguro que me has visto peor antes.

—Nunca te he visto mejor.

—Anda, tonto, pasa y espera un minuto.

Fui hasta mi dormitorio, Marisa y Luna roncaban de nuevo. Me puse los vaqueros sin hacer ruido y cerré la puerta con cuidado para no despertarlas dirigiéndome al cuarto de baño, donde recogí mi cabello en una cola de caballo y me lavé la cara. Fui hasta la cocina a preparar café que era lo único que podía ofrecerle a Samuel, tenía que plantearme seriamente hacer la compra porque a ese paso iba a morirme de hambre. En cuanto él me oyó trastear entró y se acercó a mi lado, cogiendo la taza que le tendía. Nos lo tomamos allí de pie, apoyados en la encimera, reinando entre ambos un silencio cargado de sonrisas.

—Por fin se ha resuelto todo. Hemos pillado a Ángel Castillo que en estos momentos está entre rejas, donde espero que pase el resto de su vida. Estuvo a puntito de escapar, no veas la que se lio, pero lo importante es que ya ha acabado. —Lo miré sorprendida y feliz de verdad de que le hubieran dado caza. Pensé que me llamaría cuando lo atraparan, pero si mi móvil había sonado yo no me había dado cuenta.

—Por fin —repetí yo—. Habéis hecho un gran trabajo.

—Quería decírtelo en persona y darte las gracias por poner tu granito de arena. —Sonreí como respuesta.

—¿Qué ha pasado con Miriam?

—Bueno, por todo lo que ha ocurrido parece que asuntos internos se ha apiadado de ella y solo la van a despedir sin ponerle denuncia por robar fotos e información del caso.

Me daba pena, no era mala chica, me faltaba hablar con Tomás y aclarar qué era lo que había pasado por su cabeza para publicar aquella bazofia porque parecía increíble que saliera de él. Y sobre todo saber cómo convenció a Miriam para que le enviara no solo información, sino fotografías que podían poner en peligro su trabajo, como de hecho, había ocurrido.

—Oh, vaya —respondí al fin.

—Estará bien. Estaba contenta por haber sobrevivido a toda esta locura, además, finalmente ha ayudado a resolver el caso. Se registró de arriba abajo el Land Rover de Ángel, no había desperdicio allí, entre su equipaje hemos hallado un arma, ropa ensangrentada que ya se está analizando para presentar como pruebas irrefutables en el juicio. Además un sinfín de diarios. Bueno, más que diarios, eran unas declaraciones de amor un tanto atípicas, acompañadas de fotos, amenazas de muerte, declaraciones de odio. Supongo que siempre se sintió muy solo y se refugió en aquellas libretas para sentirse mejor. Durante años logró controlarse, tenía su venganza muy bien preparada contra Sara y Edurne. Luego conoció a Irache y tienes que leer lo que escribía sobre ella, ese hombre no está bien de la cabeza. En un momento dado la vio con el profesor Lozano y fue como si eso encendiera la chispa, él estaba convencido de que entre el profesor y la veterinaria había habido algún lío y de hecho, así fue, pero mucho más adelante, casi finalizando el instituto, algo fugaz de un par de meses. Siempre sintió que Edurne le había rechazado por su culpa y ver a Irache con ese hombre le produjo un cortocircuito en el que la llama de la venganza se encendió en su cerebro. No pudimos hacer nada por Edurne y Sara, pero al menos Irache está bien, es joven, tiene toda la vida por delante. —Asentí—. Ha sido agotador, ¿verdad?

—Ha sido lo peor que he hecho en mi vida. Prefiero un millón de veces seguir tras el estrado —contesté tajante.

—¿Vas a volver a Costabrava? —Me ofreció una triste sonrisa.

—No, por el momento no. Me tomaré el año completo de mi excedencia, lo necesito, luego ya veré qué rumbo tomo.

Se acercó a mí y me quitó la taza que llevaba vacía en mi mano un par de

minutos. La colocó en el fregadero y volvió a acercarse, mirándome a los ojos y agarrándome la cara con las manos. Quise apartarme, pero me quedé quieta.

—Lo siento mucho Alexia, de verdad que sí, siento haber metido la pata, no sé si te servirá de disculpa pero la presión no me dejaba pensar con claridad. —Como yo no contestaba siguió hablando—: En mi trabajo ves cómo muere la gente cada día, aprendes a apreciar los momentos bonitos que te da la vida, y aprendes también a no perder el tiempo —me explicó y lo cierto era que yo también estaba rodeada de todo aquel horror y entendía lo que me decía.

Acercó su cara y me besó. Fue un simple roce, una milésima de segundo y se apartó sin soltarme la cara. Me miró de nuevo a los ojos como pidiéndome permiso, pero yo todavía seguía sorprendida por la reacción que mi cuerpo estaba teniendo a su acercamiento. Me besó de nuevo, su lengua atravesó mi boca en busca de la mía y me dejé hacer unos minutos mientras sus brazos se aferraban a mi cintura. Pronto pude notar su más que evidente excitación. Sus manos volaron hasta mis pantalones desabrochando el botón y colando sus manos por dentro hasta llegar a mis nalgas, apretándome fuertemente contra él. Tiró de mi camiseta quitándomela rápidamente, se volvió loco cuando comprobó que no llevaba sujetador. Yo no me movía, ofuscada y azorada, paralizada y recriminándome que aquello no estaba bien, que no estaba preparada, que no era el momento ni la persona idónea, no tardé en sentirme incómoda cuando sus besos bajaban rumbo a mi pecho y finalmente, lo aparté suavemente.

—No, Samuel, no es buena idea.

Me agaché a recoger la camiseta y me la puse rápidamente y aparté la mirada de sus ojos y sus labios, en el fondo deseaba dejarme llevar pero me taladraba en el cerebro una vocecita que me gritaba una y otra vez que me iba a arrepentir de aquello. ¡Por Dios! Era Samuel, me había criado a su lado mientras me sonaba los mocos y curaba mis heridas. Aquello estaba fuera de lugar. Qué iba a pensar Marisa. Qué iba a pensar Sofía, creería que en medio de la desaparición de su hija yo me había dedicado a ligar, si es que aquella era la palabra, con él.

—Lo sé, lo sé... lo siento. —Se apartó bruscamente y supe que se había defraudado, sus manos temblaban tanto como las mías. Notaba mi cara completamente caliente y mi cuerpo se contraía de pura necesidad. El pellizco de mi estómago no me dejaba respirar, ni hablar—. Perdóname

Alexia —dijo evitando mi mirada—, yo no soy así, no quiero que te sientas incómoda.

No sabía qué hacer, no podía moverme. Mi cuerpo estaba en tensión, llevaba tanto tiempo sin sentirme deseada, sin excitarme, sin querer realmente besar a alguien tanto como lo quería ahora. Le había pedido que se separara, pero no sabía si realmente esperaba que lo hiciera.

—¿Puedo pasar al cuarto de baño? Luego si quieres te invito a desayunar algo, que hace rato que se oyen tus tripas —bromeó.

—Sí, sí, claro. —Solté una carcajada.

Samuel se perdió pasillo a través y yo me quedé allí recapacitando. ¿Por qué me negaba la oportunidad de vivir aquello? No quería que me hicieran daño y tampoco quería hacérselo yo y además... era casi como incesto... casi... casi... pero no lo era. No tenía nada que ver con el incesto, no éramos familia de ningún tipo. Nadie tenía que pensar nada malo, pues nada malo estábamos haciendo. Había surgido sin más, estas cosas son así, no se pueden prever, me justifiqué.

—¡A la mierda! —dije más para mí que para nadie—. Te espero en el salón —vociferé.

Estaba segura de que me iba a arrepentir, pero en este momento todo lo demás me daba igual. De camino a la sala me quité la camiseta y los vaqueros y los tiré al suelo y simplemente me senté en el sofá a esperarlo intentando controlar el temblor de mi cuerpo. No quería pensar más.

Samuel volvía por el pasillo concentrado en colocarse la camisa por dentro de los pantalones, sin percatarse de lo que le esperaba. Me puse de rodillas encima del sofá y Samuel me miró de arriba abajo boquiabierto, creo que entendía perfectamente lo que estaba pasando, pero no pude evitar decir una última frase.

—No quiero resistirme más.

—¡Ay, madre! —Creo que entendí antes de que se acercara a mí, me hizo ponerme de pie encima del sofá y me abrazó por la cintura, apoyando un beso sobre mi estómago. Me agaché y enrosqué mis brazos alrededor de su cuello mientras mi lengua desesperada buscaba la suya. Mis piernas se rodearon a su cintura mientras él me agarraba fuertemente por los muslos, ya notaba su miembro a través de la ropa y no pude evitar soltar un gemido.

Me sentó encima de la mesa del comedor que estaba a nuestro lado, acariciando mi pecho desnudo, sin parar de besarme. Sus dedos traspasaron el umbral de mis braguitas y se hundieron en el volcán en el que me había

convertido haciéndome gemir de nuevo.

—Yo quiero probar esto —me dijo, apartando su dedo y metiéndoselo en la boca para saborearlo. Por un instante pensé que iba a tener un orgasmo sin que me tocara, simplemente con ese gesto mis braguitas se quedaron completamente empapadas, y el pellizco de mi estómago apretaba más y más fuerte.

Sus manos ardían sobre mi piel y su lengua volvió al encuentro de la mía. Era incapaz de hablar, tenía la fuerza suficiente para que el aire inundara mis pulmones y volviera a salir en forma de gemido, mientras Samuel hacía un recorrido cuerpo a través, apartaba mis braguitas y hundía su lengua en mi sexo, saboreando toda aquella excitación que me estaba provocando.

Se paró un instante frente a mí y me ayudó a deshacerme de mi ropa interior, besándome de nuevo en los labios y tirando de mí para que fuera con él hasta el sofá de nuevo. Tiré de su camiseta hacia arriba con ganas de sentirlo piel con piel, de ver y tocar su pecho musculoso, digno de un inspector de policía, y unos brazos fuertes y robustos que me estaban haciendo enloquecer.

—Alexia, necesito sentirte —susurró mirándome a los ojos como buscando mi aprobación, yo no tenía pensado detenerme en aquel momento, eso seguro.

Colocando su sexo a la entrada del mío se hundió despacio dentro de mi cuerpo haciendo que me enarcara por completo. Enrosqué mis piernas a su alrededor y apreté mis manos en sus hombros concentrándome en no hacer ruido para no despertar a Marisa, ni siquiera le había dicho a Samuel que su hermana dormía en mi cama, pero en ese instante me daba exactamente igual. Se movía despacio, con profundidad. Se apartó un poco para volver a mirarme a los ojos y no dejó de hacerlo mientras yo mordía mis labios. Intenté esconder mi cara en su pecho algo avergonzada, pero no me dejó. Una de sus manos se coló entre ambos en busca de mi clítoris que acarició con suavidad en movimientos circulares haciéndome gemir ya sin importarme nada ni nadie, perdiéndome en aquel momento mientras mis muslos se tensaban y mi sexo se contraía. Samuel aceleró el ritmo apretando mis muslos con fuerza, no tardé en culminar y noté que él salía rápidamente de mi interior donde acabó encima de mi ombligo.

—Perdona, perdona —me susurró—. La otra opción, sin protección... no era buena idea.

—No pasa nada. Ven aquí —le rogué para que se acercara, me abrazara y

me besara. Terminamos los dos pringados, espatarrados en mi sofá, a punto de caernos al suelo. Me besó de nuevo y las dudas se disiparon con sus dulces caricias y su mirada llena de deseo y cariño.

Fuimos juntos hasta la ducha y nos vestimos rápidamente. Rebuscó por mi despensa.

—Me muero de hambre —protestó.

—Ya, y yo... pero como no te comas las galletas de Luna, no hay nada más en toda la casa —contesté resignada encogiéndome de hombros.

—¿Vamos? Te invito a desayunar, me gustaría ir a ver a Irache después, tengo que hablar con el psicólogo a ver si podemos tomarle declaración ya.

—Pueeees... es que, tengo visita —murmuré sonrojándome.

—¿Visita? —preguntó extrañado—. ¿Dónde?

—En mi cama. —Su cara palideció y se le abrieron los ojos como platos. Antes de que soltara alguna barbaridad que hiciera que me enfadara con él, le arrastré de la mano hasta mi dormitorio y abrí la puerta.

Una sonrisa iluminó su cara, sin dudarlo se lanzó en mi cama y le hizo cosquillas a Marisa que de pronto pataleaba, protestaba, reía, gimoteaba, gritaba para que la soltara, pero él le hacía más cosquillas, tal como cuando éramos pequeñas. Luna se puso en pie rápidamente y soltó un par de ladridos de indignación antes de bajarse de mi cama y marcharse rumbo al salón donde la dejaran descansar.

—Mi peluchito —dijo Samuel y por fin se abrazaron, me emocioné. Sabía que llevaban más de un año sin verse. Samuel siempre había querido a su hermana con todo su corazón, la había protegido con su vida y había luchado por verla siempre sonreír. Era duro para él que viviera tan lejos y en aquel abrazo se notaba cuánto se extrañaban ambos—. Oye, vámonos a desayunar, por favor. La arpía de tu amiga no tiene nada comestible en toda esta casa y me muero de hambre —protestó.

Reí mientras me ponía unas botas y cogía una blusa de mi armario. Nuestros ojos se cruzaron, ambos sonrojados y azorados sonreíamos sin parar, rehuí su mirada dispuesta a salir para cambiarme en el baño.

—Eh, eh, eeehhh. ¿Qué pasa aquí? —preguntó Marisa mosqueada mirándonos a ambos.

—Nada, *peluchito* —bromeé nerviosa—. Que tenemos hambre y vamos a comer algo. ¿Te vienes o qué?

—Se lo has dicho —susurró sorprendida mirando a su hermano, no parecía una pregunta. Samuel se ruborizó y empezó a tartamudear. Supuse que tenía

tantas ganas de que se lo tragara la Tierra como yo.

Sorprendida, miré de un lado a otro esperando averiguar de qué hablaban.

—No —respondió al fin, mirándome esta vez a mí—, pero creo que ya se lo imagina.

Yo no entendía nada pero reí porque de pronto me sentía nerviosa como una quinceañera embobada, porque Marisa no podía sonreír más y porque Samuel estaba avergonzado y tímido poniéndose a mi altura de comportamiento adolescente.

—Díselo. No seas *nenaza* y díselo de una vez —exigió Marisa, Samuel bajó la cabeza evitando mi mirada, oí un “calla” amenazante y de pronto se me habían quitado las ganas de reír. Me acerqué y le obligué a mirarme.

—¿Qué tienes que decirme? —pregunté con curiosidad mientras me empezaban a temblar las manos.

—Que... te he querido toda mi vida —me confesó con una sonrisa. Por un momento me quedé petrificada. ¿Yo era la única que no se había dado cuenta de todo aquello? ¿Él había sentido algo por mí desde siempre? ¿Cómo era posible y de ser así, cómo había seguido vivo ese sentimiento tras tantos años sin vernos?

—Pues sigue queriéndome el resto de la mía —le pedí al fin antes de abalanzarme sobre él para besarle y perderme en aquella nueva sensación que recorría todo mi cuerpo y se asentaba en mi corazón, una sensación que me hacía querer sonreír con toda mi alma hasta que me doliera la cara.

Y volvimos a besarnos una y otra vez entre los aplausos, los *ooohhh*, los *venga parad ya que tengo hambre*, de mi amiga Marisa.

La vida me había puesto un nuevo camino delante que se presentaba alentador, no sabía qué pasaría dentro de un año, tenía prácticamente doce meses para pensarlo, pero aquel día supe que había decidido bien, no quería estar en otro sitio que no fuera en Costamata de Gradec.

Epílogo

La vida seguía su curso, durante las semanas siguientes nos ocupamos del traslado de mi madre a casa, los médicos me habían advertido que no le quedaba demasiado, que había sido un milagro que se recuperase del último bache, pero que no le daban más que un par de meses de vida. Desde que nos lo comunicaron, mi madre no hacía otra cosa que sonreír, la veía feliz, realmente feliz. Me relajé pensando que este era uno de esos casos en los que los médicos se equivocan, la veía tan bien, tan fuerte... Una mañana tomando el desayuno se lo dije:

—Te veo bien, mamá. Tan feliz. ¿Por qué estás tan eufórica? —pregunté contenta al verla sonreír sin parar.

—Cariño. —Puso su mano encima de la mía—. Estoy feliz de poder estar aquí contigo, de poder abrazarte y tocarte todos los días. —Sonreí con ella yo también—. Pero también... han pasado tantos años, he dado todo de mí aquí, y echo tanto, tanto, tanto de menos a papá... —Empezaba a entender—, estoy tan enamorada de él que me siento nerviosa, como en una cita importante en la que no sabes exactamente a qué hora van a llegar a buscarte y esperas con impaciencia. Tengo tantas ganas de reencontrarme con Joaquín.

Me esforcé por seguir sonriendo y tragarme las lágrimas, los gritos egoístas en los que le rogaba que no podía marcharse, que la necesitaba aún. Era duro, saber que mi madre quería morir no era fácil de asimilar. Al mismo tiempo me tranquilizaba no ver en ella miedo, ni desesperación, tan solo ganas de irse y descansar. Así que cuando ocurrió, unos meses más tarde, me obligué a pensar que ella estaba feliz, ambos lo estaban en algún lugar mejor.

Irache se recuperó despacio y los médicos le recomendaron no volver al instituto hasta el curso escolar siguiente, en otro momento de su vida tener que repetir curso hubiera sido un drama, pero después de lo vivido le daba igual, agradeció tener ese tiempo para ella, para su madre. Para cuando se incorporó de nuevo a las clases, el profesor Juan Manuel Lozano, al que habían dejado quedarse hasta finalizar el año escolar para no alimentar aún más las habladurías, ya había sido despedido del centro por haber mantenido relaciones sentimentales y sexuales con una alumna menor de edad. Iba a trasladarse de ciudad, tenía un enchufe en la otra punta del país para acceder a un colegio concertado donde podría seguir dando clases. Le gustaba Costamata, pero por el momento era mejor así, era consciente de que debía

alejarse de Irache, no era más que una cría a la que tenía que dejar vivir.

Antes de marcharse fue hasta la casa de Irache, con el temor de que su madre le echara de allí a patadas, sin embargo le dejó pasar sin decir nada, cogió las llaves y se marchó dejándolos a solas. No fue muy lejos, hasta el portal de su casa, donde tuviera bien vigilada la salida y supiera a ciencia cierta que él se iba solo sin arrastrarla consigo a ninguna parte. Entre aquellas paredes ambos se despidieron, el uno reconociendo que no debió ceder a todo aquello, y la otra, que todo había empezado como un juego que se le había escapado de las manos, pero seguros ambos, de que se recuperarían y podrían seguir con su vida allá donde cada uno siguiera su camino. No faltaron los abrazos y los besos de despedida que escocían y picaban como un unguento para una herida que tenía que curarse.

Pude averiguar que Miriam y Tomás tenían una pseudo-relación que no terminaba de formalizarse. Lo llamé enfadada intentando averiguar qué se le había metido en la cabeza para llegar a hacer lo que hizo, pero me pidió que no me inmiscuyera en su trabajo y al final, decidí respetarlo. Solo éramos amigos, había ciertos límites que yo no podía franquear. El periódico había sufrido una demanda por parte de la policía por haber publicado algo que aún estaba bajo secreto de sumario con información y fotografías que habían sido robadas. El diario *Hoy* pagó una multa millonaria y ascendió a Tomás al departamento directivo, así que debió ganar mucho más de lo que pagaron. Desde aquel momento, Miriam pasó a formar parte de la plantilla como investigadora privada y aunque desde nuestra discusión yo no había vuelto a hablar con él, ni mucho menos con ella, me alegraba de que les fuera bien, aunque estuviera fuera de mi entendimiento lo que ocurrió, al fin y al cabo habían sido personas importantes en mi vida y si no fuera porque Miriam me había acompañado la noche en la que Eduardo me atacó, quizás no hubiera sobrevivido.

Samuel quería que me quedara trabajando como asesora para él, pero yo no sabía hacer nada de eso, no era mi trabajo y había luchado mucho en la vida para conseguir mis retos profesionales. Todavía me quedaban meses por delante para decidir cuál sería mi camino, aunque prácticamente estaba descartada mi vuelta a Costabrava, empezaba a plantearme solicitar un traslado aunque sabía que era muy complicado que pudiera seguir trabajando para lo penal, que era mi especialidad, no quería pensar en ello aún. Por el momento me dedicaba a disfrutar de todo aquello que anhelé estando lejos: las playas, las calles y los parques donde me crie con mis abuelos y mi

madre. Disfrutar del aire libre con Luna a mi lado cada día. Leer cientos de libros y, aunque no había entrado en mis planes exactamente, hacerle el amor a Samuel una y otra vez cada día. En lo demás, ya pensaría.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Muchas gracias a Romantic Ediciones, no solo por darme la oportunidad de publicar esta novela, que para mí es muy especial, sino también por la experiencia vivida en Mallorca en el encuentro, donde pude comprobar con mis propios ojos que Romantic es una gran familia en la que me he sentido en todo momento muy bien acogida. Fue una emoción muy, muy grande estar entre los finalistas del I Concurso de Novela Romantic y lo fue más haber conocido a mis compañeras de letras y editorial, que son todas fantásticas.

Para escribir esta novela robé muchas horas de sueño, pero también le robé muchas horas a mi familia, así que, como siempre, quiero agradecer a mis dos pequeñas fieras, Erik y César, y a mi marido, Germán, que me entiendan y me apoyen siempre; y pedirles disculpas por lo ausente que estoy a veces con esta necesidad que tengo de darle a las teclas.

Gracias a Laky, del blog *Libros que hay que leer*, porque ella me ayudó mucho a enfocar la idea del personaje principal de esta novela y me explicó cómo funcionaba el mundo de los juzgados.

Gracias a Paco Mayor, mi profe del instituto, con el que me he reencontrado este año pasado; por todos sus consejos, por los ánimos que siempre me da y la fe que tiene en mí y en mi trabajo.

Gracias a toda mi familia y a todas esas personas que siempre me apoyan; a mis lectores incondicionales y también a los que no me conocen y deciden dar una oportunidad a mis novelas y disfrutan con ellas tanto como yo al escribirlas.

A mi club Mojo Picón, por supuesto, nos hemos vuelto una piña, unidas somos más fuertes, chicas. ¡A seguir escribiendo y a seguir triunfando!

Y, por supuesto, a mi amiga y hermana, Sole, y también a Susy, pues sin ellas mis novelas no serían lo mismo.

Table of Contents

[Te encontraré](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[\(Sin título\)](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)